

Aventuras en la Nostalgia

Exiliados y Emigrantes
Españoles en Londres

Presentación: PAUL PRESTON

Coordinación: LALA ISLA

Jesús G.
Conchita Iraola
Lolita Jorquera
Elvira Medrano
Nino Moratiel
Rosita Morell
Rosa Moreno
Julio Ortega
Mary Pollastri
Liliam Ruiz
Luis Santamaría



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRABAJO
E INMIGRACION

SNK663F

AVENTURAS EN LA NOSTALGIA
EXILIADOS Y EMIGRANTES ESPAÑOLES EN LONDRES

PRESENTACIÓN de Paul Preston
PRÓLOGO, INTRODUCCIÓN Y RECOPIACIÓN de Lala Isla

Catálogo general de publicaciones oficiales
<http://www.060.es>



Edita y distribuye:

Ministerio de Trabajo e Inmigración

Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones

C/ Agustín de Bethencourt, 11 - 28003 MADRID

Correo electrónico: sgpublic@mtin.es

Internet: www.mtin.es

NIPO: 201-08-027-6

ISBN: 978-84-8417-292-5

Depósito Legal: M. 24515-2008

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRESENTACIÓN. Paul Preston	5
PRÓLOGO. Lala Isla	9
INTRODUCCIÓN. Lala Isla	25
JESÚS G	37
CONCHITA IRAOLA	55
LOLITA JORQUERA	71
ELVIRA MEDRANO	79
NINO MORATIEL	99
ROSITA MORELL	135
ROSA MORENO	155
JULIO ORTEGA	169
MARY POLLASTRI	177
LILIAM RUIZ	185
LUIS SANTAMARÍA	193

PRESENTACIÓN

PAUL PRESTON

Las historias comprendidas en este libro, como bien dice Lala Isla en su prólogo, vienen a ser un microcosmos de las consecuencias del golpe militar que provocó la Guerra Civil en la población que la tuvo que vivir. Al comienzo de la guerra, el general Emilio Mola, el hombre que planificó el alzamiento, declaraba en Pamplona: 'Hay que sembrar el terror... hay que dar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros.' Todos y cada uno de los autores de este libro excepcional — exceptuando las dos mujeres latinoamericanas — de una forma u otra sufrieron en carne propia dicho terror y dicha sensación de dominio, que de modo directo o indirecto, fueron el motivo por el cual se fueron de sus hogares y se encuentran hoy en Londres.

Un elemento fascinante de este conjunto de vidas es que muestran las diferentes ideologías que intervinieron en el conflicto y lo positivo es que se reúnan juntos los viernes sin que haya habido roces serios entre ellos. Las historias del texto dejan testimonio, no sólo de lo que significa haber pasado una guerra cruenta en la niñez, sino de las dificultades que entraña una emigración. Las tragedias de la vida de Jesús G., o Elvira, las dificultades de todos ellos para abrirse camino en un país extranjero, el esfuerzo por salir adelante en todo momento, son un ejemplo de coraje y empeño.

Cada historia tiene detalles interesantes desde el punto de vista de los estudios de la Guerra Civil. Conchita Vázquez de Iraola estaba en Guernika cuando la Luftwaffe bombardeó la ciudad y ve con sus propios ojos los aviones alemanes. Habla de las evacuaciones interiores, de los servicios de ayuda a los que marchaban a Francia y de cómo su padre pasa de ser funcionario de prisiones a prisionero, experimentando personalmente las diferencias del sistema penitenciario en la República y bajo la dictadura impuesta por los golpistas.

El padre de Jesús G., que era un militar sin ideología determinada cuando empieza la guerra, se queda en Valencia durante ella prestando servicio en el Cuerpo de Seguridad y Asalto. Al acabar le formaron un Consejo de Guerra y fue juzgado por un tribunal militar acusado de 'adhesión a la rebelión militar'. Era la acusación típica de la 'justicia al revés' de los golpistas. Después de apelar y de haber pasado trece meses de prisión preventiva, consiguió la libertad provisional, aunque hubo de esperar tres años más de libertad vigilada hasta conseguir la libertad completa. En 1978, cinco años después de haber muerto y por petición de su hija que aprovechó una amnistía, su padre fue exonerado y anularon su cargo de 'adhesión a la rebelión militar' borrándolo de los archivos con la consiguiente desaparición de los antecedentes penales que existían en su historial. Como bien dice Jesús lo único que hizo

su padre fue seguir las órdenes del gobierno leal. Luego habla de las trágicas muertes de su madre y sus dos hermanas debidas a las dificultades que pasaron para conseguir alimentos en la posguerra.

En el caso de Elvira tenemos el ejemplo del terrible hacinamiento en las cárceles franquistas, ella estuvo con otras mujeres en los sótanos de la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol sin poderse lavar en días. También nos retrata un caso representativo de los sacrificios que tenían que hacer las familias de las presas para alimentar a sus seres queridos. Nos cuenta de forma espeluznante la experiencia de su madre recluida en la cárcel del Monasterio de Uclés muchos años en condiciones terriblemente precarias enfermándose y, finalmente, muriendo a consecuencia del trato recibido allí.

Rosa Moreno, por el contrario, estaba en Oxford donde su padre —catedrático de español— se reunía con la intelectualidad republicana exilada. Aunque lejos de ser un caso representativo, relata una experiencia fascinante semejante a la de las familias de Salvador de Madariaga o el Dr. Josep Trueta en Oxford o del músico Roberto Gerhard o del antropólogo e historiador Josep Batista i Roca en Cambridge. Ella nos cuenta lo que fueron las esperanzas y los sinsabores de la Segunda Guerra Mundial para los exiliados, ya que la pasó en el Reino Unido, y sus impresiones de llegar a Madrid en los años cincuenta.

Rosita, cuyo padre fue a la guerra como soldado republicano, relata lo que sucedió en su pueblo donde quemaron la iglesia, y las dificultades para subsistir mientras él estaba ausente. Nino —su marido— no se movió del pequeño pueblo de León donde vivía la familia y su hermana fue pelada al cero por milicianos.

Luis Santamaría, un niño vasco que vino al Reino Unido en el barco Habana, nos habla del Bilbao en guerra, del horror de las bombas, del viaje a Inglaterra y de la vida que tuvieron aquí los niños evacuados, desde la llegada al campamento de Southampton hasta que dejó las colonias. Lolita Jorquera, por el contrario describe la vida de una niña acomodada en un Tánger internacional y el cambio de la ciudad al abandonarla las potencias extranjeras.

Pero además de todo eso nos dan una visión muy clara de lo que era la vida en sus pueblos de origen y lo que fue llegar a Londres y las dificultades de adaptación a un país que en aquellos tiempos recelaba de los extranjeros.

Este libro no se podría haber hecho sin el entusiasmo y perseverancia de la coordinadora del grupo —la escritora y antropóloga Lala Isla— que creyó desde el principio en el proyecto y logró convencer a los componentes del grupo de que sus historias merecían la pena ser contadas. Pero como ella me ha comentado, incluso con su insistencia, este libro no sería lo que es si los autores no fueran quienes son.

PRÓLOGO

LALA ISLA

España tiene en su haber una larga historia de emigraciones y exilios, no hay más que pensar en los judíos sefarditas que aun guardan las llaves de las casas de sus antepasados en Toledo o en Boabdil quien, según las crónicas populares, lloraba al dejar Granada. Por otra parte, y desde hace siglos, mujeres y hombres procedentes de zonas pobres de la Península Ibérica se han marchado a otras más ricas para mejorar su condición de vida, pensemos en los poemas de Rosalía de Castro sobre los gallegos que van a segar a Castilla. O en la misma Cataluña, lugar a donde se ha emigrado desde el siglo XIX, cuando empieza una incipiente revolución industrial. Yo llevo bien incrustada en mi sangre la melancolía por tierras lejanas que me viene por los cuatro costados y de forma diferente. Mi bisabuelo materno tuvo que dejar Carcabuey —en Córdoba— para irse a Santiagomillas —en la Maragatería leonesa— debido a sus ideas liberales. Mi abuelo paterno —gallego— se estableció en La Bañeza —León—, mi abuela materna —gallega— se casó con su marido —que nació en Carcabuey como su padre y su madre— y se instalaron en Astorga —León—. Mi padre —químico metalúrgico— fue a trabajar a Barcelona y se casó con mi madre que había nacido en Astorga, aunque para entonces vivía en Madrid con su familia. Y para acabar el cuadro de raíces truncadas yo me vine a Londres hace unos treinta años para visitar a un británico con el que acabé casándome y aquí nació mi hijo. Por eso entiendo tan bien a los autores de las historias relatadas en este libro.

Los desplazamientos a la fuerza de personajes incómodos para los regímenes en el poder, dentro de la Península y en las islas, no han sido raros y entre ellos tenemos a Miguel de Unamuno que fue desterrado a Fuerteventura por Primo de Rivera. De allí se escapó a Francia, un país que ha servido de acogida a tantos españoles desde el siglo XIX y, cuando cayó el dictador, regresó de nuevo a España. Durante todo el régimen de Franco (desterrado él mismo en Canarias cuando organizó su golpe de estado) muy bien se pudo aplicar la frase de Mariano José de Larra: «Ser liberal en España es ser emigrado en potencia».

Desde que los españoles llegaron a América y, hasta muy recientemente, el constante flujo de emigrantes y exilados se daba desde España a la parte sur o norte del continente americano. Todos conocemos las frases: «tener un tío en América» o «se fue a hacer las Américas». Estos desplazamientos acabaron hace más de treinta años. Si hablamos del siglo XX tenemos el éxodo de 500.000 personas que dejaron España en 1939, al acabar la Guerra Civil, para irse a Europa o América latina, y la emigración económica a partir de los años cincuenta, como se ve en este libro. Hoy día se da el caso contrario, los hombres y mujeres de varios con-

tinientes emigran a España y el problema de la falta de «papeles» o contratos de trabajo (aquí habría que incluir los polizones de los barcos a América), de los que carecían algunos españoles en Europa —algo de lo que no hablan hoy los que protestan por las gentes que llegan indocumentadas al Estado Español— se ha traspasado a los que logran pisar la Piel de Toro y las islas que le pertenecen.

El caso de Europa es más cercano a nosotros en el tiempo ya que la emigración en masa acabó hace unos veinte años pero, si nos detenemos en Londres como destino final, o temporal, de los españoles vemos que, como todo lo de Gran Bretaña, tiene unas características particulares y diferentes al resto. Por raro que parezca no hay apenas bibliografía ni muchos datos estadísticos sobre el exilio o la emigración española del siglo XX a este país y, hasta los últimos años, no se han hecho investigaciones a fondo sobre el tema. El libro de Daniel Arasa sobre el exilio español como consecuencia de la Guerra Civil, que contiene una amplia información utilizada en parte en este prólogo, es una de las excepciones así como el libro de Ana Bravo Moreno *«Emigración, género e identidad nacional. (Las mujeres emigrantes en Londres)»*. El resto de las investigaciones han sido promovidas por el Ministerio de Trabajo o alguna organización dependiente de uno u otro partido político y se centra en la emigración. No hay todavía, que yo sepa, ninguna mención sobre los homosexuales o las lesbianas que vinieron a Gran Bretaña para huir de la represión española. En 1957 y por orden gubernamental se publicó en el Reino Unido el estudio Wolfenden que decía lo siguiente: *«No se debe considerar un crimen las actividades homosexuales entre adultos que se avengan a ello»* lo que fue ratificado con la proclamación de la Ley de 1967 donde se establecía que *«las actividades sexuales entre hombres mayores de 21 años no son un crimen»*.

Si no hay una abundancia de datos sobre el s XX tenemos sin embargo estudios sobre los exiliados que vienen desde 1814 a 1820 a Inglaterra, cuando Fernando VII llega de Francia y anula la constitución de 1812, organizando inmediatamente una represión sin tregua a los patriotas liberales que habían luchado contra los franceses. No tuvo en cuenta que lo hicieran en nombre suyo. El exilio dura unos seis años hasta que el golpe del general Riego, en 1820, acaba con el reinado de Fernando VII pero en 1823 los denominados «hijos de San Luís» del ejército francés, invaden la Península y restauran al rey produciéndose un nuevo éxodo.

Vicente Llórens (1906—1979) escribió un gran libro sobre el tema que lleva por título *Liberales y Románticos* y contiene un acopio extraordinario de documentación que también he utilizado en este prólogo. Según él la mayoría de los liberales que salieron de Cádiz en 1823 se refugiaron primero en Gibraltar y de allí fueron a Inglaterra, el único país que los acoge. Su estancia dura unos diez años y, mientras tanto, entre 1824 y 1828, se da en Londres un fenómeno parecido a lo que sucedió en algunos países hispanoamericanos con la llegada de los refugiados de la Guerra Civil española. Londres se convierte en esos años en el centro cultural y político de España e Hispanoamérica. Llórens calcula que en Londres se asentaron unas mil familias de todas las clases sociales pero entre ellas dominó la presencia de abogados, sacerdotes, literatos como Ángel de Saavedra, duque de Rivas, y Espronceda, comerciantes, médicos, y militares como Miláns del Bosch y Espoz y Mina. Entre toda esa población había personas que habían ostentado cargos importantes en la capital y otras ciudades como Mariano Lagasca, director del jardín botánico de Madrid.

Una pequeña minoría tenía medios propios para subsistir pero la mayoría se acogieron a los subsidios que les dio el Gobierno inglés por haber sido aliados de Inglaterra en contra de Napoleón. En la calle Regent Street de Londres Vicente Salvá abre la primera librería española que hubo en Inglaterra, pero no todos tuvieron su suerte y, aunque en España hu-

bieran tenido una buena situación, no les quedó más remedio que desempeñar los más variados oficios. Hay un número de publicaciones que ven la luz en ese tiempo dedicadas a los lectores de español y personajes curiosos, como un tal «Muselina» —banderillero malagueño—, que se dedicaba a revender las entradas que le regalaban los cantantes de ópera. Con esa picaresca que da el hambre, sin saber escribir, se había inscrito en la lista de «literatos» para cobrar un subsidio más alto.

«El Emigrado», un personaje real que firmaba bajo ese seudónimo en «Ocios de los Españoles Emigrados», decía lo siguiente ante su sorpresa de ver los nombres de los dueños en las entradas de sus casas: «En un país (España) de espionaje e inquisición eso sería muy bueno para atrapar víctimas a mansalva. Esto sólo me anuncia que vivo entre hombres libres. Aquí nadie se recela de publicar su habitación porque la casa es sagrada y las leyes protegen los lares domésticos». Otra sorpresa le causa el que «las mujeres van solas por las calles y nadie les dice ningún piropo. En este punto llega a tal grado la confianza en las leyes, que las señoritas salen de su casa, toman la diligencia, y sin acompañante se trasladan de un pueblo a otro». Yo sentí una admiración parecida cuando visité Londres por primera vez en 1972 viniendo de una España donde existía aun la censura, y esas ansias de vivir en un lugar con menos represión y más apertura es parte de la razón por cual salieron de su país alguna de las personas que han escrito las historias que se encuentran en este libro.

A los exilados liberales les siguió el carlista Ramón Cabrera «El Tigre del Maestrazgo», enterrado en un cementerio inglés. A causa de los conflictos entre progresistas y demócratas hacia 1866 viene a Londres el General Prim y después de él le siguen los exilados de la restauración monárquica en 1875. En el siglo XX hay exilados después del golpe de estado del general Primo de Rivera, en 1923, pero no se sabe de ninguno en particular que llegara a Londres. Tienen que pasar algunos años, hasta el fin de Guerra Civil en los años treinta, para que se abra de nuevo el flujo de españoles a Londres.

Pongo aquí el poema de José Alcalá Galiano, cónsul desde 1882 hasta 1990 en Newcastle—on—Tyne. Era nieto de Antonio, que estuvo exilado también en 1820, y creó la primera Cátedra de Español en el University College de Londres, hacia 1830. Cuando lo leí yo, ya había publicado mi libro «Londres, pastel sin receta», título basado en algo que dijo Pablo —mi hijo— sorprendiéndome mucho que José Alcalá Galiano hubiera llamado también a Londres «pastel». El poema contribuye al mito que los españoles han tenido (y algunos siguen teniendo) del Reino Unido.

*Pastel de tres millones de mortales
especie lunar sobre la tierra:
capital en cuestión de capitales,
es Londres, capital de la Inglaterra*

*Ríos de fango que se torna oro
con el que a bordo llevan cien navíos,
dejando cada cual allí un tesoro
cual dejan en la mar su agua los ríos.*

*Cielo sin sol y casas culotadas,
calles donde casi viaja el que transita,
donde hay que hacer lo menos tres jornadas
para hacer al vecino una visita.*

*Plazas, palacios, parques y jardines,
edificios magníficos, museos;
miladis que parecen serafines,
niñas bonitas y milores feos.*

*Ricos ante los cuales pordioseros
parecen nuestros ricos ordinarios;
pobres ante los cuales, caballeros,
nuestros pobres parecen millonarios.*

*Esto y mil cosas más muestra la villa
más grande y populosa de este globo,
donde si no hay ladrones en cuadrilla
suele haber mercaderes para el robo.*

*Cerebro de la Europa comerciante
capital de la industria, la riqueza,
la libertad, el «Times», el negociante,
del spleen, de la Biblia y la cerveza.*

*Ved alzarse entre el humo envuelto en brumas
pueblo—almacén que el gran Támesis baña,
una enorme ciudad que el globo abruma,
Londres, cabeza de la Gran Bretaña.*

En 1939, al terminar la Guerra Civil española, miles de exilados, tanto españoles como de las Brigadas Internacionales, estaban confinados en los campos de concentración del sur de Francia tratando de salir. Mientras las organizaciones no gubernamentales británicas hacen lo que pueden para ayudarlos y algunas personas —como la familia de Frida Knight en Cambridge— acogen en sus casas a exilados españoles, en su caso a la de Fernando de la Torre, el Gobierno de Neville Chamberlain se resiste a recibirlos oficialmente y acepta a un reducido número de ellos al ver la calidad intelectual de la mayoría, dándoles permiso para establecerse en el Reino Unido, si bien se analizó cada caso por separado. A partir del estallido de la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1939, van llegando a Gran Bretaña grupos de españoles que, con los que ya había, alcanzan la cifra de dos mil, aumentando cuando Hitler invade Francia. Éstos últimos, que se embarcan apresuradamente en los puertos de la costa Atlántica con un gran contingente de refugiados de varios países que se encontraban refugiados allí, se unen al grupo que ya había llegado con anterioridad a Gran Bretaña, como los niños vascos, los marineros de la cornisa cantábrica y los exilados de 1939.

A ellos se les unen también varios centenares que se habían afiliado a la Legión Extranjera francesa y los que habían luchado en Narvik (Noruega). Cuando acaba la Segunda Guerra Mundial, la fecha 1946 marca un hito, aumentando el número de españoles que llegan a Gran Bretaña. Daniel Arasa menciona como causa la desmovilización de los que habían estado en unidades militares, unos 600 hombres, a los que se suman los prisioneros de los alemanes, el flujo originario del Norte de África, Francia y las islas anglonormandas como Guernsey, Jersey y Alderney. A esto hay que añadir las familias de los exilados que seguían residiendo en España y que pudieron venir gracias a las gestiones de la Embajada Británica



Homenaje a Luis Cernuda, con los padres de Rosa Moreno sentados a la derecha de la mesa y al fondo Lorca, Alberti, Diego. Aleixandre, Neruda, Salinas,... Foto: Fundación Federico García Lorca.



Grupo de señoritas y niños con Pepe Estruch que dio clase a los niños y montó con ellos obras de teatro. Al cabo de los años volvió a España y estuvo muy involucrado en el mundo del teatro allí. La primera empezando por la izquierda es Cora Blyth. Septiembre 1946.



Foto hecha en una de las colonias. El hombre es Luis Portillo y a su izquierda Cora Blyth, que luego fue su esposa acompañados por varias de las señoritas y maestras que vinieron de España con los niños y los cuidaron. Septiembre 1946.



Michael Portillo hablando con Conchita Iraola, Nino Moratíel y Tomás Blázquez en una de las reuniones anuales de History Talk. Es parlamentario de Kensington y Chelsea.



Enrique Moreno, padre de Rosa, hablando para la BBC.

en Madrid. Al mismo tiempo que se da una integración en Gran Bretaña —hay personas que habían pensado salir en un principio y deciden quedarse— al final de la Segunda Guerra Mundial hay muchos españoles que piden visados para irse a Francia o a países hispanoamericanos con idea de reunirse con sus familiares o porque prefieren vivir en países de habla hispana y muy pocos, en su mayoría niños de la guerra, regresan a España. Esto le interesa al gobierno británico ya que se encuentra con el problema de la desmovilización de sus propios ciudadanos. Los que se quedan esperan ansiosamente un cambio de gobierno en España que les permita volver a su tierra —bastantes lo harán por primera vez al morir Franco en 1975— ya que muchos no pueden regresar o visitarla, como le sucedió a Enrique Moreno Báez —el padre de Rosa, una de las mujeres que han participado en este libro—.

Parte del desconocimiento que hay en el Reino Unido sobre los refugiados españoles es por causa del secretismo británico debido a la guerra pero no se descarta una falta de interés por lo que sucede al otro lado del canal. La lista de españoles que aportaron tanto a Gran Bretaña, es larga —menciono a algunos más abajo— y lo asombroso es que aquí —exceptuando unas pocas luminarias— desconozcan su trayectoria. En 2004 se publicó *Bloody Foreigners* (jodidos extranjeros) aludiendo el título a uno de los insultos que se decían en este país a los extranjeros. El él se mencionan las diferentes emigraciones que han contribuido a hacer de este país lo que es, empezando por la prehistoria, y asombra al leerlo cuanto de lo que hoy se considera como la esencia del Reino Unido es aportación foránea. Lo que es más ¡En ningún momento de sus casi quinientas páginas hay una sola mención a los españoles y españolas!

La importancia política o intelectual de la mayoría de los exilados que vinieron al Reino Unido con motivo de la Guerra Civil es innegable. Negrín que llegó de Burdeos a Londres, donde pasó la mayor parte de su exilio, no se apea de su cargo de presidente del Gobierno hasta 1945. En 1946 traslada su residencia a Francia definitivamente. Negrín tiene una activa vida política y social y, con parte de los fondos monetarios y las joyas pertenecientes al gobierno de la República, ayuda a trasladar refugiados a México y funda la Asociación Juan Luís Vives que da becas para mantener a los jóvenes españoles, la mayoría niños de la guerra, y ayudas para sus estudios. Muchos de esos niños —como Luís Santamaría que ha colaborado en este libro— pudieron educarse gracias a los susodichos fondos. Santiago Casares Quiroga, otro ex presidente del gobierno, elige también Londres así como Salvador de Madariaga y Pablo de Azcárate —ex representantes de España en la Sociedad de Naciones—, Wenceslao Carrillo, padre de Santiago, —Miembro del Consejo de Defensa—, Manuel Irujo —dirigente del nacionalismo vasco—, Pi Sunyer —del catalán— ex alcalde de Barcelona y ex *conseller* de la Generalitat y muchos otros. Entre los académicos se encuentra Alberto Jiménez Fraud, que había sido director de la Residencia de Estudiantes de 1910 a 1936, y que posteriormente fue profesor de las Universidades de Oxford y Cambridge. Fueron también profesores en esta última universidad Natalia Cossio, José Castillejo, Margarita Camps, José Antonio Muñoz Rojas y el mencionado Enrique Moreno Báez, profesor en Oxford cuando estalló la Guerra Civil.

No podemos dejar de lado el nombre de Rafael Martínez Nadal, amigo de García Lorca y uno de sus especialistas, que se vino a Londres en 1936 de donde no regresó. Su trabajo como profesor en King's College, de la Universidad de Londres, y en la BBC le dieron renombre hasta su muerte. Uno de los académicos exilados fue Luís Portillo, padre de Michael —el ministro de Thatcher— cuyo primer trabajo en Gran Bretaña le llevó a ser profesor en una de las colonias de los niños vascos donde conoció a su mujer —Cora—. Después tuvo

otros trabajos. Entre los médicos que vinieron a Gran Bretaña se encuentra Josep Trueta que desarrolló durante la Guerra Civil un nuevo método de tratar las heridas, aplicado luego en la Segunda Guerra Mundial. Trueta estuvo en el Desembarco de Normandía y fue gran amigo de Madariaga con quien compartió una casa. Federico Durán Jordá, que durante la Guerra Civil dirigió los servicios de transfusión de sangre de la República y se convirtió luego en asesor durante la contienda mundial, es otro médico que se distinguió internacionalmente. De los escritores que vinieron a Londres Cernuda es el más famoso y otros que publicaron libros fueron Esteban Salazar Chapela y Arturo Barea. Entre los periodistas tenemos a Luíís Arakistain y Manuel Chaves Nogales.

Todos ellos mantuvieron una actividad sin tregua en Londres y, como bien dice Daniel Arasa, entre 1940 y 1943 convierten a esta ciudad en un centro neurálgico del exilio español. No olvidemos que durante la Segunda Guerra Mundial Londres se convirtió en el epicentro de las maniobras para vigilar las relaciones de Madrid con el Eje tratando de impedir que se uniera a ellos mientras, al mismo tiempo, se procuraba mantener una política a veces de moderación, otras de presión. Los viajes de los políticos republicanos ya fueran al otro lado del canal o a Estados Unidos preocuparon al cuerpo diplomático español y el duque de Alba, Embajador en ese momento, habla de la conveniencia de vigilarlos. Un eco que seguiría resonando en el exilio y que fomentó suspicacias entre los emigrantes, educados en la España de Franco, como explico posteriormente.

Durante la Segunda Guerra Mundial Gran Bretaña estuvo obsesionada por los «quinta columnistas» y algunos españoles se vieron a veces interceptados por la policía debido a chivatazos de personas que, al oírlos hablar en un idioma extranjero, los tomaban por espías. Algunos de ellos perdieron la vida en los bombardeos de Londres y es imposible hacer un cómputo de bajas debido a las medidas de seguridad y a que en ese momento no se llevó un censo de los muertos. Los españoles trabajaron, como el resto del país, en las fábricas de armamento, en las tareas de desescombrar la ciudad, en la flota mercantes y pesquera, (había como he dicho muchos marineros de la cornisa Cantábrica) y Rosa Moreno menciona la colaboración de su padre en el «esfuerzo de la guerra», como lo llamaban a aquí. También hubo españoles en los organismos de información y propaganda de la BBC —donde trabajó Luíís Portillo— y El Servicio Español, como se le llamó, dejó de emitirse en 1981, fecha poco acertada ya que coincidió con la Guerra de las Malvinas, quedando únicamente los programas en castellano y portugués para América Latina. Un caso extraordinario es el de Juan Pujol, espía doble que engañó a Hitler sobre el desembarco de Normandía. De lo que apenas se sabe es la participación de españoles en los pelotones de trabajo esclavo situados en las islas anglonormandas —Guernsey, Jersey y Alderney— ocupadas por los alemanes, donde construyeron fortificaciones. Los refugios y bunkers subterráneos, donde murieron muchos, fue otro de los trabajos esclavos. En Alderney hubo cuatro campos de concentración y uno fue de exterminio teniendo incluso hornos crematorios. A los muertos los enterraban en grandes fosas comunes.

Las historias trágicas y las vicisitudes de los exilados españoles que se esparcieron por todo el mundo aun no han sido reconocidas en su justa medida. Daniel Arasa transcribe en su libro un comentario de Pere Manuel Voltó que merece la pena incluir aquí. «El Departamento de Guerra inglés preparaba documentación a los que se desmovilizaban, ya que muchos llegaban carentes de ella. Un día me llamaron de un hospital del Sur de Londres diciendo que tenían un soldado británico llegado de Egipto que se había enrolado en Siria. Nadie entendía lo que decía ni respondía con claridad a pesar de que le hablaban en inglés y en árabe.

Le hablé en inglés. Luego utilicé acento irlandés, pero nada. Luego me dirigí a él en castellano y puso cara de que se le abría el mundo. Era andaluz, muy moreno, y utilizaba una jerga cerradísima».

Cuando hablamos de los exilados en Londres un grupo muy importante son los niños de la guerra —los llamados «niños vascos»— a quienes, debido a la propaganda franquista, se les asoció únicamente con Rusia aunque hubieran ido también a otros países como Francia, México, Bélgica, Suiza... Es una de las mayores tragedias del siglo XX y, si no se conoce como es debido, tanto dentro como fuera del Estado Español, se debe a que la historia española estuvo cautiva, completamente censurada y tergiversada, por el gobierno franquista. Los niños llegaron a Gran Bretaña por iniciativa privada de los comités de solidaridad con la República y el empeño de Leah Manning, una diputada laborista. Después de mucho bregar en el Parlamento consiguió que los dejaran entrar pero sólo cuando demostró de manera fehaciente que instituciones voluntarias se iban a hacer cargo de las criaturas. Los Primeros Ministros del gobierno conservador en el poder en la época que nos atañe —Baldwin primero y luego Chamberlain— no sólo evitaron activamente involucrarse en ello sino que pusieron bastantes dificultades para que estos niños pudieran venir a Gran Bretaña. Leah Manning, que tiene una estatua en Bilbao, hizo caso omiso de la cifra de niños que le permitieron traer y metió en el buque Habana, el encargado de transportarlos, a unos 4.500, el doble de lo pactado.

Los niños llegaron acompañados de sus maestros, la mayoría mujeres, —95 «señoritas»— más 122 auxiliares y diez sacerdotes. Una de las personas que les dio clase —además de Luís Portillo— fue Pepe Estruch que les ayudaba a montar obras de teatro y aquí hay fotocopiada una página de la obrita que escribió en The Culvers —una de las colonias de acogida—. La diferencia con los que fueron a Rusia y recibieron en su mayoría una gran ayuda de la URSS, en muchos casos una buenísima educación gracias al famoso oro de Moscú, es que los de Gran Bretaña —hay alguna excepción aislada— tuvieron sólo una formación técnica, si llegaron a tenerla, al faltarles en su tiempo el apoyo institucional. Los comités de solidaridad les proveyeron de ayuda material necesaria durante el tiempo que permanecieron en las colonias pero enseguida tuvieron que valerse por sí mismos. Debido a las enormes dificultades que se dieron en Gran Bretaña al empezar la Segunda Guerra Mundial, su día a día estuvo preñado de obstáculos. Una de las actividades que los niños hacían para ganar algún dinero era cantar y bailar en instituciones públicas las canciones de su tierra y aquí está fotocopiada una de las hojas del cancionero que usaban. Entre las actuaciones más famosas se encuentra la que tuvo lugar en el Albert Hall de Londres a donde asistieron muchas personalidades del momento. También fueron a Suiza, donde los alojaron en un gran hotel, algo que impactó a la mayoría de estas criaturas que nunca habían entrado en un lugar parecido.

Los niños que llegaron al Reino Unido fueron en su mayoría vascos pero entre ellos también había otros procedentes de varias regiones como es el caso de Paco Robles, nacido en la provincia de León. Unos trescientos nunca más regresaron a España, ya fuera por muerte o prisión de los padres, o en el caso de tantos como Luís Santamaría y sus hermanos, por tener la familia unas dificultades económicas de tal envergadura que la vuelta significaba morir, literalmente, de hambre. El gobierno de Franco, cuya propaganda clamaba a los cuatro vientos ser el instrumento salvador de los españoles, a partir del final de la Guerra Civil empezó a presionar y reclamar a los gobiernos extranjeros la vuelta de los niños de la guerra, cuya ausencia venía a tirar por tierra esa falacia. Por medio de presiones de todo tipo, incluso mentiras a las instituciones que los cobijaban, obligaron a los niños a volver. Muchos de ellos

comprobaron al llegar que, en contra de lo que les habían dicho oficialmente, sus padres y madres habían muerto. Los mayores fueron enviados al Servicio militar que tuvieron que repetir, algunos varias veces, y los pequeños a hospicios e instituciones religiosas que trataron de hacerles un lavado de cerebro para arrancarles de cuajo sus ideas «comunistas» y «rojas».

Como me comentaba el escritor y periodista Carlos López, todas las emigraciones son malas pero la económica española a Londres lo ha sido más ya que no vino concertada por los gobiernos de ambos países, como sucedió con Francia o Alemania. Esta ciudad siempre ha tenido fama de acoger a revolucionarios internacionales, Marx, los políticos del Apartheid y otros países africanos son algunos de los más famosos, pero el mérito de su hospitalidad ha consistido muchas veces (eso ha cambiado radicalmente a partir de las bombas de julio) más en la carencia de un control policial, dejándolos campar por sus respetos, que en la calidad de su acogida. En el pasado algunos gobiernos británicos, sea cual haya sido su tendencia política, no han cerrado las puertas al exiliado o la exiliada pero tampoco se han preocupado de él o de ella como sucedió con los niños de la guerra españoles. La emigración española empezó en los años cincuenta y a mi me han contado que quienes vinieron al principio fueron en su gran mayoría mujeres gallegas, sobre todo entre los años 52 y 54, dedicadas a los trabajos domésticos debido a unos astilleros ingleses en la provincia de A Coruña. Al regresar a Londres las esposas de los técnicos británicos se traían con ellas a una empleada doméstica que a su vez tentaba a la hermana, la prima, la amiga... Esta historia me la ha rebatido una persona pero la incluyo aquí porque habría que investigar cuanto tiene de verdad. La otra zona de procedencia era La Línea y el motivo de la marcha a Gran Bretaña fue el cierre, que ordenó Franco, de la frontera de Gibraltar a donde iban a trabajar, como sucedió con el padre de María, la mujer de Paco Robles. Esto no quiere decir, por supuesto, que en Londres no haya emigrantes de otras regiones como atestiguan los escritos de este libro.

Mabel Marañón —la hija de Gregorio— fundadora en 1954 de la sociedad benéfica *Spanish Welfare Fund*, me explicó un día el trabajo que ella y Mary Fittock —de casada Mauro— hacían en la estación Victoria para ayudar a las emigrantes. «Mary y yo nos íbamos al andén donde paraban los trenes que venían de Francia. De éstos bajaban mujeres facilísimas de identificar por su atuendo. Llevaban faldas largas negras, pañuelo a la cabeza y un hatillo con todas sus posesiones. Cuando nos acercábamos a ellas y les preguntábamos: «Tú vienes de Galicia ¿verdad?» contestaban: «¿Y luego, como lo vio?». Cuando Mabel y Mary les explicaban que Londres era muy grande y les faltaban bastantes paradas de metro para llegar a su destino, las gallegas les respondían: «Ya sé que esto es mayor que Betanzos y que no sé leer ni contar, pero garbanzos tengo. Usted me mete diez en el bolsillo y en cada parada saco uno y lo pongo en el otro bolsillo. Cuando los acabe de pasar sabré donde me tengo que bajar. Si he llegado hasta Londres también le puedo llegar a donde me indica».

Viendo hoy día a unos y a otros —las personas que vinieron exiladas y las procedentes de la emigración económica— que pertenecen en su mayoría a los mismos estratos sociales, se ve la enorme diferencia que hay entre los que vivieron bajo la República, con sus ideales de cultura y educación que ésta les inculcó, y los que recibieron de lleno la ideología del franquismo. Muchos de los hijos de la emigración económica tienden a mostrar las mismas características que los de otros continentes: rechazo a la lengua y cultura de sus mayores por creer que es inferior a la del país donde se han establecido ya que vienen de la pobreza, habiendo un alejamiento emocional de éstos. Ello ha creado conflictos de adaptación agravados en la tercera edad por el aislamiento y la falta de, no ya un bueno, sino rudimentario

conocimiento del inglés, cosa que no ha sucedido con los niños de la guerra. Yo he comprobado por mí misma que, al conocer personas españolas de la tercera edad, si son niños de la guerra, lo dicen enseguida, orgullosos de serlo, y también, de forma más o menos consciente, para diferenciarse de la emigración económica.

Por otra parte, miembros de ésta han tenido en los años de la represión franquista reticencia, por no decir un activo rechazo, a tratarse con los anteriores debido a sus ideas políticas, pensando que el contacto con ellos les iba a crear conflictos cuando volvieran a España. No hay que olvidar la represión que se vivía allí y las dificultades que los niños y niñas de la guerra no nacionalizados británicos tenían en los consulados españoles para cambiar sus pasaportes de refugiados de las Naciones Unidas por uno español, cosa que también explica Luís. El tratamiento de los funcionarios franquistas a todos ellos fue francamente deleznable y, a las mujeres que se habían casado sólo por lo civil les daban un pasaporte de soltera como le sucedió a Flora —la mujer de Luís— que, desde su salida de España, viajó por primera vez allí en los años cincuenta con sus tres hijos, como se ve en una de las fotos incluidas en este libro. Cuando hoy se organizan actividades en el Club de Mayores Miguel de Cervantes están claras las preferencias de unos y otros a la hora de elegir actos culturales o ver la televisión. Aunque los niños de la guerra hayan sufrido en su infancia la falta de una ayuda familiar y lleven a costas ese enorme trauma, a mí me parecen personas con una coherencia de vida y una formación que se distingue de la mayoría de la emigración económica cuyo interés primordial ha sido el de ganar dinero no prestando mucha atención al cultivo de otros intereses.

Los niños de la guerra trajeron consigo una fortísima identidad nacional y cultural de la que se han sentido muy orgullosos, cultivándola y acompañándoles durante toda la vida. Sus hijos, normalmente bilingües, mantienen, salvo raras excepciones, una relación bastante estrecha con sus padres y madres y han conservado la identidad con el país de sus mayores hasta el extremo, a veces, de parecer más una primera emigración que los descendientes de ella. Un buen número de éstos ha sabido aprovechar muy bien las ventajas de una educación superior que no pudieron tener sus progenitores y han llegado a ostentar cargos culturales como es el caso de Mirella —la hija de Luís Santamaría— que da clase de español e italiano en la Universidad de Nottingham, y los hijos de Conchita, de Nino y Rosita. El caso de Rosa es diferente ya que ella procede de otro estrato social.

Si analizamos de cerca las historias de vida que se han incluido en este libro veremos que en muchas de ellas juega un papel importante el interés y la curiosidad por ver y vivir algo diferente a lo que había en España. La fuerza de espíritu que les impulsó a llevar a cabo lo que se habían propuesto se pone de manifiesto en sus historias así como la capacidad de trabajo, tan importante en la emigración. Algo que no se debe dejar de lado es el papel que ha jugado el azar en las vidas de todos ellos —haberse encontrado con la persona idónea en el lugar y tiempo adecuados— como le sucedió a Jesús al llegar a Londres, sabiéndolo aprovechar muy bien. Los catalanes dicen: «*ha fet molta sort*» (ha hecho mucha suerte), porque esta puede pasar por nuestro lado y hay que saberla aprovechar. En castellano, en cambio, la frase es: «ha tenido mucha suerte». Esta diferencia sutil entre ambas, y enorme al mismo tiempo, explica mucho la esencia de las dos culturas. Los lugares a donde llegaron los participantes en este libro, y a donde llegan los emigrantes y exilados en general, tienen mucho que ver con la persona o personas que les influyeron a venir y las amistades que hicieron posteriormente. Al pasar el tiempo cada cual se estableció en diferentes partes de la ciudad dependiendo del precio de las casas o la cercanía al trabajo y el colegio de los hijos.

Es muy difícil censar la población española en Londres porque, desde la entrada en la Comunidad Europea, se han relajado los controles aduaneros. Las personas que vienen hoy suelen ser estudiantes que pasan un tiempo en esta ciudad o técnicos y profesionales que trabajan en ella. No todas las personas procedentes del Estado Español se registran en los consulados y por ello no se pueden dar cifras exactas pero, según la información que me proporcionó la Consejería de Trabajo de Londres en diciembre de 2007 vemos que hay 65,719 españoles registrados en el consulado de Londres, 8.359 en el de Manchester y 3,260 en el de Edimburgo. Esta cifra no incluye, como digo, los que pasan un tiempo en el país ya sea por motivos profesionales o viviendo a salto de mata. Entre los registrados, según me ha comunicado Helvecia García Aldasoro, quedan vivos unos 75 niños y niñas de la guerra y de ellos 5 viven en España.

En Londres hay una serie de instituciones relacionadas con la comunidad española como el *Instituto Cañada Blanch* de Portobello, colegio de primera y segunda enseñanza, cuyo nombre se debe a los apellidos de Don Vicente, un filántropo valenciano que hizo fortuna exportando naranjas y cuya fundación regenta hoy su sobrino Miguel Dols. El *Cañada Blanch Centre* —departamento que dirige Paul Preston en la London School of Economics— se llama así por recibir subsidios de la fundación. El *Club de Mayores Miguel de Cervantes*, en Camden, es un lugar muy concurrido y dos de los contribuidores a este libro, Conchita Iraola de Vázquez y Jesús G., están en su junta directiva. Lo estuvo en su tiempo Elvira Medrano que lo dejó por motivos de salud. El *Instituto Cervantes*, que se encuentra en el edificio de lo que fue el Instituto de España, es otro organismo que ayuda a aglutinar a la colonia española interesada por lo intelectual. Además de esto los restaurantes, bares de tapas y *delicatessen* españoles abundan por toda la ciudad; una de las tiendas de ultramarinos españolas más antiguas es *García and Sons* en Portobello Road donde, hace un año y medio, abrieron un bar y una chocolatería en la que se puede degustar comida casera, en forma de tapa y ración y hasta churros.

Como tantos exilados y emigrantes, los componentes de este libro llevan muchos años en Londres y se sienten adaptados a la vida británica, sin embargo, guardan en su corazón un sentimiento profundo de ser españoles. Ya no tienen que oír, como en el pasado, insultos racistas del tipo *bloody foreigners* o *bloody Spanish onions*, (malditos extranjeros o malditas cebollas españolas), Londres ha cambiado mucho desde que ellos llegaron por primera vez, y se ha «continentalizado» de forma extraordinaria en los últimos veinte años. Atrás quedan las dificultades para conseguir aceite de oliva, que hoy se vende en todos los supermercados, o tomarse un buen café, no aquella agua chirle que había antes. Barcelona se ha convertido en la ciudad ideal para muchos jóvenes británicos y España en un país a donde emigran otros perdiendo incluso la vida en ello. Los transportes y hospitales son mejores allí que en Gran Bretaña y hasta los derechos democráticos se han deteriorado aquí, una ironía espectacular para todos los que llegamos admirando el Estado de Bienestar Social y las libertades británicas.

Aunque las personas que han participado en este libro estén bien adaptadas a Londres cada cual se beneficia de la enorme riqueza que les da el poder vivir de lleno entre las dos culturas. Sin embargo, el haber tenido que dejar atrás los paisajes amados de la infancia, de los que hablan con enorme ternura y melancolía, les ha abierto una brecha interior que nunca se podrá cerrar. Con la emigración y el exilio el aquí y el allí se trastocan para siempre y, tanto si decidimos regresar como quedarnos en el Reino Unido, echaremos de menos algo del otro país. Es el precio que tenemos que pagar los que un día dejamos el nuestro.



LOS AVENTUREROS DE LA NOSTALGIA



INTRODUCCIÓN

DE CÓMO SE GESTÓ ESTE LIBRO

Kensington and Chelsea Community History Group
Reg. Charity No 801068

Come to the
Spanish Memories Group

Fridays 1.30-3.30 pm
at
Kensington & Chelsea Community History Group
240B Lancaster Road, London W11
Ladbroke Grove (near Portobello Road)



A lively group of Spanish speaking people meets each week near Portobello Road. They reflect on different aspects of their lives and they work on projects which draw on their valuable memories and experiences. Members visit local schools to be interviewed by pupils in Spanish and English and contribute to events and festivals with songs and stories.

Phone 020-7792-2282 for further information

Kensington and Chelsea Community History Group
Reg. Charity No 801068

Venga al
Spanish Memories Group

Viernes por la tarde, de 1.30-3.30

Kensington & Chelsea Community History Group
240B Lancaster Road, London W11
Ladbroke Grove (near Portobello Road)



Estimados compatriotas:
Incluimos esta hoja informativa de las actividades que el grupo *Spanish Memories Group* realiza en esta barriada y esperamos que sea de vuestro interés y nos visiteis en un futuro no muy lejano.

Llamar al 020-7792-2282 para mas información

Cartel de anuncio de las clases del grupo español en History Talk.



Actividad del árbol con los elefantes y niños de primera enseñanza. De izquierda a derecha: Conchita Iraola, Jesús G., Rosita Morell, Rosa Moreno.



Jesús G. jugando con niños de primera enseñanza.



Lolita Jorquera, Tomás Blázquez y Nino Moratíel cantando con los niños de primaria.



Rosa Moreno y Lolita Jorquera enseñando español a los niños con el juego de las muñecas.



Rosa Moreno enseñando español a una niña con las muñecas.



Rosita Morell, Conchita Iraola, Rosa Moreno, Nino Moratiel y Tomás Blázquez hablando a una clase de secundaria.

Comida fin de curso en la chocolatería española en 2004: Empezando por la izquierda: Nino Moratiel, Rosita Morell, Lala Isla, Lolita Jorquera, Conchita Iraola, Jesús G. y Rebeca Strong, la hija de Elvira Medrano.



Acto de presentación de una exposición sobre españoles en Kensington. De izquierda a derecha James y Helen —los hijos de Rosa Moreno—, Rebeca —la hija de Elvira Medrano— y Maria Rosa —la hija de Nino Moratiel y Rosita Morell que está al final de la foto.

En 1997 me llegó a las manos un anuncio que mencionaba un trabajo en *Kensington and Chelsea Community History Group*, la institución que ha recogido historias orales de los grupos de emigrantes y exiliados — afrocaribeños, portugueses, marroquíes, somalíes y españoles— que se han asentado en el barrio de Kensington durante los siglos XX y XXI. *Hoy se llama History Talk*.

Me presenté a él y hablé con Liz Bartlett, la creadora del proyecto. Yo estaba en ese momento escribiendo el libro *Londres, pastel sin receta*, publicado en 2002 por Random House Mondadori, que es una reflexión sobre mi historia personal en Londres y contiene, además, una investigación histórica, antropológica y social sobre las costumbres de los nativos que tanto me sorprendieron al llegar a esa ciudad. El libro habla también de las que yo, una española nacida en Astorga (León) y criada en Cataluña, traje conmigo. Mi experiencia era ideal para el trabajo ya que había hecho muchas entrevistas orales y estaba involucrada en el tema de la Guerra Civil, algo importante para el grupo español al estar compuesto por personas de la tercera edad a quienes la contienda influyó de una forma u otra.

Liz me ofreció el trabajo y cuando me reuní por primera vez con ellos vi que la «clase» estaba compuesta por tres hombres (cuatro en la época en que venía Luís Santamaría, un niño vasco) y cuatro mujeres (o cinco en la época en que venía Lolita Jonquera, que se ha ido a vivir definitivamente a Málaga). Al integrarme al proyecto más tarde de lo propuesto me encontré con que la organización había hecho ya la historia oral de casi todos de modo que les propuse algo diferente: escribir ellos mismos su propia vida. Les dije que esa actividad iba a ser muy diferente a la de ser entrevistados porque, cuando se habla frente a una casete, una vez que se olvida la presencia del aparato, se cuentan las cosas a borbotones aunque haya de por medio un cuestionario que guíe el pensamiento. Sin embargo la actividad de escribir lleva consigo un proceso creativo y de reflexión al poder elegir en todo momento lo que va en el papel, tanto los detalles que se cuentan como la forma de contarlo, algo que no sucede en las historias orales al ser más espontáneas. Lo que viene a la memoria en un momento determinado se enriquece después si hay tiempo para reflexionar.

La reacción de todos ellos fue casi unánime: «nos somos escritores y no sabemos escribir», «no hemos hecho nada importante» «nuestras vidas son muy corrientes», «no tengo tiempo» etc. Uno o dos ya habían escrito algo en sus casas para dejar testimonio de sus vidas a los hijos, o para sí mismos. Alguien adujo la carencia de educación formal, los pocos años de colegio, pero yo no me desmoralicé. Les di a entender que, habiendo vivido entre dos

culturas y con la Guerra Civil a cuestas, seguro que tenían mucho que decir, lo que se comprobó más tarde. Les propuse que lo intentáramos y, si veíamos que no funcionaba, lo dejaríamos.

La historia oral es algo que se ha desarrollado en España más tarde que en Gran Bretaña y es parte del movimiento que busca encontrar en lo particular algo que los libros han ignorado hasta hace poco hablándonos de los «personajes importantes» que han ganado o perdido batallas, de artistas y científicos de renombre. El movimiento feminista con su lema «lo personal es político» fue vital en el proceso que nos ha llevado al interés por la intimidad de mujeres y hombres «corrientes» que han cobrado nuevo protagonismo. La historiografía moderna usa ahora las historias orales que, en el caso de la Guerra Civil española, han sido tan importantes para aclarar lo que se había mantenido silenciado. Hoy en día cuando llega a la fama cualquier descerebrado insustancial, las vidas de personas como las que se describen aquí cobran una especial relevancia.

Cuando me reuní de nuevo con «mi» grupo en la segunda clase tuve mucha curiosidad por ver lo que cada uno había traído y todos, menos Conchita Iraola de Vázquez, que está muy ocupada, vinieron con algo escrito a mano y, si mal no recuerdo, sólo uno de ellos había usado el ordenador. Al entregármelo aducían tímidamente: «es muy poco lo que he hecho», «verás que hay faltas de ortografía» «no sé como empezar» «no sé como seguir» y cosas parecidas. Yo les dije que la ortografía era lo menos importante y que a todos los escritores nos revisan el texto correctores de estilo, incluso a los más conocidos.

Cuando el primero empezó a leer en voz alta su trocito se hizo un silencio sepulcral y el temor dejó paso a la excitación quedando fascinados todos por lo que oíamos, compartiendo por igual lo que acabó siendo una catarsis. A medida que iba leyendo, se paraba de vez en cuando para dar detalles orales de esto o de lo otro y contar de palabra lo que había dejado fuera, unas veces por falta de tiempo y otras porque al hablar se le abría la memoria. Entonces yo le decía: «eso escríbelo para la próxima vez». Al terminar fue como si se hubiera enchufado un foco de gran potencia, todos se pusieron a comentar a la vez, interrumpiéndose unos a los otros. Cada cual siguió leyendo lo suyo repitiéndose el mismo proceso de interrupciones y explicaciones orales. Estaba claro que sentían un placer enorme por rememorar ante los demás con verdadera melancolía los años pasados en España.

El efecto que hizo en todos los oyentes la descripción de cada vida fue impactante y en cada uno de los que escribían constituyó un ejercicio muy terapéutico. En algún caso la pobreza pasada en la infancia o juventud daba vergüenza y no se atrevían a entrar de lleno a contar detalles por miedo a que los demás les hicieran de menos por ello. Yo les decía: «la pobreza enseña mucho» y les comenté la frase de agradecimiento de Roberto Begnini cuando le dieron el Oscar por su película *La Vida es Bella*: «Gracias mi padre y a mi madre por la pobreza, que me enseñó tanto». De pronto recordaban detalles olvidados o mantenidos en secreto toda la vida y el respeto general por las historias de los demás causó verdadera emoción y ánimo para seguir. La reacción pues fue unánime, entusiasta y solidaria, y los comentarios a cada escrito muy positivos, añadiendo críticas literarias de forma natural y espontánea: «debes alargarte más en esto», demostrando que sus miedos a «no ser literatos» eran infundados, ganando una confianza en lo que hacían a lo largo del tiempo. Yo les leí también el prólogo que iba haciendo de modo que fue realmente un proceso de apertura personal entre todos. Tardaron bastante en dejar de considerarme «la profesora» y ahora, que han pasado cuatro años desde la primera clase, reuniéndonos los viernes durante el curso escolar, nos hemos convertido en una pequeña familia.

Pronto me di cuenta de que esa actividad no podía hacerse cada semana, ya fuera por no haber podido producir nada, muchos de ellos cuidan nietos o son muy activos en el Club de Mayores de la comunidad española, o bien porque el escribir les descerrajaba las compuertas del dolor y eso entorpecía la actividad. Me decían compungidos: «perdona pero esta semana no pude hacer nada porque empecé y me dio tanta pena...» Lo dejamos para una vez al mes y poco a poco las historias fueron teniendo un principio, un medio y un fin. Yo iba animándoles y dándoles información técnica: estos dos párrafos deben ir juntos (suelen escribir bloques cortos seguidos de punto y aparte), aquí falta explicar algo, pensad en que los lectores no os conocen etc. El libro podría haberse organizado como otros donde los capítulos giran alrededor de un tema determinado: los juegos infantiles, el colegio, los amigos, la vida en el campo, el trabajo, la comida, los novios, el matrimonio, las mujeres durante el franquismo... pero a mí, como coordinadora del proyecto, me interesaba más que nada el formato de una historia, por pequeña que fuera. De esta manera el texto no sólo gana en calor sino que deja de ser un espécimen sociológico o antropológico para convertirse en casi literatura, sin dejar de lado lo anterior. La evolución de sus vidas, de donde vienen y a donde han llegado, es lo que empuja a seguir leyendo.

Cuando todas las historias estuvieron terminadas Conchita no había aun escrito la suya y como no la podía dejar fuera, ya que su experiencia ha sido vital para la comunidad española en Londres, transcribí la historia oral que le habían hecho en el centro. Había hablado en inglés de forma que al transcribirla la fui traduciendo al castellano. Conchita la revisó después. En el caso de Rosita Morell, Rosa Moreno y Jesús G. añadí al texto escrito lo que habían dicho oralmente usando otro color para que se vea la diferencia entre lo escrito y lo hablado. Rosita era la única que se había expresado en castellano en las entrevistas y su frescura y espontaneidad se ve en el texto en rojo; tanto ella como Rosa Moreno prefieren hablar que escribir y ello se nota en la cantidad de texto rojo que hay. En el caso de Jesús apenas añadí nada de lo oral porque él había escrito mucho de antemano aunque estaba en trozos sueltos que hubo que ensamblar. Para mí fue muy interesante contrastar lo dicho oralmente con el texto escrito.

Un ejemplo de lo que han sido las clases es el caso de Tomás Blázquez que llegó hablando muy poco español, es el que está más sumergido en el mundo anglosajón, el único casado con una británica, y ahora conversa con gran fluidez. Su historia no está aquí, la sacó en el último momento, por miedo a lo que podría pensar su familia al leerla. A Nino Moratiel, Lolita Jorquera, Luís Santamaría, Mary Pollastri y Liliam Ruiz no les habían hecho la historia oral de modo que lo incluido en este libro es producto exclusivamente de lo que han escrito. Hay dos mujeres latinoamericanas: Mary Pollastri —hija de chilena e inglés que nació en Argentina pero ha vivido bastante en España— y Liliam Ruiz, la penúltima que se ha involucrado en el grupo —cubana— que también ha vivido en España. Julio Ortega, es el último que ha venido y, aunque haga poco tiempo que está con nosotros, le convencí de que valía la pena incluir su historia. Siendo español habla con acento argentino. Estas tres historias están muy entrelazadas con el exilio y la emigración a varios continentes y añaden un elemento interesante de ida y vuelta. Lo que escriben Lolita y Mary sirve de contraste al resto de las historias de este libro y le añaden una dimensión extra que no tendría de haberlas excluido. Como el elector o la lectora podrán comprobar algunos de los *escribidores* y *escribidoras*, en una medida u otra, han dejado trozos de sus vidas fuera pero lo que aquí relatan es más que suficiente para dar idea de lo que les tocó pasar y lo que han conseguido.

Leyendo los textos se advierten las diferentes ideologías y clase social de los componentes del grupo que vienen a ser un microcosmos de las que se enfrentaron en la Guerra Civil y, sin embargo, todos se respetan y no ha habido ningún problema entre ellos. Por el contrario, en este caso es como si la experiencia del dolor les hubiera desarrollado una generosidad especial hacia los demás, son personas de gran calidad humana. La diferencia de lenguaje que cada uno utiliza, tanto en inglés como en castellano, es un valor más que añadir al texto. Cada uno viene de regiones diferentes de España y Latinoamérica y han traído consigo palabras o expresiones que los otros desconocen. En el caso de Conchita, por ejemplo, su inglés es muy rico y utiliza palabras como *wireles* en lugar de *radio*, la que se usa hoy, que muestran su edad. Los extranjeros, debido a la lejanía de nuestros países de origen, conservamos el lenguaje que se hablaba en nuestras tierras cuando llegamos al país de acogida y somos como piezas de un museo lingüístico. Yo, a veces, digo todavía guateque que se ha quedado completamente obsoleta. Véase el que usa Luís Santamaría o las expresiones de respeto de Nino Moratíel cuando llama al cura de su pueblo «el señor cura» que denota un respeto rural por esa institución.

Cuando llegó el momento en que cada cual fue decidiendo que no quería escribir más, unos antes y otros después, vi el final del trabajo y les propuse buscar un título. Cada uno ofreció diferentes posibilidades pero los que mencionaban eran demasiado largos de modo que les induje a cortarlos decidiendo entre todos que «aventuras» y «nostalgia» eran las palabras que más les gustaban. Dimos con la versión definitiva que se identifica totalmente con lo que ellos querían decir. Uno de los *escribidores* —Nino Moratíel— ha querido seguir escribiendo y continuará corrigiéndole lo que produzca cuando me lo pida, aunque yo dejara el trabajo que hago con ellos. Como el lector podrá comprobar, Nino es un escritor nato. Liliam es otra «estudiante» que se ha entusiasmado con el proyecto y a la que animo a seguir aunque de momento no publique la parte que falta de su biografía. Luís Santamaría llegó al grupo con un libro a sus espaldas —*Agur Euskadi*— que saldrá más o menos al mismo tiempo que éste publicado también por el Ministerio de Trabajo. Luís es muy prolífico y tiene una memoria prodigiosa.

Como la clase de escritos era una sola vez al mes, dedicamos las demás a debatir temas diferentes (Lolita nos hizo sugerencias interesantes al respecto), a visitar algún museo o exposición e ir a colegios de primera y segunda enseñanza para hablar con los niños, lo que más les gusta. En el caso de los colegios de primaria la actividad se centra en enseñarles juegos que había en España cuando eran pequeños, antes de que los juguetes comerciales invadieran el mercado, y se canta la canción: «Un elefante se balanceaba» para enseñarles algunos números en castellano. También se utilizan muñecos pequeños para que aprendan algunas palabras como: «niño, niña, mamá»... Somos el único grupo en Londres que hace esto. En el pasado hubo otros que se reunían en el mismo centro, como los afrocaribeños, pero ya sólo quedamos nosotros. No sé si por lo que nos gusta hablar a los españoles —el deporte nacional— o porque las reuniones de los viernes se han convertido en un club, con ingredientes de terapia de grupo, donde cada cual se explaya a gusto trayendo a colación sus problemas de salud, sus alegrías y vicisitudes.

Algo que me emocionó al verlos socializar con los niños fue el cariño y la alegría tan enormes, el goce que les sale por los poros, al tratar con ellos. Como vivo en Londres desde hace unos treinta años, no estoy en contacto con personas que disfruten naturalmente con los niños ya que aquí no causan ese entusiasmo que surge de modo espontáneo en el sur de Europa y casi me he acostumbrado a dar por hecho que a los mayores les molestan las cria-

turas pequeñas. En Gran Bretaña he oído comentarios verdaderamente negativos hacia los niños, como si fueran una especie de animales que apestan, lo que no sucede, de acuerdo con el tópico cultural, con los animales. No en vano hay lugares donde sólo viven las personas jubiladas y hoteles donde no aceptan niños. Sin embargo, cuando los británicos se relacionan con éstos, los escuchan seriamente, algo de lo que a veces adolecen los españoles. La actitud peninsular se debe a la dependencia cultural que tenemos con la familia y a que no nos despegamos de ella hasta la muerte; de alguna forma seguimos siendo niños toda la vida. En los países protestantes la infancia y juventud duran menos y, a partir de los dieciocho años, por lo menos en el Reino Unido, se da por hecho que son personas adultas y pueden vivir independientemente.

Las reuniones de los viernes han sido, y son, para mí una experiencia extraordinaria porque me han proporcionado un contacto regular con personas mayores que yo y de mi misma nacionalidad. Cuando dejamos nuestros países y nos instalamos en uno nuevo, el abanico de amistades se reduce por relacionarnos con las que son de nuestra edad y tienden a compartir nuestras ideas políticas y religiosas. Yo dejé España a los casi treinta años y quedaron allí los amigos de mi familia, de una ideología y manera de vivir diferentes a las que he elegido. Aquí, aunque sea muy gregaria y me trate con todo el mundo, me faltaba el contacto con las generaciones anteriores. Los británicos suelen tener familias muy reducidas y la mayoría de los que vivimos en Londres hemos dejado a las nuestras en otros lugares. Una ventaja añadida de las «clases» es que los componentes del grupo han vivido experiencias que yo no tuve sirviéndome para aprender mucho.

Ahora sólo me resta desear a los lectores que disfruten con estas historias tan positivas y que tienen tanto que enseñarnos.

Lala Isla

Senià PC primary,
252 Fulton Road,
London
SW10 9NA

Monday 26th April 2004

Dear Lala and all of the Spanish group,
Thank you Lala and Spanish people for talking to us about your lives and we enjoyed you dancing you girls are good at telling stories. We liked you coming in to talk to us I hope you liked because I loved I want to tell you something if you think you'd like it I'll tell you truthfully if they don't like it I loved it alot just to tell is you thought nobody liked so that is why I hope you liked me letter like making you hope to tell you again

Your Sincerely,
Marco.

Carta de agradecimiento de un niño de un colegio de primaria. Fue un día cuando les bailé algo de flamenco.

Traducción:

Querida Lala y el grupo español:

Gracias Lala y la gente española por hablar con nosotros de nuestras vidas nosotros disfrutamos con tu baile vosotros sois muy buenos contando historias. Nos encantó que vinierais a hablar con nosotros espero que a la clase 5 le gustara porque a mi me encantó y quiero deciros algo si pensáis que a la clase 5 no le gustó yo os digo la verdad que si le gustó y a mi me encantó esto es solo para deciroslo en caso de que pensarais que no nos había gustado así que es pero que os guste mi carta encantado de conoceros y espero veros de nuevo.

Sinceramente

Marco.

Carta de Michael.

Carta de Leti.

21 April 2006

Querida Lala,

Queremos agradecerle los cantos de todos el colegio. Es bueno que los hicieron, los presentamos con los que los presentamos y los cantos con los que nos cantamos con los que los hicieron.

En un momento particular, me gustaría felicitar la idea de que cantaron los cantos de los cantos porque así, para ser un momento lo que es la guerra, por que hacen un momento por "guerra" pero el cantar los cantos cantos los cantos.

Gracias a esta he podido conocer a los cantos con los que cantaron los cantos que los cantos de los cantos y los cantos, poder hacerlos. ¡Gracias de nuevo!

No sé si los cantos están, además, me hace pensar muy interesante los cantos de los cantos de los cantos de los cantos.

Muchas gracias por todo. Un abrazo, María Baena.

María Baena 10. 10A

Carta de María Baena.

Querida Lala,

Queremos agradecerle los cantos de todos el colegio. Es bueno que los hicieron, los presentamos con los que los presentamos y los cantos con los que nos cantamos con los que los hicieron.

En un momento particular, me gustaría felicitar la idea de que cantaron los cantos de los cantos porque así, para ser un momento lo que es la guerra, por que hacen un momento por "guerra" pero el cantar los cantos cantos los cantos.

Gracias a esta he podido conocer a los cantos con los que cantaron los cantos que los cantos de los cantos y los cantos, poder hacerlos. ¡Gracias de nuevo!

No sé si los cantos están, además, me hace pensar muy interesante los cantos de los cantos de los cantos de los cantos.

Muchas gracias por todo. Un abrazo, Michael.

Michael



Carta de Servite Fen-Shei.

Traducción:

Querida Lala y todo el grupo español,

Gracias por haber pasado un rato con nosotros y hablar de las cosas que hicisteis cuando erais jóvenes. Fuisteis bastante agradecidos. Y cuando erais jóvenes bastante listos ya que hicisteis vuestros propios juguetes. Fue muy amable de vuestra parte el hablar de vuestra vida pasada. A mi me gustó vuestra charla y me gustaría que volvierais de nuevo.

Sinceramente

Fei-Sei

PD: Muchas gracias



Carta de Shaquilla.

Traducción:

Querida Lala y el grupo español:

Gracias por venir a hablar de las cosas de vuestra cultura. Nos encantó el baile, fue guay quizá un día podáis verme bailar baile español en la televisión espero que vengáis de nuevo adiós por ahora.

Sinceramente

Shaquilla



Carta de Andrea.

JESÚS G.



Jesús G. 20.08.1942.



Jesús G. 1954 28 años.



Jesús G. 1947 20 años.

JESÚS G.

EL PEZ FUERA DEL AGUA

MIS PADRES Y MIS ABUELOS

Nací en Paterna en 1927, durante la monarquía de Alfonso XIII, de modo que en el momento de escribir este relato tengo ochenta años. Paterna es una ciudad que está a ocho kilómetros de Valencia y que había sido muy conocida en la antigüedad por la producción de cerámica durante la ocupación musulmana. Siglos más tarde esta artesanía decayó y la producción de cerámica pasó a Manises, un pueblo limítrofe, separado de Paterna por el Río Turia.

Papá era de Aragón y mamá de la provincia de Murcia, como se ve dos puntos bastantes distantes uno del otro, y entre los dos: Valencia. El padre de papá era labrador y además regentaba un estanco. Aparte de esto papá jamás habló de su padre y nunca lo conocimos. Mi abuela paterna vivió en su casa hasta entrada larga edad y entonces pasaba temporadas con su hija, papá y una nieta, un mes con cada uno de ellos. Falleció a los ochenta y tantos años. Tampoco conocimos a fondo a mis abuelos maternos que algunos años venían a Valencia a pasar un mes de verano con nuestra familia, pero llegó un momento en que dejaron de venir, bien fuera por la distancia u otras circunstancias. Al resto de los parientes, que eran muchos, los veíamos de vez en cuando, muy brevemente, cuando pasaban por Valencia.

Cuando llegó el tiempo alistaron a papá en quintas y, cuando se incorporó al ejército como soldado, le destinaron a Mahón, en Menorca. Al licenciarse, en vez de volver a su pueblo natal, se volvió a alistar y continuó en Mahón. Mi abuelo materno era a la sazón oficial de la Marina española y creo que tenía el grado de torpedista mayor o algo parecido. Estaba destinado también en Mahón, donde vivía con su esposa y siete hijos —cinco hijas y dos hijos—. Mis padres se conocieron durante su estancia en la isla y, a su debido tiempo, se casaron en la capilla de la base naval de Mahón. A los pocos meses destinaron a papá a ejercer en San Sebastián, en las provincias Vascongadas, como se conocía entonces esa región. Allí nació su primer hijo, un varón que falleció a los pocos meses. A éste le siguieron mis dos hermanas mayores, que también nacieron en la misma ciudad, hasta que le volvieron a destinar en Mahón donde nació mi hermano. Varios años más tarde vuelven a destinar a papá a la Península y se incorpora al regimiento de artillería, en Paterna, donde nacimos mis otras dos hermanas y yo. Todos nacimos durante el reinado de Alfonso XIII excepto la pequeña, que lo hizo dos meses después de haberse declarado la Segunda República, el 14 de abril del año 1931, al salir de España el rey hacia un exilio voluntario que duraría hasta su muerte en Roma,

en febrero de 1941. Tanto mi padre como el resto del Ejército prometieron fidelidad al gobierno elegido. Más tarde muchos se acogieron a lo que se conoce como la Ley de Azaña por la cual quien quisiera podía retirarse antes de tiempo. Mi padre se jubiló el 21 de julio de 1932 con pensión de capitán y hacia mediados de 1931 halló un doble parabién: el nacimiento de su último vástago, la niña ya mencionada, y la concesión por el Ejército de la Cruz de San Hermenegildo¹. No recuerdo mucho de mi vida familiar en la infancia pero más tarde me enteré de que mi padre había tomado parte en la Guerra de Marruecos, donde estuvo hasta 1926, cuando volvió a Paterna, habiéndosele concedido tres cruces de primera clase de la Orden del Mérito Militar.

A las afueras de Paterna hay un barrio donde existe una gran extensión de terreno perteneciente al Ejército de Tierra y donde se encontraban los cuarteles de artillería. Fuera de los recintos de los cuarteles había una gran explanada y alrededor de ella casas de planta baja que estaban ocupadas por militares casados. Una de éstas fue mi casa natal. Aun existe y hace varios años fui por allí, le saqué una foto, y estuve hablando un rato con los vecinos que me dijeron que no había cambiado nada por dentro. Debido al lugar donde estábamos, llamado Campamento de Paterna, fui bautizado por el capellán castrense e inscrito en los libros de la parroquia del regimiento, sin embargo fui registrado también en el juzgado más próximo que estaba a medio kilómetro de distancia.

VALENCIA. EL COLEGIO

Ya libre de sus obligaciones militares papá decidió cambiar de domicilio y alrededor de 1934 o 1935 mis padres trasladaron su residencia a la capital, Valencia, a una casa que estaba en un edificio situado en la parte histórica de la ciudad, cerca del río Turia, que años más tarde sería mi mejor campo de correrías con otros amiguitos. Aunque estaba en un tercer piso y no había ascensor, era ideal para la familia pues era bastante amplio, con seis dormitorios, hall de entrada, un recibidor, comedor, cocina, cuarto de aseo y una galería acristalada que daba a un patio enorme donde crecía un gran árbol frutal que daba unos jínjoles muy dulces. Este patio formaba parte de un edificio que conocíamos como El Casino. Cuando llegaba el tiempo de madurar la fruta uno de los empleados del casino solía salir al patio y con una caña larga sacudía las ramas del árbol para que cayeran los frutos; era entonces cuando los críos que vivíamos en mi escalera nos asomábamos a la baranda de nuestras galerías y gritábamos: ¡jínjols! y el simpático trabajador cogía algunos puñados de jínjoles² (que semejan aceitunas, pero de un color granate) y los arrojaba en dirección a las galerías. Como es natural al que menos le llegaban era a mí, que vivía en el tercer piso, los más afortunados eran los del primero y especialmente los de la planta baja.

No recuerdo mucho de mis tiernos años pero sé que mi infancia transcurrió normalmente, sin ninguna dolencia seria. El primer recuerdo que tengo de mi vida escolar es una fotografía que se halla en mi poder hecha en el patio de una escuela que se conocía como «El Calvario», donde estamos un conjunto de niños y niñas, como unos ochenta en total, de diversas edades. Yo puede que tuviera a la sazón unos tres o cuatro años, así que iba como párvulo. Creo que mis padres pagaban por ella.

¹ Instituida en 1814, premia la constancia en el servicio militar.

² Azufaifa, fruto del árbol conocido como azufaifo.

Las dos maestras que enseñaban en mi clase eran dos monjas: sor Patrocinio —alta, de tez blanca, con lentes— y sor Carmen —baja, rechoncha y morena de cara— la que más nos gustaba a los críos. Esto se debía a que a la hora del recreo nos tenía levantados, con las manos entrelazadas en la espalda, y mientras tanto, con un puntero al que le había atado un cordel del que colgaba un caramelo, nos lo ponía enfrente para que tratáramos de atraparlo con la boca. No hay que decir el revuelo que armábamos intentando «cazar» el dulce.

Cerca de treinta años después de estos hechos, y cuando me había trasladado a Inglaterra y trabajaba en un hospital cerca de Oxford, se unió al grupo de españoles que trabajábamos allí un nuevo «recluta» que, aunque venía de Francia, su origen era valenciano. Charlando con él resultó que había vivido en el mismo barrio donde residía mi familia y al oír su apellido le pregunté si conocía a un tal Manuel. Cual fue mi sorpresa cuando me dijo que era su hermano. Resulta que todas las mañanas Manuel y yo coincidíamos en el mismo tren que cogíamos para ir a Valencia y esto no fue todo pues, metidos a fondo hablando de nuestra niñez, resulta que teníamos la misma edad y habíamos ido a la misma clase y con las mismas dos monjitas, incluso mencionó el pasatiempo al que era tan aficionada sor Carmen. Otra coincidencia fue también que, ya en Inglaterra, le enseñé la fotografía del Calvario a una señora que conocí y que me había dicho que había vivido en Paterna de pequeña. Con un gesto de sorpresa y alegría me señaló a una niña de la fotografía: era ella. Es muy cierto que el mundo es un pañuelo.

Cuando papá dejó Paterna y el ejército, encontró trabajo en las oficinas de una firma exportadora y con la pensión militar que recibía la familia, sin ser rica, vivió una existencia relativamente holgada y pudo desenvolverse en un ambiente acomodado. En Valencia mis hermanos mayores recibían educación en el Instituto de Segunda Enseñanza y mi hermana, la mayor, estudiaba para enfermera puericultora mientras que los más jóvenes asistíamos a escuelas cerca de casa. Durante los pocos años que hubo entre 1931 y 1936, cuando empezó la Guerra Civil, mi joven vida transcurrió entre la escuela y los juegos y correrías que organizábamos los críos de la calle. Los juegos de entonces eran tan diferentes a los de hoy en día... jugábamos a los cromos, al canuto, hacíamos «arca» —guerras con piedras— que organizábamos contra chicos de otros barrios. También nos construíamos patines con maderas de deshecho y rodamientos a bolas, hacíamos correrías por la huerta cogiendo fruta silvestre...

Uno de mis pasatiempos favoritos era la cría de gusanos de seda. El maestro de la escuela me daba un certificado y con él me personaba en la oficina del Ayuntamiento y allí me entregaban una tarjeta con el permiso, una licencia que me autorizaba la recogida de hojas de morera sin que me molestara nadie, especialmente los guardias municipales. Con mi bicicleta recorría como unos dos kilómetros hasta un paraje entre dos pueblos limítrofes donde crecían docenas de moreras en ambas partes de la carretera. Llenaba un saco con las hojas y a la vez llenaba de moras un bote grande que llevaba conmigo, un fruto exquisito que recreaba nuestros paladares. Este ejercicio solía realizarlo una o dos veces por semana. Antiguamente la región de Valencia era muy conocida por la producción de tejidos de seda y por ello se veían moreras por todas partes. Además de las hojas recogía también el fruto del árbol —moras—. Éstas eran de dos clases, blancas y negras. Yo prefería las primeras pues me parecían más dulces que las negras que, además, podían dejar manchas en la ropa difíciles de limpiar.

Para criar los gusanos había conseguido la semilla que consistía en los huevecillos que habían depositado las mariposas. Al principio eran casi transparentes pero al pasar el tiempo iban cambiando de color hasta volverse casi negros. Entonces sabía que había llegado ya la hora de nacer. Los minúsculos gusanillos salían al exterior donde ya les esperaba un buen número de hojas tiernas de morera. En una caja grande tenía cientos de gusanillos que con el tiempo iban creciendo con su capa reluciente y saludable. Entonces les ayudaba a crear su última morada colocando ramitas alrededor de la caja. Yo solía pasar el tiempo cuidando de mis gusanos, me encantaba ver como comían y como llegaban a su etapa final. Durante una larga temporada me entretuve en contemplar como nacían, crecían, se desarrollaban y de adultos trabajaban para formar capullos donde se envolvían con esa sutil hilatura de seda y al final terminaban quedándose encerrados en el capullo que se habían construido convirtiéndose en larva. Al cabo del tiempo y, cuando el gusano se había convertido en su interior primero en crisálida y después en mariposa, ésta horadaba la pared del capullo desde su interior y salía a la luz del día donde, sobre otro trozo de tela que yo le había proporcionado, volvía a depositar los huevecillos para la nueva generación de gusanos que más tarde, después de morir, se convertirían en otra generación de gusanos.

Algunos capullos eran blancos y otros amarillos, estos últimos son los que usaban los fabricantes de la seda y para ello los metían en agua muy caliente que ablandaba las hebras que más tarde se usarían para hacer los tejidos. Como es natural lo que yo «producía» no era suficiente para poder venderlos pero cambiaba o vendía gusanos a los otros chicos de la calle y la escuela recogiendo de esta manera algunas monedas, cromos u otras cosas.

GUERRA CIVIL

Pasó el tiempo y en julio de 1936, como culminación de muchos acontecimientos políticos acaecidos desde la proclamación de la segunda república, parte del Ejército se sublevó contra el gobierno republicano y comenzó la Guerra Civil que duraría hasta el fin de marzo de 1939 con la victoria de Franco y sus fuerzas rebeldes. Como Valencia estaba en la zona leal al gobierno establecido, papá fue llamado a filas y se quedó en la misma Valencia con el grado de capitán sirviendo en el Cuerpo de Seguridad y Asalto cuya sede estaba muy cerca de casa. Al terminar de la contienda había llegado a comandante.

Antes y después de algunos meses de estallar la guerra, algunas iglesias y conventos fueron asaltados e incendiados por la gente. Al comienzo de la guerra yo tenía nueve años y recuerdo a los aviones franquistas bombardeando la ciudad. Uno de los «entretenimientos» que teníamos los críos del barrio era entrar en algunos de estos edificios para jugar y corretear por el interior de los mismos sin encontrar ningún impedimento. Uno de ellos era el Palacio Arzobispal, situado junto a la Catedral, una de cuyas partes había sido incendiada y abierta a quien quisiera entrar. La «pandilla» lo visitaba y encontró montones y montones de sellos de correo usados, que quizás los recogían para ayudar a las misiones. Otro fue el Conservatorio de Música. Estas correrías fueron muy comunes hasta que volvió papá del frente y, a partir de ese momento, mis salidas estuvieron más controladas.

Como dije antes, mi hermana mayor era enfermera puericultora y durante el primer año de la guerra el gobierno republicano decidió enviar a México un gran grupo de niños de Valencia para evitarles los avatares de la contienda. Mi hermana fue escogida como una de las enfermeras que acompañaría a este grupo y a papá se le ocurrió la idea de que otra hermana, un poco mayor que yo, y yo mismo nos uniéramos a ese grupo pues estaríamos cui-

dados por nuestra hermana mayor. Todos los papeles habían sido arreglados pero, conforme se acercaba la fecha para ir a México mamá empezó a lamentarse de que «iba a perder tres hijos» y tan mal se sintió la enfermera con tanto lloro de mamá que, en un arranque, decidió no acompañar al grupo y cedió el puesto a otra amiga suya de modo que tanto ella como nosotros nos quedamos en Valencia. Años más tarde nos enteramos de que la sustituta de mi hermana se había casado con un mexicano y vivía en Cancún.

Olvidado este episodio nuestra vida familiar transcurrió normalmente. Recuerdo que en 1938 o 39 asistí a una escuela llamada Grupo Escolar México, fue la más agradable de todas a las que fui. Era una escuela nacional y dependía del Ayuntamiento. Asistíamos a ella muchos alumnos y alumnas a los que nos enseñaban por separado. Fueron días felices para mí. Las clases eran muy variadas y además de la educación normal también había clases de drama, educación física, manualidades e incluso tomé parte en algunas obras de teatro que representamos en un teatrillo que había en el mismo edificio de la escuela. Dicen que lo bueno se acaba pronto y eso nos pasó a nosotros al llegar el fin de la Guerra, en marzo de 1939, con la victoria de Franco, y recuerdo la entrada de los tanques y camiones franquistas.

El colegio se cerró para no abrirse más, yo tenía doce años en ese momento, y los alumnos tuvimos que buscar otras escuelas. Esto pudo deberse a las consecuencias de los primeros momentos del conflicto cuando se quemaron las iglesias y otros establecimientos religiosos y se atacó al clero. Nuestra escolaridad quedó interrumpida e, incluso durante algún tiempo, completamente paralizada ya que algunas escuelas desaparecían y otras se cerraban por temporadas. Algunos profesores, quizá porque eran de ideas republicanas, fueron a la cárcel. Para uno de ellos, Don Eleuterio, que me daba clase a mí, ése fue su destino. Lo sentimos mucho pues era muy popular entre los escolares.

Durante los próximos dos años acudí a un par de escuelas, la primera situada en un segundo piso, tenía dos maestros y dos aulas. Éramos unos catorce o dieciséis alumnos. El maestro era un tal Don Pedro del Campo a quien le ayudaba a dar clases un hijo suyo. Esta «escuela» consistía en una sala muy amplia que se encontraba en un primer piso de una plaza, situada no muy lejos de casa. En la plaza habían erigido un monumento para las fallas que tenía un motivo alusivo a esta escuela con el maestro abriendo un pupitre del que salían algunas ratas.

La segunda, mucho mayor, estaba regida por una organización semioficial conocida como Patronato de la Juventud Obrera, que todavía existe, cuyos maestros eran sacerdotes. Las clases eran bastante numerosas ya que éramos entre treinta y cuarenta alumnos por maestro. En general fue una escuela del agrado de todos. Estaba en la calle Padre del Huérfano, cerca de casa, e iba con mi hermana dieciocho meses mayor, y almorzábamos allí al medio día. Era un edificio muy grande al lado de la parroquia del Carmen en lo que creo que fue parte de un convento. Tenía unas aulas muy amplias e incluso conservaba todavía lo que parecía el claustro. Era un establecimiento mixto donde los chicos teníamos las clases en el primer piso y las chicas en la planta baja.

En una visita reciente que hice a Valencia me acerqué a la escuela y vi que hoy se ha convertido en un centro de enseñanza superior. Me concentré tratando de recordar (o soñar) aquellos tiempos de mi infancia. Este mismo claustro era a donde, como escolar y acompañado de mi padre y abuelo materno, acudí un domingo por la tarde para tomar parte en la procesión y fiesta que se celebraba ese día, yo con un gran ramo de flores y vestido de pantalón corto. Desgraciadamente el encargado que había a la entrada no nos dejó pasar. Mi

padre y abuelo trataron de hablar con él pero este señor se empeñó en que no podía ser. ¿La excusa? Que yo no llevaba «medias». Al parecer lo que tenía que haber usado eran calcetines largos y los míos eran cortos. Dejamos allí las flores que llevábamos y nos volvimos a casa.

LA POSTGUERRA

Al terminar el conflicto la situación económica fue muy precaria para la mayoría de la gente. El dinero que existía, emitido por el Banco de España durante la Monarquía y durante la República, fue invalidado por el régimen franquista. Solamente servían las monedas de plata que habían sido acuñadas por ambos gobiernos. Había que llevarlas al Banco de España y allí las cambiaban por billetes de banco emitidos por el nuevo gobierno. Esa moneda de plata nunca más volvió a ser usada por el público. Lo normal era que la gente no poseyera dinero en plata, muchos no tenían nada, y, si poseían algunas joyas u objetos de valor, los tenían que vender para subsistir. Muchísima gente, mi familia incluida, tuvo que empeñar o vender las joyas que tuvieran para poder subsistir y muchos incluso contrajeron deudas.

Al acabar la guerra los vencedores procedieron a realizar una purga de todos aquellos —según ellos— que habían luchado o tomado parte en actos de la «zona roja» pero mi padre era bastante apolítico, sólo que le había tocado estar en la zona republicana. Un día vino a casa la policía y detuvo a papá llevándolo a una prisión militar que habían habilitado en un antiguo convento en las afueras de Valencia. Al poco tiempo le formaron consejo de guerra y fue juzgado por un tribunal militar y acusado de prestar ¡¡¡ayuda a la rebelión!!!

Pongo aquí la noticia del periódico «EL MERCANTIL VALENCIANO» que habla de ello:

«Artículo 4º. CONSEJO DE GUERRA.

El próximo lunes, 2 de Octubre, 1939, a partir de las nueve horas, y en la sala de Vistas del Palacio de Justicia de esta capital tendrán lugar los Consejos de Guerra de Oficiales Generales para ver y fallar las causas que a continuación se indican, con el Tribunal que expresa:

Causa nº 44—V contra el Comandante de Seguridad Don J. G. T.

Instruyendo este Juzgado sumarísimo contra el Teniente de Artillería que fue Capitán del Cuerpo de Seguridad en esta plaza J. G. T., se interesa de toda persona que conozca detalles de su actuación durante el Movimiento Nacional se presente en este Juzgado, en el edificio de la Audiencia, cualquier día hábil, hacia las doce horas, para prestar declaración el que desee contribuir al esclarecimiento de los hechos en bien de la Justicia.»

La pena fue de doce años y un día de reclusión menor y la mención de un día significaba que podía haber sido castigado por un período indefinido. Fue enviado a la prisión antes mencionada. Lo podíamos visitar, estaba a unos dos o tres kilómetros, y mi madre le llevaba la comida todos los días. Yo le admiraba mucho, era un hombre muy honesto, muy íntegro. Años después estábamos comentando algo sobre la venganza después de acabar la guerra

y mencioné que cerca de donde había nacido había prisioneros que eran ejecutados todos los días —murieron 2257— y están enterrados en el cementerio en fosas comunes.

Después de apelar y de haber pasado trece meses de prisión preventiva, mi padre consiguió la libertad provisional y al cabo de tres años fue completamente libre. En 1978, cinco años después de haber muerto y por petición de mi hermana que se aprovechó de una amnistía, mi padre fue exonerado y anularon su cargo de «ayudar a la rebelión» borrándolo de los archivos con la consiguiente desaparición de los antecedentes penales que existían en su historial.

Durante su ausencia mi familia sufrió considerablemente al no tener su ayuda ya que no trabajaba y la pensión que había recibido del ejército le fue denegada por el gobierno de Franco. Los pequeños no trabajamos. Vivimos gracias a los préstamos de unos parientes y aunque no pasamos hambre carecimos de las cosas que teníamos antes. Yo seguí yendo a la escuela y esta vez me matriculé en la del «Patronato Social Obrero». Mi maestro era el padre Eugenio, un sacerdote de edad algo avanzada pero que se portaba muy bien con sus alumnos. Esta escuela tenía un pequeño teatro y unos meses antes de la fiesta de San Vicente, en el mes de abril, se hacían representaciones en escena para celebrar los milagros que se le atribuían al santo y que en Valencia se conocen como los «*milacres de San Vicent Ferrer*». Yo tomé parte en uno titulado «*L'ermitá de San Mateu*» y mi papel era el del ermitaño San Mateo.

Mi padre salió de la cárcel sin trabajo y estuvo así durante muchos meses porque era muy difícil encontrarlo si no conocías a alguien de influencia, sobre todo pertenecientes a la Falange, pero aun así consiguió llevar a su familia adelante. Durante los primeros años de la posguerra, especialmente, se sufrieron muchas privaciones, los alimentos eran muy escasos y había racionamiento de muchos productos alimenticios como pan, aceite, carne, en resumen: de todo. De aceite, por ejemplo, nos daban un 1/8 de litro por semana y persona. Cuando escaseaba la harina de trigo los panaderos recibían harina de maíz pero, al no poder hacer pan con ella, la repartían para que cada usuario se las arreglara por su cuenta. Hubo gente que se hizo muy rica vendiendo productos alimenticios a precios abusivos y los llamábamos estraperlistas. Cuando mamá se enteraba de que alguna tienda tenía a la venta alguno de estos productos íbamos para allí con ella y formábamos parte de la cola. Desde luego, sin hablar entre nosotros, por temor de que la gente se enterase de que éramos de la misma familia y nos echaran de la cola. Muchas mañanas mamá se levantaba muy temprano y con alguna otra vecina iban por los campos cercanos a la capital preguntando en las alquerías si tenían productos agrícolas para la venta. Algunas veces encontraban algo pero otras venía con la bolsa vacía.

Mamá no trabaja fuera de casa pero bastante tenía dentro con tantos hijos. Un día nos sentamos los ocho de la familia a la mesa. Hoy esto puede que sea un suceso extraño en Gran Bretaña donde la gente no cocina casi pero en aquellos tiempos, al menos en nuestra casa, no faltaba ninguno a las horas de las comidas y no se levantaba nadie de la mesa hasta que habíamos terminado todos. Mamá puso en el centro de la mesa una fuente llena de filetes de carne y papá se extrañó de tanta abundancia. Mamá dijo que había encontrado una carnicería y le vendieron esta carne sin racionar. Comimos bien y al finalizar mamá preguntó con insistencia si nos había gustado. Le dijimos que sí y entonces nos reveló que aquella carne era de caballo. Y desde ese día tuvimos el placer de comer carne más a menudo.

Mi padre, por su parte, probó a fabricar jabón que vendíamos por el vecindario y era yo el que le ayudaba principalmente. Por las mañanas nos levantábamos hacia las cinco de la madrugada e íbamos al mercado de abastos a comprar naranjas con un carrito de mano. Luego íbamos a la estación y las facturábamos a unos parientes que vivían en Teruel. Ellos las cambiaban por huevos que nos facturaban bien empaquetados y que nosotros ofrecíamos por las casas. Mi padre construyó una caja de madera de regulares dimensiones y tanto la tapa como los lados tenían agujeros hechos con un berbiquí³. Allí metía los huevos y otras veces fruta, especialmente peras y manzanas. Para no perecer o quebrarse, tanto éstas como los huevos iban empaquetados con viruta de madera. De esa manera y con la ayuda de la palabra «frágil» pintada sobre la caja, la mercancía nos llegaba casi intacta.

Como yo ya tenía edad para trabajar, con ayuda de unos vecinos encontré un empleo de botones en una oficina. Meses más tarde mi padre encontró un empleo fijo y la situación financiera mejoró, era más sana que en tiempos pasados. La vida en la familia se había normalizado bastante pero esa «felicidad» no duró mucho. Las penalidades sufridas después de acabarse la Guerra afectaron tanto a mi familia que algunos miembros enfermaron hasta el punto de que mi madre y tres de mis hermanas fallecieron en un espacio de treinta meses. Mi hermana, la mayor, enfermó y la ingresaron en un sanatorio al padecer de tuberculosis. Allí permaneció hasta su fallecimiento en 1941. A los pocos meses mamá cayó enferma y le diagnosticaron una enfermedad relacionada con las «cápsulas suprarrenales». En aquellos tiempos no se encontraba en España un medicamento eficaz para combatir la enfermedad y su salud fue deteriorándose hasta que, a finales de febrero de 1943, dejó de existir. Yo me encontraba en el cine, recuerdo que pasaban una película titulada «La Corona de Hierro», y durante la proyección apareció en la pantalla una nota escrita a mano llamándome por mi nombre para salir a la puerta. Allí me encontré a papá que me llevó a casa pues mamá «estaba muy mala». Cerca de casa papá me retuvo un poco y me preparó. Cuando entré en casa mamá ya estaba de cuerpo presente. Su muerte nos afectó a todos muchísimo pero quien más sufrió fue la pequeña. No comía, no jugaba, siempre se encontraba triste, en fin, que iba gastándose más y más hasta que a mediados de junio también falleció. Por si esto no fuera bastante, como si hubiera caído una maldición sobre mi familia, en noviembre del mismo año también falleció mi hermana mayor.

PRIMEROS TRABAJOS Y LA MILI

Mi vida académica fue cortísima porque a los catorce años, un año antes de ocurrir estos sucesos, dejé el colegio sin haber terminado el bachillerato o tener diploma alguno y empecé a trabajar en una oficina dedicada a suministrar informaciones comerciales, entre otros, a bancos, comerciantes y fabricantes. Hacía de botones y me dedicaba a llevar el correo a pie porque en ese tiempo no funcionaba bien. Tenía yo entonces quince años. Al terminar la jornada diaria iba a clases nocturnas que organizaba la Escuela de Artesanos y tomé cursos de inglés, taquigrafía, dibujo, contabilidad y sociología. Comencé un curso del que obtuve un certificado como delineante calcedor. Todo lo que sé viene de esa época o lo he aprendido por mí mismo. La segunda parte de este curso, delineante proyectista, no la pude empezar por llamarme a quintas, como a todo varón español, de modo que tuve que suspender las clases en la Escuela de Artesanos y hacer el Servicio Militar. En el sorteo me co-

³ Herramienta con forma de manubrio indicada para taladrar.

respondió ingresar en el Regimiento de Artillería de Costa de la isla de Mallorca. Al llegar a la isla nos llevaron a un cuartel situado en Cap Enderrocat, cerca de Palma, donde estaba el campo de instrucción, y tuve mucha suerte porque, nada más llegar, me colocaron en la oficina y me liberé de un gran número de tareas, especialmente físicas. Luego de jurar bandera me destinaron a la Plana Mayor, el Alto Mando del regimiento, en la capital, y pasé el resto de la mili como mecanógrafo del secretario del coronel del regimiento.

Aquél fue un tiempo muy agradable y, aunque echaba de menos a algunos de los compañeros que tenía en el campo, conocí a otros soldados cuya amistad continuó durante algunos años, después de habernos licenciado. El secretario era un comandante retirado y quizá, porque papá había sido militar, siempre tuvo consideraciones hacia mí. En todo momento le tuve respeto y afecto por lo bien que me trató. La taquigrafía me sirvió en varias ocasiones, especialmente en una ocasión cuando un grupo de militares llegaron de Madrid para inspeccionar una batería en Mallorca y redactar un informe sobre la misma. Como existían tantos términos técnicos a veces me era difícil adivinar el significado de los signos que había escrito. Esto me produjo ansiedad y temor, infundado como logré saber más tarde, de que se me castigara por no haber cogido el verdadero significado del discurso. Menos mal que los oficiales fueron comprensivos. El premio que tuve por esta gestión fue perder la cena de ese día.

Al terminar el servicio militar volví a Valencia. La oficina donde trabajé había cerrado porque el dueño había descuidado mucho el negocio, dejando muchísimas deudas, y debía dinero incluso a mí, en sueldos atrasados. Estuve unos meses con trabajo temporal hasta que conseguí una plaza en otra oficina similar, ésta con contrato. Trabajaba en ella ocasionalmente un inspector de policía y gracias a él pude conseguir unos meses más tarde un pasaporte para venir a Inglaterra. Por la tarde, con otros amigos, me había matriculado en el «Instituto Social Obrero» y entre los proyectos que habían asignado a los concurrentes el mío consistía en comparar los niveles de vida entre varios países, por ejemplo, cuanto tiene que trabajar un obrero español para comprarse una barra de pan. Para ello escribí a varios consulados y embajadas europeas solicitando información y unos cuatro me contestaron pero no me dieron la información que yo quería. Entonces contacté a la Embajada Británica que me envió un número de libros y revistas y un boletín mensual sobre la vida en Inglaterra. Uno de los libros tenía en la cubierta un ave Fénix elevándose de las cenizas y la palabra *resurgam*. El contenido consistía en fotografías de edificios de diversas ciudades inglesas, especialmente Londres, donde se veía la destrucción de gran parte de la ciudad por las bombas volantes alemanas y como la habían reconstruido más tarde. Las fotos me gustaron mucho y estas lecturas implantaron en mí un ansia terrible de poder ir algún día a este país y conocerlo personalmente. Empecé a escribirme con británicos, como una chica en Belfast, con la ayuda de un diccionario.

PRIMEROS CONTACTOS CON GRAN BRETAÑA

Un día, regresando a casa, estaba esperando el autobús y me encontré afortunadamente con un amigo que había sido vecino mío y me dijo que al día siguiente se marchaba a Inglaterra a trabajar en un hospital psiquiátrico. «¡qué envidia!» le dije yo y me contestó que fuera a su casa y me daría la dirección del hospital. Yo pensé ¿y por qué no tratar de hacer igual yo mismo? Al día siguiente la conseguí y le acompañé a la estación con su familia.

En la segunda mitad de 1955, ni corto ni perezoso, escribí a ese hospital pidiendo detalles y a su debido tiempo me enviaron una solicitud de empleo que rellené y devolví. No

tenía mucha fe pero cual fue mi sorpresa al recibir un buen día la noticia de que me habían aceptado y me enviarían un permiso de trabajo y los billetes de tren para ir desde Valencia a Londres y de allí a Willingford, en Oxfordshire (condado de Oxford), lugar de mi destino, ya que el hospital donde iba a trabajar está cerca de Reading. No dije nada en casa y este proceso llevó unos cuantos meses hasta que en diciembre mi deseo se vio cumplido cuando recibí un sobre algo abultado con franqueo del Reino Unido. Abrí con ansia el envío y me encontré con un permiso de trabajo y los billetes de tren. Esto iba acompañado por una carta dando detalles de cómo ir desde Londres a mi destino y cómo debía llamar al hospital que me empleaba para proveerme de transporte al mismo desde la estación. Me puse contentísimo al ver que me aceptaban, el problema era que en aquellos tiempos de dictadura franquista no resultaba nada fácil conseguir un pasaporte en España pero tuve la suerte de conocer a aquel inspector de policía que había trabajado conmigo y aceptó avalarme así que no tuve contratiempos en conseguir el mío. En esa época no venía mucha gente a Inglaterra, la emigración en masa empezó en los años sesenta y fueron a Francia, Alemania.

VIAJE A INGLATERRA

Por fin llegó el día de la «gran aventura». El 26 de diciembre me dirigí a la Estación del Norte de Valencia, con mi maleta. En la estación nos reunimos mi padre, mi hermana y un puñado de amigos míos, que habían venido a despedirme y a desearme un feliz viaje. Por fin empezó a moverse el tren y a los pocos minutos salíamos de la estación. La emoción que sentí fue tremenda y una extraña sensación se apoderó de mí por el momento pensando, como Hernán Cortés, que yo también quemaba mis naves pues no sabía cómo volvería a España. Me di cuenta de que había cortado los lazos que hasta entonces me habían unido a mi familia, mis amistades, mi forma de vivir. Aunque siempre me quedaba la posibilidad de volver a mi patria chica estaba resuelto a enfrentarme a un porvenir que, por el momento, se me presentaba algo incierto.

El compartimiento donde iba estaba medio lleno y a los pocos minutos de haber comenzado el viaje las personas que estaban allí comenzaron a hablarme preguntándome a dónde iba. ¿A Barcelona? ¿A Castellón? «¡No! Voy a Londres», les contesté yo. «¡AH!, Ya decía yo que debía ir mucho más lejos por la cantidad de gente que vino a despedirle». Llegué a Barcelona y pasé la noche en casa de unos parientes y al día siguiente me embarcaba de nuevo con rumbo a Londres vía París. Dio la casualidad de que en el compartimiento contiguo, ya en tierras francesas, me encontré con un amigo que conocí en Mallorca haciendo el servicio militar y que marchaba hacia los Estados Unidos donde le habían concedido una beca. Pasamos la noche viajando y charlando hasta que llegamos a París y yo cambié de estación para enlazar con el ferry a Dover y Juan para embarcarse en El Havre con rumbo a Nueva York, su destino final. Gracias a este incidente se me hizo corto el viaje y me entró mejor humor que al salir de Valencia. En Dover monté en un tren que me llevó a Londres. Durante el viaje, el vagón donde yo viajaba, iba repleto de viajeros pero a pesar del número de ellos, no se oía hablar a casi nadie, o si lo hacían, era en voz baja. Aquello me extrañó muchísimo. ¡Qué diferencia tan grande con la gente con quien yo había viajado desde Valencia! No hacía ni diez minutos que habíamos salido de la ciudad y mis vecinos de asiento ya me habían contado a donde iban y de donde venían.

Tras un par de horas en un tren que atravesaba campos oscuros, iluminados de vez en cuando por las luces de las casas de algún pueblo, paramos en la estación Victoria de Londres y mi llegada fue diferente a lo que yo esperaba. Al salir con mi maleta a la calle me la

encontré casi solitaria a pesar de que eran las ocho y pico de la tarde, poca gente transitaba por ella, y hacía mucho frío, un frío al que no estaba acostumbrado. En Valencia nunca había usado abrigo, solamente una gabardina, ya que nuestros inviernos eran bastante templados, y para venir a Inglaterra compré uno.

No sabía donde pasar la noche y estaba totalmente desorientado. Me tropecé con un *bobby* —policía— y chapurreando el poquísimo inglés que sabía le pregunté si conocía algún hotel. Solamente le entendía algunas palabras como derecha, plaza, izquierda, calle etc. Nos separamos, él para continuar con su trabajo y yo rascándome la cabeza, como quien dice, pensando en dónde iba a pasar la noche. Siguiendo andando llegué a una calle transversal con un rótulo que me decía que era la calle Eccleston y súbitamente me hizo recordar que en el pasado yo había recibido publicaciones enviadas desde esa dirección. Era una institución religiosa y les había escrito y me habían mandado el Nuevo Testamento. A los pocos minutos encontré la casa y entré. Me presenté y mencioné las publicaciones que me habían enviado y les pregunté si sabían donde podía pasar la noche. Llamaron por teléfono a alguien, pusieron el número en una cartulina y me acompañaron a la parada de autobús diciéndole algo a la cobradora del autobús donde me subí.

Cuando llegué al número 10 era una lavandería, un tinte, y llamaron a la dirección donde iba y les explicaron donde estaba. Cogí un taxi y después de recorrer diez minutos el distrito me dejó en mi destino donde ya me esperaban. Era una especie de pensión cuyo nombre decía: «Casa de Reposo del Trabajador Cristiano». Una organización religiosa. Me dieron de cenar y dormí, levantándome a la mañana siguiente totalmente descansado. Tuve la suerte de que se hospedaba allí un señor inglés que hablaba español, se presentó y me dijo que era un pastor protestante instalado en Argentina. Fue tan amable que me acompañó al consulado español de Londres. Al salir de la casa pasamos por el tinte y me di cuenta de que el taxista me había engañado. El pastor dijo algo así: «No te fíes de los que trabajan en el ramo de la gasolina». Por la tarde me llevó a la estación de Paddington donde cogí un tren que me llevó a Moulfold, el final de mi viaje. Al llegar a la estación, ya bien de noche, era el único viajero. Seguramente el hospital le había comunicado al jefe de estación que yo llegaba pues éste me preguntó: «*Fair Mile Hospital?*», «yes», le dije yo, y sin hablar más llamó por teléfono al hospital y vino un coche a recogerme.

Llegué a mi destino y me acompañaron a mi habitación que era un cuarto muy acogedor con un hogar donde ardía un fuego de carbón de piedra. Como estaba oscuro no me di cuenta de mis entornos. Esa noche dormí como un tronco. A la mañana siguiente me despertó un movimiento de gente y voces que hablaban en inglés y entonces me di cuenta de que había despertado en un mundo distinto.

TRABAJO EN INGLATERRA. «SORPRESAS CULTURALES»

Al salir de mi habitación vi que estaba en un edificio de dimensiones no muy grandes, conocido como el *bungalow*, que alojaba una docena de pacientes. Yo nunca había estado en contacto con personas mentalmente discapacitadas y aunque estaba un poco aprensivo me di cuenta de que no molestaban absolutamente nada y tanto Carlos, otro español que ocupaba un cuarto en el mismo edificio, como yo, vivimos una estancia muy agradable. Los trabajadores del hospital eran muy amables pero afuera notaba una barrera, en el pueblo la estaba acostumbrada a ver extranjeros y aunque eran corteses no eran muy comunicativos. Me sentí muy extranjero y algunos pacientes me decían: «*bloody foreigners why you do not*

go back to your own country?» (jodido extranjero, ¿por qué no te vuelves a tú país?). No se lo podía tener en cuenta porque estaban mentalmente enfermos. Cerca de donde estaba se encuentra el pueblo de Benson donde hay una base de la RAF —Royal Air Force— y tenía algunos conocidos allí. Y nos veíamos a veces, sobre todo en verano.

Mi nombre —Jesús— no existe en inglés y mucha gente me preguntaba que por qué me llamaba así, yo les decía que al nacer y verme mi madre, exclamó: «¡Jesús!» y me quedé con el nombre. Mucha gente aquí me llama Jay.

Unos días más tarde de mi llegada se celebró en el teatro del hospital una función que en inglés se conoce con el nombre de *pantomime* y se representa en Navidades. Cual fue mi sorpresa cuando me enteré de que la señora que estaba al lado mío era nada menos que la celeberrima Agatha Christie, autora de las tan conocidas aventuras policíacas que tanto me apasionaban. Resulta que la Sra. Christie, que poseía una casa en la vecina población de Wallingford, era la presidenta del grupo dramático de esta ciudad, el que había representado en el hospital la pantomima *Dick Wittington and his cat* (*Dick Wittington y su gato*).

Mi venida a Inglaterra significó para mí un cambio de gigantescas proporciones. La gente aquí hablaba un lenguaje diferente que no se semejaba en absoluto al español; al menos oyendo hablar a franceses o italianos me hacía una idea de lo que me decían pero con los ingleses no había manera de entenderlos... hasta mucho más tarde. Otra cosa que me chocó mucho al principio fueron los ojos de gato que vi a lo largo del centro de las carreteras y creí que eran una especie de lamparitas. Poco a poco me fui dando cuenta de las diferencias existentes entre España y mi nuevo país de residencia. La más importante fue la del clima. Me costó también bastante ajustarme a las comidas. Por un lado me encantaban los vegetales pero eso de cocinar sin aceite y usando sebo era lo más difícil de tragar.

La gente en Inglaterra se mostraba respetuosa y aunque no era fácil entablar amistad en la calle, en el lugar de trabajo tenían deseo de ayudar. Allí éramos de diversas nacionalidades: ingleses, galeses, escoceses, franceses, portugueses, italianos, polacos... y a pesar de profesar diferentes religiones e ideas, tanto intelectuales como políticas, nunca observé que hubiera discusiones fuertes o peleas. Era maravilloso ver la existencia de la libertad de expresión y el sistema democrático que existía a nuestro alrededor. ¡Qué contraste con España! Allí no había libertad política o de cultos. En muchas escuelas se obligaba a los escolares a estar afiliados al Frente de Juventudes (la rama juvenil de la Falange) y las personas que habían cumplido penas de cárcel por haber pertenecido a partidos de izquierda volvían a entrar en prisión preventiva cuando algún personaje político importante visitaba la ciudad. Cuando éstos partían los prisioneros eran liberados de nuevo.

En cuanto a la religión, al principio de la posguerra sólo estaba permitida la católica y en algunas escuelas y en el Ejército se obligaba a escolares y soldados a oír misa los domingos y comulgar el Domingo de Pascua. Algunos años más tarde hubo algo de tolerancia hacia algunas denominaciones protestantes, especialmente la Iglesia Anglicana y la Bautista. Durante años tuvimos censura en películas, revistas, libros, canciones, nos abrían el correo... En Cataluña estaba prohibido enseñar catalán en las escuelas y publicar periódicos o revistas en esa lengua. En Valencia, curiosamente, no estuvo prohibido publicar en valenciano e incluso se representaron obras de teatro valenciano.

Empecé, pues, a trabajar a finales de diciembre del año 1955 como enfermero auxiliar. Aprendí inglés leyendo los periódicos. Les pedí a la familia y los amigos de España que no me enviaran revistas o libros porque no quería leer nada en español. En el Daily Telegraph había

dos crucigramas, un fácil y otro difícil y trataba de resolverlos con un diccionario. No los podía terminar pero lo trataba. El hospital nos dio unas clases de inglés y mi vocabulario iba mejorando sobre todo cuando pocos meses después me promovieron a estudiante de enfermería y me uní a otros de diversas nacionalidades —españoles, franceses, irlandeses, alemanes e italianos en lo que se llamaba *Preliminary Training School* (Escuela de Capacitación Preliminar) cuyas siglas son PTS. Mi inglés no era, por supuesto, muy bueno pero el profesor nos enseñó entre otras cosas anatomía, fisiología e higiene escribiendo sobre una pizarra y nosotros copiándolo después. Este método nos ayudó mucho, al menos a mí, a perfeccionar la ortografía y mejorar el vocabulario inglés porque en la clase había que escribir muchísimo. Mi vida transcurría bastante bien, el trabajo era duro, pero se podía llevar sin problemas. Dos días a la semana comenzábamos la jornada a las siete de la mañana y terminábamos a las ocho de la tarde con descansos. El tercero terminábamos a las dos de la tarde y entonces teníamos dos días libres. Vivía en el hospital y las comidas las realizábamos en la cafetería del mismo.

El jornal que nos quedaba, limpio, era de dos libras y media por semana, suficiente para nuestros gastos. La vida estaba bastante barata. Mis días libres los pasaba yendo al cine, esto me ayudó a oír el idioma, y hacía desplazamientos frecuentes a Oxford, Reading y otras poblaciones cercanas. Nos comprábamos muchos objetos que, o no se encontraban en España o eran carísimos y difíciles de conseguir allí. Uno de mis placeres cuando iba de vacaciones era llevar a casa esos objetos. Al cabo de cuatro ¿cinco? años de luchar con la lengua y hacer dos exámenes escritos y de práctica, pasé mi examen final y en junio de 1961 recibí mi certificado enrolándome después como enfermero psiquiátrico en el Colegio de Enfermeras de Inglaterra y Gales lo que me dio un aumento de sueldo.

Mi hermano, que seguía mi vida en el Reino Unido desde España, decidió también probar suerte y, habiendo sido aceptado por el hospital, se unió a mí cinco meses después de mi llegada. Él, que ya había sido ATS en España, también consiguió el título y después de 18 meses decidimos trasladarnos a Londres juntos para lo que escribimos a un hospital psiquiátrico que nos concedió una entrevista y consecuentemente nos ofreció un empleo a los dos. A finales de diciembre, empecé a trabajar como enfermero fijo en el pabellón de admisiones del hospital Springfield en Tooting Bec, un barrio que está al sur de Londres. A mí me asignaron a la sala de ingresos o a admisiones, como se conoce en inglés. Ésta sala me gustó mucho porque estábamos siempre ocupados y moviéndonos de un lado a otro, además el equipo con el que trabajaba era muy bueno. El trabajo era constante, ocupándome de las admisiones, ayudando y preparando trabajo para los médicos y material para las conferencias que los especialistas celebraban semanalmente. En fin, que no podía quejarme ya que me satisfacía mi trabajo. En Inglaterra había trabajo para todos y dinero no faltaba.

Podía ir a España una vez al año y otras veces a otros países. Mis amigos fueron siempre la gente con la que trabajaba que era de muchos países: polacos, franceses, malteses, escoceses, irlandeses, italianos...

OTRO TRABAJO Y JUBILACIÓN

Yo iba al mercado de Portobello porque me agradaba el sitio. Tenía un amigo al que le gustaba la pintura e iba por las tiendas mirando a ver si encontraba algo. A veces compraba algunas cosas baratas, me gustaban las viejas. No iba a las tiendas españolas, cuando voy a España me traigo jamón porque es mucho más barato allí. Lo que si compro es arroz espa-

ñol aunque no cocino mucho, como muy simple, al vapor, ensaladas con aceite de oliva. Cuando llegué al Reino Unido la comida me pareció horrible. En el hospital, ya lo dije antes, cocinaban con sebo y daban tantas patatas fritas, algo que no comía en España.

En abril de 1965 respondí a un anuncio que había en un periódico nacional y al pasar la entrevista me ofrecieron un puesto de funcionario en temas de salud mental dependiente de un ayuntamiento que acababa de fundarse. Un tiempo después llegué a ser MWO⁴. Al principio trabajábamos con personas discapacitadas mentalmente o que sufrían problemas mentales pero en 1971 nos convertimos en asistentes sociales cuando las tres disciplinas, salud mental, bienestar social y el departamento infantil, se convirtieron en uno solo llamado Servicios Sociales. A partir de este momento el título de nuestro trabajo se convirtió en asistentes sociales de distrito. En 1983, con la implementación de la Ley de Salud Mental nos convertimos en Asistentes Sociales.

Ahora que estoy jubilado voy más a España, tengo un apartamento cerca de Valencia y también uso el Imsero. El país, la gente, la lengua, han cambiado mucho. A mi me dicen: «hablas antiguo», hay frases o palabras del español de ahora que no entiendo y a veces me siento como un extranjero allí, como un pez fuera del agua. Aquí sé que soy extranjero pero no me siento extranjero, me siento británico, porque me he acostumbrado a esta forma de vida. Pero aunque tenga un pasaporte británico siempre seré español porque nací en España, mi familia es española

Yo me uní al grupo de memorias porque como venía al mercado de Portobello vi un anuncio de este grupo en una de las tiendas españolas. Fui al centro y vi a Liz Bartlett y le dije que me gustaría venir. Me dio mal la fecha y cuando vine había otro grupo de memorias. Liz me dijo que me quedara si quería y me quedé. Todo el mundo era tan amable que me dieron ganas de venir. Y desde entonces he seguido viniendo. Trato de venir cada viernes que estoy en Londres, lo considero como algo que debo hacer, como si fuera un trabajo. Me ayuda a recordar cosas, sobre todo cuando hablamos de la Guerra Civil.

Yo me jubilé en julio de 1992. No creo que vuelva a España, me gusta vivir aquí, estoy muy tranquilo. No me gustan las fiestas, demasiada gente y demasiado ruido.

⁴ MWO: Siglas de Mental Welfare Officer (Oficial de Salud Mental)



El primer coche que tuvo con su hermano Pepe. La foto está hecha enfrente del hospital donde trabajaban.



1981 Retrato de Nozumu Ishiyama.



Jesús G. saludando a la princesa Diana en calidad de miembro de la junta directiva de Patrick House, una residencia de enfermos de SIDA.



La primera casa de Jesús G en los Pabellones Militares, N° 8 de Paterna. Hoy se llama Calle Goya 8.

CONCHITA IRAOLA

*Transcripción y traducción de Lala Isla sobre su historia oral en inglés.
Revisadas por Conchita*



José —el padre de Conchita Vázquez— en 1925.



Irene —la Madre de Conchita V.— en 1923 cuando estaba trabajando en un sanatorio de tuberculosos en Cercedilla. Se fue con otras dos chicas desde San Sebastián y les dijeron de antemano que iban a un balneario, al llegar se dieron cuenta de lo que era. Las otras dos se contagiaron y murieron.



Conchita de un año en San Sebastián.



Conchita de Primera Comunión.

Conchita con el hermano que murió en Navarra en casa de sus abuelos.



CONCHITA IRAOLA

MEDALLA A LA ENTREGA

LA GUERRA CIVIL

Nací el 25 de junio de 1929 en San Sebastián, en el País Vasco. En casa no hablábamos vasco porque, aunque mi padre lo hablaba, mi madre era santanderina. Yo lo aprendí a los quince años cuando fui al caserío de una tía a reponerme la salud ya que no estaba muy bien debido a la situación de precariedad en que vivíamos como consecuencia de la Guerra Civil y todo eso. A pesar de que no nos dejaban hablarlo yo lo hacía con las amigas, o con quien fuere, una siempre encuentra maneras de evadir las normas.

Cuando tenía seis años y medio estalló la Guerra Civil, y se puede uno imaginar lo que pasamos. Como el ejército franquista iba conquistando terreno, nosotros fuimos huyendo de San Sebastián a Bilbao y de allí a Guernika, a Santander y finalmente a Gijón donde un carguero inglés que transportaba carbón nos llevó a Francia en 1937. El viaje lo organizó el Gobierno Vasco. Mientras estuvimos en España sucedió el bombardeo de Guernika y ¡nosotros estábamos en esa ciudad! La casa donde nos habían acogido estaba cerca del mercado y el bombardeo fue durante el día. Recuerdo como si fuera hoy ver como iban llegando los aviones y también a la gente corriendo enloquecida de un lado a otro, porque era un día de mercado. Fue una masacre.

Entonces no tenía ni idea de lo que era una *svástica* pero luego, cuando supe más, me di cuenta de que era eso lo que llevaban pintados los aviones. Lo que no me entra en la cabeza es como algunos pudieron decir luego que el bombardeo lo habían hecho los republicanos. De allí nos llevaron a Bilbao. No recuerdo los detalles. Si la madre viviera lo podría contar ella misma.

Cuando la guerra empezó, mi padre y un hermano de mi madre, se alistaron en el ejército vasco y ya no supimos más de ellos, nada de nada, por mucho tiempo. Mi madre se quedó sola con su hermano, que era más joven que ella y unos años mayor que yo, y con mis abuelos paternos porque vivíamos con ellos y vinieron con nosotros, cuando nos tuvimos que ir de un lugar a otro, por no desear quedarse solos. Así que nos fuimos juntos mi madre, mi hermano, mis abuelos y yo. Mi abuelo tenía paralizado el lado izquierdo del cuerpo y andaba mal. Yo no me acuerdo de que estuviera asustada pero sí hambrienta, mi madre me lo contó después, fui una buena chica y me convertí en su soporte. Mi abuela era muy vasca, había nacido en un pequeño pueblo donde no se hablaba castellano y ella no lo hablaba, ni tampoco sabía leer o escribir. Mi abuelo, por el contrario, tuvo una buena educación y estuvo

a cargo de un sindicato vasco. Mi madre y su suegra, mi abuela paterna, tuvieron que encontrar maneras de entenderse porque la primera no hablaba vasco y la segunda no sabía el castellano.

A pesar de la escasez que había para encontrar alimentos, nosotros tuvimos mucha suerte porque dio la casualidad de que, justo antes de la guerra, mi padre ganó la lotería de modo que mi madre pudo encontrar en el mercado negro todo lo que necesitábamos. Ella se iba con otras amigas a los caseríos cercanos a Bilbao donde le daban huevos, queso, leche... Se pasaba el día entero fuera de casa y nosotros nunca sabíamos cuando volvería, y si volvería o no. Corría este peligro para poder alimentarnos pero teníamos dinero, lo que era una ventaja enorme en aquellos tiempos, y de esta forma pudimos sobrevivir.

Mientras se iba nos quedábamos solos en un edificio grande en construcción dedicado a las familias que aun existe, hoy es de una compañía de seguros. Los niños que estábamos allí, al ser niños, correteábamos de un lado a otro jugando y cuando llegaban los aviones nos íbamos a un refugio antiaéreo, que estaba debajo del edificio, para protegernos de las bombas. Se puede imaginar bien lo que pasó mi madre ya que, desde que se fueron a luchar, no supo donde estaban ni mi padre ni su hermano.

De Bilbao nos fuimos a Santander, la tierra de mi madre. Allí tenía un tío y tres primos, todos médicos, que trabajaban en Valdecilla, un importante hospital de esa ciudad. Vivían muy, muy bien, tenían un chalet muy bonito en las afueras, y nos fuimos para allí porque los funcionarios encargados de buscar un techo a las personas desplazadas nos preguntaron si teníamos donde quedarnos, y mi madre les habló de ellos. Pero una vez instalados con ellos se sintió incómoda porque eran franquistas, se entiende con el nivel de vida que tenían, aunque la verdad es que no estábamos tan mal. Hay que tener en cuenta lo que debió de suponerles el haber llegado de pronto cinco personas juntas. No me acuerdo como fue la cosa, si mi madre fue a ver a alguien o alguien vino a vernos a nosotros, pero el caso es que nos ofrecieron la oportunidad de ir a Francia.

ESTANCIA EN FRANCIA

La Cruz Roja nos dijo que a lo mejor allí tendríamos la posibilidad de saber algo de mi padre, así que nos fuimos a Gijón. Recuerdo vivamente subir a un tren con una maleta pero en lugar de la mía cogí la de otra persona y cuando nos dimos cuenta mi madre, lógicamente, se enfadó una barbaridad pero al llegar al barco carguero se le pasó. Viajamos un montón de gente, muchos niños, madres... pero no había ningún hombre. Una vez embarcados nos llevaron abajo y me parece estar viendo todavía a todas aquellas personas hambrientas y sedientas a las que les dieron latas de *corn beef*. Yo era una niña muy viva y me puse a ir de un lado a otro en el barco, ya se sabe lo que son los niños, y acabé metida en la cocina donde había un cocinero con su gorro alto, blanco, eran ingleses, lo que me pareció muy divertido. Me dieron una banqueta, me colocaron encima de ella, y mientras yo miraba todo con gran curiosidad me pidieron que cantara lo que no me hice rogar así que canté lo que se me ocurrió. Desde ese momento no me faltó el agua ni la comida.

Mi madre se preocupaba cuando yo desaparecía pero aplicando las leyes de supervivencia a la situación no le conté a nadie lo de la cocina porque, si lo contaba, se habría enterado todo el mundo. Si mi madre me preguntaba algo yo le respondía: «he comido con la señora tal o cual». Nunca se enteró de nada hasta que dejamos el barco y se lo expliqué todo. Me acuerdo tan bien de todo eso... pero de lo que no me puedo acordar en absoluto

es del puerto donde atracamos, creo que era Saint Nazaire, en el Loire Atlantique, pero no estoy segura. Al llegar nos encontramos con franceses que alojaban en sus casas a los refugiados que venían de España pero en nuestro caso era muy complicado porque éramos muchos. Nos metieron en una furgoneta pequeña, conducida por un hombre que llevaba a otro a su lado y empezamos a ir por una carretera pero el viaje no se acababa nunca y mi madre empezó a preocuparse de verdad porque aquello se alargaba una infinidad. Al final llegamos a un pueblo, de cuyo nombre no me acuerdo, que estaba muy al norte de Francia, junto a la frontera belga, cerrada en ese momento, pero de esto me di cuenta después, cuando recordaré lo sucedido.

Nos llevaron a una granja, era completamente de noche y estaba todo muy oscuro, y nos recibieron las personas más maravillosas que se puede imaginar. Los dueños eran un matrimonio con tres hijos y como recibían gente desplazada tenían camas para todos. Nada más llegar me pidieron que me fuera a la cama. Tenían una vaca que se llama Flory, es como si la estuviera viendo de nuevo, pollos, conejos... y a los niños nos dejaban ir a por los huevos, era una gente fantástica. Mi madre, por su parte, empezó a hacer contactos para saber donde estaba mi padre pero no sabía hablar francés y le era muy difícil, no nos olvidemos que estábamos en un pueblo pequeño con una iglesia y su cementerio alrededor. Cuando íbamos a la iglesia veíamos que éramos los únicos refugiados del lugar. La familia nos hizo un uniforme a mi hermano y a mí y nos dieron unas almadreñas⁵ para ir a la escuela con los demás niños. ¡Qué gente tan buena! Me gustaría saber como están. Cuando regresamos a España mi madre trató de contactarlos pero en aquellos tiempos la gente no solía escribir cartas y, aun así, mi madre les escribió y ellos nos contestaron diciendo que se les había muerto uno de los niños. En el sobre iba una foto de la niña difunta reposando en la cama. Fue tremendo, de verdad, tremendo. Después de eso perdimos por completo el contacto con ellos pero a mí hoy me gustaría contactarlos.

No recuerdo cuanto tiempo estuvimos en la granja pero, desde luego, fueron meses. En la escuela no nos fue difícil perfeccionar el francés porque viviendo en San Sebastián, tan cerca de la frontera, te acostumbras a oírlo. Ahora lo entiendo pero no lo hablo. Desde que dejamos San Sebastián nunca dejamos de ir al colegio en ninguno de los sitios donde estuvimos. A mí me gustaba ir, siempre he tenido interés por aprender, siempre. Tratábamos de seguir la vida con la máxima normalidad posible y la escuela nos daba una continuidad, una seguridad. Mi hermano nunca fue porque era tres años menor que yo, que tenía siete, pero lo perdí cuando él tenía trece años; murió de pleuresía. Luego tuve otro que nació en 1939. Mi madre solía decir: «después de lo que pasamos tuvo que morir así».

EN CASA DE MI ABUELO

Mientras estuvimos en Francia mi madre consiguió al fin tener noticias de mi padre que estaba en un pueblecito de Navarra donde vivían mis abuelos maternos. Mi abuelo era panadero y tenía una casa pequeña. Mi padre no quería regresar a San Sebastián porque, como había luchado con el ejército vasco republicano, al reconocerlo la gente, lo podían fusilar de modo que se fue a casa de sus suegros. Una vez que supimos de su paradero mis abuelos nos reclamaron y nos fuimos a donde vivían. ¡Cómo recuerdo el momento en que vi a mi padre! Habíamos pensado que estaba muerto y cuando lo tuvimos frente a nosotros comprobamos que, aun habiendo pasado las penurias de la guerra, no tenía mal aspecto. Mientras estuvo en Bilbao trabajó de carcelero de los presos franquistas que estaban en El Carmelo, el nombre de un convento de curas carmelitas donde habían instalado el presidio, pero

cuando el ejército de Franco entró en la ciudad lo metieron a él dentro en peores condiciones de las que habían tenido los anteriores. Aun así salió casi ileso, como el resto de la familia. Es increíble pensar que con todo lo que pasamos tanto mi madre como sus padres, mi hermano y yo, ninguno de los cinco tuvo ni siquiera un simple rasguño.

Nos quedamos con mi abuelo, el panadero, hasta regresar a San Sebastián en 1945. En ese pueblo, que era muy pequeño y muy rural, hicimos la misma vida de los otros habitantes. Yo fui a la escuela y tuve una maestra muy, muy buena a la que iba a ayudar por las noches para dar clases de alfabetización a los que no podían leer ni escribir. Yo era una niña pero siempre he tratado de ayudar. Mi padre, por su lado, se iba cada lunes por la mañana a otra ciudad a trabajar de albañil y se quedaba allí. En casa de mi abuelo teníamos pollos, conejos, hacíamos chorizos y había más que suficiente para comer, además una gente del lugar le prestó a mi abuelo un trozo de tierra donde sembraba (yo le ayudaba) patatas, guisantes y otras cosas, de modo que no nos faltó lo esencial. Por otra parte él hacía el pan, bollos...

Mi madre fue un ama de casa acostumbrada a una vida de servicio para todos nosotros, no había estudiado, lo normal entonces en la clase trabajadora, hoy es diferente. No hay duda de que fue una vida dura para ella. Nosotros solíamos ayudar a los labradores cuando era necesario, como en la recolección, y nos daban judías, o lo que fuera. Tuve un tiempo muy, muy feliz allí porque estaba mi padre y también un tío mío con su mujer. No había cine, ni cosas de esas, todo giraba alrededor de la chimenea y el hablar con la gente, contar chistes, no teníamos otra cosa.

REGRESO A SAN SEBASTIÁN Y PRIMEROS TRABAJOS

En 1945 volvimos a San Sebastián. Mi padre tenía unos amigos y a través de ellos le encontraron un trabajo de portero, con vivienda gratis incluida, y mi madre contribuyó limpiando las escaleras mientras seguía cuidándose de nosotros. Fue una vida aceptable. Yo empecé a ir a la escuela de forma regular, lo que no había podido hacer hasta entonces con todos los cambios de sitio. Mi primera escuela, a los tres años, había sido de monjas pero con la guerra todo eso se acabó. Al regresar a San Sebastián me incorporé a un colegio nacional y en las noches tenía clases privadas de taquimecanografía. No sé como mis padres conseguían pagarlas pero mi madre siempre estuvo muy interesada en que nos superáramos. Los maestros le decían que yo tenía buena capacidad para aprender pero nos faltaba el dinero necesario para llevarme a otro tipo de colegio. Cuando acabé el curso de mecanógrafa me puse a trabajar y mi primer empleo fue de asistente en la consulta de un dentista. No es que me gustara mucho pero podía pagar mi ropa, nada de lujos, porque le daba la paga a mi madre y ella, a su vez, nos daba un poco los domingos. Teníamos que ir andando a todas partes y no tomábamos cafés, ni té, ni nada de eso, lo normal entonces en España porque los sueldos eran muy bajos y mis abuelos no tenían pensión alguna de modo que todo tenía que salir del trabajo de mi padre.

En ese tiempo había personas que lo pasaban mal, muchas desaparecían de un día al otro, y no se volvía a saber más de ellas, pero no tocaron a mi padre ni a nadie de mi familia inmediata. Durante la guerra había puestos de vegetales y pescado, subvencionados por el gobierno, llamados de abastos y yo empecé a trabajar en la sección de vegetales, no sé ahora como. Aparte de recibir un sueldo del gobierno nos daban vegetales para llevar a casa. Estando trabajando allí alguien me dijo que había un empleo de cajera en otro sitio pero que pedían como requisito el Servicio Social. Lo de coser y esas cosas que la Sección Femenina

te exigía aprender no me molestaba pero no quería cantar ni ser indoctrinada⁷ políticamente, a pesar de no tener fuertes convicciones políticas. Lo que me fastidiaba era tener que hacer algo que a mí no me gustaba aunque supiera que sin ello no me iban a dar el pasaporte ni podía obtener un trabajo. Era una rebelde.

Para obtener ese trabajo tenía que examinarme de algo y yo le dije a mi madre que en el caso de darme el empleo podría traer un kilo de pescado al día, así que me quedé. En el local donde nos examinaban para cajera del puesto regulador de pescado había chicas que trabajan en oficinas, que eran maestras, y yo me dije ¡madre mía! ¿Y yo que hago aquí? Tuvimos varios exámenes de matemáticas y me acuerdo de que en el final acabé la última. Empezaron a nombrar a diferentes chicas diciendo: «la señorita fulana, la señorita mengana, la señorita zutana... que se vayan pero la señorita Iraola que se quede». ¡Qué miedo me entró! pero si me habían hecho quedarme era porque ¡me habían dado el trabajo! Y ni siquiera me pidieron lo del Servicio Social. Mi padre tenía a su hermano en Francia porque en lugar de hacer el servicio militar, se escapó a ese país y no podía volver a España al haberse convertido en desertor. No se vieron en mucho tiempo pero se escribían regularmente y un día mi tío nos invitó a ir a Francia con él. ¿Qué pasó entonces? Que Conchita no tenía pasaporte y para obtenerlo hacía falta el Servicio Social de modo que no pude ir.

Empecé a trabajar por la mañana en el mercado de pescado y allí me sentaba en la caja con las pescaderas a mi alrededor vendiendo su mercancía. Por la tarde hacía de acompañante a una niña muy rica que tenía trece años. Así que tenía dos trabajos, uno por la mañana y otro por la tarde. Me hice amiga de la niña y la llevaba al cine, al teatro, a tomar el té o el café, lo que fuera, y eso lo hice durante un año o un año y medio. De esta manera gané un poco de dinero y me fui haciendo un sitio en el mundo del trabajo. Fue estupendo. Un día al llegar a casa le dije a mi madre: «dejo el trabajo» y seguidamente le expliqué lo que me había pasado. Un día había pasado por allí el marido de una señora que solía venir a comprar pescado y que tenía una oficina en un gran negocio donde se llevaban cuentas y al poco tiempo le dije a su mujer: «Doña Eugenia, pregúntele a su marido si tiene un trabajillo para mí en algún sitio». Y el marido habló conmigo para ofrecerme un puesto en ese negocio y no lo pensé un minuto, salté del que tenía a este. Empecé en la sección de imprenta y de allí me ascendieron a la oficina y acabé lidiando con toda la red de transporte que tenían, camiones que venían de Valencia, de toda la costa valenciana. Yo tenía que pagar a los camioneros, tenía la combinación de la caja fuerte. Un tiempo después conocí a mi marido, me casé y me vine para aquí.

BODA Y VIAJE A LONDRES

A Benjamín, mi marido, lo conocí en San Sebastián cuando estaba de vacaciones porque él había estado trabajando en Londres desde 1947. Era camarero profesional y había trabajado en Madrid, en muchos sitios. Empezó su vida profesional a los quince años, escribía artículos —es un hombre con gran sensibilidad que escribe muy bien—, pero debido a la guerra su vida tomó otro rumbo. Él nunca había estado en San Sebastián de vacaciones, sólo para trabajar, y fue a un salón de baile donde dio la casualidad de que yo también estaba. Esto sucedió en 1953. Cuando se fue de nuevo a Londres nos empezamos a escribir y mantuvimos la correspondencia durante un año. Me casé con un hombre que conocía poco, sólo por carta, y me vine a un país del que no tenía ni idea como era, ni hablaba la lengua. Nos casamos en España y salí con él directamente a Gran Bretaña. Era la primera vez que iba al extranjero porque, como dije antes, con lo del Servicio Social no había podido ir ni a Francia.

Y desde el día que lo conocí hasta hoy hablamos, discutimos cosas, pero jamás hemos tenido una riña de ningún tipo. Como mi marido trabajaba en el sector de la hostelería tuve que hacer de madre y padre de mis hijos porque él, cuando estaba en casa los fines de semana, les consentía demasiado.

Cuando yo llegué a Londres Benjamín trabajaba como camarero de primera categoría en el Alcántara, un barco de la naviera Royal Mail que iba de Southampton a la Argentina. Tuvo ese empleo durante cuatro años y cuando se vino a casar conmigo había acabado de firmar el contrato de un viaje más. Nos casamos el 15 de agosto y vinimos a Inglaterra en septiembre, pasando antes una semana en París. O sea, que nada más llegar él a Londres se tuvo que volver a ir en octubre y yo me quedé sola. No sólo eso sino que me había dado cuenta de que al poco tiempo de casarme me había quedado embarazada. En 1954 había poquísimos españoles en Londres. Él tenía alquilada una habitación en la calle Stanhop Street, en la zona de Mornington Crescent. Uno de sus amigos que estaba en el barco con él y su mujer Margaret, que era escocesa, nos vinieron a buscar y nos llevaron a esa habitación pero cuando llegamos a ella no supe si dejar la maleta en el suelo o salir por la puerta y volverme a casa. ¡Había que ver el estado de esa habitación!, la cama incluso sin hacer. La dueña no había tenido la delicadeza de hacer nada para darme la bienvenida.

Yo pensé para mí: si escojo volver de nuevo a San Sebastián la gente va a decir: «miradla, se ha ido y ahora regresa de nuevo» y no podía hacer eso, tenía que probar como me iba. No podía hacer otra cosa. Un amigo de mi marido que trabajaba con él en el barco le dijo: «¿cómo has sido capaz de hacer esto? Es increíble». Ese amigo pensó que yo no iba a estar muy a gusto en esa habitación mientras mi marido estaba embarcado y me llevó a vivir con una pareja, él era español y ella italiana. Pero lo que hice es ir de lo malo a lo peor. Todavía estoy muy agradecida al hecho de que me acogieran pero no sigo en contacto con ellos. Ella era una de esas mujeres italianas que mudan de carácter todo el rato, una semana estaba encantadora y a la siguiente ni quería hablar contigo. Así que se puede imaginar el lector como me llegué a sentir.

EMBARAZO Y PARTO

Cuando yo llegué a Londres pensé que Inglaterra era un país muy diferente de España, tan bien organizado, y había mucho trabajo en comparación con la España que dejé. El racionamiento había acabado, lo que no era igual cuando llegó mi marido en 1947 porque aun tenían las cartillas de racionamiento. Cerca de la primera casa donde vivimos, en Mornington Crescent, había un mercado y nada más llegar a Londres, me acuerdo muy bien, Benjamín me explicó como funcionaba el dinero: «esto es una libra, estos son chelines» y cuando acabó me dijo: «ahora vete a comprar» y yo le contesté «¿a dónde?» «al mercado, si no, no vas a aprender». Y al día siguiente de llegar ya estaba haciendo la compra. El me daba el dinero para la semana y al final de la primera me sobraron 5 libras y me fui a Correos. Al llegar le hablé al hombre de la ventanilla, no tengo ni idea como, y le dije: «tengo 5 libras que quiero poner en una cartilla». Él me dio un papel, y yo le dije: «no, *book, book*», porque lo que yo quería era una cartilla de ahorro. El hombre, a su vez, trataba de explicarme que me iba a llegar por correo pero yo no le entendía. Me fui de allí poco contenta pero al cabo de una semana llegó la susodicha cartilla en un sobre a mi nombre. Y mi marido lo ve y me dice: «¿Quién te escribe?». Cuando lo abrimos había las 5 libras del ahorro. Yo quería enviarle un dinero a mi madre. Se sintió muy orgulloso de que yo hubiera podido hacerlo sola. Le dejé

muy claro: «hasta que no se demuestre que no puedo lidiar con el dinero, me dejas hacer las cosas como quiero» y así hasta hoy. Ahora los dos llevamos la casa juntos, sin ningún problema.

Mientras él estuvo embarcado yo tenía que ir a que me vieran regularmente en el hospital de Paddington pero me di cuenta de que nadie iba a venir conmigo, estaba muy sola. Pensé que me iba a acompañar la señora italiana, su marido también trabajaba en hostelería, pero sólo vino una vez, ella se dedicaba a ir a las cafeterías del Soho a tomar café. Yo no entendía lo que me decían los médicos y me acuerdo que una de las veces me preguntaron: «¿*what is your religion?*» pero yo no entendía lo que quería decir religión tal como lo pronunciaban en inglés. No sé como me las arreglé pero el caso es que siempre acabo arreglándomelas sola. Por poco perdí a mi primer hijo con toda la tensión que me produjo aquella situación. Ya tenía veinticinco años pero nunca había dejado mi país y todo era muy extraño para mí, el país, la lengua, la gente... lo pasé muy mal. Cuando nació mi hijo mayor por poco se muere. Me dijeron que debía estar quieta siete días pero, como no estaba en mi casa y dormía en el cuarto de estar, tenía que levantarme por obligación. Alfred Molina, el actor, era el hijo de la familia, un bebé, es algo mayor que mi hijo, y cuando su madre se iba a tomar café por ahí con las amigas yo le cambiaba los pañales. El creció por la zona de Westbourne Park y me encantaría volver a verle, se casó con la actriz Gil Gayscoyne y creo que ahora viven en América.

Cuatro semanas después del parto, mi marido regresó de nuevo. Encontramos a un amigo suyo que mencionó a otra persona que podíamos ir a ver, en Stoke Newington, al noroeste de Londres, porque parecía que tenían una habitación para alquilar pero al vernos la patrona nos soltó al llegar que no quería niños en su casa. Yo le comenté a mi marido: «falta poco para el parto y no quiero que el bebé esté donde vivimos ahora». Así que el dueño le dijo a su mujer: «no los dejes sufrir» y dirigiéndose a nosotros nos aclaró: «tienen ustedes la habitación». Este señor —Emilio— trabajaba en una fábrica de plásticos y tenía un buen puesto. Después nos hicimos tan buenos amigos que cuando él murió en el Norte de Gales le dije a su mujer que cuando le llegara a ella la hora yo me encargaría de que reposara eternamente con su marido, cosa que cumplí. Emilio fue como un padre para mis hijos. Ella era asturiana y él de Madrid. Yo creo que tuvieron suerte con nosotros porque no tenían familia en Londres para ayudarles. Joseph, mi hijo pequeño, que vive en Inglaterra, sigue yendo al cementerio galés a ponerles flores.

Viviendo en Mornington Crescent me iba andando a todas partes porque no sabía cuando iban a venir los autobuses. Solía ir andando hasta Oxford Street y entraba en uno de los grandes almacenes donde me probaba todo lo que podía y luego regresaba a casa andando. Me podía haber perdido pero nunca me perdí. Si tomaba el metro les preguntaba a tres personas por la misma dirección y si las tres coincidían seguía sus indicaciones pero si había una que decía algo diferente no me montaba. Estuvimos en la habitación de Stoke Newington hasta que mi hijo menor tenía siete años y el mayor catorce, cuando compramos la casa en Enfield.

Por ese entonces Emilio y su mujer se mudaron también a Gales y los íbamos a visitar de vez en cuando. Un día, en Navidades, tuvo un ataque de corazón pero se recuperó. Salió adelante y siguió viviendo por un tiempo pero unas Navidades, estando mis niños con ellos, le dio otro ataque y se murió. Cuando ella me llamó diciendo: «*Conchita, Emilio is gone*» (*gone* es un eufemismo inglés que significa morir) yo le contesté: «¿y a dónde se ha ido?» «está muerto» me respondió ella. Mis hijos estaban en ese momento con ellos. Era antes de

Nochebuena y yo me dije: «tengo que irme para allí porque el pequeño debe estar muy asustado». Entonces llamé a mi marido diciéndole lo que había pasado y luego fui a la estación de Euston y cogí un tren para ir a buscarles. Pero no paró en Bangor, donde me tenía que bajar. Era el tren que llega hasta Holyhead, la ciudad de la isla de Anglesey, en el norte de Gales, de donde sale el ferry que va a Irlanda. El tren iba lleno de irlandeses que no paraban de beber y yo le pregunté a una señora: «¿Para en Bangor?» Y ella va y me contesta: «no, pero se pueden venir a Irlanda y pasar las Navidades con nosotros». Así que me fui a hablar con el inspector del tren y le expliqué lo que estaba pasando y que era capaz de tirarme del tren en marcha para ir a ver a mis hijos. «No se preocupe, señora, que cuando cambie de turno el personal se lo digo al jefe» respondió. El resultado es que pararon en Bangor para que me bajara. Era de noche y cogimos un taxi. Al llamar a la puerta de la casa me di cuenta de que mi hijo mayor se había ido con uno de los vecinos hasta el puerto de Holyhead, donde tenía que acabar el trayecto, para buscarnos. En toda mi vida, no me pregunten por qué, siempre me han ayudado de una forma u otra.

MIS TRABAJOS EN LONDRES

Como tenía niños pequeños no podía ir a la escuela a aprender inglés pero mi amiga María se cuidaba de vez en cuando de ellos para que Benjamín y yo pudiéramos ir al teatro y, de esta manera, he podido ver a todos los grandes actores como John Gielgud. Mi marido tenía un buen empleo y le gustaba el teatro y creo que eso contribuyó mucho a que yo aprendiera buen inglés porque me fijaba mucho en como pronunciaban. La televisión era otra ayuda importante y también hablar con la gente y oír la radio. La verdad es que he aprendido el inglés en la calle pero no he tenido mucho tiempo de leer porque no me educaron para hacerlo, en España no leía nunca. Me concentré todos los años en trabajar y ganar algún dinero. Cuando en los años setenta me inscribí en la Asociación para el Bienestar de los Españoles tuve que ayudar mucho a la gente y enlazar con las instituciones británicas como los Servicios Sociales, las oficinas de impuestos, los hospitales... y probablemente todo esto vino a ser como una especie de profesor de idioma. También tuve que ir a los juzgados y tratar con abogados porque, en un momento determinado, tuve que ayudar a alguien. En la Consejería Laboral me dijeron: «no se preocupe, Conchita, que usted se vale muy bien sola».

He tenido que lidiar con litigios de vivienda, de trabajo, he tenido que ir a las oficinas de los seguros, del consumidor, que he usado mucho cuando ha habido problemas y donde me han dado muy buenos consejos. En caso de haber complicaciones yo sigo siempre las normativas de las instituciones españolas o británicas. También me ha tocado enviar tres difuntos a España y el primero fue un hombre del barrio de Enfield. La hija me llamó diciéndome: «Conchita mi padre se ha muerto en la calle» ¡Dios mío! pensé yo. Era un hombre que no se tomaba las medicinas que debía. Me fui al consulado y me explicaron lo que tenía que hacer, primero buscar el certificado de defunción para llevarlo a la funeraria etc. etc. Cuando hablé con los funerarios me explicaron: «bueno, nunca hemos mandado ningún cadáver a España pero se lo vamos a solucionar» El problema era: ¿quién iba a pagar todo? Costaba 1.000 libras llevar el ataúd a España pero me acabaron cobrando 100.

Otro caso fue el de una mujer española que se ahorcó en su casa. Cuando el marido me contactó se lamentaba: «Conchita, yo no puedo hacer esto solo». El tercer caso fue el de una chica de veintiún años que había venido de vacaciones y tuvo tan mala suerte de caerse por las escaleras y se dio un golpe en el cemento del suelo. Y como éstos podría contar mu-

chos más casos. También he ayudado a personas italianas y si alguien británico me pidiera ayuda lo haría también, no discrimino, pero pienso que mi gente necesita más ayuda. Si yo he ayudado a tantas personas en el pasado es porque yo misma lo pasé muy mal al llegar a Londres y nadie me ayudó. Sé bien lo que significa estar en esa situación.

Cuando los niños eran pequeños, mientras iban a la escuela, empecé a trabajar. El dueño de la casa donde vivíamos lo hacía en una empresa donde fabricaban muñecas de porcelana y empecé a trabajar con ellos por la tarde. Eran judíos. Me pagaban con dinero corriente y sonante, así no lo tenían que declarar, no me acuerdo ahora de lo que me pagaban. Por medio de un gancho yo colocaba las piernas de las muñecas que estaban unidas por un elástico. De allí fui a trabajar a la cocina de una escuela.

Nosotros nos mudamos a Enfield porque a mi hijo el mayor le dieron una beca en un colegio que estaba en ese barrio y al mismo tiempo los dueños de la casa, como dije antes, se iban a Gales. Un día me encontré con una señora que tomaba el mismo autobús que yo y me preguntó: «¿Conchita, estás trabajando?» Y yo le contesté: «No puedo, tengo que cuidar a mis hijos» Pero ella me respondió: «es que necesitamos gente en mi oficina». Y como yo ya había trabajado en una en España fui a donde me indicó. Era una empresa que hacía chapas de aluminio. Aun hoy día me pregunto como me emplearon sin poder demostrar que tenía experiencia o alguna calificación británica. Tenía que ser por fuerza alguien competente para que me aceptaran tan de buenas o ellos debían estar desesperados por encontrar a alguien. No me entrevistaron ni preguntaron por mis conocimientos, por nada. Fui con mi amiga Carol que trabajaba allí de recepcionista, les debieron bastar las referencias que ella les dio de mí. Estuve trabajando en la oficina del jefe durante más de un año y no me aumentaron el sueldo hasta que un día le pregunté a mi jefe inmediato que por qué no me lo subían. Me contestó que porque no hablaba bien inglés. Así que al final de la semana dejé el trabajo. Una amiga le debió decir algo al director de la empresa porque a las dos semanas me llamaron para verme. Me preguntó qué había pasado y se lo conté. Me pidió que regresara y yo le propuse entonces que me pusieran en el departamento de cuentas y él aceptó. Les vine muy bien porque cuando Gran Bretaña pasó del sistema imperial al métrico yo estaba allí, así que imagínense los lectores la ventaja que tuvieron conmigo. Me sentí como el gallo del gallinero. Los jefes eran gente fantástica, maravillosa. Todavía intercambio tarjetas de felicitación en los cumpleaños con Jeane, la secretaria, y en Navidades nos mandamos regalos.

Dejé ese trabajo porque lo de llevar las cuentas es muy árido, sobre todo cuando estás en el departamento de ventas porque tienes que pasar todo el tiempo pidiendo dinero. La gente quiere cobrar pero no le gustaba pagar. De ese empleo me fui a otro de enfermera auxiliar en la zona geriátrica de un hospital y para ello me entrevistaron previamente. Tenía que estar de 9 a 5 pero mi hijo pequeño empezó a llorar diciendo que lo iba a dejar solo. Y aunque ya me habían tomado las medidas del uniforme no fui. Entonces una amiga española me avisó de que en un determinado hospital con capacidad para cuarenta camas necesitaban una cocinera por las tardes, de 3 a 7. Y lo acepté. Una vez que ya estaba trabajando el jefe de catering me invitó a que hiciera un curso de catering que duró cuatro años, con sus exámenes incluidos, y también me saqué un certificado de higiene lo que duró dos años. Mis hijos me habían advertido: «mamá no vayas, que vas a tener que hacer un examen y a lo mejor no puedes». Y para demostrarles que sí podía me empeñé en ello y encima saqué las mejores notas.

¿NACIONALIZARME BRITÁNICA?

Yo he tenido sobre todo amigos españoles, aunque haya tenido también amigas británicas como Jeane, pero no en grandes cantidades. Lo que sucede es que desde 1977 he estado muy involucrada con la comunidad española y el día sólo tiene 24 horas. Los ingleses que he conocido en las oficinas los he encontrado muy eficientes y me han ayudado mucho. Tengo que decir aquí que los británicos tienen mucho más control de sí mismos que nosotros, los españoles. En general todos los británicos que he encontrado en todas partes han sido muy amables conmigo y me han echado una mano cuando más lo he necesitado porque he hecho cosas que requerían ayuda. No sé si esto se debe a mi manera de ser y comportarme con ellos. No tengo nada malo que decir sobre Gran Bretaña, excepto el tiempo. Lo mismo con la comida, la gente dice esto o lo otro sobre la comida de este país pero aquí encuentras de todo para hacer lo que quieras. O sea, que la gente que protesta, es porque no aprovechan lo que tienen.

Yo me siento 100 % española, a pesar de la política, de lo que sea. Pertenece al país de donde hemos nacido y debemos ser leales a él porque es nuestro país. Yo soy primero española y luego vasca. El país es España y la región Vasconia, las dos cosas van juntas porque, aun hoy, el pasaporte sigue siendo el español para todos. Y si no quieres usarlo, no vayas a ningún sitio. Yo no tuve pasaporte para ir a Francia porque no estaba de acuerdo con la forma de conseguirlo. No importa el daño que te hagan unos u otros, al fin y al cabo son individuos, el país no es el que te daña. Yo creo que la lengua vasca es muy bonita, muy dulce, y nadie sabe de donde ha venido, a mí me gustaría saberlo antes de morirme. Todo lo que está relacionado con la lengua vasca, como el folklore, es muy bello y tiene que ver con España. Lo que enriquece a un país son sus diferentes regiones y la lengua vasca es parte de una región.

Yo decidí que no iba a ser una ciudadana británica. Si con ello hubiera facilitado la vida de mis hijos, me habría hecho británica y si me hubieran dicho que mis hijos no podían entrar en una escuela determinada por no ser yo británica habría pedido serlo. Pero hace años no era fácil tener esta nacionalidad porque tenías que pasar un examen. Un buen ejemplo serían los dueños de la casa donde vivimos. Él era un refugiado español de la Guerra Civil que luchó con los ingleses en Noruega. Esto sucedió porque al empezar la Segunda Guerra Mundial tenía la posibilidad de regresar a España, algo que no podía hacer por razones políticas. Podía entonces ir a la Legión Francesa o enrolarse en el Ejército Británico, lo que hizo, como tantos otros. Cuando se licenció del Ejército le ofrecieron la posibilidad de convertirse en ciudadano británico como compensación por su lucha, pero él la rechazó pensando que un día volvería a España y de esta manera continuó siendo un ciudadano sin nacionalidad. Este hombre vivía en Inglaterra y un tiempo después, cuando se dio cuenta de que no podía regresar a su país porque Franco seguía en el poder decidió hacerse británico. Un oficial de la Home Office (el Ministerio del Interior) vino a su casa para hablar con él y le denegaron la petición alegando que hablaba muy poco inglés. Mi marido escribió entonces una carta al parlamentario local explicándole todo. El hombre de la Home Office volvió a entrevistarlo de nuevo y entonces sí le dieron la nacionalidad. No era fácil en ese momento, de modo que nosotros no la pedimos por esa razón.

MIS HIJOS

Cuando a mis hijos les llegó la edad de ir al colegio estábamos viviendo en Stoke Newington, donde había un colegio de jesuitas. En España la educación en esa orden es cara y

pueden acceder a ella sólo las clases altas. Yo vi. el colegio y pensé que podría tener una oportunidad porque San Ignacio de Loyola era vasco. Cuando mi hijo Manuel tenía tres años fui un día a ese colegio, llamé a la puerta y pregunté qué es lo que tenía que hacer para poder matricular a Manuel. Me dijeron que no podía entrar hasta los 11 años pero que podía llevarlo antes a un colegio privado de monjas. Mi hijo estudió con ellas. Cuando llegó el examen de ingreso, lo que aquí llamaban el «*eleven plus*» que era tan restrictivo, lo pasó y fue admitido en los jesuitas. Cuando le llegó la hora a Joseph lo llevé de nuevo a las monjas pero me dijeron que no podía entrar porque no vivíamos dentro de los límites geográficos del colegio. «Oigan ustedes, les contesté yo, eso no me lo advirtieron cuando pagué por la educación de Manuel. En ese caso no estaba cruzando ninguna frontera». Y hablé y hablé hasta que al final me dijeron: «Ya podía todo el mundo luchar por la educación de sus hijos como usted lo está haciendo, señora». Así que me lo aceptaron.

Luego fue a los jesuitas porque es una orden que tiene orientación familiar de modo que, cuando uno de los hijos pone el pie dentro, los otros le siguen automáticamente. Como el colegio estaba en Enfield nos mudamos a ese barrio y los dos fueron al mismo. Luego a la Universidad. Manuel sacó un notable de nota final y Joseph un sobresaliente y los dos tienen hoy unos trabajos estupendos y están muy agradecidos a este país. Cuando la gente me dice: «tengo una casa aquí y otra en España» les contesto: «lo que mejor que he hecho yo ha sido darles una buena educación a mis hijos. Nadie les podrá quitar eso». Si nos hubiéramos quedado en España habrían tenido seguramente una educación diferente, a menos que nos hubiera tocado algún dinero, pero en mis tiempos los hijos de los emigrantes no estaban considerados como listos. Las ventajas eran para los que tenían influencia y mis hijos no habrían tenido ninguna oportunidad.

En cuanto a su idioma hablan los dos muy bien el inglés y el español. Cuando Manuel nació, como había siete años de diferencia ente los dos, no hubo ninguna dificultad para que hablara español porque yo le hablaba siempre en esa lengua y pasó sus exámenes españoles con sólo nuestra ayuda. Cuando nació Joseph y venían los dos del colegio yo ponía la bandera española en medio de la mesa y les obligaba a hablar español porque entre ellos, como sucede normalmente con los hijos de los extranjeros, hablaban en inglés. Muchos de los hijos de los españoles que vinieron aquí no hablan español porque sus padres emigraron para ganar dinero y tenían que trabajar 24 horas al día. Cuando estás en esa situación llegas a casa agotada y no tienes ganas de hacer el esfuerzo de hablar en español con los hijos. Esas personas tendrán hoy propiedades, varias casas, pero no la educación que han tenido mis hijos. En nuestra situación tienes que elegir, o una cosa o la otra. Ellos hablan conmigo automáticamente en español y Joseph usa también el español en su trabajo. Los dos están casados y son unos hombres estupendos.

De Benjamín —mi marido— ni hablo, es una bellísima persona. Me permite hacer todo el trabajo que quiero pero eso sí, siempre le dejo la comida hecha para que él se la sirva cuando le llega la hora.

Conchita de soltera en 1954.



Conchita de vasca en Zarauz. 1953.



Conchita y Benjamín en la Concha de San Sebastián en 1953.



Conchita de vasca y Benjamín al principio del noviazgo. Conchita pone las manos de tope para marcar distancias honestas.



Conchita en París en la luna de miel. 1954.

Boda de Conchita. 1954.





El día de la orla de su hijo José.



Conchita y Benjamín en las Bodas de Oro de los padres de Conchita. 1978.



Los padres de Conchita — José e Inés— bailando en los años cincuenta.



Los padres de Conchita — José e Inés— en sus bodas de oro.



José —el hijo pequeño de Conchita— con su mujer Lean, que es finlandesa en 1993.



Manuel —el hijo mayor de Conchita— con Daniel y Lean, hijas de José, e Isabella —la hija de Manolo. A su izquierda Winnie, su mujer, en 2005.

Conchita y Benjamín en el Club de Mayores Miguel de Cervantes de Londres. 2006.



Conchita y Benjamín en su piso de San Sebastián con Daniel en 1994.

LOLITA JORQUERA



Lolita con su hermano Pedro en Tánger, 1953.



Lolita en su casa de Londres.



Lolita con su hija Natasha en Italia, 1983.



Lolita al teclado en su casa, en Londres.

LOLITA JORQUERA

YO NO LLEGUÉ EN PATERA

TÁNGER

Todas las épocas han tenido sus emigrantes. Yo también, como muchos, he tenido que pasearme por el mapa para llegar al lugar escogido y comenzar una nueva vida. Mis padres y yo llegamos a Londres en los años sesenta. Mi corazón sí llegó en 'patera'. El corazón de una joven de diecisiete años lleno de confusión y aprensión al inicio.

No llegué aquí para buscar fortuna, pues la fortuna consistió en poder vivir en Tánger hasta que fue posible. Tánger ha gozado de una posición geográfica muy deseada por muchas culturas en el pasado. Fue capital de la provincia romana de Mauritania, después pasó a los árabes y más tarde fue ocupada por los españoles y los portugueses hasta 1662. Fue dada como dote cuando Catalina de Braganza se casó con Carlos II de Inglaterra y pasó así a la corona inglesa, en 1684 volvió a los árabes hasta que en el 1912 se transformó en protectorado francés.

Tánger tuvo siempre un estatus especial y en 1923 fue nombrada oficialmente ciudad internacional. Fue gobernada por una comisión compuesta de representantes de Gran Bretaña, Francia, España, Portugal, Italia, Bélgica, Holanda, Suecia, y más tarde Estados Unidos. Creo que el terreno era bastante propicio para dar brote a la idea de una Europa unida y funcionó muy bien. Llegó el momento en que los árabes la reclamaron justamente y en 1956 empezó a formar parte del reino de Marruecos. (Estos detalles se hallan en la Enciclopedia Británica).

Bueno, ¿qué significaba para la gente que vivía allí toda la información que doy arriba? Mientras Europa se reponía de una guerra atroz, Tánger gozaba de una paz relativa y de una economía fácil de llevar. Los representantes de la comisión que gobernaba Tánger fomentaban un mercado gracias a su posición y a un gran puerto en el Mediterráneo.

En Tánger no faltaba nada, teníamos casi de todo y en abundancia. Las dos colonias principales, por el número de personas, eran la colonia española y la francesa. Mi padre trabajaba para un periódico español llamado 'Diario España' que tenía una cierta importancia en toda la zona española. Era un periódico simple con toda la información suficiente sobre España y el mundo.

Os podéis imaginar lo divertido que era vivir en Tánger. Había tres oficinas de correos en Tánger. Una española, una francesa y una inglesa. Hoy las recuerdo por sus olores: la es-

pañola olía a 'Ducados', la inglesa a 'Benson & Hedges', y la francesa a 'Gauloises'. En los bolsillos llevábamos pesetas, francos y a veces dólares.

Los europeos vivíamos en la parte alta de la colina de Tánger. Las casas eran notablemente de buena calidad. Teníamos sirvientes indígenas y se vivía un buen estilo de vida. Tánger era visitada por la realeza, por políticos famosos, por escritores y pintores y muchos se quedaban allí por ser una fuente de inspiración para ellos.

Las playas de Tanger son maravillosas. Digo playas porque tenemos dos, la del Mediterráneo y la del Atlántico y cada una tiene un carácter diferente. Es un lugar muy ventilado por estar en el estrecho de Gibraltar lugar donde muy amenudo azota el viento de levante.

MI EDUCACIÓN

En Tánger había colegios Franceses, españoles e italianos, uno inglés y uno americano. Yo empecé mis estudios en una escuela francesa. Fui alumna de un liceo francés hasta que mis padres me cambiaron a los once años a un colegio español, el Instituto Español de Tánger, allí continué mi preparación al mismo tiempo que asistía a clases en un colegio privado inglés. Me preparé también como secretaria y tengo un diploma parcialmente escrito en árabe que parece una profecía islámica.

Mis amistades eran de varias nacionalidades y religiones y todos nos llevábamos bien. Es curioso como desde muy joven aprendí a conocer las diferentes razas y hasta los acentos regionales de las lenguas que oía. Los chiquillos jugaban en la playa sin el temor que hay hoy a los peligros que tanto se leen en los periódicos.

Los viajes que hacíamos a España con mis padres eran en un avión de hélices que vibraba y producía un ruido tremendo. A Madrid íbamos a visitar a la familia. En uno de esos viajes me operaron allí de las amígdalas en un hospital militar. Hoy me parece muy divertido pero entonces no lo fue tanto. Me hicieron la operación sin anestesia y no dolió nada y como consejo del médico, para evitar alguna posible hemorragia tuve que comer muchos helados lo que encontré muy de mi gusto.

Por hacer travesuras me había caído varias veces de peque a aplastando la nariz contra el suelo. Mis caídas fueron tan fuertes que la nariz empezó a verse bastante torcida. En Casablanca había un médico de cirugía plástica y a los trece años me operó dejándome una nariz corregida pero no perfecta. Creo que entonces no tenían los instrumentos que tienen hoy. Aquella operación disipó todos los complejos de adolescente. Me divierte en pensar hoy que mientras Ingrid Bergman y Humphrey Bogard se decían adiós en la película « Casablanca » yo decía adiós a mi vieja nariz en Casablanca.

LLEGADA A LONDRES

Pero todo se acaba. En 1956 Tánger se devolvió a la corona marroquí y se transformó en una ciudad árabe, los europeos comenzaron sus éxodos lentos y las tiendas y negocios decayeron lentamente hasta el silencio final. Hoy es una ciudad perfectamente árabe que vive del poco turismo que la visita. Todavía se ven algunas villas abandonadas y gastadas por el tiempo.

Pues bien con todo eso bajo el brazo nos marchamos a Londres, porque España no ofrecía gran posibilidad de trabajo en aquel tiempo. Cuando llegamos a Londres la energía que emanaba de la ciudad nos asombró a todos. Bajo un cielo siempre gris que pesaba sobre nosotros nos dimos cuenta que la vida social estaba evolucionando rápidamente. Nunca en la historia ha habido tantos cambios en cuarenta años como los que se han dado entre 1960 y nuestros tiempos.

La televisión empezaba a entrar en las casas y mi familia y yo nos asomábamos a la nueva vida por esa ventana abierta a la tierra de adopción. Los programas que se veían en aquel entonces eran : 'That was de week that was' (Esta era la semana que era) con su aguda ironía que yo difícilmente comprendía pero algo captaba. 'Coronation Street' (La Calle Coronación) empezaba sus primeros capítulos sin saber que se transformaría en el más largo cu-lebrón de la historia. 'Till death do us part' (Hasta que la muerte nos separe) lo presentaban sin la hoy temida 'political correctness' (corrección política).

Las chicas de mi edad se desmayaban con facilidad delante de los Beatles. Las faldas se hacían cada vez más cortas y los abrigos cada vez más largos. El maquillaje era exagerado y los peinados de un inmenso volumen.

TRABAJO

Encontré trabajo como secretaria casi inmediatamente. Las compañeras eran lo bastante amables como para hacerme sentir parte de aquella oficina. Noté que a los jóvenes ingleses no les importaba mucho la cultura. Cuando yo decía que había nacido en Tánger, nadie sabía donde estaba. Para mi fue muy fácil mejorar la situación laboral con algunos estudios más. Trabajé un cierto tiempo con IBERIA, en el departamento de reembolso y relaciones públicas, y eso me permitió de viajar mucho, gratis o a tarifa reducida.

Siempre he vuelto a Londres como a 'mi casa'. Por mucho que yo quiera no podría volver al lejano Tánger. Esto lo sabemos todos los millares de tangerinos que salimos en los años sesenta. Hoy, repartidos por el mundo, nos ponemos en contacto por Internet. Para mis padres fue un poco menos agradable. El mal tiempo y las costumbres diferentes agobiaron sobre todo a mi padre, que no se adaptó nunca totalmente a la ciudad.

Yo creo que seré siempre extranjera en todos los lugares del mundo. En mi tierra por no haber nacido musulmana, en Inglaterra por no tener ciertos rasgos y acento que, como sabemos, hay que cultivar antes de los doce años de edad para que sea auténtico. En España, por no haber vivido nunca allí. Lo único español que tengo es que soy hija de españoles y me siento muy española.

Debo agradecerle al destino que debido a estas circunstancias me haya templado un carácter muy tolerante y me haya despertado un gran interés hacia el mundo. Leo libros en cuatro lenguas y todo me interesa.

ITALIA

En uno de mis viajes por Europa conocí a un italiano y me casé con él. He vivido en Asís diez años. Tengo una hija que tiene un poco de italiano y un poco de español. Yo amo mucho la lengua italiana que es la que usamos más en familia. También hablo a mis perros en italiano y me comunico muy bien con esas criaturas tan dulces y tan sinceras. En Italia trabajé

para el Ministerio de Asuntos Exteriores, en el departamento Tercer Mundo, aquello también fue una experiencia de gran riqueza.

La ciudad de Asís, a donde fui a vivir después de casada, me fascinó por su belleza. Las simples fotos que sacaba me parecían obras de arte. No porque yo fuera una artista sino porque las calles medievales, la belleza y la luz producían unas imágenes muy interesantes. Mi marido me recordaba a menudo que no era una turista, que yo era parte ya de aquellos habitantes y que tendría todo el tiempo que quisiera para amar esa bella ciudad y sus alrededores. Mi marido mientras tanto se ocupaba de nuestro restaurante que teníamos en la llanura de Asís.

Una de las cosas más sugestivas que me quedará en el recuerdo fue una Misa de Gallo en plena montaña de Asís, en el lugar donde San Francisco solía retirarse para sus rezos. El sacerdote nos llevó por el bosque en plena noche con un niño Jesús de porcelana en los brazos. Cuando llegamos a un lugar que parecía un altar hecho de rocas, colocó al niño Jesús y celebró la misa bajo una bóveda de cielo estrellado. Fue la misa más espectacular que haya visto en mi vida. Como se sabe San Francisco fue el creador de los primeros « belenes » y allí se pueden apreciar los más antiguos ejemplares.

Por mis contactos con la Universidad de Perugia, cerca de Asís, me ofrecieron el cargo de ayudar a un profesor de Economía a coordinar estudios e intercambios para el Tercer Mundo. En contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores Italiano y la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura) organizamos viajes para jóvenes post—graduados a África e invitamos a muchos estudiantes de países en desarrollo a venir a visitar las industrias italianas agrarias y de transformación de alimentos. El clima que se respiraba en este trabajo era entusiasta. Los jóvenes agrónomos que mandamos a los países de África tenían una gran capacidad de comprender los problemas de esas tierras y algunos de ellos resolvieron muchos problemas con gran inventiva y lograron sustituir el caro abono químico por otro creado con plantas que se encontraban en el lugar. De esta forma las cosechas aumentaron en muchos sitios y quitaron mucha hambre a la población. Inventaban nuevos modos de cultivo para desafiar al masacrante sol de los lugares áridos. Desde entonces he tenido siempre una gran fe en los jóvenes, me refiero a los de buena voluntad. Los he visto trabajar incansablemente tanto a chicos como a chicas. Había una joven antropóloga que hacía unos trabajos de investigación sorprendentes que han servido después para muchos estudios. Hay que conocer ciertas características raciales antes de organizar un plan de cultivo ya que, por ejemplo, no todas las razas de África pueden digerir el trigo.

Mi trabajo también consistía en invitar a estudiantes agrónomos de países de Hispano América a venir a Italia y yo les acompañaba a las regiones especializadas en industrias de conservación y producción de alimentos. Cuantas veces habré ido a las embajadas de diferentes países para ofrecer interesantes cursos patrocinados por el Ministerio de Asuntos Exteriores Italiano. El conocimiento de las lenguas que hablo me facilitaba esta labor.

DE NUEVO LONDRES

Al final de los años ochenta concluyó el período de mi vida en Italia y volví a Londres. Mis costumbres son muy cosmopolitas: por la mañana me gusta una buena taza de té. Cocino paella y todo lo que me ha enseñado mi madre. Me encanta pasear por los parques de Londres en todas las estaciones del año. Cuando estoy en Málaga, donde tengo un piso, me

gusta desayunar con churros y los domingos, cuando estoy en Londres, me leo el Sunday Times de cabo a rabo y ojeo el Sunday Mirror.

Me he jubilado hace seis meses y hasta ese momento he trabajado como directora en una casa de reposo para ancianos perteneciente a una comunidad de monjas belgas en Londres. Esta última experiencia laboral me ha dado la posibilidad de entender profundamente el problema de los ancianos y durante este tiempo he tratado de ayudar a muchas personas, o al menos así lo espero.

Con este escrito he querido contar de un modo simple lo que dejé y lo que encontré cuando se presentó en mi vida la necesidad de emigrar. La vida queda cortada en dos mitades y los emigrantes tenemos que buscar un acuerdo con los dos mundos. A menudo nos preguntamos: ¿cómo hubiera sido si no hubiéramos emigrado?

Yo paso ratos felices en Londres, en Italia y en España y seguiré viviendo así, porque es mi destino.

ELVIRA MEDRANO



Los abuelos maternos de Elvira Medrano. El abuelo Justo era el que tenía las caballerizas.



Elvira en Pinto a donde se fue su padre para ascender en su trabajo. 1927.



En esta época era cuando su madre estaba en la cárcel de Uclés. 1941.

Elvira a los doce años. Unos amigos de la familia le dieron un dinero y se fue directa al fotógrafo a hacerse una colección de fotos que pagó con ese dinero. 1936.



Elvira con el grupo que trabajaba en los comedores del Servicio Social en el Puente de Vallecas. 1944.





Elvira en los comedores del Servicio Social en el Puente de Vallecas 1944.



Elvira recientemente viuda. 1947.



Elvira en 1947.



Elvira con Marisa de un año, ya viuda 1946.



Elvira con Marisa y su sobrina en el Retiro antes de venir a Londres. 1951.



Elvira con Marisa de 3 años, en el retiro 1948.



Marisa en la casa de Notting Hill al poco tiempo de llegar a Londres.



Elvira y Marisa, las primeras Navidades en Londres.



Elvira y Marisa en el parque de Sutton 1957.



Marisa y Rebecca en New Malden 1964.



Elvira y su madre en Sutton.
La madre vino a vivir con ella. 1956.

ELVIRA MEDRANO

FLOTANDO EN LA NADA

Me llamo Elvira Medrano Blanco, nací en Madrid, en la calle del Espíritu Santo treinta y tantos, muy cerca de la Plaza del Dos de Mayo. Mi padre era de Osa de la Vega, en la provincia de Cuenca, donde sucedió el famoso crimen de Cuenca. Cerca del pueblo, que está en La Mancha, queda Belmonte, que tiene un castillo precioso, lo he visto cientos de veces. Y en los alrededores hay molinos de viento imponentes, como en el Quijote.

Mi madre, en cambio, nació en Arévalo pero cuando era muy chiquitita sus padres se fueron a Madrid. Ella sólo tenía un hermano. Mi abuelo, su padre, tenía caballerizas y coches de alquiler, lo que hoy llamaríamos taxis. Mi madre se crió en un ambiente muy madrileño, iba a menudo con su madre al Teatro de la Zarzuela y después se reunían con su padre en el restaurante Botín, porque mi abuelo conocía mucho a los dueños y era un buen cliente. Yo no tenía más familia materna, un primo me parece, y otros que se marcharon a Cuba con el dinero que les prestó mi abuelo y que nunca le devolvieron. Tenía una prima muy lejana que vivía en Madrid cerca del frontón Jai Alai y la vi varias veces. No tenían hijos así que mi madre tuvo una familia muy pequeña.

Como le gustaba tanto coser (cuando era pequeñita hacía ropa para sus muñecas) mi abuelo al final accedió a que fuera a un taller para aprender corte y confección y la llevaban y la traían para que no fuera sola. Luego estuvo trabajando y cuando se casó también siguió cosiendo. Pero como mi padre era muy exigente, era de pueblo, le gustaba desayunar a las siete, comer a las doce, cenar a las seis y sus judiitas, sus lentejitas, todo. Entonces las mujeres tenían que ir todos los días al mercado a comprarlo todo, no había neveras ni esas cosas, luego a guisar de modo que mi madre no tenía mucho tiempo luego para coser. Fue una equivocación casarse con mi padre, era una buena persona, le encantaban los números, escribía muy bien, pero era de pueblo, me decía: «ese pelo te lo tendrías que poner en moño, como mis primas del pueblo» y a mí me horrorizaba. Era muy serio.

Primero se murió mi abuela del corazón, muy joven, luego mi abuelo y después mi tío. Tenían algo de corazón, como mi madre, por eso yo también sufro de lo mismo. Mi madre se quedó sola y se fue vivir con una señora, porque en aquellos tiempos una mujer no podía vivir sola. No sé cómo se conocieron mis padres, porque no hablaban de estas cosas, eran muy reservados. Cuando ya me hice un poco mayor, ir al colegio y jugar era toda mi vida, luego vino la guerra y nos pasaron tantas peripecias... Mis padres estaban muy amargados. Cuando yo hubiera podido sentarme con mi madre a hablar, ella ya no estaba, nunca hablamos de nada.

Con quien tuve contacto fue con mis abuelos paternos que eran labradores, de Osa de la Vega, un pueblo muy tradicional, toda la familia era de izquierda y tenían una casa muy grande. Mi abuela se llamaba Elvira y mi abuelo Catalino. Tuvieron cuatro hijos entre ellos: Manuel, Lucilo —mi padre— Julián y otro que se murió en la mili. Mi abuelo tenía muchas tierras, viñas, y vendían el producto que salía de ellas. Yo iba al pueblo, a casa de mis abuelos y veía a mis primas, las hijas de tío Manuel, que tuvo tres hijas y un hijo.

La casa tenía un patio donde estaba el pozo y dos árboles, un granado y una higuera. Mi abuela me ponía una mesita chiquitita para desayunar y cuando nosotros íbamos a verles compraban en la tienda unas galletas que eran como lapiceros largos, no comían bollos o dulces, sólo los que ellos tenían. Subías a la cámara, como la llamábamos, o sea el desván, y había montones de garbanzos, lentejas, ajos, cebollas, todo lo que una se puede figurar. La cocina de mi abuela era muy grande y en el techo colgaban los jamones, las uvas. En la bodega había tinajas enormes de vino que te tenías que subir a ellas y en otras tinajas pequeñas también tenían chorizos, calabaza en dulce, higos en dulce, aceitunas... La chimenea estaba siempre encendida y por la noche la tapaban con orujo y por la mañana movían las cenizas un poquito y volvía a prender. Al lado de la chimenea tenían la banca con respaldo de madera. Los utensilios de cocinar tenían patas y en el fuego ponían los trébedes⁸, unos aros también sobre patas donde se colocaban las ollas.

Aparte de ese patio había otro que era el corral y cuando podaban las cepas después de la vendimia traían los sarmientos en carros y con eso cocinaban, olía todo muy bien. En este patio había una puerta que daba a un campo enorme, también de mi abuelo, y allí se plantaba todos los años el azafrán. Cuando abrías la puerta lo veías, era divino. Mi abuela usaba mucho el azafrán por eso ahora mi me gusta mucho. Lo pongo en el arroz, en las patatas guisadas, por eso yo tengo que tener siempre azafrán. En la casa había una especie de cueva, la bodega, a la que bajabas por unas escaleras y allí estaba el vino especial que mi abuelo le daba a sus amigos. Los hombres pisaban la uva en el patio. Como era niña no me acuerdo muy bien de todo esto.

Mi padre tenía un mes de vacaciones e íbamos siempre allí para las fiestas, en agosto, pero también en otras ocasiones. Normalmente visitábamos una casa de labranza donde vendían quesos y comprábamos un par para llevarlos a Madrid, y huevos. En el pueblo de mis abuelos no había electricidad, usaban candiles de aceite⁹. Yo dormía en una habitación enjalbegada¹⁰, blanca, muy grande y me dejaban el candil encendido y hacía muchas sombras. Por la mañana muy pronto, al empezar el día, oías las campanitas de los que iban a trabajar al campo. No se me olvida todo ello ni los olores de la leña. En ese cuarto enorme dormía con mi hermano, cinco años menor que yo.

A mi me encantaba ir al pueblo que tenía un río grande con arbolitos sencillos a donde iban mis primas a lavar y luego ponían toda la ropa al sol. Yo me iba con ellas, me daban algo para lavar y me decían: «ten cuidado, que no se te vaya la ropa». Otra cosa que me encantaba era ir al pozo a por agua que estaba a las afueras del pueblo porque no había agua corriente. Llevaban unos cántaros en la cabeza o apoyados en la cintura, yo tengo uno aquí en

⁸Triángulo de hierro con tres pies que sirve para poner recipientes al fuego.

⁹ Utensio utilizado antiguamente para alumbrar, bien como lamparilla en forma de taza bien con un gancho para colgar, alimentado con aceite.

¹⁰ Blanqueada con cal o yeso.

Londres, y no sé como podían cargar con tanto peso. A mí me daban uno chiquitito y era muy bonito. Ahora me doy cuenta, pensando, que era como un cuadro goyesco, digno de pintarse. Cada mujer que venía se ponía a hablar con las otras «que si esto, o lo otro, que por aquí, que por acá». Me encantaba llevar el delantal y otra cosa muy típica era la faltriquera, como un bolsillo donde metían de todo.

Cuando yo tenía como cinco o seis años a mi padre lo trasladaron a Pinto y allí nos fuimos a vivir. En Pinto nació mi único hermano, Julián, y luego volvimos a Madrid. Mi padre era ferroviario, trabajaba en la RENFE. Era republicano, así como mi primo Ángel, pero mis primas Alejandra y Felicita, sus hermanas, se casaron con dos hermanos que eran de derechas, trabajaban para un cacique de la zona, pero no se hablaba mucho de ello porque en los pueblos esas cosas no te las dicen. Luego supe por mi familia lo que pasó con mi primo y por eso estuve detenida. Mi madre no era nada pero no era religiosa, ninguno de nosotros iba a la iglesia, y le gustaba mucho leer. Era modista y como le encantaba coser cuando yo era pequeña me hacía unos vestidos monísimos. Era fabulosa con las manos. Aprendió en casa de una modista francesa y la iban a llevar y traer todos los días. Cuando aprendió se puso a trabajar en un taller y más tarde, cuando se casó con mi padre, hacía ropa a quien se lo pedía, tenía sus clientes. Al nacer yo, siguió trabajando, pero lo dejó cuando nació mi hermano. A mi padre le gustaba comer a las doce y cenar a las seis su plato de lentejas y esas cosas y era demasiada faena porque las mujeres tenían que ir a la compra, cuidar de la casa y todo lo demás.

Fui al colegio desde muy pequeña porque cuando vivíamos en Pinto me escapé y me fui yo sola al colegio. Esa es la historia. A mí me encantaba ir a la escuela desde chiquitita, chiquitita. Mi padre, que era un hombre de letras, nos enseñó a leer, me sentaba en sus rodillas y me enseñaba, lo mismo que a mi hermano. Sus hermanos en cambio fueron labradores pero él no quiso serlo. En el pueblo había un señor muy importante que tenía algo que ver con la estación y como mi abuelo conocía a todo el mundo habló con él y mi padre hizo oposiciones y ganó el trabajo. Estaba en plantilla, muy bien colocado, y se fue a vivir a Madrid y allí conoció a mi madre que era muy calladita y nunca habló de haber tenido novios. Jamás le oí una blasfemia, ni a ella ni a mi padre. Por la noche, cuando la casa estaba ya tranquila y nos íbamos a dormir, a ella le encantaba sentarse y leer el periódico. También iba mucho al cine. Nosotros vivíamos en el Puente de Vallecas y había un cine al aire libre muy cerquita y, como a mi padre no le gustaba que fuéramos, ella sacaba las entradas y cuando éste se acostaba nos íbamos mi madre, mi hermano y yo. A mi madre le encantaba la vida madrileña, tenía su mantón de Manila y le habría gustado ir a las verbenas pero se fue a casar con un hombre opuesto a ella, fue una equivocación terrible de matrimonio. Nunca los vi discutir pero mi padre luego se quejaba, cuando acabó la guerra, porque había que comprar cosas y no teníamos dinero, lo pasamos muy mal. Mi madre tenía joyas muy bonitas y las tuvo que vender.

El primer colegio que fui, para niños y niñas párvulos¹¹, era privado, de una señorita, y estaba cerca de mi casa. De allí me pasó mi padre a otro colegio privado fantástico, de pago, mixto, en el Puente de Vallecas, que estaba en una casona muy bonita con una huerta. Había unas habitaciones enormes con balcones que daban a los terrenos que había alrededor. El dueño y maestro, don Eduardo, era un maestro republicano y por eso mi padre me matriculó

¹¹ Antes se llamaba escuela de párvulos (niños pequeños) al actual nivel de educación infantil.

allí. Tenía una maestra que le daba clase a los párvulos pero cuando yo llegué ya no era pàrvula. Aprendí muchísimo y me encantaba ir. Mi padre me decía: «ya verás, primero serás maestra y te irás a un pueblo, no te van a faltar ni gallinas ni huevos», porque en los pueblos los principales eran el alcalde, el juez, la maestra.

En aquellos tiempos los maestros eran personas llenas de sabiduría a los que había que escuchar y el maestro era una persona a la que reverenciabas. Me iban a preparar para el bachillerato porque me encantaba la gramática, la historia y la geografía, hacía unos mapas preciosos. Los números no tanto. Terminé la escuela cuando tenía doce años, por la guerra, y nunca jamás volví a otra, mis estudios se acabaron a esa edad pero tuve una educación magnífica y si tengo tan buena letra es gracias a esa escuela, lo que me permitió trabajar luego en el Consulado de la República Dominicana, en Londres, por siete años y medio. Tenía que mandar unos «oficios», se llamaban así, escritos a máquina, y la ortografía tenía que ser perfecta si no el cònsul me habría dicho: «Doña Elvira...», me llamaba así, Doña Elvira, y jamás me tuvo que decir nada, o sea que aquella enseñanza me sirvió mucho en la vida para venir aquí y colocarme.

La guerra estalló el 18 de julio y mi cumpleaños era el 10 de agosto, iba a hacer doce años, por eso nunca más fui al colegio porque todo se acabó. A mi padre le dieron un puesto en las oficinas de los muelles ferroviarios a donde llegaban todas las mercancías. Estaba al cargo de bastante y llevaba los libros de contabilidad. Quedaba en el Cerro de la Plata, en el Puente de los tres Ojos, por donde pasaba un río que ya no existe, debe correr debajo. Estaba muy cerquita de Atocha y de mi casa, próxima a las vías del tren, por eso se venía andando. Cuando caían las bombas las oíamos muy bien. Estuvimos en esa casa durante la guerra y después. Mi padre era de la UGT. En el comedor de mi casa teníamos una cómoda grande y en el cajón de abajo guardábamos la bandera republicana y dos fotografías, una de Fermín Galán y otra de García Hernández, los oficiales del levantamiento del cuartel de Jaca. Mi padre tenía sus carnés y debía ir a reuniones del sindicato pero como era pequeña estas cosas no me importaban mucho.

Cuando empezó la guerra mi padre siguió trabajando en los muelles pero al acabar le expulsaron, para entonces mis abuelos ya habían muerto y mi padre siguió teniendo contacto con sus hermanos. Las hijas y el hijo de mi tío Manuel, que era el que tenía más relación con mi padre, y su mujer Eugenia, se quedaron a vivir en el pueblo pero los de Lucilo se fueron a vivir a Valencia o Barcelona.

Durante la guerra carecíamos hasta de las cosas más básicas. Había las famosas lentejas de Negrín, que estaban llenas de bichos. Aunque se los quitábamos siempre quedaba alguno, pero nos las comíamos, no había otro remedio. También pasábamos muchas horas haciendo cola en la panadería del barrio, y a veces conseguíamos un bollito de maíz durísimo. Adelgazamos mucho y pasamos mucho frío. Faltaba el carbón, faltaba todo. Los ferrocarriles dejaron de funcionar porque no podían ir de un sitio a otro debido a los frentes. Estábamos rodeados por Franco y los moros. Todo estaba paralizado, no andaba nada, y lo único que funcionaba era la carretera de Valencia.

Como la situación se puso tan mal, no había nada que comer, al cabo del año o así mi padre nos envió a su pueblo, a casa de mis tíos. Cuenca era todavía zona republicana. Y en Osa de la Vega sí podíamos comer. Una vez pasó un convoy que traía naranjas de Valencia y me subí para irme a Madrid porque quería estar con mi padre Cuando aparecí en Madrid, no me acuerdo donde, estuve andando, andando, andando, y al presentarme ante mi padre él

me pregunto: «¿pero qué pasa? ¿cómo estás aquí?» Y le contesté: «pues mira que he venido aquí para lavarte las cosas, para ayudarte, para llevar la casa». Todos los vecinos se quedaron de una pieza, porque teníamos muy buenos vecinos. Y mi padre tuvo que llamar al único teléfono que había en el pueblo para decirle a mi madre que yo había llegado a Madrid. Mi madre, si me hubiera cogido me habría dado una buena. Así que me quedé en Madrid y estaba allí cuando todo terminó, vi lo que pasó cuando acabó la guerra. Aquella mañana, era la primavera, cuando los nacionales vinieron todo el mundo en el Puente de Vallecas se metió en su casa y había un silencio tremendo, se me pone la carne de gallina. Muy pronto empezaron a llegar grupos de falangistas y si te encontraban por la calle tenías que poner el brazo en alto y decir: ¡Franco, Franco! Y si no les gustaba como lo decías te daban un trastazo. Las represalias fueron terribles.

Mi padre siguió trabajando unos años en el mismo sitio y luego lo purgaron, porque eso era lo que pasaba, no sabías cuando te iba a tocar. Un día lo echaron «por desafecto al régimen», no le metieron en la cárcel, sólo lo echaron Y mi padre, que entonces tendría cuarenta y ocho años, no era un hombre que estuviese allí vendiendo castañas, tenía un puesto importante, y le arruinaron la vida porque nunca más pudo encontrar trabajo. Alguna cosilla que no duraba, albañil en algún sitio, pero nada seguido nunca más. Uno o dos meses estubo cuidando de unas colmenas, me acuerdo de que nos trajo miel, pero se cayó y se rompió un brazo en uno de esos campos. Buscamos trabajo pero era casi imposible encontrarlo. Mi padre también vendía cosas, tuvimos que venderlo todo, los colchones, la máquina de coser de mi madre, que mi padre se la dio a un amigo el cual nos dio dinero a cambio. La dejó en depósito y cuando al cabo de unos años tuvimos dinero, la recuperamos. Mi padre fue un hombre amargadísimo el resto de su vida.

El mismo día en que terminó la guerra detuvieron a mi madre en el pueblo y se la llevaron presa al monasterio de Uclés. El motivo de su detención fue un submarino ruso que hundieron, se llamaba Konsomol y ayudaba a la República. Al hundirlo, para ayudar a las familias de estos hombres, hicieron un acto benéfico, una obra de teatro, en la Casa del Pueblo de Osa que estaba en una casa requisada. Mi madre fue la encargada de hacer la ropa para los artistas y ahí está la clave. Cogieron las ropas de la iglesia, las casullas¹² y demás, y mi madre las cortó para hacer los trajes y por eso la metieron en la cárcel. Y allí estuvo dos o tres años. Yo fui solamente una vez a verla. Un día vino una señora a mi casa y nos dijo: «su madre está muy mal, tiene anemia porque allí comemos muy mal y si no recibe comida de fuera no sale adelante». Entonces vendimos unos colchones que teníamos y con ese dinero me fui yo a Uclés, dormía en la posada con otras mujeres, y compré comida y huevos, que me costaron una barbaridad, y le cocinaba, le hacía tortillas, y se las llevaba. Ella estaba muy delgada, todas las mujeres dormían en el suelo en colchonetas.

Tantas cosas me han pasado que se me olvidan las fechas. Mi madre salió de allí por un amigo de mi padre que era sastre y fue a hablar con un juez y nos llevó a mi hermano y a mí con él y le pedimos clemencia para que soltara a mi madre. Me acuerdo de una habitación donde había una mesa grande pero no recuerdo lo demás. Después de eso la pusieron en libertad enseguida, no sé si sería por nosotros o qué. Y volvió a Madrid. A mi madre la habían juzgado en ausencia, sin ir al tribunal, y la condenaron a doce años y un día. Y cuando salió iba a presentarse a la policía una vez a la semana, yo iba con ella, aquello no era muy agra-

¹² Son las vestimentas alargadas, con una abertura para la cabeza, que se pone el sacerdote sobre las demás prendas al decir misa.

dable. La trataban muy despectivamente, salíamos siempre llorando. Mi padre, a todo esto, seguía todavía en la estación y mi primo Ángel, el hijo de mi tío Manuel, nunca pudo volver al pueblo porque si hubiera vuelto lo habrían agarrado. Estuvo un tiempo escondido en mi casa y en otros sitios. No había hecho nada, sólo luchar en la guerra, estaba en intendencia, no era un radical. Éramos una familia con ideales pero nunca hicimos terrorismo ni matamos a nadie.

Una vez mi padre, que entonces trabajaba de noche, lo mandó a por un saco de patatas y a las tres de la mañana llegó la policía secreta a nuestra casa, abrió todos los cajones, rompió cosas, y a mi madre y a mí nos llevaron a la comisaría de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, y nos metieron en una habitación enorme donde había muchas mujeres. No había camas ni nada. A mi madre y a mí nos subieron a interrogar a los pisos superiores, pasabas unos pasillos muy largos y te sentaban en una silla con una luz encima pero yo era muy fuerte y decía que no sabía donde estaba mi primo pero mi madre lloraba mucho, era más débil, no era una mujer de carácter. Y así pasamos varios días. Yo era la más joven, las demás eran todas mujeres, y mi madre tenía tanto miedo por todo... Era terrible ir a las letrinas cuando tenías necesidad. El edificio era de piedra gris con unas rejas en las ventanas y había un patio muy oscuro donde habían matado a gente y por la noche oíamos gritos.

Una vez al día traían un cuenco chiquitito donde flotaban unos cuantos garbanzos y un poco de repollo en el agua y eso era lo que comíamos. Una de las veces que me subieron a interrogar me dijeron: «tenemos aquí a tu padre y si no nos dices donde está tu primo, tu hermano va a venir también aquí». Yo les dije que no me lo creía y entonces me contestaron: «¿Quieres verlo?», les dije que sí. Era verdad que lo tenían con ellos. Al pobre le habían dado un palizón tremendo. Yo le pregunté: «¿cómo está padre?» y él me contestó: «estoy bien, hija». Entonces me di cuenta de que nos iban a llevar a todos y les di direcciones de amistades. Cuando mi primo se enteró de que lo andaban buscando y que nos habían agarrado a todos, él mismo se presentó y lo tuvieron en la cárcel muchos años. Luego salió, ya mayorcito, y se casó con una chica muy maja. Él era barbero, tenía una peluquería chiquitita en un barrio de Madrid. Ya murió, ella no, era más joven que él.

Al presentarse mi primo nos soltaron a nosotras. Debimos de estar unos quince días. A tres mujeres que se llevaron nunca más las volvimos a ver pero yo no quería enterarme de nada, estábamos echadas en el suelo, era horrible. No nos podíamos lavar, quince días sin lavarnos, lo que si recuerdo es que aquel sitio olía malísimamente. De allí fuimos a casa y la vida era muy difícil, alguien debió de ayudarnos para sobrevivir, mi tío Joaquín nos daba también algo y una prima de mi padre que tenía una taberna y en el pueblo, también nos daba algo. Siempre había alguna ayuda aquí y allí pero no lo tengo claro, se me ha ido todo de la cabeza, como fue tan duro... Entonces me metí en el Servicio Social, para ayudar en casa y poder comer.

Mi padre tenía una prima que había venido a Madrid muy joven y se había casado allí, por medio de ella me pusieron en una academia para aprender a escribir a máquina y ellos me lo pagaron. Aprendí taquimecanografía. Me puse a trabajar antes de casarme para una compañía italiana que se llamaba Itolocable y que después de la guerra puso los cables debajo del mar. Me dieron una máquina y escribía en casa, luego lo llevaba a las oficinas en la Gran Vía. Un día, cuando yo tenía ya dieciocho años, conocí a mi marido. Tenía unas amigas de Zaragoza y fuimos a la casa de Zaragoza, cerca de la Puerta del Sol, a pasar el final de año. Él estaba en una butaca y me preguntó si me quería sentar y le dije que sí, me senté y a partir de ahí nos enamoramos. En aquella época salías un ratito con un grupo de amigas, no como ahora que

la gente pasa tanto tiempo fuera de casa, y luego empezabas a salir con el novio, pero no lo decías en casa. Estuvimos de novios un año, él estaba locamente enamorado de mí. Era el encargado de un negocio en la Gran Vía que era más que una cafetería pero estaba escribiendo un libro de tauromaquia porque él sabía mucho de eso. Su familia había venido de Zaragoza, su madre, la hermana que se casó con uno de una familia muy pudiente, y sus dos hermanos, que eran de derechas, uno de ellos caballero lisiado o mutilado o como lo llamaran. Pero mi marido no, estuvo enfermo y no luchó. Alquilaron un piso muy bonito en Fernán González, cerca de Diego de León, en el barrio de Salamanca, y vivieron allí siempre.

Él y yo empezamos a salir y me llevaba a bailar a todos los sitios buenos, a Casablanca por ejemplo, y enseguida me llevó a su casa a conocer a su madre y a su hermana. Me aceptaron bien, yo era una chica jovencita, mona, aunque sabían que nosotros éramos de izquierdas. Mi padre también lo conoció al poco tiempo y empezamos por aquí y por allá con las gestiones de casarnos. En la casa donde ellos vivían había un piso para alquilar y nos lo proporcionaron.

Nos casamos y mi tío Joaquín y su mujer me regalaron muchas prendas de ropa. Al empezar a vivir en el piso me quedé embarazada muy pronto. Tuve a mi niña y un día mi marido viene a casa palidísimo, porque había tenido un vómito de sangre, acompañado por su hermano Fernando, el pequeño. Se acostó y ya no se levantó nunca más. Llegó el médico, el practicante, y resulta que tenía una tuberculosis galopante. Por medio de mi cuñada conseguimos llevarlo a un hospital que estaba cerca de Guadarrama, creo que se llamaba Valdelatas, pero como no había penicilina murió allí a los cinco meses. Era muy delgadito y luego me enteré de que había estado enfermo del pulmón y por eso no había ido a la guerra pero nadie me había dicho nada. Para haberlo cogido la niña y yo.

Yo iba todos los días a verle, me levantaba, cogía un trenecito y me iba. Regresaba muerta y luego tenía que ir hasta el Puente de Vallecas. Mis padres cuidaban muy bien a la niña, también estaba mi hermano con ellos, y mi padre la enseñó a leer y todo. Nunca le faltó cariño. Vi morir a mi marido y mis cuñados, que estaban conmigo, me quitaron de allí, me hicieron marchar a casa. Uno se quedó y el otro me acompañó. No fui al entierro, en España las mujeres no iban, fue mi hermano. Cuando se murió mi marido, de la impresión, no sabía ni donde estaba, me quedé delgadísima. Mis cuñados se casaron todos, sólo queda uno, y yo podía haber vivido una vida feliz pero se murió mi marido.

En ese hospital encontré mi suerte para venirme a Inglaterra. Los cuartos tenían dos camas y en la otra había un enfermo al que le venía a visitar un matrimonio, sus hermanos, que no tenían hijos, él era comisario de policía del Ministerio del Exterior en la sección de extranjeros. Primero se murió mi marido y luego el otro enfermo. Conocieron a la niña y todo y vinieron a verme casa de mis padres porque yo me tuve que ir con ellos al no tener dinero para pagar mi piso. Empecé a buscar trabajo pero no encontraba. Este matrimonio me ayudó a encontrar trabajo en un restaurante que se llamaba Zalamea, detrás de la Gran Vía. El encargado era alemán y luego, con el tiempo, me di cuenta de que era nazi, en esa época había muchos escondidos. Como salía de noche mi padre me venía a buscar para acompañarme a casa. Tenía que seguir sus reglas como si tuviera diez años, porque era muy estricto, no me dejaban salir por ahí ni nada. Luego trabajé en una peletería de dependienta y en algún otro sitio.

Un día fui a casa de este matrimonio y me dijeron: «Elvira, hemos estado pensando lo siguiente: conocemos a una señora escocesa que vive en Londres y si tu aprendes inglés te podemos buscar un trabajo en Inglaterra». Veían que me había quedado sola con la criatu-

rita, me buscaron la profesora y todo, se llamaba Mrs. Clark y el marido era un oficial de la *British Chamber of Commerce*. Fui a clase con esta señora, no sé si un año o unos meses, no recuerdo porque entonces pasaban tantas cosas... Mrs. Clark me dijo un día: «Mira Elvira, desde hoy no hablaremos más español», ella lo hablaba muy bien. A mí me parecía difícilísimo esto del inglés pero como me gustaba mucho aprender seguí estudiando y estudiando y me arreglaron el pasaporte, lo que no era fácil porque yo era de izquierdas. Todavía lo tengo, dice: viuda y mecanógrafa. Me pagaron el billete de avión y aquí me estaba esperando en la estación la señora escocesa y estuve con ella unas dos semanas.

Un día recibí información de que había un puesto de secretaria en el Consulado de la República Dominicana. Tuve una entrevista y me dieron el trabajo de secretaria del Cónsul. Allí estuve siete años. Me busqué un pisito en Notting Hill Gate que me costaba tres libras a la semana, en el último piso de una casa en Arundel Gardens, y tardé un tiempo en poder mandar dinero a España. Como me coloqué enseguida no tuve mucho contacto con la comunidad española y cuando la dueña me dijo que necesitaba el piso me fui a dos calles más arriba y alquilé un bajo pero para entonces ya me había traído a Marisa, mi hija. Cuando nos trasladamos a Notting Hill la puse en una escuela nacional a donde iban los hijos de los refugiados españoles y la directora me dijo que necesitaba unas lecciones de inglés porque no lo entendía. Entonces fui a ver a las monjas de Gloucester Road y me dijeron que la única solución era llevar a la niña a un internado de huérfanas que tenían en la isla de White, para que estuviera allí unos meses y aprendiera la lengua e hice eso. Para la niña fue un golpe muy grande pero aprendió rápidamente pues además de vivir en un ambiente inglés tenía una hora de clase de inglés con una monja todos los días.

Yo tenía unos dolores muy fuertes de cabeza, unas migrañas que asustaban a todo el mundo y que me dejaban inútil, me tenía que meter en la cama y pasaba dos días vomitando. Por eso el médico me aconsejó que nos fuéramos del centro de Londres, a otro sitio más tranquilo, y nos fuimos a Sutton, en el condado de Surrey. Encontramos un piso muy bonito en una casa que habían convertido en tres pisos y nosotros teníamos el del medio, arriba había un matrimonio del que me hice íntima amiga, hasta que ella se murió, y abajo estaba el dueño, que trabajaba en las líneas aéreas Sabena. Cuando nos instalamos allí vino mi hermano a vivir con nosotras. Él había llegado de España, donde trabajaba en el Banco Hispanoamericano, pero como yo me vine aquí él también quiso venirse y le ayudé un poco para que viniera. Como era un chico muy educado y muy inteligente al principio estuvo trabajando de camarero de vinos y luego se colocó en el negocio de turismo y acabó en la empresa Thompson en donde llegó muy alto. Una vez instalados en Sutton matriculé a Marisa en una escuela cercana en la que empezó a desarrollar su temperamento artístico. En una ocasión tomó parte en una exposición y salió en el periódico local. El artículo explicaba que había hecho un elefante con no sé qué materiales y un dibujo imitando al Greco, todavía conservo el periódico. Ya entonces se le daban bien las manualidades.

Por esa época murió mi padre a consecuencia de una operación de estómago, debía de tener cáncer, y me fui a Madrid a deshacer la casa, a vender todas las cosas, y traerme a mi madre. La Embajada Dominicana me dio vacaciones para que fuera a España a cerrar la casa. Fue bastante difícil porque estaba llena de muebles de la familia y tantísimos recuerdos. Ya lo creo que me hubiera gustado traérmelos pero yo no estaba en condiciones de hacerlo, hoy eso lo vemos muy fácil pero en aquellos tiempos no era igual.

De Sutton nos fuimos a un lugar cerca de la ciudad de Kingston y, estando allí, conocí a mi segundo marido. Yo tenía una amiga con la que iba a tomar café a un lugar que se lla-

maba *Kenyan Caffé House*, que entonces estaba muy de moda; era la única vida social que hacía y todas las semanas compraba unas cajetillas de tabaco que se llamaban Craven A. Una de las veces que estaba en el café necesité una cerilla para encender el cigarrillo y enfrente de nosotras había dos jóvenes uno de los cuales me dijo: «¿Necesita usted fuego?» Y le dije: «sí». Entonces comenzamos a hablar y empezamos las dos a salir con estos chicos, Denis —mi futuro marido— y John. Mi amiga no se avino con John pero yo seguí con Denis y al cabo de un año nos casamos.

Yo vivía con mi madre y con mi hija y Denis se entendió muy bien con ellas. Cuando nos casamos nos fuimos a vivir a una ciudad pequeñita, muy bonita, que se llama New Malden. Teníamos un piso hermoso en una casa estupenda dividida en dos viviendas. La nuestra tenía tres dormitorios, un salón, cocina y baño además de un gran jardín que pertenecía al piso de abajo pero nos dejaban tender la ropa allí y tomar el sol. Mi marido trabajaba en la industria aeronáutica y pensamos en irnos a África si mi madre se quedaba con Marisa y mi hermano. No me preocupaba dejar a Marisa con ellos porque era una chica muy independiente y, como la había criado mi madre, se entendía muy bien con ella. Por otra parte mi hermano era muy disciplinario y yo sabía que Marisa iba a tener un buen control pero entonces me quedé embarazada de Rebeca y decidimos quedarnos.

Cuando nació Rebeca se empezaron a poner mal las cosas del trabajo, hubo una recesión muy grande en el mundo de los aviones, porque en los años sesenta Inglaterra tuvo un gran parón económico. Mucha gente empezó a emigrar y te decían: «¿Quiere usted ir a Australia?, pues le cuesta £10.00 libras esterlinas». Y nos fuimos. En avión. Hicimos trasbordo en Singapur y de allí llegamos a Darwin, en el norte de Australia. Tuvimos que atravesar todo el Norte, el desierto Simpson, hasta Melbourne, que está en el sur. Cuando íbamos atravesando el desierto se encendió uno de los motores y tuvieron que hacer unas llamadas a Melbourne. Al llegar al aeropuerto teníamos a los bomberos esperándonos. En Australia, cuando viene el verano, hay un calor tan enorme, tan enorme, que estallan unas tormentas eléctricas que son de película. En Melbourne el calor era insoportable y cuando llegaban las tormentas había relámpagos, truenos y lluvia. Luego veías en las ventanas y puertas una cosa rojiza, polvo del desierto. Y después de la lluvia el calor empezaba a subir, a subir, a subir; así es Australia, un país maravilloso.

En Melbourne teníamos un piso en el barrio de St. Kilda, muy cerca de la playa. Desde las ventanas del salón, que daban al mar, se veían pasar los grandes barcos que venían de todo el mundo con las banderas flotando en el aire, un espectáculo muy bello. El salón era grande y la ventana ocupaba toda la pared de un lado a otro. El jardín zoológico de Melbourne es fabuloso, enorme, y contiene las especies animales más conocidas de este país como los koalas y canguros y tantos más que sería muy largo de enumerar. Los koalas son muy dóciles, están siempre adormilados, o así lo parece, Salir de casa por la noche era peligroso pues los mosquitos tenían un tamaño desmedido. ¡Y como picaban! La carretera a lo largo de la costa que llamaban *The Ocean Road* y tenía cientos de kilómetros era una maravilla y pasaba por playas magníficas, desiertas, y podías llegar hasta ellas con el coche. Allí estaba todo: el mar, la arena, las piedras con los cangrejos debajo. ¡Nunca lo olvidaré!

Otro sitio digno de mención era la *Phillip Island*, la isla de los pingüinos, los cuales se adentran por la mañana en el mar y no vuelven hasta bien entrada la noche lo cual es un espectáculo muy interesante. En esta isla hay unas playas con los nidos donde habitan los pingüinos y por la noche las iluminan con proyectores y muy lentamente van apareciendo cientos y cientos de ellos y lo invaden todo haciendo un ruido fenomenal. Pasan por tu lado y no se

preocupan, van derechos hacia sus nidos donde les esperan sus crías y les dan de comer. Denis trabajaba en una fábrica del Gobierno, que estaba en el puerto de Melbourne, donde construían el avión Mirage. Allí conocimos a muchas familias españolas y hacíamos reuniones. Una anécdota curiosa es que éstas, como no podían olvidar nuestros ricos jamones los curaban en sus casas y las que vivían en pisos los colgaban en los balcones.

A mi me gustó mucho ese país pero a mi marido no porque yo creo que era demasiado inglés y eso de que los «aussies» (los australianos) le trataran despreciativamente de «*pommy*» (británico, imperialista) no le sentaba nada bien. Le decían: «Sí, tú te has venido aquí porque en tu tierra no hay trabajo». Eran muy arrogantes. Teníamos vecinos australianos y yo me llevaba bien con ellos, bueno me llevaba bien con todos. Con los españoles, con los griegos, teníamos un matrimonio vecino que era de ese país y nos queríamos muchísimo. Seguí en contacto con ellos por años. Antes de todo eso, en la época cuando nació Rebeca en New Molden, había conocido a una señora allí, no me acuerdo ahora como hicimos amistad con ella y su marido. Tenían dos niños y pertenecían al Ejército de Salvación. Yo me hice muy amiga de esta señora y cuando nos fuimos a Australia me escribió diciendo que también iban a emigrar. Se fueron con los niños y todavía siguen allí. Una vez los visitamos en Sydney, donde vivían, y pasamos un día maravilloso. Ella se llama Joyce y es muy inglesa, muy inglesa, pero los ingleses, cuando son buenos, son inmejorables. Le regaló a Rebeca un brochecito que todavía lo guardo como por recuerdo. Cuando Denis y yo regresamos a Inglaterra a lo primero nos escribimos, yo tenía las cartas guardadas, y luego, como soy muy perezosa para escribir, lo fui dejando. Yo estaba entonces muy envuelta con el trabajo, con muchas cosas.

Es una historia preciosa porque cuando Rebeca se fue a Australia hace dos años le di las cartas para que se las llevara a Joyce pero se habían cambiado de sitio y no los encontró. Finalmente los buscó a través del Ejército de Salvación y dio con ellos en otro lugar muy diferente, la invitaron, y fue a verles. Muy emocionante. Luego vino el matrimonio aquí, de viaje, y ahora va a venir Joyce a mi casa, es muy mayor, tiene como ochenta años, y hace unos cuarenta años que no la veo. Joyce era de una familia numerosa y todavía le quedan parientes en Inglaterra, hasta una nieta, y otros que se han ido a vivir a Alicante. Una de las cosas que quiere hacer es ver la tumba de los padres. Cuando nos llamamos hablamos de aquellos tiempos, de las comidas que hacíamos, de muchas cosas. Después de cuatro en Australia decidimos volver a Inglaterra; sentíamos que estábamos muy alejados de nuestras familias y queríamos volver a Europa.

Cuando Denis y yo vinimos de Australia hicimos el viaje a Inglaterra por barco y visitamos algunos sitios muy interesantes como Nueva Zelanda, las Antillas Holandesas —Pappete—¹³ y el Canal de Panamá lleno de caimanes. En Lisboa pasamos el día en un restaurante y pedimos una gran fuente con los mejores mariscos. Al pagar nos encontramos que no teníamos bastantes escudos y no nos aceptaban los dólares australianos así que casi perdemos la salida del barco. En aquellos tiempos no existían las tarjetas de crédito así que todo iba muy despacio. ¡Como ha cambiado la vida! Con una llamada al banco al final aceptaron, con dificultad, la moneda australiana.

Al llegar a Londres, mi madre y Marisa estaban en Notting Hill Gate y mi hermano vivía cerca. Marisa estaba estudiando una licenciatura de Historia del Arte. Como antes de irnos

¹³ Es de suponer que se refiere a Pappete y a los territorios franceses de ultramar.

habíamos desecho nuestra casa en New Malden nos quedamos en casa de nuestros suegros. Al llegar hacía muy mal tiempo y no nos gustó nada Inglaterra. Nos pasábamos el día diciendo: «¡qué aburrimiento, que no sé qué, que no sé cuantos!» En estas le salió un trabajo a Denis en Holanda y nos fuimos por dos años. Siempre recordaré con nostalgia nuestra estancia en Holanda. Amsterdam, al principio de los años setenta, era una ciudad encantadora, todo funcionaba muy bien, todo estaba muy limpio. El carácter de los holandeses es muy parecido a los ingleses.

Vivíamos en un bloque de pisos al lado de un canal con un jardín descomunal. Nuestro piso era un bajo que compartíamos con la dueña, una señora soltera que adoraba a Rebecca. Por las mañanas, después de llevar a Rebecca a la guardería —*Kindergatten* en holandés— Miss Reeder —éste era su nombre— y yo íbamos en coche a pasear por Amsterdam y tomar café en los sitios típicos de la ciudad, lo pasábamos muy bien. La vida doméstica era fácil pues en las verdulerías tenían patatas peladas y las verduras también. El la pescadería había pescado fresco y frito así que era muy cómodo.

Marisa estuvo con nosotros allí dos temporadas, cuando podía. Luego, cuando regresamos a Inglaterra, nos compramos una casa en Newmarket, cerca de Cambridge. Marisa, a todo esto, terminó sus estudios en The Royal Collage of Art con un Master en Bellas Artes. Se había hecho mayor, era maestra y tenía un pisito alquilado en Chiswick, aquí cerca, con una chica de Toledo y nos animaba mucho a venir a esta zona. Nos mudamos a la casa donde vivo ahora, en Chiswick, en el año 73. Como a Marisa le gustaban tanto las telas y la ropa se compró una máquina de coser y se puso a hacer unas blusas con la amiga. Mi marido y yo nos fuimos a King's Road a venderlas, esto es verídico, las vendimos todas y nos hicieron muchísimos encargos. Marisa es una artista, capaz de transformar cualquier cosa. Ve un jersey aburrido, le pone unos cuantos adornos, unos cuantos abalorios, y lo convierte en una cosa que la gente al verla dice: «me lo tengo que comprar». En América vendía muchísimo, en muchos sitios muy buenos, Bloomingdale's, por ejemplo, y hasta llegó a vender en Brasil, se hizo muy famosa.

Como ella vio que le quitaban de las manos las cosas que hacía pensó en abrir un negocio y empezamos a mirar locales por King's Road. Mi marido y yo la ayudábamos. En Knightsbridge, un poco antes de llegar a Harrods, en la otra acera, por donde está el Banco de Bilbao Vizcaya, en el número 146, había seis tiendas que pertenecían a la compañía de electricidad, era un edificio completo, y Marisa lo alquiló. Le pidió ayuda a un chico que era arquitecto y Denis le puso toda electricidad. Cuando estuvo acabado, eso era por los años setenta, abrió una tienda estupenda y yo era la encargada de la tienda. También empecé a comprar cosas para el negocio, fui a una feria de antigüedades y vi a una señora que tenía un puesto y me dijo que su hijo iba a empezar la mili y necesitaba dinero. Le compré unas chaquetas y unas blusas victorianas y se las mandé a Marisa que las vendió enseguida, así que empecé a comprar para la tienda.

Marisa había comenzado a crear unas blusas victorianas que se empezaron a hacer muy famosas. Su ropa comenzó a salir en las revistas de moda, como Vogue, Elle, Brides y muchas más. Se publicaron artículos en los periódicos sobre sus diseños. Todos en la familia estábamos muy contentos, pues hasta el Sunday Times le hizo un artículo muy extenso sobre su vida y sus diseños de moda. Tuvo clientes muy famosos, entre ellos la Duquesa de Kent. Necesitábamos encaje antiguo de modo que Marisa y yo nos íbamos a las subastas, comprábamos el catálogo, veíamos lo que nos interesaba, y ella, nada más abrir las cajas, les ponía un precio. «Mira, mamá, esta caja vale diez libras, esta £100...» y yo lo iba escribiendo en el

margen del catálogo. Luego era yo la que asistía a la subasta y las compraba o no, según la puja. Marisa siempre me ponía un tope. El negocio empezó muy bien, demasiado, teníamos lo menos cuarenta empleados y las oficinas estaban arriba. Allí había secretarías, maquinistas, que eran todas españolas, muchas gallegas, menos un matrimonio indio que se llamaban Taylor. Entonces vino la recesión y Marisa tenía que coger el avión e irse a América para que le pagaran, porque empezaron a no pagar. La situación se puso tan mal que el contable le aconsejó que cerrara el negocio. Durante estos años ayudando a Marisa, yo encontré el mundo del encaje fascinante, sobre todo el encaje antiguo. Empecé a comprar libros, a estudiar, a visitar museos y, lo que es más importante, a manejar el encaje, que es como se aprende. Han pasado bastantes años, pero yo sigo enamorada de los encajes de los siglos dieciocho y después.

Mi marido era un hombre muy complicado, sus ideales eran completamente diferentes a los míos, yo jamás le hablaba de la guerra, bueno, le hablaba algo pero sin los detalles de lo que me había pasado, las peripecias y todo eso. Él era de derechas y yo de izquierdas. Después de veintisiete años de matrimonio, Denis y yo empezamos a distanciarnos tanto que decidimos divorciarnos. Mi hermano, a todo esto, se había casado en Mallorca con una chica inglesa y se fueron a vivir a Ibiza porque él trabajaba para la empresa Thompson —era el representante de las islas Baleares—. Allí nacieron sus hijas y allí sigue viviendo su viuda.

Yo me quedé en esta casa y Denis se fue a la de sus padres, el padre había muerto y a la madre le vino muy bien que fuera a cuidarla. La familia de mi marido era humilde, el padre era militar, había estado en Irlanda y luego tuvo un puesto bastante bueno en la compañía de agua. Estuvo muchos años allí hasta que se jubiló. Tuvieron dos hijas y un hijo, mi marido, que era el más joven de los tres, pero cuando la Segunda Guerra Mundial cayó una bomba en la casa y mató a las hermanas, que eran unas niñas monísimas, e hirió a Dennis y a su madre que se convirtió luego en la mujer más amargada del mundo. Era una familia muy triste y la madre odiaba a los extranjeros, a mí me aceptó porque no le quedó otro remedio pero yo sufría a veces porque ella decía: «los extranjeros vienen aquí a comer» y esas cosas que dicen. Nos tratábamos por encima. Ella tenía la tumba de las niñas preciosa, preciosa y todos los años, en el periódico de Kingston, salía la noticia: «Barbara and Jean, muertas por el enemigo en tal y tal fecha».

Cuando me quise divorciar fui a una abogada joven, era su primer caso, y a partir del momento en que me divorcié empecé a tener estudiantes en casa, él no me pasó nunca dinero, lo hizo todo muy bien, se hizo pasar por pobre, se preparó de antemano por dos años y si ganaba cinco se gastaba 10 y todo iba a su tarjeta, las deudas se iban acumulando y llegó un momento en que no pudo pagar nada. Yo tenía un poquitín de dinero de las cosas que hacía, un ejemplo son almohadones. De entre de las cosas que había comprado en Christie's me habían quedado unos pañuelos muy bonitos, con unas puntillas preciosas, pero el centro estaba un poco estropeado. Lo que hice fue buscar una tela y poner el pañuelo tal como estaba encima, sin el centro, y le añadí unos trozos de puntillas para tapanlo y eso me inspiró para empezar a vender los almohadones. Luego hice corazones, otras muchas cosas, ahí se ve la influencia de mi madre.

Empecé a tener estudiantes porque tenía dos habitaciones que podía alquilar y a lo primero lo pasaba muy bien, me llevo siempre bien con la gente joven, cuando veo a alguien joven siempre le digo: «ven a mi casa a tomar el té». Y me intereso mucho por sus cosas, cuando me empiezan a contar sus historias les digo: «cuéntame, cuéntame», pero estoy siempre a favor de las mujeres. De esta forma hemos hecho muchas amistades y hemos co-

nocido a muchos chicos, hemos tenido muchísima gente. Una de las chicas que tuve me dijo: «Tengo mi familia en Menorca pero vosotras sois mi segunda familia». Hubo una chica italiana que estuvo aquí como un año y sucedió lo mismo, luego se fue a compartir un piso con gente de su trabajo, estaba en Alitalia, y un día vino y nos dijo: «¿Me puedo quedar con vosotras un tiempo hasta que encuentre otra cosa? No me gusta donde estoy». Yo le contesté: «te vas cuando quieras sin tenernos que avisar, estás en tu casa» y se estuvo como cinco meses. Luego no tuvimos más que una habitación alquilada y hace unos años dejé de tener estudiantes definitivamente.

Yo he ido bastante a Madrid pero desde hace unos años no voy, he ido también mucho a Valencia y allí me lo paso maravillosamente con Feli, mi amiga de Valencia, que es más joven que yo. Las dos hemos correteado por todos los rincones de Londres y ahora, como ya van pasando los años, aunque mi corazón y espíritu sean jóvenes, mis pobres piernas se portan en sentido negativo y es mi hija Rebecca con la que mi querida amiga callejea. Feli es una mujer muy guapa, pequeña, rubia, con los ojos azules grandes, una mujer interesantísima y con un corazón de oro. Nos llevamos como dos hermanas. Es muy generosa y trae una maleta grande llena de comestibles: pimientos, tomates enormes de la tierra valenciana, jamón, queso y muchas cosas más y se gasta un montón de dinero con nosotras. Me trae muchos libros, sabe los temas que me gustan y como vivo en el pasado la última vez me regaló un video de la guerra. Me gustan los libros de Rosa Montero, tengo muchos de ella, y hace años estuve en una de sus charlas en el Cervantes. Hablé con ella y me dijo que estaba pensando escribir uno sobre los viejitos pero no sé si lo ha hecho. En general los libros de las escritoras me dicen más, tengo más afinidad con ellas que con los escritores.

Marisa, a todo esto, se casó y vive con su marido en un barrio de Londres que no está lejos de nosotras. De su matrimonio tuvo un hijo, Rueben, el cual se casó con una chica austriaca que se llama Uschi. Tiene un hijo, Nicolai: así que soy abuela y bisabuela.

¡Lo que habremos pasado! Creo que la vida está mejor. Ahora he empezado a leer *El País* porque yo no leía ningún periódico español, lo hago cuando voy a mi cafetería. ¡Menudos líos hay con Zapatero, lo mismo que pasa aquí! Todos los partidos son idealistas al empezar pero cuando llegan al poder se ponen en una confusión enorme, a sacar lo más que pueden. Mira a la mujer de Blair, con lo que tiene y encima trata de sacar de donde puede. Yo siempre he votado al partido laborista pero ya no les voto, voto a los verdes.

He hecho muchas cosas en mi vida. Empecé con un interés por los libros y, ya ves, acabé haciendo cosas manuales aunque me encanta la historia y la arqueología, me habría gustado ser arqueóloga para sacar cositas de la tierra. Si no hubiera venido la guerra... nos truncó la vida, y el hambre que pasamos, el miedo. Ahora estoy leyendo el libro de Dulce Chacón y cuando describe las cárceles parece que estoy viendo la habitación que describe. Tengo unos recuerdos vagos porque aquello era como un sueño, una pesadilla de la que crees que nunca te vas a despertar. Nos despertamos cuando nos sacaron de allí.

No sé donde quiero morir porque tengo a toda la familia desperdigada. A mis padres en España, mi hermano está aquí, enterraron sus cenizas en el jardín de su hija, en un sitio donde hay un rosal y un banco. Tiene un jardín muy grande, enorme. Fuimos a comer, nos bebimos una botella de vino en su nombre, salimos, y lo pusimos allí. A Denis le tiramos las cenizas en el río donde iba cuando era pequeño, en un lugar de Richmond. Cogimos una barquita con un señor simpatiquísimo, llevamos muchas flores y echamos allí las cenizas. Hemos ido después dos o tres veces, siempre nos acordamos en su aniversario, es en octu-

bre. A mi me gustaría estar cerquita de Rebeca pero ¿quien sabe? que ella haga lo quiera hacer conmigo. Si me fuera a España iba a estar muy sola, te mueres y estás sola, se termina todo.

¡Han pasado tantos años! Llegué a este país en octubre de 1952; tenía 28 años y ya había vivido una vida larga. Después tuve que luchar, primero aprendí a vivir en un país tan diferente a España, pero para mí los ingleses siempre han sido unas personas muy tolerantes, aunque reservadas, pero aprecian la sinceridad y cuando son amigos, lo son para lo bueno y para lo malo; siempre son leales. En mi corazón siempre tendré la pena de no haber conocido muchos sitios de mi querida España. Aunque vivía aquí siempre me sentí flotando en la nada y en un rinconcito de mi corazón hay siempre una herida que nunca se cerrará.



Elvira, su marido Dennis, Rebecca y Rubén —el hijo de Marisa— en casa de sus suegros en Chessington. 1970.



Rebecca en 2006.



Elvira en su casa de Chiswick —Londres— en 2006.



Elvira, Dennis y Rebecca en Santiago de Compostela. 1980.



El cumpleaños de Elvira en 2006.



Elvira en 2007.

NINO MORATIEL



Los soportales de Sahechores, de Rueda, donde guardaban los carros las personas que no tenían sitio en su casa y donde dormían los gitanos.



Los padres de Nino en 1912.



La boda de Nino y Rosita Morell. 1965.



Nino ya en Londres junto a la fuente de Hyde Park. 1964.

NINO MORATIEL

PÁGINAS DE MI DIARIO

MI PUEBLO

Nací el 22 de Agosto de 1933 en Sahechores de Rueda, un pueblín de la ribera alta del río Esla en la provincia de León. Los primeros recuerdos que tengo de mi pueblo, son una colección de unas 25 casas amontonadas a ambos lados de la carretera. La mayoría de ellas era de adobe y sólo había seis de ladrillo. El edificio más emblemático, aparte de la iglesia, era una casa solariega con un reloj de sol y un escudo de armas de piedra en la fachada.

Nuestra comarca era un conjunto de pequeñas explotaciones agrícolas y la ganadería era la actividad principal. Naturalmente había ricos y pobres, pero la diferencia no era tan acusada como en otras regiones. Todos los vecinos tenían algún terreno donde podían cultivar casi todo lo que necesitaban para el consumo familiar. En realidad éramos autosuficientes menos en aceite, arroz y algunas cosas más que estaban racionadas.

Todo se cocinaba con manteca de cerdo y con un poco de aceite. El desayuno era siempre lo mismo, todos los días del año: sopas de ajo con un torrezno y, si estaba muy frío o helaba, nos solían dar un poquitín de orujo para que entráramos en calor, esto se conocía como echar la parva¹⁴.

LA GUERRA CIVIL

Cuando comenzó la Guerra Civil española yo aún no había cumplido los tres años por consiguiente mi experiencia personal sobre la guerra es muy confusa, se limita a un incidente en 1937 y que no pude comprender hasta que me lo aclararon mis padres cuando tenía unos 7 años.

Un día llegó al pueblo un camión lleno de milicianos y mineros. Según me contaron, a mi hermana Celia, que entonces ya tenía 21 años, y a otras dos amigas que salían de la iglesia en aquel momento, les cortaron el pelo al rape y rociaron sus cabezas con brea «para darles una lección». A don Zacarías, el sacerdote del pueblo, le amenazaron con quemarle vivo en la iglesia y se salvó gracias a la intervención de algunos mineros que venían del mismo

¹⁴ La parva es la mies (cereal) antes de la trilla o antes de separar el grano, pero en este contexto significaba tomar unas galletas y una copa de orujo

pueblo que el señor cura: es decir de Sabero, en la cuenca minera. Al final le dejaron en libertad y abandonaron el pueblo sin quemar el templo.

LA POSGUERRA

Si la guerra civil fue muy cruel, la posguerra no fue mucho mejor, sobre todo en las ciudades y pueblos grandes. Los pocos alimentos que había estaban racionados y existía el peligro de que muchas personas murieran de hambruna y malnutrición. Esto se debía al ruinoso estado en que quedó España y, lo que es aún peor, al aislamiento comercial y supresión de créditos ordenado por las Naciones Unidas.

En nuestra comarca el problema de la alimentación lo teníamos resuelto pero la sanidad y asistencia médica no existían, las casas no reunían las mínimas condiciones sanitarias y la precariedad de los servicios médicos tenía unas consecuencias desastrosas. Un dolor de muelas había que aguantarlo hasta que se inflamaba la cara y luego esperar que desapareciera en un par de días. Lo mismo ocurría con el dolor de cabeza, teníamos que soportarlo estoicamente.

En lo que a mi respecta, aún hoy día están presentes las secuelas de la falta de los servicios médicos ya que de niño me salieron unas úlceras en los ojos y el médico, que compartíamos con otros 18 pueblos, no disponía de los medicamentos necesarios para curarme. Como mis padres no veían ningún progreso decidieron llevarme a León para consultar a un oculista que les dijo que, si hubieran tardado un par de meses más en ir a su clínica, habría perdido la vista total del ojo izquierdo y el 50% del ojo derecho.

EL SEÑOR CURA Y EL CURANDERO

El señor cura entendía algo de medicina y siempre estaba estudiando las propiedades terapéuticas de las plantas que encontraba en la orilla del río o en el monte y con las cuales nos aliviaba algunos males como el dolor de oídos, de estómago, diviesos etc. En algunos casos también utilizaba sanguijuelas, las ponía en la parte infectada y éstas, al chupar la sangre, extraían al mismo tiempo el veneno que causaba la infección (las sanguijuelas son una especie de lombrices que viven en pozos o riachuelos y se agarran dentro de la garganta de los animales que beben este agua).

Un día se presentó en nuestro pueblo un amigo de mi padre que venía de cerca de Almanza, a unos 10 kilómetros de Sahechores. Se quejaba de unos dolores rápidos y paralizantes que le afectaban desde la nuca hasta los riñones. El hombre se mantenía en el caballo con dificultad y, por lo que le contaba a mi padre, algunos días casi no podía ni levantarse de la cama. Mi padre me mandó que le acompañase a casa del señor cura y don Zacarías le indicó que se desnudara de la cintura para arriba. Una vez hecho esto le empezó a pasar sus manos por la parte dolorida. Por lo que yo pude entender entonces le dijo que tenía algo de vago y le recomendó que usara las hojas exteriores de la berza, mostrándole a continuación la forma de hacerlo.

Me ordenó que le trajera un repollo de su huerta, cogió las dos hojas de afuera, les quitó el nervio y seguidamente las planchó ligeramente, colocándolas luego en la parte inflamada. Encima de la berza puso una toalla pequeña que ya había alisado previamente y lo sujetó todo con la faja que traía aquel paisano. Con el tiempo aprendí que la enfermedad que

padecía este señor era lumbago y que esto no tenía nada que ver con ser vago, como yo había entendido al principio.

MI FAMILIA

Yo me llamo Saturnino Moratiel Rodríguez pero siempre me han llamado Nino. Soy el más pequeño de una familia numerosa compuesta por mis padres, Felicísimo Moratiel y Aurelia Rodríguez, cuatro hermanas y seis hermanos de los que sobrevivimos ocho. Mi padre era de Sahechores, pero mi madre venía de un pueblín llamado Pesquera a unos 6 Kms. de Cistierna. Mis abuelos maternos se llamaban Saturnino y Carolina, a mí me pusieron el nombre de mi abuelo.

Mi abuelo paterno, Estanislao Moratiel, llegó a Sahechores en unas circunstancias muy extrañas, venía de un pueblo llamado Santa Olaja de Eslonza situado en la otra orilla del río en dirección a Puente Villarente, a unos 14 kilómetros de nuestro pueblo. Parece ser que su padre, es decir mi bisabuelo, tenía muchas virtudes y un sólo vicio: le gustaba jugar a las cartas. Una noche se jugó todo su capital y para su desgracia, y la nuestra, lo perdió todo y desapareció de la comarca sin dejar rastro alguno. Mi bisabuela se encontró de la noche a la mañana en una ruina absoluta, sin casa y con un niño de dos años. En esta situación tan angustiada decidió volver a nuestro pueblo de donde era natural su familia y se quedó a vivir con sus padres.

Mi abuela materna, Ramona Yugueros, nació en Sahechores y se quedó huérfana de madre cuando contaba unos diez años. Mi bisabuelo se volvió a casar pero no parece que fue un matrimonio muy acertado ya que a los pocos años comenzaron a malvender sus mejores fincas para pagar las muchas deudas que tenían. Para librarse de este hogar tan desagradable y de una madrastra que tenía poco de amable, mi abuela (que tenía solo dieciséis años) decidió casarse con mi abuelo que tenía diez años más que ella. De esta unión que parecía destinada al fracaso, teniendo en cuenta la diferencia de edad y de carácter así como la miseria en que vivieron sus primeros años, nacieron nueve hijos, el mayor de todos era mi padre. Sus primeros años fueron de extrema pobreza hasta que comenzó a trabajar esporádicamente como jornalero para alguno de los pocos terratenientes que había en aquellos pueblos. A los quince años comenzó a trabajar en las minas de Sabero, la cuenca minera más cercana a nuestro pueblo. Allí estuvo un par de años, pero tuvo que abandonar la mina porque le detectaron principios de silicosis.

Después de trabajar en Asturias durante algún tiempo, se embarcó con rumbo a la Argentina, la tierra de promisión y oportunidades para muchos españoles pobres. Tenía diecinueve años e invirtió en la travesía Vigo—Bahía Blanca (Puerto Galván) treinta y siete días. Empezó a trabajar en el campo y después de un año entró en la Policía de Marina, una especie de carabineros, donde estuvo hasta que regresó a España. Fue promocionado dos veces, a cabo primera y luego a sargento.

Mi padre nunca se olvidó de su hogar ni de los hermanos que dejó en España y al poco tiempo de llegar a la Argentina empezó a mandar dinero para aliviar la situación de pobreza en que se encontraba la familia. Después reclamó a tres de sus hermanos y les pagó el pasaje para que se unieran a él en Bahía Blanca. El más pequeño de ellos, mi tío Sergio tenía solamente trece años. A los siete años de llegar mi padre a la Argentina se murió mi abuelo dejando a mi abuela viuda con sólo cincuenta y un años y ocho hijos el menor de cinco años. Mi padre decidió regresar a España y un par de años más tarde volvieron mis tíos; los años

de penuria y sacrificio habían pasado. Todos se casaron al poco tiempo de regresar y se establecieron en nuestro pueblo. Mi padre era delgado, bastante alto, quizá demasiado serio, y con un sentido muy estricto de lo que era justo. Mi madre era más alegre, le gustaba cantar, casi siempre canciones de la montaña, de donde venía su familia. Lo que más me impresionó de mi madre fue su espíritu cariñoso y caritativo ya que pocas personas necesitadas del pueblo salían de nuestra casa sin ser socorridas.

La mayoría de los recuerdos que tengo de mi niñez y mi familia son alegres, aparte del incidente de mi hermana y los milicianos o la burla que me hacían algunas personas pues como consecuencia de unas úlceras que me habían salido en los dos ojos cuando era niño, me quedó la costumbre de guiñar el ojo izquierdo cada vez que tenía dificultad en ver alguna cosa. Mi niñez fue la época más feliz de mi vida, llena de graciosas anécdotas, situaciones cómicas y otras más serias y tristes. Algunos días recuerdo con verdadera nostalgia los diferentes tipos humanos que poco a poco iban llenando nuestra imaginación de niños: mi familia, el tío Ojitos, los gitanos o el tío del oso, por nombrar tan sólo unos pocos.

RECUERDOS DE MI INFANCIA

MI ESCUELA

Yo comencé a ir a la escuela cuando tenía siete años, era obligatorio asistir al curso escolar. En nuestro pueblo había dos escuelas una para chicas y otra para chicos lo cual era algo sorprendente porque el número de niños de edad escolar no llegaría a los veinticinco. La mayoría de los maestros que tuvimos estaban sólo de paso y a la primera de cambio nos dejaban para ir a otro sitio mejor. El primer maestro que yo conocí era de Extremadura, no me acuerdo de su nombre pero sí de sus apodos «*el corujo*», porque andaba siempre encogido, y «*don abrigo*» porque desde Septiembre, cuando llegó a nuestro pueblo, hasta abril no se quitaba el abrigo. Nos costaba trabajo entenderle debido a su acento y no paraba de quejarse del clima tan frío que teníamos. No le vimos sonreír hasta Mayo cuando comenzó a hacer calor.

Nuestra escuela era diferente a la de los otros pueblos porque disponíamos de una pequeña biblioteca, regalada por un hijo del pueblo, Don Jesús Cifuentes, inspector de Magisterio en la provincia de León. Antes de ir a la escuela yo ya había aprendido en casa el *silabario* y era capaz de leer casi correctamente. En la escuela nos enseñaban aritmética, geografía, historia de España y religión. Casi todos los días leíamos por turno un capítulo de *El Quijote* y de otro libro titulado «Países y Mares»¹⁵, este último despertó en nosotros un deseo insaciable por aprender, y abrió nuevos horizontes en nuestra mente infantil. Comenzamos a darnos cuenta de que, además de Francia, Portugal, Gibraltar y el mar Mediterráneo que nos separaba de África, había otros países y continentes de cuya existencia no teníamos antes la más remota idea.

Algunos días aún recuerdo vivamente algún capítulo de este libro tan maravilloso como «Calcuta, Benarés, costumbres indias, piras funerarias y los ríos Ganges y Brahmaputra». El nombre de este último río nos hacía pensar que en la India tenía que haber muchas vacas porque lo asociábamos con el bramido de los toros y de las vacas. La lectura de este libro, junto

¹⁵ «Países y mares» fue un célebre manual de escritura y lectura, escrito por Joaquín Pla Cargol y editado por Carles Dalmau Pla en 1929.

con lo que nos contaban mi padre y los tíos sobre la Argentina y Brasil, nos incitaba a viajar y conocer nuevos mundos cuando fuéramos mayores.

Durante las vacaciones podíamos sacar libros de la biblioteca y yo aprovechaba las largas noches del invierno, e incluso el tiempo libre de que disponía, cuando cuidaba a las ovejas, vacas o pavos, para continuar con mi afición a la lectura. Antes de cumplir los diez años yo ya había leído La Odisea y La Iliada de Homero, las Rimas y Leyendas de Bécquer y la vida de Beethoven.

LOS GITANOS

Mi pueblo tenía unos soportales donde algunos vecinos guardaban sus carros de labranza pero, al mismo tiempo, servía de posada a los gitanos que nos honraban con su visita casi semanalmente. Su llegada era siempre una buena noticia para los chavales pues nos permitía hacer un partido de fútbol aunque sólo fuéramos cinco de cada parte.

Movidos por la curiosidad le preguntamos al señor maestro si sabía de donde venían los gitanos. El nos miró de arriba abajo y nos dijo que de Egipto. Como vio que nos habíamos quedado igual que estábamos añadió que Egipto estaba más allá de León. Nosotros pensamos que tendrían que venir de muy lejos porque cuando alguien de Sahechores iba a León a vender alguna caballería en la feria de San Andrés tardaba tres días en llegar a casa (la feria de San Andrés era el 30 de Noviembre y duraba dos días, por consiguiente el que no vendía el primer día esperaba hacerlo el segundo).

Los viejos de aquellos pueblos miraban a los gitanos con recelo y desconfianza ya que, poco más o menos cuando ellos eran de nuestra edad, unos gitanos rodearon el pueblo de Corcos (Corcos está a unos 8 kilómetros de mi pueblo donde viven solamente unas familias). Les robaron la matanza y algunos caballos y decidieron hospedarse en la iglesia, comportándose como dueños y señores de esta pequeña aldea hasta que la guardia civil de Almanza, avisada por un pastor, les desalojó y perdieron en la refriega al jefe de la tribu.

TURISMO RURAL

Los gitanos no eran los únicos que visitaban nuestro pueblo. Todas las semanas de octubre y noviembre teníamos grupos organizados de turistas, eran los frailes y las monjas de León que venían a pedir alubias, fréjoles, patatas, nueces, etcétera. Nosotros no teníamos obligación de darles nada pero como las excursiones estaban también organizadas era difícil darles con la puerta en las narices ya que siempre traían de guía a alguien del pueblo que visitaban. Las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, Las de la Caridad, las monjas del Hospital Provincial, frailes Capuchinos y Carmelitas se daban cita por aquella ribera y todos tenían algo en común, la cara de hambre.

Cuando se cerraba la temporada turística para los grupos antes mencionados le tocaba el turno al tío del oso, que continuaba diciendo año tras año que lo había cazado en las montañas de Riaño sólo hacía tres meses. Lo curioso era que el oso seguía llamándose Nicolás. Luego le tocaba el turno a otro ilustre visitante, este traía un lobo disecado (aún no habían descubierto la forma de domesticar los lobos), y el lugar donde le había matado era siempre en el monte del pueblo que visitaba, por lo cual esperaba que los ganaderos le diéramos algún dinero por habernos librado de tan terrible enemigo.

Los pobres que pedían limosna de puerta en puerta alternaban sus visitas según los días de la semana y solían hospedarse en la otra pensión, es decir, el pajar desvencijado de

Quico, el sastre. Una tarde de invierno cuando la mayoría del pueblo estaba rezando el rosario, se presentó en la iglesia Conce, la mujer de Quico, más conocida como «la sastra». Daba la impresión de estar asustada y fue directamente al púlpito para decirle al señor cura que el pobre que estaba en su pajar parecía que se iba a morir y venía a pedirle que fuera a darle la extremaunción. El señor cura puso punto final al rezo del rosario y acompañó a la sastra seguido de los feligreses.

En el pajar el sacerdote hizo algunas preguntas al pobre y como veía que no contestaba le dijo a mi tío Sergio que le parecía que olía a vino. Mi tío instaba al pobre a que, por lo menos, dijera Jesús pero este continuaba sin decir ni pío e incluso parecía que quería vomitar. Zapico, que vivía vecino al pajar de la sastra, se hizo paso como pudo y le dijo al señor cura que no perdiera el tiempo porque el pobre en cuestión no se estaba muriendo, sólo tenía una borrachera de orujo. A todo esto el pobre empezó a vomitar, como si quisiera dar la razón a Zapico. La vomitona cogió de lleno al párroco y le dejó la estola¹⁶ para no prestar. Con las prisas por salir del pajar a mi tío Sergio se le cayó el farol en la hierba seca y a punto estuvo de quemar el pajar con el pobre dentro.

EL TIO OJITOS

El tío Ojitos era la única persona a quien don Zacarías permitía entrar en la iglesia sin quitarse las madreñas. Su nombre era el tío Tiquio pero le llamábamos de apodo el tío ojitos porque cuando cogía un catarro le lloraban mucho los ojos. Su frase favorita era «milagro patente la burra en la cuadra, la puerta cerrada y no se ha salido». Cuando el sacerdote leía alguna de las interminables cartas pastorales del obispado, el tío ojitos solía interrumpirle diciendo «ya vale por hoy, Luís Almarcha, obispo de León, y se acabó el sermón». El señor cura le aguantaba todo esto porque el tío ojitos siempre estaba dispuesto para arreglar el tejado de la iglesia o la casa rectoral, donde vivía el párroco. Las sabelotodo que, como su nombre indica, eran las más listas del pueblo, aseguraban a quien tuviera tiempo para escucharlas que «el tío ojitos estaba siempre disponible para arreglar las goteras que había en la iglesia, porque era una penitencia que le había puesto el señor cura en vez de rezar un padre nuestro y dos avemarías como era de costumbre».

Dice el refrán que «hombre de muchos oficios, cátales pobre». El tío Ojitos no era precisamente una excepción de esta regla. Para paliar su precaria situación económica además de labrador, albañil y carpintero, también se dedicaba a hacer zarzos que luego vendía en otros pueblos cerca de Mansilla, algo alejados de la Ribera, y a los cuales él describía graciosamente como «buenos pueblos de pesca, si tuvieran río».

Los zarzos eran como un tejido de varas, cañas o mimbre que formaban una superficie plana, solían usarlos para poner el tejado de las casas. Cuando las paredes estaban terminadas ponían unas vigas para soportar el tejado y encima de estas vigas se clavaban los zarzos y luego se cubrían con las tejás.

El tío ojitos vendió todos sus zarzos y, como se acercaban las Navidades, decidió comprar vino y orujo para celebrar las fiestas. Para asegurarse de que había hecho una buena compra probó ambas cosas y, como le gustó, siguió bebiendo sin percatarse de que las vacas llevaban el carro por donde querían y, en vez de cruzar la vía del tren y coger luego la carre-

¹⁶ Ornamento litúrgico que consiste en una ancha y larga banda de tela que se pone el cura colgando sobre el cuello.

tera que les llevaba a nuestro pueblo, siguieron por la vía férrea hasta que llegaron al paso nivel de Santas Martas donde las paró el guardabarrera y le detuvo mientras despabilaba de su borrachera y se ponía en condiciones de continuar su camino hasta Sahechores. El tío ojitos era el personaje más carismático y popular de nuestro pueblo y nosotros, los chavales, creíamos todas las mentiras que nos contaba.

LAS HELADAS

Algunos años los inviernos eran terriblemente fríos y el único lugar caliente que había en las casas era en las cuadras, donde estaban las vacas, y la cocina, cuando la lumbre ardía día y noche. La habitación de mis padres estaba en la planta baja, junto a la cocina, y estaba bastante caliente pero las otras parecían un témpano de hielo.

Nuestra casa tenía un pozo con una bomba para sacar agua pero como estaba en el corral algunas veces se pasaban tres días sin que pudiéramos usarlo porque estaba todo helado a pesar de haberlo tapado con pellejos de ovejas y abrigos viejos. La peor parte la llevaban las mujeres ya que en aquellos años no existían las tripas de plástico que se utilizan para hacer los chorizos y las morcillas y, consecuentemente, tenían que lavar las tripas de los cerdos en el río o en algún canal. En más de una ocasión teníamos que romper el hielo para que pudieran lavarlas.

Sahechores era uno de los pocos pueblos que tenía lavaderos públicos y por alguna razón que yo no comprendía nunca se helaban. La ropa lavada la ponían a secar en los alambres que separaban las eras y, si no la recogían antes de ponerse el sol, las sábanas parecían bacaladas y no se podían separar de los alambres hasta el día siguiente, cuando calentara el sol.

El invierno de 1940 hizo un frío que cortaba el aliento, yo tenía entonces unos siete años. Estuvimos bloqueados por la nieve más de una semana y, por si esto fuera poco, casi todos los días helaba. El río Esla no se heló por completo pero la presa del molino parecía lo que dirían ahora: una pista de patinaje sobre hielo. La presa tenía unos cuatro metros de ancho y su profundidad, en algunas partes, llegaba a los dos metros. Desde el puerto hasta el molino hay más de un kilómetro. Lo que conocíamos como «el puerto» era una empalizada hecha de estacas de roble y rocas que atravesaba el río para hacer subir el nivel del agua de la presa.

Los chavales teníamos la costumbre de resbalar en la presa de regar (la palabra patinar aún no estaba en nuestro vocabulario) y durante el invierno traía muy poca agua y, en algunos tramos donde había mucha sombra, permanecía helada dos o tres semanas. Nosotros nos quitábamos las madreñas y nos quedábamos con las zapatillas de paño para resbalar mejor. A esta presa traíamos las vacas y las caballerías para beber agua y casi todos los días teníamos que romper el hielo para que probaran el agua, esto lo hacíamos arrojando cantos grandes sobre el hielo hasta que conseguíamos romperlo.

Un domingo, después de misa, nos enteramos mi amigo Emidio y yo de que la presa del molino estaba completamente helada y nos unimos a un pequeño grupo de mozos que nos preguntaron si queríamos ir con ellos a ver el río, que al parecer estaba helado. Éstos, una vez que vieron el río, decidieron seguir las huellas de liebre que aparecían por encima de la nieve, esperando tener un buen día de caza. Emidio y yo sólo pensábamos en cruzar la presa del molino sin quitarnos las madreñas, para no coger frío en los pies, y poniendo en práctica la técnica que habíamos perfeccionado cuando resbalábamos en la presa de regar, cogimos

un canto grande cada uno y lo arrojamos contra el hielo para comprobar que no se rompía o agrietaba, a continuación tiramos el canto un poco más adelante y seguimos avanzando. Cuando estábamos casi llegando a la otra orilla oímos gritos y silbidos. Eran los mozos que se habían percatado de lo que estaba pasando y nos indicaban que no intentáramos cruzar la presa de vuelta porque se rompería el hielo.

Tiritando de frío fuimos andando por la otra orilla hasta llegar al molino. El tío Moreno, es decir el molinero, nos riñó todo lo que quiso y un poco más y después de darnos un buen estirón de orejas nos preguntó si teníamos hambre o frío. Le dijimos que sí a las dos cosas y acto seguido su hija Dionisia nos sacó unos sequillos, dulces caseros, y además el tío Moreno nos dio un buen trago de orujo para que entráramos en calor.

LAS MERINAS

Todos los años, a últimos de Mayo o primeros de Junio, pasaban por el terreno de nuestro pueblo unos rebaños de varios miles de ovejas merinas que venían de Extremadura. Su llegada era todo un acontecimiento, sobre todo para los chavales, pues aquel día no íbamos a la escuela. Los viejos del pueblo se referían a los rebaños de merinas como la trashumancia, ya que consistía en transportar el ganado desde sus pastos de invierno a los pastos de verano y viceversa.

La mayoría de los pastos de invierno se encuentran en Extremadura, aunque también hay dehesas o grandes latifundios en Salamanca, Ciudad Real y Jaén. Los pastos de verano en León están localizados en los puertos montañosos de los partidos judiciales de Riaño, La Vecilla y Murias de Paredes. Antes de la llegada del ferrocarril la trashumancia se hacía a pie y tardaban un mes en andar los 800 kilómetros que separan a Extremadura de las montañas de León y otro mes para regresar a Extremadura. Se calcula que el número de cabezas de ganado que constituye la trashumancia ha llegado en algunos años hasta cien mil.

Los rebaños que llegaban a nuestro pueblo venían en el tren hasta Santas Martas (a unos 25 kilómetros de Sahechores) y luego seguían siempre el mismo camino, es decir, La Cañada Real, que tiene aproximadamente unos 75 metros de ancho. En nuestro pueblo cruzaban el río Esla y continuaban andando hasta llegar a los puertos de destino. Según los expertos, la cañada real tiene más de 600 años de existencia y es una concesión hecha por Decreto Real. Antiguamente parte de este camino había sido apropiado por los dueños de las fincas lindantes pero recientemente la Trashumancia ha reivindicado todo lo que le pertenecía incluyendo el derecho a pasar por la calle de Alcalá, en Madrid, aunque para ejercer este derecho tiene que pagar la simbólica cantidad de cien maravedíes o su equivalente en euros.

Al frente de los rebaños iban los *mansos* (nombre que daban a los carneros castrados). Aunque éramos unos chavales nos dábamos cuenta de que las ovejas y carneros merinos eran diferentes a los de nuestro pueblo. Tienen el hocico grueso y ancho, la nariz con arrugas y casi todo el cuerpo está cubierto de lana fina y rizada. Lo que más nos impresionaba eran los mastines que traían para guardar los rebaños. Eran perros enormes y fornidos, de cabeza redonda, orejas pequeñas y cuello corto y ancho, casi siempre protegido por carlancas¹⁷.

¹⁷ Collares anchos, erizados de clavos de hierro que ponían a los mastines para preservarlos de las mordeduras de los lobos.

La mayoría de los rebaños de merinas usan Astorga como estación de llegada y de embarque cuando regresan a Extremadura. Los rebaños que iban a los puertos de la montaña de Riaño desembarcaban en Santas Martas, los que iban a Prioro lo hacían en el Burgo Renero. Prioro es sin duda alguna la población más vinculada a la trashumancia y lo será aún más cuando en 2006 inauguren el Museo de la Trashumancia donde habrá expuestos más de 300 objetos relacionados con las merinas.

Aunque Prioro está relativamente cerca de Sahechores y mi hermano Tino me hablaba a menudo de lo bonito que era, no lo conocí hasta el verano de 2003 cuando, ante su insistencia, decidimos ir a pasar el día en esta villa tan hermosa. Íbamos mi hija Rosamari, su novio John (hoy día mi yerno), mi hermano Tino como guía y, por supuesto, yo. Rosamari había estado en Prioro y Riaño unos ocho años antes, cuando ella y mi hijo Johny fueron a estas dos poblaciones a filmar un reportaje sobre la lucha leonesa para una cadena de televisión americana, *Transworld Sport*, cuyos programas deportivos aparecían en aquellos años en la «ITV» inglesa.

Todo lo que vi me gustó, comenzando por los chozos, una especie de cabañas cónicas cubiertas de ramaje donde los pastores cocinan y hacen su vida normal hasta últimos de Septiembre cuando regresan a Extremadura, como dice la canción: «Ya se quedan las sierras tristes y oscuras». Pero quizá la sorpresa más agradable fue ver los hórreos y lo bien cuidados que estaban. Ahora ya puedo decir con toda justificación que en León también tenemos hórreos y no son de importación de Asturias o de Galicia.

TRADICIONES Y COSTUMBRES

LA CENCERRADA

La vida tranquila y rutinaria de aquellos pueblines se veía alterada de vez en cuando con acontecimientos casi siempre familiares como bodas, bautizos, el santo de la abuela, la fiesta del pueblo y, como no, la matanza del cerdo, que se hacía por el invierno. Cuando se casaba algún viudo o viuda lo celebrábamos por todo lo alto. Se preparaba una cencerrada que, como su nombre indica, consistía en atar al carro de caballos que traía a los novios cencerros, latas, botes y todo lo que servía para meter ruido

Algunas veces la novia pretendía ponerse enferma para terminar la fiesta cuanto antes. Uno de los mozos del pueblo, casi siempre el más carota, se hacía pasar por médico, se subía al carro de los novios (sin pedir permiso, por supuesto) y con mucha parsimonia tomaba el pulso a la novia mientras la miraba detenidamente. Si las circunstancias se lo permitían procedía a auscultarla para lo cual ponía un cuerno de vaca en el hombro de la novia al mismo tiempo que colocaba su oído en el otro extremo del cuerno, después de unos minutos de silencio casi sepulcral y, si le parecía que podíamos seguir la juerga, solía decir a voz en grito «no es nada, que siga la cencerrada».

También les cantábamos los pajaritos, unas coplas cortas que, sin ser ofensivas, hacían alusión a la vida de los recién casados y a sus perspectivas de felicidad para el futuro. No siempre terminaba la fiesta en armonía y algunas veces lo que comenzó como alegría para todos terminaba en una pelea en toda regla entre los mozos que organizaban la cencerrada y los familiares de los novios.

LA MATANZA

La matanza merecía un capítulo aparte. Solía comenzar en Noviembre. Normalmente nos juntábamos todos los familiares, especialmente en casa de mi abuela, un año creo que éramos más de 25 entre tíos y primos y, por si fuéramos pocos, antes de empezar a cenar ya estaban los gitanos aporreando la puerta porque como la tía Ramona (mi abuela) era siempre *mu güena* con ellos esperaban que, como en años anteriores, les diera la prueba. Ésta consistía en un poco de chorizo, morcilla, tocino y algo de carne para freír. Era la costumbre en aquellos pueblos dar la prueba a los parientes más necesitados y en el caso de mi abuela los gitanos también estaban incluidos entre los candidatos para recibir este galardón.

Mi tío Eligio, que era quién menos paciencia tenía, se levantó de malhumor para decir a los gitanos que dejaran de dar golpes a la puerta pero mi abuela le apaciguó con estas palabras: «acuérdate Eligio de que nosotros también fuimos pobres». Mi tío se sentó refunfuñando, los gitanos tuvieron suerte y se fueron con la prueba cantando alabanzas a la tía Ramona y deseándola una feliz y larga vida.

No todo era agradable el día de la matanza. Como nosotros vivíamos enfrente de la casa de mi abuela, casi siempre se encargaba mi padre o mi hermano Herminio de matar el cerdo o la cerda. Eran unos animales enormes, algunas veces llegaban a pesar hasta 18 arrobas, y teniendo en cuenta que la arroba equivalía a 11 kilos llegaban a pesar los doscientos kilogramos. Cogían al animal entre cuatro o cinco hombres y le ponían en un banco muy fuerte, hecho para estas ocasiones, le ataban bien las patas y luego se encargaba mi hermano Herminio de hacer de matarife. Mi trabajo, por cierto muy desagradable, consistía en recoger la sangre en un perol y revolverla continuamente para que no se cuajase. A mí no me gustaba nada hacer esto pero no tenía más remedio que apretar los dientes y aguantarme sin chistar. Como premio aquel día no iba a la escuela.

Una vez que la cerda estaba muerta la situación era más llevadera y hasta nos permitían a los chavales chamuscarla, es decir, quemar el pelo áspero e hirsuto que tenía. Esto lo hacíamos con paja de centeno, quitábamos la espiga y dejábamos la caña que tendría más de un metro de largo, lo usábamos como si fuera una antorcha y a continuación teníamos que lavarla bien lavada. Mi padre y mis tíos se encargaban de destazarla y esto ya era el principio de la fiesta. Se asaban trozos de carne, se comían los anteriormente mencionados sequillos, se contaban anécdotas y el olor a orujo lo impregnaba todo.

SALIDA DE MI PUEBLO

ELIGIENDO PROFESION

A menudo llegaba a nuestro pueblo gente que, aunque había nacido en Sahechores, ahora vivía en León, Barcelona, Madrid y otras ciudades, incluso algunos llegaban de África donde estaban haciendo el servicio militar. Nosotros nos quedábamos embelesados escuchando las historias que nos contaban, especialmente los soldados, los mayores tenían sus dudas sobre estas experiencias, pero los chavales creíamos todo lo que nos permitían escuchar cuando formábamos parte del corrillo de oyentes. En nuestra imaginación de niños queríamos emularlos cuando fuéramos mayores y, por consiguiente, cada día pensábamos tener una profesión diferente: misionero, legionario, marino, médico, maestro, el tío del oso. Este era el orden de preferencia, nosotros ya no nos conformábamos con ser labradores, pastores o pescadores, como eran casi todos los del pueblo.

Mi amigo Perico, el de Gelasio, siempre dijo que quería ser carmelita y en realidad así fue, ingresó en un colegio de esta orden religiosa. Abundio, el de Periquines, se conformaba con ser cartero y, si no era posible, pescador o labrador, como su padre. Millán, el de Antolín, lo tenía algo más difícil, quería ser piloto. Aunque esta idea parezca un poco descabellada, en realidad no le faltaba lógica para decir esto porque Félix, el de la tía Felisa, era capitán de aviación y estaba destinado en León. Al parecer estaba encargado de entrenar a los nuevos aviadores y solía invadir el espacio aéreo de nuestro pueblo pilotando una avioneta con la cual hacían prácticas casi todos los meses.

Daba varias vueltas por encima de la torre de la iglesia y luego, cuando se encontraba en campo abierto, pasaba rozando la copa de los árboles. Hacía varias piruetas y acrobacias con la avioneta que nos dejaban estupefactos y, para coronar la actuación, dejaba caer una carta para su madre. Los chavales nos disputábamos el honor de llevar las cartas a la tía Felisa y recoger la recompensa que siempre nos daba.

INGRESO EN LOS AGUSTINOS

Mi tío Pedro era fraile agustino y le visitábamos siempre que íbamos a León donde tenían un colegio de enseñanza con más de trescientos alumnos. Poco a poco la idea de hacerse fraile, como él, empezó a echar raíces en mi mente. Cuando yo tenía unos diez años mi primo Claudio, el de mi tía Nina, ingresó en el colegio — seminario que los agustinos tenían en Calahorra (la Rioja)— y quizá sin que él se diera cuenta abrió el camino que seguiríamos dos años más tarde Sergi, el de mi tío Sergio, y yo. Creo que fue en el otoño de 1945. Por si éramos pocos Moratieles dos años más tarde se unió a nosotros Bernardo, el hermano menor de Claudio. Entre todos los primos este fue siempre mi preferido, me cayó simpático desde el principio.

De los cuatro años aproximadamente que pasé en Calahorra tengo unos recuerdos muy agradables aunque, a decir verdad, encontraba los servicios religiosos, a los cuales teníamos que asistir diariamente, muy monótonos y repetitivos. Los estudios que cursábamos eran más o menos lo que antiguamente llamaban el bachillerato: geografía, matemáticas, latín (cuatro años), literatura, historia de España, historia sagrada, música y, más adelante, estudiábamos griego y filosofía. Esta última asignatura la estudiábamos en latín.

Aunque estábamos siempre ocupados con los estudios y prácticas religiosas, no obstante aún nos quedaba tiempo para comportarnos como los chiquillos que éramos. Mi mejor amigo de travesuras y de castigos era Eugenio Tejerina, de Cistierna. Tejerina y yo las armábamos gordas. La más sonada fue cuando subimos a una higuera centenaria donde quedaban algunos higos en las ramas más altas. La higuera en cuestión estaba al borde de un estanque casi sin agua pero con mucho lodo. Yo subí hasta a las ramas más altas y Tejerina hizo lo mismo. Los dos tirábamos los higos a Bernardo que esperaba al pie del árbol.

Además de mi primo también estaban otros compañeros pero, como no repartíamos los higos con ellos, cuando oyeron la campana que nos llamaba a clase de latín, se marcharon sin decirnos nada y, por si esto fuera poco, avisaron al padre maestro de la fechoría que estábamos haciendo. Este se presentó en un santiamén y nosotros, con la prisa que teníamos de bajar, no nos dimos cuenta que estábamos pisando en la misma rama y, aunque era muy gruesa, terminamos por romperla y caímos los dos al estanque envueltos en la mitad de la higuera. El color de los zapatos y calcetines, que antes era negro, se había convertido en un pardo tirando a blanco. El olor a lodo era insoportable.

El padre maestro no se anduvo con remilgos y nos dijo allí mismo a Tejerina y a mí que seríamos expulsados, a Bernardo lo consideraron inocente. Después de lavarnos y cambiarnos de ropa tuvimos que comparecer ante un pequeño tribunal compuesto por el padre maestro, el padre que nos daba clase de latín, y el padre Flecha, profesor de literatura, éste era el más popular de todos y un profesor excelente. Cuando terminaron de reñirnos todo lo que quisieron nos informaron de la decisión que habían tomado. Primero: durante cuatro días y, solamente los diez primeros minutos de cada clase de latín, teníamos que ponernos de rodillas delante de toda la clase sosteniendo un libro de latín en cada mano. Segundo: hacer un ensayo literario en esa lengua o en castellano.

Los textos que teníamos que traducir eran: La Regla de San Agustín, es decir los estatutos por los cuales se rigen los agustinos. Está escrita en latín y la leíamos todas las semanas mientras comíamos. La segunda alternativa era traducir del castellano al latín los tres primeros capítulos de El Quijote. Nos decidimos por esta opción, pues si escogíamos la Regla de San Agustín y la interpretábamos muy libremente corríamos el peligro de meternos en más problemas de los que ya teníamos. Eso sin olvidarnos de la amenaza de expulsión del colegio. La traducción la hacíamos los dos pero la escribía yo porque Tejerina tenía letra de médico. Lo tradujimos en un latín macarrónico, o sea, lo hacíamos de una forma burlesca, mezclando palabras de una lengua a otra y haciendo caso omiso de las reglas gramaticales. Esto es lo único que recuerdo del primer capítulo «*in unum locum manchegun de cuius nomen non volo calentare casco habitabant in illo tempore Don Quijote et escuderus suum Sancho Panza*».

A las dos semanas del contratiempo de la higuera el padre Flecha nos llamó a su clase para comprobar el trabajo que habíamos hecho. Empezó a leer nuestro escrito mientras nos echaba una mirada de reojo, con una leve sonrisa continuó leyendo y de repente soltó una carcajada. Se quitó las gafas, nos dio una palmada cariñosa en el hombro y nos dijo, con el mismo estilo burlesco que habíamos usado en nuestro escrito: «*Moratiel et Tejerina habetis garbanzum asegurado*». Os habéis asegurado el cocido, y con esta frase desapareció la amenaza de expulsión que tanto nos había preocupado.

De Calahorra nos trasladaron a un colegio que habían comprado en Mayorga de Campos (Valladolid) y al terminar el curso nos permitieron ir a nuestras casas para pasar un mes de vacaciones. Era la primera vez que veía mi pueblo en casi cinco años. Después de las vacaciones nos incorporamos de nuevo a la vida estudiantil, esta vez en Guernica. Aquí empezamos a estudiar griego y filosofía y en esta clase, en la cual se hablaba sólo latín, comenzamos a tener pequeños debates o discusiones sobre temas filosóficos o religiosos con objeto de que nos fuéramos acostumbrando a expresarnos libremente.

El tema que más me impactó de estos debates o tesis fue el siguiente: «Sin la ayuda de Dios nadie se salva y quien se condena lo hace por su propia voluntad». Cuando me tocó a mí el turno de expresar mi opinión yo argumenté que esto era bastante difícil de comprender, era algo como decir a alguien: «Si yo no te abro la puerta de mi casa tú no puedes entrar en ella y si te quedas fuera es porque quieres». Nadie rebatió mi punto de vista sobre este tema pero se percibía que el único que estaba de acuerdo conmigo era Tejerina.

SALIDA DEL COLEGIO DE LOS AGUSTINOS

La vida monástica no me acababa de convencer y tenía unos sentimientos ambivalentes que se alternaban entre el entusiasmo y el desánimo sobre la posibilidad de continuar allí.

Por una parte hacía todo lo posible por alcanzar la perfección cristiana, según el espíritu y tradiciones de la orden de San Agustín y, sin embargo, cada vez encontraba más difícil seguir adelante.

Después de pensarlo detenidamente me decidí a hablar con el padre Castor que era el Rector del colegio y secretario de mi tío Pedro, el padre provincial, que se encontraba en América visitando los diferentes colegios que tenían en Brasil, Puerto Rico y los Estados Unidos. El Padre Castor fue muy comprensivo y me pidió que me diera un mes de plazo para pensarlo bien y luego, si aún estaba decidido a abandonar la vida religiosa, él no veía ningún inconveniente pues prefería que siguiera siendo un buen cristiano antes que un mal fraile.

A los seis meses justos de llegar a Guernica decidí volverme a mi pueblo. De mi no se podía decir lo que era corriente en estos casos «que había colgado el hábito», pues como nunca lo llevé no lo podía colgar. Yo siempre he obrado por convicción, aunque esto me haya ocasionado bastantes disgustos. Estaba orgulloso de entrar en la orden de San Agustín cuando ingresé y no lamenté nunca el dejar los agustinos cuando no me encontraba a gusto allí. Del padre Castor y el padre Flecha, los dos leoneses, siempre he guardado un grato recuerdo. El recibimiento que tuve en mi casa no fue precisamente como el del hijo pródigo que menciona La Biblia pero poco a poco se les pasó el enfado.

SEGUNDA ETAPA EN EL PUEBLO

APRENDIZ DE LABRADOR

No me costó mucho adaptarme a mi nueva situación, aunque a decir verdad hubiera preferido seguir estudiando, pero esto no fue posible. La primera cosa que me recordó que ya no estaba en el colegio fueron los zapatos que tenía que llevar para trabajar en el campo. Mi padre le encargó a Arsenio, el zapatero del pueblo y dicho sea de paso mi padrino, que me hiciera unos zapatos nuevos, pero mientras me los hacía tuve que conformarme con unos viejos que habían pertenecido a mi hermano Tino. Tenían estos zapatos tantos remiendos que se podía estudiar geografía en ellos: la puntera del pie derecho representaba Cataluña mientras que la del pie izquierdo podía ser Las Vascongadas o quizá Aragón. En uno de los laterales estaba Asturias y en el otro Navarra. El talón de ambos zapatos estaba reservado para León y sus cinco provincias, es decir: León, Zamora, Salamanca, Valladolid y Palencia.

Mi incorporación a las faenas agrícolas coincidió con un período de renovación de los aperos de labranza. El arado antiguo, casi del tiempo de los Romanos, era sustituido por otro más moderno que permitía hacer el mismo trabajo en la mitad de tiempo. Los carros de labranza también experimentaron un cambio importante con la llegada del volquete o volco, como se llamaba por allí. Este carro era una especie de cajón grande que se podía vaciar girando sobre el eje y esta operación simplificaba la descarga de patatas, tierra o abono sin ningún esfuerzo.

MUERTE DE MI MADRE

El acontecimiento más triste que me ocurrió en los años que pasé en mi pueblo fue la muerte de mi madre el 29 de Julio de 1953, cuando ella tenía 63 años. Murió de un infarto y aunque su salud estaba muy resentida desde hacía algunos años, no obstante cuando llegó su final tardamos bastante tiempo en acostumbrarnos a vivir sin ella.

Como en aquellos pueblines no había enterrador, la familia de la persona fallecida se encargaba de cavar su sepultura y en este caso me tocó a mí, lo cual hice con la ayuda de mi amigo Abundio, que era casi el enterrador oficial, pues siempre estaba dispuesto a ayudar en estas circunstancias.

Los Moratiales o «*los papelillos*», como nos llamaban de apodo, teníamos un panteón familiar donde estaban enterrados mis abuelos, mis tíos y primos que habían muerto antes de mi madre. De acuerdo con la ley, teníamos que sacar todos los ataúdes o los restos que quedaran de ellos para que el féretro de la persona fallecida descansara en el fondo de la sepultura y a continuación poníamos el resto de las cajas de las personas que habían sido enterradas más recientemente. La verdad es que cuando esto ocurrió, aunque apenas podía contener las lágrimas, no me impactó mucho pues ya lo había visto en otras ocasiones y, sin embargo, cuando de vez en cuando echo una mirada retrospectiva a lo que fue mi juventud en mi pueblo, tengo que confesar que este episodio aún me marca un poco.

ENTRANDO POR MOZO

En aquellos pueblos existía la costumbre de que, cuando los chavales cumplíamos los diecisiete o dieciocho años, podíamos «entrar por mozos» y se consideraba como un desprecio al pueblo el no hacerlo. Emidio y yo entramos por mozos el mismo año. No había ningún ritual especial para la ceremonia, pero siempre tenía lugar la noche de Todos los Santos. Se pagaba una pequeña cuota y se contribuía a la cena que celebrábamos con los mozos aquella noche en el bar de la tía Vitalina. La cena consistía en un cocido de carnero con patatas, ajo y bastante pimienta, y, dependiendo del número de asistentes, se compraba un carnero o dos. Se bebía mucho vino, gaseosa, y sobre todo orujo, aún no conocíamos la cerveza.

Después de cenar nos leían la cartilla: es decir los mozos más viejos nos decían lo que esperaban de nosotros lo cual se podía resumir en una sola frase, que repetían hasta la saciedad, dejar el nombre del pueblo bien alto. Esto no significaba que teníamos que subir al campanario a gritar ¡Viva Sahechores! Luego le tocaba el turno al presidente que, con gran parsimonia, nos recitaba los muchos privilegios a que ahora teníamos derecho: cuando fuéramos a misa los domingos podíamos subir al coro con los otros mozos, podíamos cortejar a alguna chica (suponiendo que ella fuera del mismo parecer), participar en los partidos de bolos que se celebraban en la plaza, en los corros de aluches o lucha leonesa y algunas cosas más.

Quizá lo más interesante de todos los privilegios era ayudar a «cobrar los pisos» a los forasteros que querían cortejar a las mozas de nuestro pueblo. «Pagar los pisos» era el convite o el pago de una ronda de bebidas que el forastero hacía a los mozos, antes de entablar relaciones serias con una chica del pueblo. Una vez que habíamos terminado con estos preliminares, se cantaba, se contaban chistes o anécdotas y se recordaban las peleas, a pedrada limpia, que habíamos ganado a los otros pueblos. No había necesidad de recordar las que habíamos perdido.

EL JUEGO DE BOLOS

El juego de bolos es el deporte más popular de la provincia de León, sobre todo en los pueblos pequeños, ya que se puede practicar hasta en los lugares más remotos y el mínimo de jugadores requerido es de dos personas. Para jugar a los bolos usábamos una bola semiesférica, como una media luna, cuyo peso es de algo más de un kilo y un total de nueve bolos colocados en filas de tres formando un cuadro, a estos se le añade uno más pequeño

llamado el miche. El cuadro donde se colocan los bolos se llama castro. Lanzábamos la bola desde una posición llamada mano. La distancia entre la mano y el castro se determina entre los jugadores con una sola condición, que no pudiéramos tocar los bolos con la mano o los dedos. Una de las pocas expresiones relacionadas con el juego que yo recuerdo se llamaba birlar, es decir, tirar por segunda vez la bola desde el lugar donde se detuvo al principio.

Las competiciones más reñidas eran del pueblo entre los casados y los solteros o contra los mozos de otros pueblos que nos visitaban en un tono desafiante. En estos partidos siempre había un contador que decía en voz alta el valor de los bolos tirados, también había un premio para los vencedores y los perdedores pagaban el vino para todos.

LOS ALUCHES

Los aluches o lucha leonesa, ya que se conocía con estas dos denominaciones, era, y creo que aún sigue siendo, el deporte autóctono por excelencia que se practica en la Ribera Alta del Esla, de donde yo vengo, y en varias comarcas limítrofes como Prioro, Riaño, Boñar y algunas otras. Su origen está envuelto en la neblina de la leyenda pero parece ser que ya se practicaba en las montañas astur—leonesas muchos años antes de la llegada de los romanos.

El terreno de la lucha es siempre el césped. El corro de los aluches (así se llama a la pradera donde tiene lugar el evento) es un círculo de unos 18 metros de diámetro. El luchador sale al corro descalzo, provisto de pantalón corto de deporte y camiseta deportiva. Para describir brevemente este deporte podemos decir que se trata de poner al adversario de espaldas en el suelo, aunque también se consideraba caída entera el apoyo en tierra del hombro por su parte posterior.

Los primeros corros que yo vi, y en los cuales participé algunas veces, se hacían en las eras o prados de los pueblos donde se celebraba la fiesta. En el medio del corro o círculo se ponían los luchadores y la persona que hacía el corro y que a su vez era el árbitro. Casi siempre era el tío Aventino, de Nava de los Caballeros, un pueblín aún más pequeño que el mío. A chaquetazo limpio conseguía que dejáramos el centro del corro libre y con espacio suficiente para él y los luchadores. El corro comenzaba sobre las cinco de la tarde y algunos años no terminaba hasta bien entrada la noche alumbrándose el corro con faroles, ya que en aquellos años no había luz eléctrica en las eras ni en muchas casas.

El tío Aventino anunciaba el principio de la lucha con el grito de: ¿Hay quien luce? A continuación saltaba un luchador al centro del corro, casi siempre era del pueblo donde se celebraba la fiesta, y luego su contrincante. El que vencía de los dos se enfrentaba al siguiente y así sucesivamente. La participación era siempre espontánea sobre todo cuando se luchaba de una orilla de la Ribera contra la otra, y especialmente era una pelea reñida cuando la Ribera luchaba contra la Montaña y viceversa.

LA BUROCRACIA LLEGA A SAHECHORES

EL GUARDA FORESTAL

La llegada del guarda forestal a nuestro pueblo no fue recibida con mucho entusiasmo. El señor Julio (a él le hubiera gustado que le llamáramos Don Julio pero nunca lo consiguió) fue la primera persona con gorra de plato y correaje, o sea, con cierto rango de autoridad,

que tenía residencia en nuestro pueblo. Su misión consistía en enseñarnos a cuidar y conservar los montes y pinares de los nueve pueblos que constituían el ayuntamiento de Cubillas de Rueda. Las reformas que propuso y la manera tan autoritaria que usaba para llevarlas a cabo le enemistaron con casi todos los vecinos, particularmente cuando se le ocurrió decir que, hasta para cortar nuestros propios árboles, teníamos que pedirle permiso. Lo que colmó la paciencia del pueblo fue la sugerencia de acabar con una costumbre que se llevaba practicando desde tiempo inmemorial: la tala anual de leña de roble para todo el pueblo.

Todos los años, antes de las Navidades, se hacía una hacendera, trabajo de utilidad común al que debía acudir todo el vecindario. Durante dos días podábamos los robles y cortábamos algunas talayas, es decir los robles jóvenes que crecían muy juntos. La leña cortada se repartía entre todos los vecinos de la forma más justa posible para que nadie pasara frío durante el invierno. A los vecinos que no tenían carreta para transportar la leña se lo hacíamos los demás. En aquellos años no conocíamos la palabra solidaridad pero ya la practicábamos.

El segundo año el guarda se dio cuenta de que para cambiar las costumbres y tradiciones de los pueblos se necesitaba mucho tiempo y más paciencia. Por nuestra parte también comprendimos que algunos cambios que él proponía eran razonables.

EL SOBRINO DEL GUARDA

Las relaciones con el guarda mejoraron considerablemente pero los mozos aún tenían problemas con su sobrino Luís, un joven sin oficio ni beneficio que llegó a nuestro pueblo de la mano de su tío. No mostró el menor interés en identificarse con nosotros. Para comenzar nunca quiso entrar por mozo, como se esperaba de los del pueblo, o pagar los pisos como cualquier forastero que quisiera entablar relaciones con las chicas de Sahechores. En la opinión del trío que llevaba la voz cantante de la mocedad: es decir Agapito, Isaac el molinero y mi primo Onofre, esta situación, que daba al traste con nuestras tradiciones, no se podía tolerar por más tiempo y decidieron hacer algo para remediarla.

Un domingo por la mañana vinieron a donde estaba yo cuidando las ovejas para decirme de sopetón que «como yo era el que más sabía de letras» querían que le sacara unas coplas al sobrino del guarda a ver si le aburríamos y se iba del pueblo. Ellos se encargarían de cantarlas en el bar de la tía Vitalina o en casa de Tilio, el hermano de Onofre. Me daban de plazo hasta el próximo sábado. Tomando como modelo una canción que estaba entonces de moda y cuyo estribillo era: «zapatero, chungón zapatero» me puse manos a la obra y para el jueves ya las había terminado. Tan sólo me acuerdo de la primera estrofa:

*Hubo un joven en Sahechores, que era el tío más atontao
que se las daba de chulo, de guapo, buen mozo y de espabilao
como los chicos del pueblo no eran tan tontos como creía él
le cogieron tanta rabia que nadie en Sahechores le podía ver
Zapatero chungón zapatero, arremiéndemelo con salero...*

Las coplas tuvieron un éxito extraordinario y en cuestión de semanas se tarareaba en toda la Ribera. De la noche a la mañana, y sin desearlo, este humilde aprendiz de pastor se convirtió en lo que hoy llamaríamos el *best seller* de aquellos pueblos.

Luís se marchó del pueblo al poco tiempo, pero no fue como consecuencia de las coplas, había solicitado una colocación en Madrid o Barcelona y le comunicaron que tenía el tra-

bajo. Yo me alegré sinceramente pues la triste realidad era que ni él ni yo, ni muchos otros jóvenes de por allí, teníamos un porvenir risueño en el pueblo.

BUSCANDO NUEVOS DERROTEROS

LAS PRIMERAS DESILUSIONES. OVIEDO 1952

Mi hermano Felicísimo (o Mimo como le llamábamos en el pueblo) estaba empleado como cartero urbano en Oviedo y, cuando se enteró de que iban a salir oposiciones para cartero interino, me mandó la información necesaria para que me presentara a ellas. Aunque el empleo se anunciaba con carácter interino, que no ofrecía mucha seguridad, decidí presentarme a estas oposiciones casi convencido de que conseguiría el trabajo, teniendo en cuenta que se trataba de un concurso muy sencillo. Me llevé una decepción muy grande cuando me enteré de que no había aprobado un examen que a todas luces era fácil. Por desgracia en aquellos años imperaba el nepotismo y lo que valía no era lo que sabías sino a quién conocías.

BILBAO 1953

La primera vez que vi algo de Bilbao fue en Septiembre de 1951 cuando, junto con mis compañeros de curso, fuimos de León a Guernica para ingresar en el seminario de los frailes agustinos en esta población. Lo único que recuerdo es que pasamos la noche en un colegio de esa orden situado en la calle Iparraguirre y de que tuvimos que coger el autobús para ir de Bilbao a Guernica. Seis meses después hacía este camino de regreso, pero esta vez yo solo. Había decidido no continuar en los frailes. Mi única preocupación era como encontrar la estación del tren cuando me bajara del autobús que me traía de Guernica.

Dicen que la mejor forma de hacer turismo por una ciudad es andando. Conmigo no ocurrió lo mismo cuando por las Navidades de 1953 fui a Bilbao a vender pavos con mis hermanos Herminio y Tino. Ellos habían ido con mi padre los últimos siete años y esta vez me tocó a mí el turno. Mi padre y mi tío Eligio tenían una especie de salvoconducto que les permitía vender los pavos por las calles de Bilbao, particularmente el 21 de diciembre, en la feria de Santo Tomás que tenía lugar en la plaza de los Mártires. Este permiso o licencia se renovaba todos los años.

Nosotros no criábamos los pavos, los comprábamos en otros pueblos y cuando teníamos unos trescientos los llevábamos andando hasta la estación de tren más cercana, Cistierna, que estaba a 22 kilómetros. El ferrocarril se conocía como la línea de la Robla porque comenzaba en este pueblo de León y llegaba hasta Bilbao. Era de vía estrecha y se dedicaba a transportar carbón de las cuencas mineras de León y Palencia a los altos hornos de Bilbao, también había un tren de pasajeros en las dos direcciones.

Para llevar los pavos a Bilbao era menester reservar un vagón acondicionado para transportar aves, pollos, pavos etc. Antes de embarcar los pavos (embarcar significa entrar en un barco y también despachar mercancías por ferrocarril), era menester que el veterinario del pueblo nos diera una guía o certificado en la que se hacía constar que los pavos estaban libres de cualquier enfermedad contagiosa, especialmente la viruela. La estación de mercancías a donde llegaban los pavos se llamaba La Casilla y estaba muy cerca de la plaza de Toros donde los guardábamos.

Las ventas las hacíamos por las calles y había que tener los ojos muy abiertos para que no se nos extraviara ningún pavo o los atropellara algún coche. No había ningún tiempo para hacer turismo. Los mejores pavos los reservábamos para llevarlos a la feria de Santo Tomás y para cumplir unos compromisos que tenía mi padre con los dueños de dos fábricas que todos los años le encargaban unos ocho cada uno.

Cuando mi hermano Herminio y yo fuimos a la fábrica del señor Aguirre a entregarle los pavos que había encargado, nos recibió como si se tratara de viejos amigos, especialmente a mi hermano. Esto me animó a que le preguntara si habría alguna posibilidad de emplearme en su fábrica. El señor Aguirre me contestó que estaría encantado porque se imaginaba que yo era tan honrado como mi padre. Cuando le dije que el próximo año tenía que ir a cumplir el servicio militar me dijo que en ese caso lo mejor que podía hacer era escribirle cuando me licenciara y vería las posibilidades que había de emplearme.

Regresamos de Bilbao el día antes de Navidad y, como el tren llegó con retraso, perdimos el autobús y tuvimos que andar los 22 kilómetros hasta Sahechores. Yo estaba cansado pero más resignado a aguantar en mi pueblo hasta que me tocase ir a la mili.

LA MILI

El dieciséis de Marzo de 1955 tuve que presentarme en La Caja de Reclutas de León donde me notificaron que había sido destinado al Regimiento de Infantería Milán con guarnición en Oviedo y donde tenía que incorporarme el día 23 de Marzo antes de las dos de la tarde. Al llegar al cuartel, con otros quintos que viajaban en el mismo tren, lo primero que ordenó el oficial de guardia fue identificarnos y acto seguido ordenar que nos cortaran el pelo al cero.

Una vez que nos asignaron la compañía en la cual pasaríamos el resto de nuestra vida militar procedieron a darnos la litera y la taquilla donde guardar nuestra ropa de paisano cuando nos dieran el uniforme y el resto de la ropa. La distribución la hacía el cabo furriel ayudado por otro veterano. Era difícil saber quién de los dos era más ladrón. Su *modus operandi* era darnos la ropa y esto lo hacían tan de prisa que no teníamos tiempo de comprobar lo que nos entregaban. Cuando reclamábamos algo que nos faltaba la respuesta era siempre la misma: ellos nos lo habían dado todo pero como un favor especial nos podrían vender, a un precio módico, todo lo que nos faltaba. Un día lo hicieron tan descaradamente que el capitán les obligó a devolver el dinero y les amenazó con meterles en el calabozo a los dos si había alguna otra reclamación.

El mismo día de mi llegada me encontré con Antonio, un veterano de mi pueblo, para el cual traía un paquete. Habíamos sido amigos desde nuestra niñez. Me sorprendió verle vestido de paisano, pero él me explicó que estaba de asistente del teniente coronel el cual era de Boñar, cerca de nuestro pueblo, y amigo de su tío Fernando, profesor de un colegio de Oviedo.

La vida militar fue un poco dura sobre todo en el periodo de instrucción que pasamos en el campamento del Naranco. Después de jurar bandera fue más llevadera y solía verme con Antonio y otros compañeros de la Ribera casi todos los días en el tiempo de paseo. Nuestro paradero era siempre el Bodegón Leonés donde compartíamos los paquetes de chorizo y cecina que nos mandaban de nuestros respectivos pueblos. Cuando Antonio se licenció me quedé yo en su puesto. Por su parte Antonio había heredado el puesto de su primo Abundio que tenía un año más que él. Era una sensación de libertad extraordinaria. No tenía que

preocuparme de la vida del cuartel nada más que para dormir y comer. Estaba exclusivamente destinado al servicio del teniente coronel. El 25 de Julio de 1956 me licenciaron. El tiempo que pasé en la mili fueron dieciséis meses. ¡Que pensaría mi hermano Arsenio que, entre trincheras y cuarteles, se pasó casi siete años de su vida!

MI PRIMER EMPLEO

NUEVAS OPOSICIONES PARA CARTERO INTERINO

Por medio de mi hermano Mimo me enteré de que había nuevas oposiciones para cartero interino. Como yo aún estaba en la mili y no tenía nada que perder me presenté al examen y lo aprobé. Empecé a trabajar en correos el 12 de Julio de 1956, trece días antes de licenciarme y durante este tiempo tenía que ir al cuartel para dormir.

Parece que mi suerte iba cambiando algo pues unos diecinueve meses después de entrar de cartero interino hubo oposiciones para cartero en propiedad con la particularidad de que esta vez eran restringidas. Sólo podíamos participar los que ya estábamos empleados como interinos, era como si quisieran legitimar nuestra situación. Teníamos más seguridad en el trabajo y hasta se podía pedir el traslado a otra cartería, siempre que hubiera vacante.

En total creo que éramos unos dos mil los que nos encontrábamos en esta situación. Yo saqué el numero 25, la mejor puntuación de los otros interinos de Oviedo fue el número 870. El mismo día 28 de Febrero de 1958 en que comencé a trabajar como cartero en propiedad, anunciaron oposiciones para auxiliares de Correos. El próximo peldaño en la escala postal. Yo decidí presentarme, los exámenes eran en Madrid y consistían en tres ejercicios. Me suspendieron en el tercer ejercicio y como consecuencia decidí cambiar de rumbo.

BUSCANDO NUEVOS HORIZONTES

En la misma calle donde estaba Correos (creo que se llamaba Campones) había una academia de lenguas llamada IFA que era una abreviatura de inglés, francés y alemán. Uno de los técnicos de Correos estudiaba francés allí. Cuando un día tuve la oportunidad de pedirle algo de información sobre la academia mientras me hablaba, ni siquiera se dignó mirarme y me dio la impresión de que no era capaz de comprender la insolencia de un humilde cartero que tenía el atrevimiento de dirigirse a un técnico.

Afortunadamente no todos eran tan orgullosos y conscientes de la posición social que ocupaban como este buen señor. En el distrito donde yo repartía, concretamente en la calle del General Zubillaga, enfrente del club de tenis, vivían dos universitarios que habían estado en Inglaterra y tenían mucha correspondencia del Reino Unido. Una mañana uno de ellos tenía una carta certificada de Londres y mientras me firmaba por ella se me ocurrió decirle *good morning*.

Me preguntó que donde lo había aprendido, le contesté que me había matriculado en la Academia IFA y además añadí que me gustaría ir a Inglaterra para aprenderlo bien. Se mostraron muy sorprendidos y prometieron ayudarme. Una semana después me dieron la dirección de una agencia de Madrid (*Allied Circle*) que se encargaba de gestionar los contratos de los universitarios que venían a Inglaterra y Escocia a los campos de trabajo para estudiantes extranjeros. Esto solía tener lugar desde mayo hasta septiembre. Tan pronto como recibí contestación de *Allied Circle* indicándome los requisitos que necesitaba mandarles, so-

licité una excedencia de tres meses en Correos y empecé a hacer las gestiones para sacar el pasaporte en el Gobierno Civil situado en la calle de Gil de Jaz.

Cuando Don Antonio, el administrador principal de Correos, se enteró de que había perdido la excedencia y que estaba arreglando los papeles para marcharme a Inglaterra, me llamó a su oficina. Su llamada me hizo presagiar lo peor. Comenzó por decirme que no le sorprendía nada mi decisión pues yo siempre había sido algo conflictivo y terminó diciéndome que no me creyera que en Inglaterra ataban los perros con longaniza. Aguanté el chaparrón lo mejor que pude y haciendo gala de una tranquilidad que estaba muy lejos de poseer me limité a contestarle, casi en el mismo tono burlón que él había usado: «en todas partes cuecen habas». Yo me quedé muy contento de haberle dicho esto y hasta llegué a pensar que se habían acabado los encontronazos con el famoso don Antonio, pero al parecer me había equivocado.

El último día que trabajé de cartero, don Antonio se presentó en la cartería, casi todos pensamos que venía para desearme buena suerte, pero no fue así. Cuando estuvo seguro de que todos le oíamos bien se dirigió a mi para prevenirme, siempre usaba esta palabra cuando quería recalcar algo, «de que si deja tan sólo una casa sin repartir la correspondencia le podemos meter en la cárcel». Yo me quedé estupefacto pues aunque sabía que tenía poco de bueno nunca me pude imaginar que pudiera tener tanto de malo.

DESPEDIDA DE MI PUEBLO

Al llegar a Correos, después de haber repartido toda la correspondencia como hacía siempre, me encontré con la grata sorpresa de saber que don Antonio se había ido a casa. Dije adiós a mis compañeros y acompañado por mi hermano Mimo y los carteros de mi pueblo: Nato el de Sergia, su primo Nato el de la tía Valeriana y Tino el de la tía Vicenta, mi mejor amigo el carbayón Cesarín y algunos otros, fuimos al Bodegón Leonés a tomar algo hasta que fuera hora de coger el tren.

Llegué a León casi a media noche así que me quedé a dormir en casa de mi hermana Manuela. Mi mayor preocupación era como decir adiós a mi padre, pues estaba casi convencido de que la despedida era para siempre. En mi pueblo sólo estuve día y medio, lo suficiente para despedirme de la familia. Lo más penoso fue esperar la llegada del autobús para ir a León. Yo observaba como la emoción enturbiaba los ojos de mi padre mientras que los dos nos engañábamos mutuamente. Yo diciéndole que volvería pronto y él haciéndome creer que lo creía.

La llegada providencial del tío ojitos, que venía a retejar unos pajares, alivió la situación. Poco antes de que llegara el autobús, echando mano de su repertorio interminable de consejos y con la seguridad de una persona que había preparado de antemano su discurso, se despidió de mí diciéndome: «no te fíes, ni fíes, ni confíes, ni porfíes, ni hijos de nadie críes».

El tío ojitos no sabía quien era William Shakespeare, ni había leído «Hamlet», pero su consejo no tenía nada que envidiar al que le dio Polonio a su hijo Laertes cuando este se despedía para ir a Francia. Poco más o menos se limitó a decirle «ni fíes, ni pidas prestado por que perderás el dinero y la amistad». Cuando finalmente llegó el autobús me senté en la parte de atrás y fue gratificante ver a mi padre y al tío ojitos en animada conversación mientras intentaban abrir las puertonas para entrar en el corral de nuestra casa. Este fue el último recuerdo que tengo de mi padre ya que no le volví a ver más.

DE MADRID A INGLATERRA

El viaje de León a Madrid lo hice de noche y así no tuve que buscar pensión donde dormir. La precariedad económica y la incertidumbre de mi porvenir no me permitían hacer despilfarros. Tan pronto como abrieron las oficinas me presenté en *Allied Circle* donde conocí a algunos de los que iban a ser mis compañeros de viaje. La última persona que vi de mi familia fue mi prima Ramona la de mi tía Nina.

Aquella misma tarde, el 21 de mayo de 1958 emprendimos el viaje a Inglaterra. Tuvi- mos que cambiar de tren seis veces, unas de forma voluntaria y otras a la fuerza. Nos echa- ban del tren porque no habíamos pagado el suplemento requerido para viajar en primera o segunda clase. Después de muchos contratiempos llegamos a Dieppe para coger el ferry que nos trajera a Newhaven. Tuvimos que esperar unas cinco horas a que saliera el primer ferry y aprovechamos este tiempo para intentar recuperar el sueño atrasado. Llegamos a Newha- ven el 23 de mayo. Daba pena vernos, estábamos aturridos como pajarines caídos del nido y que no pueden volar. Yo aún no había cumplido los veinticinco años. Todos mis bienes es- taban en una vieja maleta de cartón atada con cuerdas. No traíamos mucho dinero pero en cambio veníamos llenos de sueños e ilusiones, todo ello mezclado con cierta ansiedad por un futuro incierto. En la Aduana me pusieron un sello en el pasaporte y, por lo que pude en- tender, me permitían estar solamente dos meses en el Reino Unido, un mes en un pueblo lla- mado Wellingore, cerca de Lincoln y no muy lejos de Grantham, el lugar donde nació Mrs Thatcher.

MIS PRIMEROS AÑOS EN EL REINO UNIDO

LA VIDA EN WELLINGORE, LINCOLNSHIRE

Una vez que el representante del *Allied circle* nos recogió a todos en Newhaven, nos transportó a Chingford, en el noreste de Londres, donde nos quedamos a dormir en un co- legio. A la mañana siguiente nos repartieron en grupos de acuerdo con las reglas del Campo de Estudiantes donde nos habían destinado. Para Wellingore íbamos ocho, tres mañicos, An- tonio el riojano, dos madrileños, uno de Navarra y yo.

Cuando llegamos al Campo nos decepcionó un poco lo que encontramos allí pues el barracón que nos habían asignado como dormitorio tenía el aspecto de un campo de con- centración abandonado y además estaba algo alejado del edificio principal. El techo era de amianto o asbesto y por las rendijas de la pared de madera entraba un aire gélido que no nos permitía conciliar el sueño. Tuvimos que pedir más mantas para poder aguantar el frío.

Mr Robinson —el *warden*— (el guarda) vivía con su familia en una casa grande de la- drillo donde se encontraban las duchas, el comedor, la cocina y la oficina. Contiguo al edifi- cio había un dormitorio donde se albergaba un pequeño grupo de húngaros llegados de su país en 1956, cuando los rusos aplastaron la revuelta contra el comunismo que culminó con el fusilamiento por las fuerzas soviéticas del líder magiar Imre Nagy.

Nuestro trabajo consistía en desbrozar los campos de *sugar beet* (remolacha azucarera) y de patatas, quitando las plantas que crecían muy espesas. El primer granjero para quien tra- bajamos tenía un vocabulario muy reducido, consistía en dos palabras *good* (bueno) y *no good* (no bueno). Casi siempre era lo último, es decir, que no estaba nunca contento con nuestra labor.

Para hacernos comprender algo tenía que recurrir al madrileño Leiba que actuaba como portavoz del grupo. Trabajábamos 44 horas a la semana y nos pagaban dos chelines y seis peniques por hora. Teniendo en cuenta que la libra valía entonces 175 pesetas, resultaba que mi sueldo de 962 pts a la semana eran 62,50 pts más de lo que ganaba en España al mes. La segunda semana tuvimos una sorpresa agradable. Mr. Brown, el nuevo patrón, nos estaba esperando con su tractor a las 7.30 de la mañana. Era un señor campechano y jovial que inspiraba confianza. Hablaba muy despacio y con claridad pero no le entendíamos sin la ayuda de Leiba y el otro madrileño, Manuel Fernández, a quien habíamos apodado *diccionario* porque lo llevaba a todas partes.

Una tarde, cuando quería explicarnos lo que teníamos que hacer al día siguiente, empezó por decir *tomorrow* (mañana) y luego, al percatarse de que Antonio, el riojano, no prestaba mucha atención, lo repitió pero lo hizo tan pausadamente que la palabra *tomorrow* se convirtió en dos *To* (suena como tú) y *Morrow* (suena como moro). Antonio creyó que le había insultado y encarándose con Mr. Brown le dijo de una forma amenazante: «moro tú, yo soy de Calahorra». El granjero se quedó perplejo y, gracias a los buenos servicios de Leiba y la ayuda del diccionario, evitamos un incidente que podría haber tenido unas consecuencias catastróficas para todos. Al final quedamos todos amigos y la palabra *tomorrow* fue sustituida por mañana.

Tener a Manuel Fernández con su diccionario era de agradecer aunque algunas veces traducíamos muy literalmente, en particular lo referente al *Pub* de Wellingore que se llamaba *The Queen's Arms Public House* y debajo había otro rótulo que decía *Free House*. Lo traducimos todo de la siguiente manera: «Los brazos de la Reina de la casa pública, todo es libre y gratis en la casa». Cuando finalmente nos atrevimos a entrar en el bar, la sorpresa que nos llevamos fue monumental, pues no tenía nada que ver con una casa pública de España, o sea, una casa de mala reputación. Solamente había unos diez viejos bebiendo y otros cuatro leyendo el periódico. Ni se inmutaron. El barman señaló con la mano un barril grande y dijo *very good*. Nosotros ordenamos *three very good* y como *free house* no quería decir libre o gratis tuvimos que pagarlo.

Dos años después averigüé que *Arms*, además de significar brazos y armas, también está relacionado con la heráldica, los escudos y estandartes de la nobleza y regimientos militares ya que los nobles pagaban retiros a sus mayordomos o soldados regalándoles un pub. *Freehouse* quiere decir que el pub puede vender bebidas de diferentes compañías cerveceras y no pertenece a una determinada.

FRIDAY BRIDGE AGRICULTURAL CAMP

El 23 de junio, en el segundo mes, llegamos al campamento de Friday Bridge situado cerca de Wisbech, en el condado de Cambridgeshire. Fue un cambio como de la noche al día. Constaba de varios edificios y *bungalows* con instalaciones modernas. Los aseos, salas de recreo, comedores y dormitorios eran casi nuevos. Creo que en total tenía una capacidad para unos 350 estudiantes de unos 18 países. También había unas familias irlandesas e inglesas que aprovechaban sus vacaciones para ganar algún dinero extra recogiendo fresas.

Trabajábamos a destajo, nos pagaban un tanto por cada cesta que entregábamos de modo que cuantas más cogíamos, más ganábamos. Los irlandeses y algunos estudiantes, que, como yo, estábamos acostumbrados a la vida del campo, éramos los más beneficiados por este sistema de pago. También había oportunidad de ganar dinero extra. Tres tardes a la

semana, después de cenar, venía un autobús a recoger voluntarios para trabajar en una fábrica de conservas envasando fresas y guisantes; trabajábamos tres horas y nos pagaban tres chelines y seis peniques la hora. Al cambio eran 39 pts, toda una fortuna considerando que en Oviedo ganaba 30 pts por día. Cuando terminábamos nos traían de vuelta al campamento.

En Friday Bridge me reencontré con Antonio Ramos, de Alicante, con quién había hecho el viaje desde Madrid. Entre las caras nuevas había dos asturianos, uno de Oviedo de apellido Ocaña, al parecer su padre era un renombrado dentista de esta ciudad, y el otro venía de Colloto, un pueblo muy cerca de Oviedo. A nuestro pequeño grupo de amigos se sumaron a primeros de Julio dos muchachos recién llegados de Londres a quienes tratábamos con la reverencia reservada a los veteranos. Para mí, particularmente, su aparición en el campo fue como un regalo de la providencia. *Cholo* (Solutor) era de Oviedo, vivía en la calle Matemático Pedrayes, en un chalet enfrente del cine Ayala, y yo había sido su cartero. Antonio era de Galicia pero trabajaba en la capital asturiana. Éstos habían llegado a Inglaterra en Mayo del 57, el año anterior. Vinieron como nosotros a trabajar a los campos de estudiantes y antes de que terminara su permiso de estancia se habían matriculado en un colegio para hacer un curso de inglés que comenzaba a últimos de Septiembre del 57 y terminaba el 22 de Julio del 58.

Me aconsejaron de que si quería seguir sus pasos tenía que inscribirme en un colegio de Old Street antes de que cerrara por vacaciones; la dirección que me dieron creo que era *Shoreditch School of English for Overseas Students*.

MI PRIMER DIA EN LONDRES

Cholo y Antonio me daban la información con cuentagotas, o mejor dicho, con cuentapintas. A *pint* (una pinta) es un vaso grande de cerveza de algo más de medio litro. Nos veíamos en el bar cuando yo regresaba de la fábrica y el pagano era casi siempre su seguro servidor. El 15 de julio ya tenía claro mi programa y decidí ir a Londres para matricularme en el Colegio, sondear las posibilidades de encontrar trabajo y reservar alojamiento para el 24 de Julio.

Mi primer contratiempo comenzó en la estación de ferrocarril de Cambridge al intentar sacar el *ticket*. Después de 15 minutos de explicaciones conseguí hacerle entender al señor que despachaba los billetes que quería ir a Londres y regresar el mismo día. Al final me dio el billete. Me acomodé en el tren lo mejor que pude y, aunque era un día caluroso, yo llevaba la chaqueta siempre abotonada y con la mano metida en el bolsillo de dentro (estilo Napoleón) para asegurarme de que no me faltaba nada: el pasaporte y la cartera. Poco antes de llegar al final del trayecto casi me da un infarto cuando leí de refilón el anuncio que había al principio del andén. *Welcome to Liverpool*. Una columna que separaba los andenes me impedía leer la próxima palabra y a continuación, con dificultad, pude divisar *Station*. Terminé leyendo *Welcome to Liverpool Station* y me quedé blanco al pensar que me había equivocado de tren.

Cuando intentábamos bajar del tren una señora me tropezó con su maleta y, a manera de disculpa, me dijo *Abrigo pardo* o por lo menos así lo entendí yo. Me dio la impresión de que podía ser española y me atreví a preguntarla «¿Londres?» Con un movimiento de cabeza me indicó que no entendía. Nuevamente me dirigí a ella «¿Londón?» la interpele. Con una sonrisa me contestó: «*yes Landon*», la primera o la convirtió en a y la última no tenía acento.

Enfrente de la estación había unos seis coches muy raros, me imaginé que eran taxis y sin pensarlo dos veces me acerqué al primer taxista de la línea y cuando le enseñé la dirección del colegio no mostró ningún entusiasmo y con una mueca de enfado bajó la bandera para que empezara a contar el taxímetro. Diez minutos más tarde, cuando paró delante del colegio, comprendí la razón de su enojo, la escuela estaba a la vuelta de la esquina. La recepcionista era muy competente y amable y en un cuarto de hora estuvo todo hecho. Me matriculé en un curso de inglés para *beginners* (principiantes) que comenzaba el 20 de septiembre y terminaba a últimos de julio del 59. Seis horas cada día, de lunes a viernes, 30 horas a la semana. La matrícula me costó sólo ocho libras.

Me dio el recibo justificando que me había matriculado y, a continuación, como si hubiera anticipado mi próxima pregunta, sacó del cajón dos folios de carta con dos sobres. Cubrió los espacios en blanco con los datos personales de mi pasaporte y me explicó que la fecha y la dirección la tenía que poner yo cuando decidiera mandar la carta. A continuación metió un folio en cada sobre y en uno escribió la dirección del *Home Office* (Ministerio del Interior) y luego marcó con lapicero *»registered«* (certificada). En el otro escribió *ALIENS REGISTRATION OFFICE—Metropolitan Police* (Oficina de Registro de Extranjeros—Policía metropolitana) y con lapicero *«In person»* (presentarla en persona). Mrs Brown no pudo haber sido más agradable.

TRAVELLING ON THE UNDERGROUND (VIAJANDO EN METRO)

COMO IR A LA LIBRERIA FOYLES

Cuando ya estaban terminados todos los trámites le pregunté a Mrs Brown como podía ir a la librería *Foyles*. Su respuesta no se hizo de esperar: «muy fácil, se coge el metro en Liverpool Street y se baja en Tottenham Court Road.» Me dio un mapa del metro donde marcó con un círculo ambas estaciones. Encima de Tottenham escribió con lápiz: *Foyles*. «Sólo cinco estaciones en la *Central Line* (línea central), no se puede perder», repetía mientras cerraba la puerta tras de mí.

Seis minutos andando fue lo que tardé en llegar a Liverpool Street Station pero me costó un cuarto de hora encontrar la entrada del metro. Después de dar muchos tumbos vi el letrero *Underground* (metro), bajé las escaleras hasta el despacho de billetes y cuando llegó mi turno le dije al señor de la ventanilla: *Foyles*. Ni siquiera levantó los ojos para mirarme mientras yo repetía: *Foyles* y viendo que no iba a ninguna parte cambié de cola. Esta vez dije lo más parecido a como debía sonar Tottenham Court Road pero como el nombre era largo y enrevesado lo simplifiqué a *Tojancorró*. Tampoco dió el resultado apetecido y por consiguiente decidí cambiar el tono humilde y sumiso por otro más agresivo y terminé diciéndole *tócame un c,,,n*, inmediatamente me entregó el billete y el cambio de la media corona que le había dado.

Como todos queríamos entrar en el tren al mismo tiempo había muchos empujones y oí varias veces lo de *abrigo pardo*. Observé que el tono de voz variaba si yo había empujado a alguien o si por el contrario era a mi a quién tropezaban. La librería *Foyles* estaba muy cerca de la estación y como la dependienta hablaba nuestro idioma fue muy fácil encontrar el diccionario y la guía de Londres. Aproveché la ocasión para que me aclarara el significado de *Abrigo Pardo*. Cuando pudo contener la risa me ayudó a buscar las palabras *I beg you pardon* en mi *Spanish—English* diccionario, lo que significaba pedir perdón o disculparse por haber causado alguna molestia.

Cogí nuevamente el metro en Tottenham Court Road para ir a Swiss Cottage aunque implicaba hacer varios cambios, pero no me preocupaba, ya era todo un experto en el arte de perderme. Desde la estación de Swiss Cottage se podía leer claramente *THE COSMOS RESTAURANT* en Finchley Road. Cholo y Antonio habían trabajado allí. Abrí la puerta principal pero antes de que pudiera leer la consabida frase *I am looking for a job* (estoy buscando trabajo) una de las camareras me impidió el paso y, con cara de pocos amigos, me puso de patitas en la calle mientras que con la mano me indicaba que diera la vuelta a la manzana. En la parte de atrás del restaurante estaba la entrada del personal. Me acerqué a un camarero que estaba dando las últimas chupadas a su cigarrillo y, sin perder tiempo, le dije que estaba buscando trabajo. Me miró compasivamente y me dio a entender como pudo que esperara. La señora que apareció en la puerta se introdujo a sí misma como Mrs. Moheimer, ella y su marido eran los dueños del restaurante.

La señora Moheimer tendría unos 50 años, era muy delgada y con una nariz aguileña. Su primera pregunta fue «¿español?» cuando le dije que sí me preguntó mi nombre y luego intentó explicarme lo mejor posible, en un inglés salpicado de español, que habría una vacante la segunda semana de agosto. Sugirió que viniera por el Restaurante el 30 de julio por la mañana entre las 9.30 y las 11.00. Lo único que me quedaba por hacer era solucionar el alojamiento. Cholo me había dicho que la residencia de estudiantes estaba muy cerca de Swiss Cottage y, con la ayuda del pequeño croquis que me había preparado, la encontré de seguida. Tuve que pagar dos semanas por adelantado comenzando la reserva desde el 24 de Julio.

El regreso a Cambridge fue mucho más fácil de lo que esperaba y llegué al campamento a tiempo para cenar. Los veteranos estaban ansiosos por saber cómo me había ido el viaje. Les pareció que lo había hecho muy bien y se desternillaron de risa cuando les narré el incidente de *abrigo pardo*.

ADIOS A FRIDAY BRIDGE

El 24 de Julio terminó mi estancia en *Friday Bridge Agricultural Camp for Overseas Students* (campamento agrícola para estudiantes extranjeros). Me despedí de Antonio Ramos, el alicantino, y de otras personas que había conocido en los dos campamentos. Comprobé una vez más con Cholo el programa a seguir una vez que llegara a Londres. Les di las gracias por su ayuda y sin perder tiempo me uní a un pequeño grupo de estudiantes que iban a Cambridge para a coger el tren que nos llevara a Liverpool Street Station (Londres).

VIVIENDO EN LONDRES

WAHSER UPPER (FRIEGAPLATOS)

Al día siguiente de mi llegada empecé a poner en práctica, en orden de prioridad, los planes que me había marcado. Me presenté en el *Post Office* (oficina de correos) y abrí una cuenta con casi todo el dinero que tenía. Me entregaron un resguardo especificando el importe de la transacción y una libreta donde aparecía el dinero depositado. Cuando llegué a la residencia rellené los espacios en blanco que había en la carta del colegio: la fecha, dirección y donde ponía *enclosed herewith please find* (en la carta adjunta les incluyo) detallé mi pasaporte y la libreta de la Caja Postal de Ahorros. La mandé certificada y me guardé el re-

cibo como si fuera oro en paño, era la única forma que podía demostrar que no estaba ilegalmente.

Mi próxima visita fue al restaurante *Cosmos*. Eran poco más de las diez pero la señora Moheimer ya estaba en la oficina. Se sorprendió al verme pues se acordaba de que me había dicho que volviera el 30 de Julio y estábamos a 25. Yo ya tenía preparada la respuesta: «cambié de planes y decidí venir a Londres una semana antes». Al final se alegró de verme y yo aún mucho más cuando me dijo que podía empezar el día 29 en la cocina haciendo el *washing up* (fregar platos). Mis horas de trabajo eran de 17.00 a 24.00 todas las tardes y el domingo también tenía que trabajar por la mañana de 9.00 a 15.00, en total 55 horas a la semana. Mi sueldo era una *guinea* por noche, una libra esterlina y un chelín. Toda una fortuna.

El 15 de Agosto me llegó la contestación del *Home Office* (Ministerio del Interior) y cuando leí la carta casi no lo creía, me permitían estar hasta el final de Agosto 1959. Era mucho mejor de lo que yo esperaba. Me impresionó la forma tan educada que usaba en su comunicación, el principio *Sir* (señor) y el final de la carta *I am, Sir/ your obedient servant*, (soy su seguro servidor). La próxima entrada en mi agenda era registrarme en la policía. El mismo día que recibí la contestación del *Home Office* me presenté en la Oficina de Registro de Extranjeros (*Aliens Registration Office—Metropolitan Police*). Llevaba conmigo el pasaporte, la libreta de correos, la carta del colegio y la comunicación del *Home Office* y una fotografía de carnet. La persona que me atendió se portó correctamente y con mucha paciencia. Tomó los particulares de mi pasaporte y la dirección. Me preguntó porque había tardado tanto en registrarme y mi respuesta fue porque estaba esperando la respuesta del *Home Office*, eso había hecho que me demorara. Se mostró satisfecho con mis respuestas.

Cuando terminó el interrogatorio sacó un pequeño libro que al parecer servía de fichero y en la portada aparecía: *ALIENS ORDER 1953. CERTIFICATE OF REGISTRATION*. *You must produce this certificate if required to do so by any Police Officer or Immigration Officer*. Traducido al español diría: «Orden de Extranjería 1953. Certificado de inscripción o registro. Es obligatorio mostrarlo siempre que se lo pida la policía o la inmigración». Antes de darme el libro me preguntó si comprendía lo que aparecía escrito en la primera página. Me permitían estar hasta ... y no podía hacer ningún trabajo, ni pagado ni sin ser pagado. «*Yes, I understand*», dije yo.

A mediados de Agosto hubo una vacante y traje a Antonio Ramos a trabajar conmigo. Alquilamos una habitación doble en Adamson Road, cerca de Swiss Cottage, donde vivían otros españoles. Estuvimos en el *Cosmos* un año entero sin tener ningún día libre ya que como trabajábamos ilegalmente teníamos miedo a perder el trabajo.

Aunque era muy difícil para nosotros ya que no entendíamos inglés, también era desagradable para el chef. Casi nunca le traíamos lo que nos pedía. Un día me pidió que le trajera *watermelon* y cómo yo no veía ningún melón en la cocina fui al departamento donde guardaban la fruta y le traje uno. Cuando el chef lo vio empezó a gritar *water melon, you bloody fool* (sandía, idiota), añadiendo algo más en húngaro para que no me faltara nada. Cómo repitió otra vez *watermelon* yo pensé que la solución era muy sencilla y puse el melón en un cubo y abrí el grifo. Al darse cuenta el chef de lo que yo había hecho dio una patada al cubo llenando de agua la cocina y estrellando el melón contra la pared y sin embargo seguía diciendo *watermelon*. Cuando llegué a casa miré el diccionario y el significado era sandía, no tenía nada que ver con echar agua al melón.

Poco a poco me fui amoldando a mi nueva vida en un país extraño, con unas costumbres muy raras y, aunque yo no paraba de hablar inglés, la triste realidad era que nadie me entendía si me hacía ninguna pregunta, ni yo tampoco a ellos si alguna vez me contestaban. Llegué a pensar que todos eran escoceses o del país de Gales, que al parecer tenían un idioma diferente. En el colegio hice bastante progreso. Cambié de clase dos veces y el primer año obtuve el *Lower Cambridge certificate*. El próximo año me matriculé nuevamente para presentarme al *Proficiency Cambridge Certificate* y Antonio para el *Lower Cambridge Certificate*. Seguimos el mismo procedimiento que en 1958: mandar la carta del colegio, pasaporte, libreta de Correos etc., al *Home Office* y cuando llegó la contestación me llevé una sorpresa muy agradable. Podía permanecer en el Reino Unido hasta el 30 Diciembre de 1960. Me quedé asombrado al ver que no hicieron ningún comentario acerca del dinero que tenía en la libreta, el saldo era tres veces mayor que cuando abrí la cuenta en 1958 (se suponía que no podía trabajar ni pagado ni sin ser pagado) y me presenté en la comisaría de Notting Hill Gate para formalizar los cambios pertinentes en el libro de la policía.

SUBIENDO DE CATEGORIA

THE COFFEE - BOY (EL CHICO DEL CAFE)

A mediados de Julio, dos de los españoles que vivían en la misma casa que nosotros nos dijeron que se iban a Alemania y nos preguntaron si queríamos coger su trabajo, los dos trabajaban como *coffee boys* en Bayswater y Queensway respectivamente. Yo entré como *coffee boy* en «*La Siesta Restaurant*» en la calle de Queensway en el distrito W 2. El nombre de *La Siesta* era un poco engañoso, pues no era precisamente un lugar para dormirse. Nos despedimos del *Cosmos* y nos mudamos a vivir a Bayswater concretamente en el número 22 de Queensborough Terrace (W 2).

FALLECIMIENTO DE MI PADRE

El 28 de agosto por la noche recibí una llamada de mi hermano Mimo desde León informándome de que a mi padre le quedaban sólo unos días de vida. Cuando lo dije en *La Siesta*, se portaron muy bien conmigo y me guardaron el trabajo por una semana. El 29 por la mañana cogí el tren en la estación Victoria pero para mi desgracia los ferrocarriles franceses estaban en huelga y consecuentemente, cuando llegué a mi pueblo, ya le habían enterado. Mi padre murió de cáncer de próstata el 30 de agosto del 59 a los 75 años. Estuve en mi pueblo solamente tres días, lo suficiente para saludar y despedirme de la familia.

LEGALIZANDO MI SITUACION

La Siesta era el punto de encuentro de muchos jóvenes, la mayoría griegos o chipriotas, pero también había un pequeño contingente de españoles, la mayoría estudiantes o trabajadores de hostelería. Pedro García era madrileño, vivía en Bayswater, y venía por el restaurante casi todas las tardes; trabajaba de asistente de cocinero en el hotel *Savoy*. Teníamos bastante confianza entre nosotros y cuando tuve ocasión le pregunté si había sido cocinero en España, me contestó que no. Había falsificado los papeles. Esto me hizo pensar que yo podía hacer lo mismo y, aunque parecía complicado, estaba decidido a intentarlo.

Después de considerar todas las alternativas llegué a la conclusión de que debía mandar la solicitud desde España aunque yo continuara viviendo en Londres, lo más importante era obtener un certificado del dueño de algún establecimiento hotelero acreditando que

había trabajado cuatro años como ayudante de camarero. Un pariente nuestro tenía un restaurante en León y no tuvo ningún inconveniente en proporcionármelo.

Yo le mandé a mi hermano un sobre en el cual incluía una carta que yo enviaba (aparentando estar en España) al director del hotel *Coburg Court*, en Bayswater, solicitando un contrato de trabajo para emplearme en su hotel como *commis — waiter*. Lo único que tenía que hacer mi hermano era meter en un sobre que yo le mandaba el certificado que nos había dado nuestro pariente, la solicitud que yo enviaba al director de este hotel junto con una fotografía mía de carné y poner el franqueo necesario. El 15 de Enero del 61 me comunicaba mi hermano que ya había llegado el contrato y sin pérdida de tiempo me puse en camino para España.

Me despedí de Stevie, la camarera de Liverpool, y de Richard, el cocinero de *La Siesta*, y ese mismo día salí para León. Fue una alegría indescriptible tener el contrato de trabajo en mis manos, mi suerte empezaba a cambiar. El 27 de Enero desembarcaba en Dover. Mi contrato como *commis—waiter* era sólo por un año pero el 27 de enero del 62 el hotel *Coburg* solicitó una renovación de mi permiso (esta vez como camarero) y me lo extendieron hasta el 27 de Enero del 65. El *Home Office* me mandó una nota, que recibí el 22 de enero del 65, diciendo que «era libre», o sea, que tenía la residencia y estaba exento en el futuro de comunicar a la policía cualquier cambio de dirección o de ocupación.

COMIENZA UNA NUEVA ETAPA

UNA SORPRESA AGRADABLE

Después de trabajar dos años en el restaurante tuve la oportunidad de cambiar a camarero de habitaciones (*Room service*). El horario no podía ser mejor, tenía libre todas las tardes desde las seis, el único problema era que tenía mucho tiempo para gastar el dinero y al final de la semana estaba siempre a dos velas. Stevie y Richard, con quienes salía algunas veces, me animaron a que volviera a trabajar en *La Siesta* tres tardes por semana y las otras dos tardes me matriculé en un colegio para hacer un curso de alemán.

Una de las novedades que encontré a mi regreso a *La Siesta* fue María, la nueva camarera italiana, que estaba casada, tenía dos niños y era muy simpática. Su amiga Elizabeth Clarke, una canadiense de Toronto, venía a visitarla casi todas las semanas. La chica parecía muy agradable y cuando se enteró de que yo era español me dijo que trabajaba y compartía habitación con una española de Valencia y prometió traerla por el café para que yo la conociera.

MI PRIMER ENCUENTRO CON ROSITA

Elizabeth cumplió su palabra y a las dos semanas se presentaron en el café ella y su amiga Rosita. Era rubia, bastante guapa, sonreía a menudo y me pareció bastante sensata. Me dijo que era de un pueblo llamado Chestre. Continuaron viniendo a ver a María, me imaginó, y a mediados de mayo del 64 nos dijeron que se iban a trabajar a la isla de Jersey. Elizabeth le mandaba alguna postal a María de vez en cuando y en una de ellas le decía que volvería a Londres el 20 de Agosto. De Rosita no había noticias.

CARTA DE HOLANDA

Una tarde, cuando llegué a trabajar, María me dijo que había llegado una carta de Holanda para mí, era de Rosita. Después de contarme que estaba haciendo auto—stop por Eu-

ropa con dos amigas inglesas que había conocido en Jersey, pasaba a explicarme la razón por la cual me escribía. No era precisamente una declaración amorosa que, dicho sea de paso, yo tampoco la esperaba. El motivo por el cual se puso en contacto conmigo era porque su aventura de auto — stop estaba tocando a su final. Regresarían a Londres el 20 de septiembre y a ella le quedaba poco dinero. En estas circunstancias me pedía que le buscara una habitación por Bayswater y diera el depósito necesario, y que cuando empezara a trabajar me lo pagaría todo.

Mi primera reacción fue ignorarla, me pareció un poco descarada, pero más tarde me acordé de los universitarios de Oviedo que tanto hicieron por mí y de los veteranos que encontré en los campos de estudiantes cuya ayuda fue imprescindible para quedarme en el Reino Unido. Cambié de parecer y decidí ayudarla. Por pura coincidencia tenía libre el día que regresaba, fui a esperarla a la estación Victoria, la acompañé hasta la casa donde había reservado su habitación y no supe más de Rosita por dos semanas. Comenzamos a salir juntos casi siempre con Elizabeth y paulatinamente nos fuimos dando cuenta de que teníamos en común mucho más de lo que parecía a primera vista.

PLANES DE BODA

En la primavera del 65 las relaciones estaban tan avanzadas que empezamos a pensar cual sería la mejor fecha para nuestro enlace matrimonial. Rosita me dijo que le gustaría casarse en su pueblo, donde vivían sus padres, y me pareció una excelente idea. El día iba a ser el 2 de septiembre con boda en Cheste y recepción en Valencia. Escribimos a sus padres para ponerles al corriente de nuestros planes y el 10 de agosto fuimos a España para organizarlo todo. Nos casamos, como habíamos planeado, el día 2 de septiembre pero nos casó el padre Castor, un agustino amigo de mi familia, que regentaba una parroquia en Valencia cerca del salón donde habíamos reservado la recepción.

Estuvimos en España unos veinte días viajando por diferentes regiones y regresamos a Londres el 27 de septiembre. Yo comencé a trabajar en Covent Garden con una compañía hispano—inglesa que importaba fruta de España y Rosita continuó trabajando como camarera para la cadena hotelera *Forte*. Nuestra primera residencia de casados fue una habitación doble en Inverness Terrace, Bayswater, de la cual tuvimos que marchar cuando se dieron cuenta de que Rosita estaba esperando un bebé. Un amigo mío italiano nos alquiló entonces dos habitaciones, cocina y baño, en su casa. Gino y su mujer Lu se portaron maravillosamente con nosotros. El 20 de junio de 1966 nació nuestro hijo Johny en el *Princess Louise Hospital* de Kensington (Londres) y cuando Rosita quedó embarazada nuevamente decidimos marchar a España. Nuestra hija Rosa Mary nació en una clínica de San Andrés (Barcelona) el 25 de Septiembre de 1967. A los quince días del parto tuvimos que ingresarla en el hospital de San Pablo y la Santa Cruz porque tenía una bronconeumonía tan grave que creíamos que se moría.

BUSCANDO TRABAJO EN BARCELONA

Antes de marchar a España yo me había buscado un empleo con una agencia de aduanas de Barcelona llamada Muñoz y Cabrero, la cual me había ofrecido un puesto de trabajo por seis meses, pero cuando llegué a su oficina los seis meses se quedaron en tres y sin perspectiva de prorrogarlos. A esta colocación le siguieron otras, vendiendo parcelas, enciclopedias y seguros pero ninguna de ellas ofrecía un futuro prometedor. Los meses iban pasando sin encontrar nada adecuado y continuábamos viviendo de nuestros ahorros con el problema

añadido de que el límite de tiempo que podía estar fuera del Reino Unido, sin perder ningún derecho, era solamente de un año y a partir de ahí era menester solicitar un nuevo permiso de trabajo y esperar a que nos lo concedieran.

REGRESO A LONDRES

Como todo nos salía mal decidí regresar a Londres a mediados de enero del 68. Mientras tanto Rosita y los niños se fueron a Cheste a vivir con mis suegros. Rosita estaba tan desilusionada de España como yo y nunca se opuso a mi decisión, solamente me dijo que no regresaría a Londres hasta que no tuviera su casa, estaba harta de vivir realquilada y con privaciones. Los tres primeros días que pasé en Londres estuve en casa de Adelita y Ricardo, los amigos Cheste, y después alquilé una habitación más cerca del centro. Mi primer trabajo fue como *luggage Porter* (maletero) en el hotel *Prince of Wales*, enfrente del palacio de Kensington. Tenía todas las tardes libres lo cual aprovechaba para trabajar como camarero sirviendo banquetes en el hotel *Hilton* de Park Lane o en *The Connaught Rooms*, el gran templo masónico de Holborn, donde yo había trabajado antes.

Cuando llegué a Londres traía tres objetivos que requerían toda mi atención y el orden de prioridad era el siguiente: comprarme una casa, ponerme en contacto con Carmen, la hermana de Rosita, a quién habíamos traído nosotros el año anterior a trabajar como doméstica en un hospital, y en tercer lugar intentar sacar el permiso de trabajo para mi sobrino Feli. Con Carmen me puse en contacto a poco tiempo de llegar.

MI SOBRINO FELI

Mi sobrino Feli había nacido en Villahibiera, el pueblo próximo a Sahechores donde vivían mi hermano Arsenio y mi cuñada Victorina junto con sus siete hijos pero, buscando mejorar su situación, mi hermano se trasladó a Barcelona con toda su familia.

Feli tenía dieciocho años y durante nuestra estancia en Barcelona me expresó su deseo de venir al Reino Unido y, como su razón principal era evitar el servicio militar, no teníamos mucho tiempo que perder pues una vez que se entraba en quintas ya no permitían salir de España hasta después de cumplir *la mili*. Fue más fácil de lo que yo esperaba. La Agencia Sánchez de Charing Cross hizo todos los trámites con una rapidez asombrosa y el 13 de marzo fui a esperarle al aeropuerto. Le habían conseguido el contrato de trabajo como doméstico en un colegio cerca de Reading a donde le llevé el mismo día de su llegada.

NUESTRA PRIMERA CASA

En mayo encontré una casa que estaba al alcance de mis posibilidades económicas y con el dinero que había traído de España, y lo que había ahorrado, fui capaz de poner el depósito para comprarla, creo que fueron unas 900 libras. La casa no era muy grande pero estaba muy bien situada, a unos cinco minutos de la estación del metro y de los comercios de Wood Green, en el norte de Londres. Desde nuestra casa podíamos ver casi la iglesia católica de *Saint Paul* y su escuela donde podrían estudiar nuestros niños.

El proceso fue lento y desesperante hasta que el abogado me comunicó que el cambio de contratos y la entrega de llaves tendría lugar el 30 de julio. Yo le pasé toda la información a Rosita para que fuera sacando los billetes. En realidad no nos trasladamos hasta el primero de agosto debido a una complicación que surgió a última hora y los dos días que tuvimos que esperar los pasamos en casa de los amigos de Cheste, Adelita y Ricardo.

Por fin comenzábamos a vivir como una familia. Solamente teníamos las paredes y los muebles indispensables y, sin embargo, nos parecía un palacio, habíamos bregado mucho pero estábamos unidos. Es imposible describir la alegría que se experimenta viendo crecer a los niños. Mi cuñada Carmen y mi sobrino Feli nos visitaban siempre que podían y Carmen solía hacerlo casi todos los días, Feli cuando cerraban el colegio por vacaciones.

VIVIENDO COMO UNA FAMILIA

Afortunadamente, al poco tiempo de comprar la casa, me promocionaron como segundo conserje en otro hotel de la misma compañía que se llamaba *The Parkway*, en Bayswater, era un hotel modesto y allí estuve casi ocho años. El horario era extraordinario, tenía libre todos los domingos y tres tardes a la semana lo que me permitía disfrutar de la familia al máximo y ayudar a Rosita en la casa.

Cuando Johny alcanzó la edad escolar entró en la escuela católica de San Pablo, cerca de nuestra casa, y al año siguiente lo hizo Rosamary. Yo solía llevarles y traerles del colegio, dependiendo del horario. También les acompañaba a las clases de español que impartía la Consejería de Educación en una escuela de Enfield. Algunas veces me daban lástima de los niños pues estaba bastante recogerles lejos y teníamos que coger dos autobuses. En el hotel *Parkway* conocí a Olimpia, la *Housekeeper* (el ama de llaves), y su sobrina Vicky que estaba encargada de la lavandería. Eran de Valencia así que un día las invité a mi casa para que conocieran a Rosita y a los niños. En el transcurso de la conversación salió a relucir que Rosita era capaz de hacer la ropa para Johny y Rosamary. Ellas conocían a Mario y su mujer, unos italianos que se dedicaban a hacer camisas para una tienda de Mayfair. Mario traía el material ya cortado y Rosita se encargaba de hacer las camisas. Rosita se consideró muy feliz al ganar algún dinero extra.

VIENTOS DE CAMBIO

Cuando Johny terminó la escuela primaria continuó sus estudios en el colegio *Finchley Catholic High School* situado en Woodside Avenue (N12). Este colegio estaba bastante lejos de nuestra casa de Wood Green así como la escuela a la cual habíamos pensado mandar a Rosamari por consiguiente cambiamos de casa a otra más grande y más cerca de los dos colegios. Rosamari terminó la escuela primaria y se matriculó en *Saint Michael's Convent Grammar School* ubicada en Nether Street (N12). Los acontecimientos se sucedían ahora a una velocidad endiablada. Rosita sacó el carnet de conducir lo cual dio a nuestras vidas una nueva dimensión, ya no teníamos que depender de autobuses o amistades caritativas.

CAMBIOS DE TRABAJO

El primero de Octubre de 1974 empecé a trabajar como asistente de conserje en el hotel *London Metropole*, en Edgware Road (W2), tiene cuatro estrellas y está en un edificio enorme de veintitrés pisos con 560 habitaciones casi todas dobles e incluso de tres camas y algunos días había más de ochocientos huéspedes. Era intimidante trabajar allí, sobre todo las primeras horas, después se hacía más llevadero.

El momento más escalofriante tuvo lugar una mañana cuando empezábamos nuestra jornada de trabajo. El Director General recibió una llamada de la policía diciendo que el IRA había colocado una bomba en nuestro hotel. Con la ayuda de la policía registramos todas las dependencias del entresuelo y sótano sin encontrar nada y, como la policía estaba convencida de que la información que poseían era correcta, tuvimos que evacuar los cuatro prime-

ros pisos pero todo fue en vano. Desde aquél día no me encontré jamás a gusto en el Metropole y aguanté sólo hasta el 11 de Abril de 1976.

THE CONNAUGHT HOTEL

Tres semanas antes de terminar en el *London Metropole* vi una oferta de trabajo en el *Evening Standard* (el periódico de la tarde). El anuncio decía lo siguiente: «Se necesita asistente de conserje para el *Connaught Hotel*». Pedían experiencia de varios años en un puesto similar, ser capaz de trabajar bajo presión y era indispensable el conocimiento de tres idiomas. Mandé la solicitud en la cual hacía constar que hablaba cuatro idiomas: inglés, español, alemán e italiano. En la entrevista con el jefe de recursos humanos me llevé una sorpresa cuando en medio de la conversación me preguntó de sopetón *¿Wie lange waren Sie in Deutschland?* (¿Cuánto tiempo estuvo usted en Alemania?) Yo le contesté: *zwei Wochen auf Urlaub* (dos semanas de vacaciones) y continuó el dialogo en alemán. El jefe de personal había estado cinco años en Alemania. Yo creo que me dieron el trabajo por el conocimiento de idiomas y las buenas referencias que presenté con mi solicitud.

Empecé a trabajar en el *Connaught* el 23 de abril de 1976. Era el primer hotel de cinco estrellas que yo había visto, tenía noventa habitaciones y veinticuatro *suites* y en la nómina éramos trescientos empleados. La mayoría de los huéspedes venían varias veces al año y eran personas a las que no les gustaba atraer la atención, preferían pasar desapercibidos. Resultó ser el hotel preferido por los artistas de cine, especialmente Deborah Kerr, Ingrid Bergman, Katherine Hepburn, la princesa Grace Kelly, Gregory Peck, Paul Newman, James Stewart y Sir Alec Guinness, por mencionar sólo unos pocos. Nuestro favorito era David Niven, un auténtico caballero dentro y fuera de la pantalla.

Pero no todo era color de rosa en el *Connaught*, al principio encontré bastante racismo y hostilidad por parte de los clientes y, sobre todo, de algunos compañeros de trabajo. Parecía que tenían una desconfianza instintiva hacia los conserjes extranjeros y me consideraban cómo una amenaza para ocupar su puesto. A pesar de todo teníamos bien claro que lo más importante era la reputación del hotel y procurábamos seguir su lema «*Placere placet*» (es un placer complacer) siempre que fuera legal, se entiende.

En 1990 me promocionaron a segundo conserje y estuve en este cargo hasta el 22 de Agosto de 1998, año en que me jubilé. En total estuve en el *Connaught* algo más de 22 años. Un buen record.

AUMENTA LA FAMILIA MORATIEL

JOHNY Y SHARON

Johny siempre nos había dicho que no tenía interés por ir la universidad y nosotros respetamos su decisión pues sabíamos por experiencia que era perder el tiempo forzarle a hacer lo que no quería. Antes de terminar sus estudios se hizo socio de un cineclub donde los aficionados a la fotografía y el cine hacían, o intentaban hacer, películas sobre sus vacaciones. Johny estaba muy interesado en ello y, antes de terminar en el colegio, solía frecuentar este club siempre que tenía tiempo libre en el trabajo. Su ilusión era hacerse *film editor* (montador). La primera oportunidad se la dio una compañía americana llamada *Medicine* que, como su nombre indica, estaba relacionada con hospitales y los nuevos medicamentos que salían al mercado.

Estuvo varios años en esta compañía y luego decidió trabajar como *free lance* (autónomo) editando los programas que otras compañías hacían para las distintas cadenas de televisión. En uno de los viajes que hizo a Nueva York conoció a la que iba a ser su esposa, Sharon. Después de varios años de salir juntos se casaron el 12 de Febrero del 2000 y el 5 de Febrero del 2002 nos hicieron abuelos de una preciosa niña llamada Ella Rose que trae loca a toda la familia.

ROSA MARI Y JOHN

Rosamari terminó sus estudios en *Saint Michael's Grammar School* en Julio de 1986 y tres meses después comenzó la carrera en la Universidad de Leeds donde estuvo hasta su graduación el 10 de julio de 1990. Fue un día inolvidable. Se licenció con honores en literatura francesa y española. Como parte de sus estudios de francés y español tuvo que estar un año en el Liceo de Limoges (Francia) y tres meses en la universidad de Salamanca, además de un curso de verano que había hecho anteriormente en la Universidad de León. En agosto de 1990 se fue a Méjico donde estuvo trabajando cómo profesora de inglés y traductora en el Instituto Tecnológico de Querétaro hasta últimos de Junio del 91.

A su regreso de Méjico probó varios trabajos pero no se encontraba muy satisfecha. En julio del 93 (quizá influenciada por su hermano Johnny) comenzó a trabajar como *Production coordinator* de *The Family Channel*, una compañía americana de televisión que tenía su base cerca de Maidstone, en el condado de Kent. Allí trabajó varios años y conoció al que más tarde iba a ser su marido John Cryer. Rosamari y John se casaron el 8 de mayo de 2004. Su último empleo fue en *RDF MEDIA* donde terminó el 11 de Noviembre del 2005 para empezar su *maternity leave* (permiso de maternidad). Nuestra nieta Inesita nació el 15 de Diciembre del 2005. Y con ella se ha completado la familia Moratiel.

Agradecimiento: Deseo expresar mi gratitud más sincera a mi hermana Nieves que tanto me ha ayudado a recordar detalles de mi vida que yo tenía casi olvidados.

Londres 19 de Marzo de 2006



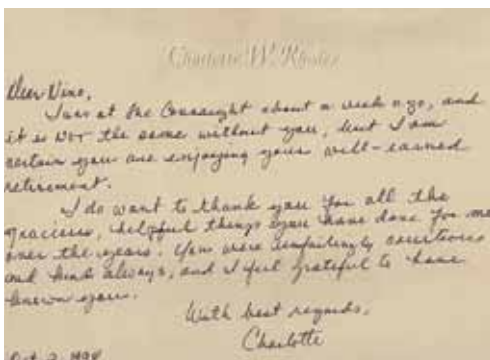
Nino en la recepción del hotel Metropol. 1976.



Nino y Rosita con sus hijos Johnnie y Rosa Mari.



Nino con Rosita de novios en Hyde Park. 1963.



Carta de agradecimiento de una cliente del exclusivo hotel Connaught a Nino cuando este se jubiló. 1998.

Traducción:

Querido Nino: Estuve en el Connaught hace una semana y ya no es lo mismo desde que se fue usted pero estoy segura de que estará disfrutando de su bien ganada jubilación. Quiero agradecerle aquí todas las molestias que usted, tan encantadoramente, se ha tomado conmigo a lo largo de los años. Usted no fue siempre conmigo de una amabilidad y cortesía infalibles y yo me siento gratificada por haberle conocido. Con mis mejores deseos...

ROSITA MORELL



Rosita a los diez meses en el estudio de un fotógrafo en Valencia. 1932.



Rosita con sus hermanos en el colegio. A los once años. 1942.



Rosita a los cinco años subida en una tapia. Está enfadada porque es la fiesta del pueblo, donde regalan juguetes a los niños, y su padre —el encargado de darlos— no le ha entregado todavía la muñeca que le toca. Fue la última en recibirla. 1936.



Rosita con trenzas antes de que se las cortaran en la peluquería. 1933, en la casa del Corral.

ROSITA MORELL

RECUERDOS DE MI VIDA

MIS PADRES

Nací el 14 de julio de 1931 en Cheste, un pueblo de unos 12.000 habitantes que está a 28 kilómetros de Valencia. Tiene una plaza muy hermosa, un teatro, es realmente un pueblo de campesinos que producen algarobas, uva, hortalizas y tiene una fábrica, pero cuando yo era pequeña todo lo que había allí era agricultura. También había mucha huerta en la cual se plantaban tomates, pimientos y otras muchas hortalizas. Todavía existen hoy dos grandes cooperativas donde se elabora la uva y se convierte en vino de buena calidad. Mis padres eran labradores y se llamaban Fernando y Rosa. Yo me llamo Rosa, como mi madre, pero siempre me han llamado Rosita.

LA REVA

Tenía yo 2 añitos cuando mis padres se marcharon a vivir y a trabajar en una aldea o pueblecito llamado Ventas de Poyo o Reva. Allí se necesitaban trabajadores para cultivar estas tierras y se les ofrecía un sueldo y casa donde vivir. La palabra Reva es una abreviatura de Regadíos y Energía de Valencia S.A. La historia de la Reva está estrechamente ligada a la economía y sociedad valenciana del siglo 20. Esta compañía que se constituyó en 1928 con capital belga se llamaba Electrabel (hoy su nombre es Trectabel).

Tenía como objetivo emprender un ambicioso proyecto que consistía en utilizar las aguas del río Turia para producir electricidad y transformar en regadío miles de hectáreas de secano y al mismo tiempo suministrar electricidad y agua a Valencia. Aunque no pudo llevar a cabo sus planes hidroeléctricos lo que consiguieron fue convertirlo en uno de los principales centros de producción de cítricos del país.

Cuando mis padres llegaron conmigo a esta masía, mi padre trabajaba en el cultivo de las naranjas y mi madre en los almacenes donde se seleccionaba la naranja y la mandarina. Luego las ponían en cajas para mandarlas a diferentes mercados de España y del extranjero donde tenía buena acogida .

En estos almacenes trabajaban muchas mujeres, había maquinaria moderna para mover la fruta de una parte a otra y para llenar los camiones que la transportaban a los puertos y mercados. Aquí estuvimos unos cinco o seis años. En este tiempo nació el mayor de mis hermanos a quién pusieron el nombre de Pepe, por cierto que cuando tenía unos 6 meses nos

dio un gran susto. Un día mi madre le puso en su cama después de dormido y al cabo de un buen rato fue a mirar lo que pasaba ya que no se despertaba como de costumbre, y se encontró con que el niño no estaba allí, había desaparecido.

Preguntó a las vecinas si ellas le habían cogido. Preguntó especialmente a una que solía sacarle de paseo pero todo fue en vano. Nadie sabía nada así que en seguida avisaron a mi padre y a la guardia civil. Automáticamente todos pensaron que eran los gitanos que estaban acampados por allí cerca quienes se lo habían llevado, registraron los carros donde estos vivían, pero no encontraron nada así que todos andaban nerviosos de una parte a otra y el niño sin aparecer.

Lo curioso es que varias personas habían entrado en el dormitorio buscando a la criatura, pero no la encontraron. Como era verano y hacía mucho calor uno de los guardias entró en mi casa para beber un vaso de agua y sintió llorar al niño. Al oírle entró en la habitación y vio que el niño nunca se había movido de la cama sólo se había escurrido debajo de las sábanas y por esta razón las personas que habían entrado en el cuarto no le habían visto. Después de este susto mi madre nunca le volvió a acostar en la cama grande donde ellos dormían.

EL SEÑOR JUANITO

En otra ocasión cuando yo tendría unos 5 años y aún vivíamos en Las Ventas de Poyo mi padre y yo fuimos a visitar a uno de sus amigos llamado Juanito. El objeto de esta visita era preparar unos festejos o algo parecido. El señor Juanito tenía un problema físico y era que estaba paralítico y no podía salir a trabajar al campo debido a su invalidez, pero ayudaba a todos los niños de la aldea. Su profesión era maestro de escuela, pues entre todos los matrimonios que allí vivían se encontraban varios niños y el señor Juanito era nuestro profesor.

Este señor vivía con su madre, la señora Paquita, y entre los dos llevaban la única tienda de comestibles que teníamos en el pueblecito. Vendían leche, pan, aceite, galletas, tabaco, bueno un poco de todo, así que cuando íbamos de compras, a mi siempre me daban caramelos y alguna que otra cosita. Me encantaba ir por allí.

Me acuerdo que era la hora del mediodía cuando fuimos, pues la tienda estaba cerrada por ser la hora de comer, así que mi padre y el señor Juanito se pusieron a hablar sobre el programa de los festejos y a mi me dejaron solita pudiéndome mover de una parte a otra mientras ellos, sentados en una mesa—camilla, tomaban diferentes notas sobre las actividades que querían preparar para las fiestas. Como yo me aburría escuchándoles empecé a curiosear por allí. Me metí en la trastienda y comencé a tocar todo lo que estaba a mi alcance y mira por donde me encuentro un grifito dorado y me puse a jugar con él. Pronto vi que empezaba a caer algo de líquido.

Como caía poquito a poquito y no hacía ruido lo dejé caer hasta que noté que mis zapatos estaban mojados de algo pegajoso. Yo seguí tocando y mirando cosas sin darle importancia alguna, pero cuando el líquido llegó a los pies del señor Juanito y de mi padre se dieron cuenta de que todo el suelo estaba lleno de aceite, pues el grifito en cuestión era de un pequeño barril del cual las señoras venían a comprar por litros. La que allí se organizó no se puede contar, tuvo que ir mi madre a limpiar todo el empaste que organicé y no sé como no me mataron, lo que sí sé es que no volví por la tienda en bastante tiempo.

Seguimos viviendo en Ventas de Poyo por algún tiempo. Allí no ocurrían muchas cosas y los domingos eran igual que los días de faena por eso cuando se acercaba la fecha de las fiestas estábamos todos muy ilusionados pues, aunque la fiesta sólo duraba tres días, eran muy bonitos, en especial para los niños porque traían una pequeña feria en la que había caballitos o tío vivo, donde subíamos y dábamos muchas vueltas. Lo mejor de todo era el final de las fiestas ya que nos hacían una merienda y daban regalitos a todos los niños, casi siempre juguetes.

LA GUERRA

Entre los primeros recuerdos que tengo de mi vida está el de una fiesta donde estábamos cuando empezó la guerra, yo tenía entonces cinco añitos. Luego vinieron los horrores de la política, de los republicanos, de los católicos, y de todo eso. Me acuerdo que mi padre era un festero, el que organizaba la fiesta, y me decía que tenía una sorpresa, era una muñeca que tenía guardada y que no me la dio hasta última hora. Porque en las fiestas se les daba a todos niños unos regalitos. Cuando la vi me puse contentísima. Nos pusimos a mendrar, seríamos unos treinta niños, y entonces dieron la alarma de que la guerra había empezado y cada uno se fue a su casa. Esto alarmó a todos los vecinos pues como vivíamos al lado de la carretera de Valencia a Madrid, había un movimiento de vehículos mayor que de costumbre. Pasaban camiones y jeeps llenos de soldados, con sus fusiles y banderas, que no paraban de gritar que había estallado la guerra, así que todos estábamos asustados y no nos atrevíamos a salir a la calle.

A los pocos meses abrieron un aeropuerto militar cerca de las Ventas de Poyo y, claro, aumentó el tráfico de aviones y avionetas y más ruido y más militares y más miedo, pues los aviones volaban casi rozando los tejados. Se rumoreaba que iban a llamar a la guerra a los hombres más jóvenes y entre ellos estaba mi padre, así que mis padres decidieron volver a Cheste, el pueblo donde nací, y donde aún vivían mis abuelos. Nosotros nos quedamos viviendo en la casa detrás de la iglesia, situada en la Calle del Molino. Al poco tiempo llegaron los soldados al pueblo y empezaron a invadir las iglesias con los camiones, a bajar los santos de las peanas y quemarlos en medio de la plaza, también quemaron nuestra iglesia, que era preciosa, una de las más bonitas de aquella comarca. Habían instalado en ella su cuartel general donde vivían y dormían y por la puerta grande entraban los camiones y maniobraban dentro de la iglesia, casi la destrozaron por completo. La mayoría de la gente no quería ni verlo, era un pueblo bastante religioso. Era horrible, incomprensible, porque las estatuas, al fin y al cabo los santos son estatuas, no hacen mal a nadie y si no les gustaban que las hubieran escondido. Vinieron soldados de diferentes sitios de España, era un poco de caos todo aquello. Al poco tiempo de volver a Cheste llamaron a mi padre para alistarse en las filas republicanas y lo llevaron al frente.

Los hombres jóvenes que había, por ejemplo mi padre, empezaron a irse a la guerra y nosotros, mi hermano y yo, nos quedamos con mi madre. Otro hermano nació durante la guerra. No éramos ricos, éramos más bien pobres porque en los pueblos se hereda cuando la gente es mayor pero mis abuelos todavía eran jóvenes, estaban bien, y mi padre tenía que trabajar. Mi madre al irse mi padre se tuvo que poner a trabajar para lavar ropa de los soldados republicanos. Ellos le daban a ella leche condensada y azúcar.

Pasamos mucha hambre, y en una ocasión me acuerdo de estar llorando y decir que tenía hambre. Mi madre me contestaba: «ahí tienes comida, cómetela» Pero yo le decía que no, que el pan tenía que ser blanco, el único que había era de segunda categoría, con sal-

vado, y yo no lo quería. Yo deseaba comer cosas normales y no lo que me daban. Porque el pan que hacían entonces eran unas tortas de harina de maíz (el maíz lo cultivábamos en nuestra huerta) pero era un pan muy seco, muy duro. Solamente comían pan blanco los que estaban bien económicamente. En mi pueblo también se producía trigo y mi madre fue a un horno, porque entonces las señoras iban a los hornos a cocer la masa que ellas hacían en casa, para que el panadero se la cociera en el horno. Y cuando estaba el pan hecho iban a recogerlo, pero esto sólo lo podían hacer los que tenían dinero o campos con gente que les trabajara. Mis abuelos los tenían pero nosotros no. Y aunque los abuelos pudieran dar algo no podían dar tanto. Un día me puse a llorar porque quería comer pan blanco y al verme mi madre fue al horno a pedirlo, allí vio a una señora a la que le dijo: «dame un trozo de pan porque mi hija está llorando y me está volviendo loca» y la señora le dio un bollo y no pidió nada a cambio. Como normalmente no teníamos pan usábamos el boniato, lo pelábamos y hacíamos como una rebanada y entre medias poníamos una tortillita o lo que fuera. Me comí el bollo entero y se me pasó la llorera.

LA VIDA SIN MI PADRE

Recuerdo que la casa donde vivíamos tenía pocos muebles y en los dormitorios había casi sólo las camas. Mis abuelos nos ayudaban un poco económicamente pero no era suficiente pues a ellos tampoco les sobraba mucho. De política yo me acuerdo poco pues la gente tenía miedo de hablar en caso de que les denunciaran y les encerraran como había ocurrido con algunos del pueblo a quienes habían acusado de ser de derechas y en alguna ocasión les sacaban de noche para darles un paseo, es decir, fusilarlos. En esta época de mi vida en la casa de la calle del Molino, en la cual estuvimos viviendo unos dos años, ocurrieron varias cosas, algunas buenas y otras muy duras. Como antes mencioné mi padre estaba en la guerra y venía con permiso cada tres o cuatro meses. Me acuerdo de que venía muy delgado y nos decía que tuviéramos paciencia que pronto terminaría todo aquello, la guerra claro.

En estos tiempos escaseaba el dinero y sobre todo la comida pues muchos campos estaban sin cultivar por falta de hombres jóvenes y para un pueblo como el nuestro, que dependía de los productos del campo, creaba una situación muy difícil. En esta casa de la calle del Molino nació mi segundo hermano Fernando. Nuestra situación económica empeoró mucho y yo tenía que cuidar de mis hermanitos para que mi madre pudiera hacer algún trabajo.

Viene a mi memoria un hecho el cual ocurrió cuando yo tenía unos seis o siete años y aún seguíamos viviendo detrás de la iglesia de mi pueblo. Una tarde cuando mi madre venía de alguna parte, no sé de donde, entró en casa toda nerviosa pues traía en sus manos un hermoso gallo que todavía estaba vivo y que ella había encontrado andando por la calle. Como un gran secreto me dijo «de esto que estas viendo y de lo que vamos a hacer luego, ni una palabra a nadie», pues nos podían meter en la cárcel a todos.

Yo estaba con la boca abierta sin casi darme cuenta de lo que estaba pasando. Mi madre inmediatamente le retorció el cuello al gallo y lo mató, después le escondió debajo de un montón de algarrobas que teníamos en la *cambra*¹⁸ y luego nos dio de cenar y acostó a mis dos hermanos. Por entonces mi padre no estaba presente, estaba en la guerra.

¹⁸ Cambra es una forma en desuso de cámara o habitación.

Cuando ya quedó todo tranquilo y calladito y mis hermanos estaban durmiendo, seguramente tuvimos que esperar hasta las diez de la noche. Una vez que estaba todo silencioso nos pusimos los delantales mi madre y yo para empezar a pelar aquella hermosa pieza que nos iba a durar por una semana o más para comer poco a poco ya que iba a estar bien repartido. A la mañana siguiente oímos como una de las vecinas decía que «el viento había roto la puerta de su gallinero y se habían escapado varias gallinas y el gallo». Yo al oír esto me metí dentro de mi casa pues como no podía hablar pretendí no haber escuchado nada de lo que se estaba comentando entre el vecindario. Creo que la dueña no sólo había perdido el gallo también había perdido alguna gallina pero nadie hizo ningún comentario.

A todo esto yo no podía decir nada a mi hermano Pepe que era mi confidente, pero trataba de analizar en mi cabeza de niña como mi madre, que nos enseñaba a ser buenos y no tocar nada que no fuera nuestro porque era un pecado y Dios lo veía todo, podía hacer aquello. A pesar de todo esto yo siempre fui fiel a la promesa, nunca le conté nada a nadie y creo que nunca jamás hablé con mi madre de esto, pero dentro de mí siempre admiré su valentía y más tarde empecé a comprender lo que una madre es capaz de hacer por los hijos en casos extremados de necesidad. Como he dicho todo esto ocurrió en tiempos de guerra.

De 1938 al 39 mi padre seguía en la guerra, en Teruel. Allí creo que estuvo unos dos años. Me acuerdo que cuando escribía y nos decía que iba a venir con permiso nos poníamos todos muy contentos. Algunas veces estaba dos semanas en casa y traía cositas para mis hermanos y para mí, por desgracia este tiempo pasaba rápidamente y era triste quedarnos otra vez solos con mi madre.

MI PADRE VUELVE DE LA GUERRA

Recuerdo que cuando terminó la guerra no supimos nada de mi padre por bastante tiempo, no sabíamos si vivía o había muerto y al no tener ninguna noticia de él siempre esperábamos lo peor. Al parecer cuando ganaron los nacionales se deshizo el regimiento al que él pertenecía y cada uno se marchó por donde pudo. Los jefes, por miedo a que les cogieran y les mataran, desaparecieron y el resto del regimiento se encontró abandonado y desamparado así que todos los soldados empezaron a esconderse y deshacerse de los fusiles y armas que tenían, incluyendo la ropa militar que llevaban para que no les reconocieran como soldados.

Nos contaba mi padre que cuando pasó todo esto, se juntó con otro soldado de Valencia y venían juntos. Por la noche lo pasaban andando y por el día dormían en algún sitio que encontraban en el camino. Poco a poco, caminando y comiendo donde podían, en algunos pueblos por donde pasaban les daban a comer por caridad, pues no tenían dinero para pagar por trenes o coches, vinieron desde Teruel a Valencia. Creo que les costó varias semanas hasta llegar a Valencia y luego a Cheste. Cuando llegó a casa recuerdo que no parecía el mismo estaba muy delgado y traía ropas muy sucias pero estaba vivo y en casa y la guerra había terminado.

Seguíamos en la casa de detrás de la Iglesia, todos estamos ya juntos, pero en aquellos tiempos la vida no era nada fácil. La economía estaba por los suelos y era difícil encontrar trabajo y por estas razones tuvimos que dejar la casa donde vivíamos de alquiler y marcharnos a la de mis abuelos maternos. Allí éramos siete personas en una casa algo mejor que la que dejábamos aunque tampoco era muy grande, pero no se pagaba alquiler. Me acuerdo de que al principio lo encontrábamos todo un poco raro, pues no podíamos jugar por la casa ya

que molestábamos a los abuelos con los gritos y juegos que organizábamos los hermanos. Y hablando de hermanos después de algún tiempo nació allí mi hermana Carmen, la más pequeña. Ya somos cuatro hermanos.

MI PRIMERA COMUNION

Todos los niños de mi edad estábamos preparándonos para la primera comunión, íbamos dos o tres veces por semana al catecismo para aprender la doctrina cristiana. Las clases eran por la tarde y duraban un par de horas. Esto lo hicimos durante tres meses. Allí nos enseñaban a conocer a Dios, a no cometer pecados, y a guardar la vigilia los viernes. Por fin llegó el día de la primera comunión. Todos estábamos muy ilusionados especialmente yo, pues me habían hecho un vestido que aunque no era blanco era nuevo y esto era muy importante para mí, pues hacía mucho tiempo que no estrenaba un vestido. También me dieron unas sandalias blancas nuevas, pero se ve que el dinero no llegó para calcetines y yo me enfadé ya que en la iglesia no se podía entrar sin ellos, según decían los curas.

Recuerdo que la misa era a las diez de la mañana. En este día tan importante, me levanté la primera de todos, no sé exactamente qué hora era pues todos seguían durmiendo, y sin pensarlo dos veces me puse a comer unas sopas de leche, que me preparé yo misma, al parecer hice algo de ruido y se levantó mi abuela que al dormir abajo me oyó antes de mi madre pues nosotros dormíamos arriba en la *cambra* donde había dos dormitorios.

Cuando vio que la taza de leche y pan ya estaba vacía empezó a gritar y a llamar a mi madre para que bajara. Una vez que mi madre vio lo que había pasado no se puso más contenta pues no se podía comer antes de la comunión, era el mayor de los pecados. Después de comprarme el vestido y sandalias nuevas no pude hacer mi primera comunión con todos mis compañeros de catecismo. La tuve que hacer el domingo siguiente con otro niño que en el día importante estuvo enfermo, así que ese domingo fuimos dos y no yo solita por traviesa. El señor cura también me dio un buen rapapolvo.

CURIOSIDAD PELIGROSA

Otra cosa que me ocurrió en esta época en casa de mis abuelos, algún tiempo después de mi primera comunión, fue un accidente. Me explico, yo siempre fui muy curiosa y además traviesa. En casa de mis abuelos había una terracita pequeña para secar cosas que a veces traían de la huerta como maíz, garbanzos etc.; también tendían la ropa, pues entonces se lavaba en casa y a mano. Recuerdo que mi madre y mi abuela estaban hablando de algo que no las interesaba que yo supiera y por consiguiente me mandaron a tomar el sol en la terraza o a jugar y como desde allí arriba no les oía bien lo que decían me subí a una baranda para oír mejor.

Seguramente al subirme intenté cogerme a unos alambres donde tendían la ropa pero al ir a agarrarme perdí el equilibrio y caí en el corral donde ellas estaban conversando. La altura de la terraza hasta el suelo sería de dos a tres metros, el suelo donde caí era de cemento, bueno, menudo susto se llevaron pues caí casi a sus pies y creyeron que me había muerto. En seguida me llevaron al hospital que estaba en Valencia. Allí permanecí casi dos meses para recuperarme de las heridas de la cabeza, pues me hice una grieta en el cráneo y también me rompí una pierna, en fin me salvé de milagro.

Después de todas estas cosas y otras más, mis abuelos se hartaron de nosotros ya que como he dicho antes éramos cuatro niños subiendo y bajando las escaleras y rompiendo algún que otro plato, así que les pidieron a mis padres que se buscaran otra casa donde vivir.

VIDA EN EL CORRAL

Recuerdo que en 1942, tenía yo unos diez u once años, cuando nos fuimos a vivir a este corral que era propiedad de los abuelos paternos y se usaba para guardar los carros cuando venían del campo y los aperos de labranza. Este sitio estaba a las afueras del pueblo, era bastante grande y tenía una parte cubierta a la que llamaban la teñada¹⁹. Aquí, en esta cubierta o teñada fue fácil edificar unas habitaciones, una cocina, y comedor. A continuación de los dormitorios estaban el retrete y el lavabo, pero su entrada estaba en el patio. En otro extremo del corral quedaba el fregadero, también al descubierto. La razón por la que tuvimos que vivir en estas condiciones era porque mis padres no podían pagar el alquiler de una casa, pues con un jornal en el campo, cuando se tenía, no era fácil en aquellos tiempos.

Por esta época en mi vida pasaron cosas que hoy, al pensarlas, encuentro divertidas unas y otras bastante tristes. Como ya he dicho, la casa estaba al final del pueblo y a unos quince minutos de nuestra casa o del corral había un pozo llamado «pozo de la tierra». Este pozo era utilizado para echar los caballos y los burritos que morían. En algunas ocasiones morían por accidentes o se rompían una pierna y había que matarlos o si había una tormenta fuerte, se refugiaban debajo de un árbol, y de caer algún rayo los mataba. Si los animales estaban sanos se podía comer parte de ellos.

Cuando esto ocurría un alguacil del ayuntamiento echaba un bando en el pueblo. Este señor tenía una trompetita y la hacía sonar tres veces en unas cuantas esquinas y la gente salía a escuchar lo que decía el pregonero, pues cuando el pregón se trataba de animales accidentados, varias personas se acercaban al pozo para recoger la carne de estos animales. A algunas señoras les daba vergüenza acudir allí y solían darle una propinilla al tío Rosendo (así se llamaba el señor que descuartizaba la carne) para que se la trajera a casa, y así nadie se enteraba de que comían carne de caballo. El tío Rosendo estaba siempre vigilado por un veterinario.

Lo nuestro era más entretenido, cuando alguna de nuestras madres escuchaba el bando o pregón, nos mandaba con una carretilla que teníamos, en la cual ponía una palangana y unos trozos de sábana para tapar la carne. Me acuerdo de que íbamos mis hermanos y yo —éramos tres— más dos chicos de nuestra edad. Bueno, esto era muy divertido porque camino del pozo nos llevábamos en la carretilla unos a otros y cuando llegábamos allí ya había otras carretillas esperando que el veterinario nos permitiera llevar a casa algo de carne, algunas veces transportábamos un buen lote, otras no tanto, pues cuando la carne estaba buena, era como llevar a casa un botín.

LA MUERTE

Después de la guerra me puse a trabajar porque mi madre tuvo que cuidar de mis hermanos, yo tenía trece años. Cuidaba niños, los llevaba a pasear por las calles, que era lo

¹⁹ Se llama tinada a un cobertizo para tener recogidos el ganado.

único que podía hacer, y me pagaban y me daban la merienda. Entraba a las cinco de la tarde, cuando salía de la escuela. Fui muy poquito a ella porque durante la guerra había mucho descontrol y cuando acabó estaba todo muy arruinado. Mis padres entonces tuvieron que empezar a buscar trabajo para que alguien les diera un jornal pero había muy pocos jornales, caía alguno que otro de vez en cuando. Cuando fui un poco más mayor empecé a trabajar en las casas.

También en aquella época descubrí lo que era la muerte en realidad. Por entonces estaba empleada como niñera, es decir cuidaba de una niña unas horas por la tarde cuando salía de la escuela, si es que iba a la escuela, ya que esto nunca se me dio muy bien. La niña que yo cuidaba se llamaba Maribel y yo la quería mucho. Un día sus padres la llevaron al campo con ellos por unos días y al parecer la dejaron jugando mientras ellos trabajaban y aunque allí había árboles donde estar a la sombra, la niña se puso a jugar al sol y el caso fue que, según el médico, la niña cogió una insolación y le subió la fiebre muy alta y en una semana falleció.

Entonces yo no sabía lo que era la muerte y creía que dentro poco tiempo volvería a ver de nuevo a la niña pues continuaba yendo casi todo los días a su casa a ver si había vuelto de donde se la llevaron, hasta que un día me cogió mi madre y me explicó como pudo lo que era la muerte, lo duro que es cuando alguien se muere. También me dijo que la muerte era necesaria para hacer sitio a todos aquellos bebés que también nacían cada poco, porque si no fuera así no cabríamos todos en la tierra y esto me ayudó a darme cuenta de que la muerte es el fin de las personas y, aunque triste, era casi necesario.

En el corral vivimos unos tres años. Por estos tiempos ya empezábamos a estar incómodos allí, pues como sólo había dos dormitorios, uno para mis padres y otro para mis hermanos y yo, dormíamos en una cama grande alguna vez los cuatro y otras veces los tres mayores pues la pequeña, algunas noches dormía con los papás. Como ya me estaba haciendo mayor me daba vergüenza desnudarme y ponerme el pijama delante de mis hermanos. Tampoco a mis amigas les gustaba venir a mi casa a jugar pues decían que no era una casa como todas. Aparte de esto estaba bastante lejos y para ir a la escuela nos llevaba 20 minutos.

Yo siempre estaba renegando porque no me gustaba vivir allí así que para mejorar un poco la calidad de vida de todos, mis padre decidieron comprar una casa donde se pudiera vivir más holgadamente, la casa estaba en la calle Pedralba numero 42. Una casa con tres dormitorios, un patio grande y una entrada bastante ancha donde se podía entrar con el carro y el caballo, que entonces tenía mi padre para ir al campo, pero esta casa que era más grande que el corral que habíamos dejado, tenía también una historia un poco rara que voy a contar.

En esta casa vivía un hombre llamado el tío Punchón, soltero y muy mayor así que la casa estaba muy estropeada pero esto no era todo, este buen hombre un día decidió ahorcarse. El tío Punchón, según las vecinas, tenía malas pulgas y por esta razón casi nadie hablaba con él, solamente la señora Consuelo, que vivía junto a su casa. Un día esta señora empezó a preocuparse, pues hacía un par de días que no se oía ningún ruido en la casa de al lado, y le extrañó.

Llamó a la puerta y no le contestó nadie, dejó pasar otro día y volvió a llamar y nada, así que decidió avisar a alguno de los sobrinos que vivían en el pueblo pero éstos tampoco sabían nada. Al final la familia tuvo que venir y romperle la puerta para entrar y dentro de la casa empezaron a llamarle pero no contestaba nadie, así que decidieron buscarle en la *cambrá* y allí lo encontraron ahorcado. Al parecer había estado colgado cuatro días.

Había pasado un año de todo esto cuando nosotros entramos a vivir en esta casa y todavía estaba la cuerda allí, cortada, pues nadie se había molestado en quitarla. Como niños que éramos no queríamos subir a la *cambrá* pues nos parecía que aún le íbamos a ver allí colgado. En alguna ocasión nuestros amiguitos, cuando se enteraban de que la cuerda, con la que se colgó este señor, todavía estaba allí nos preguntaban si podían subir a verla como si fuera algo que hubiera ocurrido una semana antes y no un año y medio, como era el caso.

Aquí empezamos una vida más normal. Económicamente las cosas estaban mejorando, íbamos los tres mayores a la escuela, y se quedaba en casa mi madre con la más pequeña, mi hermanita de cuatro años. Mi madre decidió poner una guardería en nuestra casa así que estaba llena de niños de dos a cuatro años. En lo que era el patio cubierto había tres mesitas y sillitas y algún que otro juguete. No se podía entrar hasta que las madres se llevaban a los niños, esto ocurría sobre las cinco de la tarde, y entonces mi madre podía asear un poco el patio.

LLEGA LA COQUETERÍA

Bueno, va pasando el tiempo y todo se va normalizando y poco a poco está mejorando la economía. Yo me voy haciendo mayor, ya casi una mujercita que empieza por cortarse las trenzas, las cuales nunca me gustaron, y un día me fui a la peluquería y le dije a la peluquera que me cortara el pelo y me pusiera más modernita y que mi madre se lo pagaría al día siguiente.

Cuando aparecí por casa sin trenzas por poco no me deja mi madre entrar pero cuando se calmó dijo: «Bueno pues de aquí en adelante te vas a peinar tú sola». Esto era lo que yo quería oír, por ese entonces yo empezaba ya a elegir mi ropa de todos los días y la de los domingos pues quería competir con mis amigas. Pasado algún tiempo empecé a trabajar en la misma peluquería donde me corté las trenzas pero sólo los sábados, lavando las cabezas de las señoras que venían a peinarse. Este fue mi empleo por una larga temporada.

Con el pequeño sueldo que ganaba me hacía alguna que otra cosita, como comprarme un pintalabios, y otras pequeñeces. También en la temporada de invierno íbamos a jornal a cortar naranjas y mandarinas. Esto era duro pues había que levantarse muy pronto ya que todos los campos de naranjos estaban en La Reva, donde yo había vivido, a unos seis kilómetros. La recolección duraba sólo unos dos meses al año.

Así el tiempo iba pasando y yo, que siempre he querido algo más, me coloqué en una fábrica de hacer gaseosas en polvo. Este trabajo también era de temporada, se hacía en verano, de modo que compaginábamos los dos trabajos. Esta situación duró unos cinco años y, aunque no me gustaba, tuve que aguantarlo pues como el pueblo no era tan grande no había mucho donde elegir. Además de estos dos trabajos también iba a coser a casa de una amiga mía que era modista y, aunque no me pagaba mucho, me ayudaba a hacer mis propios vestidos.

ME HABLAN DE INGLATERRA

Todo esto no me satisfacía y aprendí a hacer manicuras en la peluquería y en las casas donde me llamaban. Fue una de las cosas que más me gustaba hacer y, además, era donde más dinero ganaba pero tampoco era suficiente, yo quería algo más. A todas estas yo tenía unos 25 años y quería independizarme y lo que ganaba no daba para mucho pero, mira por donde, un día llegó a mi calle el hijo de un vecino que venía de Londres y empezó a contarme cosas bonitas de Inglaterra, lo bien que se pasaba y la cantidad de dinero que se ganaba.

Yo no me encontraba bien en el pueblo, era por la actitud de la gente que no coincidía con mi carácter. En los pueblos de España se critica mucho y, si no vas con el hilo de la corriente de cómo van todos, te critican y yo era un poco rebelde. Si decían «hay que ir por allí» yo me iba por la otra parte. Yo trabajé de muchas cosas además de eso. Me gustaba cambiar y cuando decidí venirme aquí es porque yo ya tenía un problema con la gente del pueblo. Yo había tenido un novio que era un poco más rico que yo y no era bienvenida en su familia. Lo conocí trabajando cortando la naranja, yo ya era mayor para hacer eso, empaquetándolas para mandarlas al extranjero. Entre él y yo no había problema pero con la familia de él sí. Me acuerdo bien de él, fue el primer novio que tuve, con mucha ilusión, muy diferente a como son las cosas ahora. Estuvimos saliendo medio año o algo así y la gente criticando. Entonces, enfrente de mi casa, había un chico que había estado en Inglaterra y venía una vez o dos al año a ver a sus padres y a sus hermanos. Se llamaba Armando y, como éramos vecinos, nos poníamos a tomar la fresca por la tarde y empezábamos a hablar y a mí se me empezó a llenar la cabeza de Inglaterra y de las cosas que se podían hacer en Inglaterra, lo mejor de todo era que nadie se entrometía en la vida de los demás. Mi mayor preocupación era como aprender el inglés cuando llegara a Londres ya que tenía bastante dificultad en hablar y escribir correctamente el español.

Siempre me han gustado más las cosas manuales que el estudiar pero cuando luego tuve la oportunidad aprendí y empecé a leer. Yo lo que quería era salir de aquel ambiente y cuando dije en mi casa que me quería venir a Londres todos se pusieron en contra pero yo insistía en que quería ir a ver lo que había aquí, si la vida era más fácil.

LLEGADA A INGLATERRA

Por esta época mi hermana estaba enferma y necesitaba muchas medicinas y como mis padres ya eran mayores no había muchos ingresos en la casa. Mis hermanos llevaban sus vidas y no aportaban mucho. Uno estaba casado y el otro ahorrando para casarse así que yo siendo la mayor, me sentía con más obligación de ayudar económicamente y decidí escuchar lo que me aconsejaba mi vecino. Armando me llenó la cabeza de ideas e ilusiones, y hasta me ayudó a sacar el permiso de trabajo con lo cual no tuve ninguna dificultad en venir a Londres. Este vecino me habló de una agencia la cual me proporcionó todos los papeles, y yo vine aquí en febrero de 1961. Me acuerdo bien del día que dejé el pueblo. Cogí un tren de Cheste a Valencia y desde allí, haciendo varios trasbordos, llegué a Francia, la atravesé toda hasta llegar al barco para pasar el Canal de la Mancha.

El 6 de febrero de 1961 llegué a la estación Victoria y allí estaban esperándome otros amigos de mi pueblo, Ricardo y Adelita, un matrimonio que había venido un año antes. Junto a ellos estaba también el chofer de la casa a donde yo iba a trabajar de doméstica. Aquí empezó mi aventura en Londres y sin hablar nada de inglés llegué a Wimbledon.

El lugar donde finalmente llegamos, de noche, más que una casa era una pequeña mansión. El chofer me acompañó hasta la cocina, me dio una *sandwich* y una taza de té y una vez que lo terminé me indicó donde tenía que dormir. Subimos por unas escaleras y al final había un dormitorio y en el de al lado estaban dos chicas jóvenes que me hablaban y me indicaban con señas donde estaba el baño y con una sonrisa se despidieron. Claro como yo no las entendía, les devolví la sonrisa les dije buenas noches y me acosté.

A la mañana siguiente estas chicas me despertaron para bajar a desayunar pues las habitaciones estaban en lo alto de la enorme casa. Cuando llegamos a la cocina había dos muje-

res y yo me sentí como un bicho raro pues todas me miraban y me sonreían. Al terminar el desayuno una de las chicas hizo todo lo que pudo por explicarme en que consistía mi trabajo. A todas estas yo aún no había visto a la señora de la casa pues había salido de compras. Lady Brock, ese era su nombre, vino a saludarme por la tarde y otra vez palabras y más palabras y yo sin entender nada. Otra cosa que no podía comprender era que, ni a las chicas ni a mí, se nos permitía usar el comedor. Ellas eran *au—pairs* y yo la criada, se ve que el comedor era sólo para los señores y una hija que vivía allí. Tenían dos pero la otra estaba casada. Al señor no le vi hasta casi después de una semana, era un doctor, pero se iba de viaje muy a menudo.

Como he dicho antes la casa era grande y todos los días venían dos mujeres a limpiar y además estaba la cocinera, así que en la cocina nos juntábamos seis personas del servicio y había mucha gente, mucho ambiente. Otra cosa que me costó bastante comprender fue la frialdad y la forma de ser de los señores pero como yo estaba allí por mi propio deseo no podía quejarme y con la ayuda de mi pequeño diccionario fui aprendiendo poco a poco el inglés. Estuve casi un mes sin ver a mis amigos españoles aunque me llamaban por teléfono para saber como me encontraba. Las dos *au—pairs* se volvieron a Suecia cuando su permiso caducó y yo las eché mucho de menos pues nos habíamos hecho muy buenas amigas y me ayudaron mucho con el inglés.

La casa estaba enfrente de los campos de tenis de Wimbledon y estuve en ella dos años. Fue un tiempo bastante difícil para mí, no porque me trataran mal, pero por el choque de la diferencia de vida familiar entre España y aquí. Al no hablar nada de inglés yo no comprendía y no podía asimilar lo que estaba pasando delante de mí. Estuve casi dos meses sin hablar inglés y sin ver una persona española. Yo estaba allí porque quería y tenía que pasarlo. De vez en cuando me bajaba la moral pero estaba muy segura de mí y estos chicos que había conocido en el pueblo, que vivían aquí, en Inglaterra, de vez en cuando me llamaban por teléfono para preguntar como estaba. A los señores no los veíamos. Una de las *au pairs* me dijo: «te tengo que enseñar algún sitio donde hablen español para que tú empieces a conectarte con el inglés y el español» y me llevó a un convento que hay al lado de la estación de Southfields, la anterior a Wimbledon, y cuando yo terminaba mi horario de trabajo me iba allí con las monjas a aprender inglés porque había una monja que nos daba clase. Yo llevaba además en mi bolsillo una libretita con un lápiz y me apuntaba las palabras que no conocía y luego se lo preguntaba a la maestra.

La señora donde yo trabajaba me dijo: «Rosita, ahora ya estás entrenándote con el inglés» porque ya podía comunicarme con ella un poquito. Ella misma me buscó unas clases por la noche pagadas por el Ayuntamiento y empecé también a ir a estas clases y a hablar inglés. Yo ya había estado en esa casa dos años y no quería seguir siendo doméstica porque a mí, lo de la casa, no me gustó nunca.

A todo esto yo caí enferma, debió ser de los nervios por todo el esfuerzo que había tenido que hacer, y tenía ganas de ir a mi casa en Cheste, lo que no había podido hacer hasta ese momento porque enviaba dinero a mi familia. Le dije entonces a mi señora que me quería ir de vacaciones por un mes y medio o dos meses porque tenía un poco de depresión y ella me contestó: «Si te vas un mes puedes volver aquí, si estás un día más del mes hemos terminado». Entonces, después de haber trabajado allí dos años, me dije a mí misma: ¡qué poco debo significar para estas personas!

Yo me daba cuenta de que los ingleses funcionan de una manera distinta a nosotros. En nuestras vidas lo principal es la familia. No sabía que hacer. Vicenta Alemany, una valen-

ciana que aprendía inglés, como yo, me llevó al hospital de St. Thomas, el que está enfrente del Parlamento, al otro lado del río, donde ella trabajaba. Allí me encontré con muchas amigas españolas trabajando, sobre todo, de domésticas. Una de ellas me llevó a ver a la supervisora y le expliqué la situación que yo tenía. Que no me pasaba nada pero que necesitaba un descanso. Entonces ella me pidió la dirección para mandarme un contrato de trabajo cuando estuviera en España.

TRABAJO EN ST. THOMAS, Y APRENDIZAJE DE CAMARERA

Me fui a España y después de los dos meses de descanso me encontré como nueva. Dos semanas antes de acabarse los dos meses me llegó el contrato de la supervisora del hospital St. Thomas y atravesé toda Francia en tren. Luego cogí el ferry y otro tren hasta llegar a Londres. En el barco me mareé mucho, lo pasé muy mal, y cuando cogí el tren iba muy pálida del mareo que había tenido. En el compartimiento había dos chicos a los que les di lástima y uno de ellos, llamado Colin, empezó a hablar conmigo. El trabajar en St. Thomas fue estupendo porque nos juntábamos todas las españolas y lo pasábamos fenomenal. Vivíamos cerca porque, antes de construirse el nuevo hospital, había en el viejo, al lado del río, habitaciones para las enfermeras y las domésticas. Por las noches nos reuníamos y hacíamos a veces fiestas. La mayoría éramos chicas y conocí a mucha gente, íbamos a bailes. Fue una época muy bonita para mí y me ayudó mucho a ser como yo era.

Estando en St. Thomas un día me traen una postal y era de Colin que quería saber de mí. Empecé a salir con él. Era alto, muy, muy inglés, muy correcto, y trabajaba en un banco. Como amigo muy bien, los dos nos apreciábamos mucho, pero nada más porque teníamos caracteres muy diferentes. Él era un poco blando y, aunque yo no tenía ninguna pasión por los españoles, estaba harta de ellos, no me veía feliz con aquel chico y eso que era buenísimo. Se fue a América a trabajar en un banco y yo corté, pero me ayudó mucho a corregir mi inglés.

Después de cierto tiempo de trabajar en el hospital Vicenta sugirió cambiar de trabajo y planeamos trabajar de camareras. Era otra cosa nueva, pero ni ella ni yo teníamos idea de este trabajo así que sacamos un libro de la biblioteca y empezamos a leer y a practicar con la cuchara y el tenedor. Lo que pudimos aprender con estas prácticas fue bastante poco pero nos marchamos a Eastbourne convencidas de que éramos camareras. Fue muy fácil encontrar trabajo, estamos hablando del año 1964. Entonces había una ley que no te permitía hacer otro trabajo que no fuera el del contrato con el que habías entrado en el país hasta pasados cuatro años y aun me faltaba tiempo. Tuve que irme a París un fin de semana para volver a entrar con un contrato de hostelería. Y estuvimos en Eastbourne mucho tiempo. Allí nos emplearon a las dos, pero como no sabíamos mucho nos echaron a las dos semanas. Esto fue suficiente para tener un poco de experiencia y en un par de días encontramos trabajo en otro hotel. Aquí ya fue todo mucho mejor y lo pasábamos muy bien. Cuando terminábamos el servicio nos marchábamos a la playa. En Eastbourne estuvimos un verano. Una vez terminada la temporada volvimos a Londres y como ya éramos profesionales no hubo problemas de trabajo. Vicenta se volvió a España por razones de salud y yo me quedé trabajando en un restaurante donde conocí a Elizabeth Clark.

Elizabeth era canadiense y había venido para ver Londres, le gustó y se puso a trabajar de camarera para ahorrar dinero y poder conocer el Reino Unido. Dio la casualidad que ella vivía cerca de mí, en Bayswater, y como cada una de nosotras estaba pagando por una ha-

bitación sencilla, decidimos vivir juntas y alquilamos una habitación doble pues así nos salía más barato. Salíamos juntas a visitar museos, cines, y hacer compras.

VIAJE EN AUTO STOP

Un día Elizabeth me llevó a un bar y me dijo: «ven que te voy a presentar a un chico español muy majo». Yo no quería saber nada de los españoles pero ella insistió tanto que un día nos presentamos en un café llamado *La Siesta*, en Queensway, donde trabajaba este español. Me lo presentó y aunque a primera vista no me hizo *tick* volvimos alguna que otra vez a tomar algo en ese establecimiento. Este chico estaba trabajando de camarero y era Nino, el que hoy es mi marido. Lo primero que él hizo fue regalarme un café. Empezamos a hablar y allí me encontré con la Elizabeth y una chica que se iba a Jersey a trabajar. La canadiense y yo nos dijimos: «¿Y por qué no nos vamos nosotras también a Jersey, allí se gana buen dinero y nos lo podemos pasar bien? Pues vámonos». Pero Nino me decía: «no te vayas con esa gente» y yo pensaba: «¿Y a éste que le importará donde voy yo?», estaba muy segura de mí misma.

Nos fuimos a Jersey y allí encontramos trabajo cada una en un sitio diferente, yo en un restaurante griego donde conocí a dos chicas inglesas, Suzanne y Shirley con las cuales hice bastante amistad. En nuestro tiempo libre íbamos a conocer diferentes partes de la isla haciendo auto—stop. Como eso se nos dio bien pensamos que también podíamos visitar algunos países de Europa haciendo auto—stop. Yo era mayor que ellas aunque siempre he parecido más joven de lo que soy por mi carácter alegre. Y les sugerí que podíamos ir las tres. Era algo que yo no me había atrevido a hacer nunca. En agosto, cuando terminó la temporada, ya lo teníamos todo dispuesto para comenzar nuestra aventura e incluso hicimos un pacto de no separarnos nunca y, gracias a este pacto, salimos airoosas de algunas situaciones comprometidas y nos fuimos haciendo auto stop mes y medio. Primero fuimos a París y de París a Italia, luego a Innsbruck, pasamos por Suiza, Alemania, Holanda y desde allí cogimos el barco para venirnos de nuevo a Inglaterra. No tenía muchos ahorros porque mandaba mucho a mi casa pero tenía algo y esas chicas no tenían tampoco mucho.

Lo pasamos de maravilla. Cuando había algún chico que le gustaba a alguna de nosotras le decíamos: «¡EH! ¡Acuérdate de la promesa!». El dinero que llevábamos no nos daba para dormir en hoteles pero en las mochilas teníamos tiendas de campaña y dormíamos en los campings. Yo no les conté a mis padres que me iba de viaje, lo único que hacía era mandarles una postal desde cada capital a donde íbamos. Ellos se volvían locos, «¿pero ésta, donde está?». Y uno de mis hermanos me decía: «Si te pasa algo, si te mueres, ¿a dónde vamos a recogerte?» porque yo siempre mandaba una postal a mis padres y otra a mi hermano que estaba en Valencia capital trabajando, el otro estaba con mis padres y podía leer las que les mandaba a ellos. Es comprensible que se preocuparan en exceso. Sabían que era atrevida pero no que llegara a tanto. El único que confiaba mucho en mí era mi padre. Era consciente de que me podía proteger bien, y así era, porque nunca tuve ningún problema con ningún hombre. Distinguía entre lo que estaba bien y lo que estaba mal y siempre hice lo que esperaba mi familia de mí.

FORMALIZO RELACIONES CON NINO

Esta aventura duró mes y medio, fue muy interesante aunque pasamos algún susto, pues al final casi no podíamos comer ya que se nos acababa el dinero y teníamos que aho-

rrar algo para los campings y para el viaje de regreso a Londres. Este viaje o aventura, como se le quiera llamar, se estaba terminando y aunque fue una experiencia que nunca olvidaré llegó el tiempo de volver a la realidad o, mejor dicho, de regresar a Londres pero cuando estábamos en Holanda la pregunta que yo me hacía era ¿a dónde? Porque cada cual se fue a su casa. Elizabeth, que no había venido al viaje en auto stop, se puso a vivir con Daphne, una amiga india que conocíamos. Suzanne y Shirley, mis compañeras de auto—stop, volvieron a sus ciudades para continuar sus estudios, pero yo me quedaba sola y con el dinero justo para pagar el pasaje del barco de regreso a Londres. Mi problema era que no tenía ninguna casa o habitación donde pudiera ir. Entonces me acordé que tenía la dirección del café donde trabajaba el español, a quién me había presentado Elizabeth, y sin pensarlo más le escribí una carta en la cual le pedía que me buscara una habitación donde yo pudiera vivir y que pagara el depósito, pedían dos semanas de alquiler por adelantado, y que cuando yo empezara a trabajar ya se lo devolvería. Nino, que así se llamaba el chico en cuestión, me la buscó, la pagó y yo tuve donde vivir cuando llegué. Y ahí empezó nuestra amistad. Lo conocía pero no éramos amigos porque yo no quería amistades con españoles.

Entonces empecé a trabajar y a salir con Nino y a formalizar la relación. Yo tenía entonces treinta y un años y les escribí a mis padres contándoles lo que pasaba y ellos estaban un poco reticentes porque, aunque era español, las ideas de entonces eran muy diferentes y, cuando se referían a los emigrantes, solían decir: «De cada casa, lo peor». Como yo ya tenía treinta y un años era hora de que me casara y lo que me pidieron fue conocer a Nino para hacer las cosas como se debe. Cuando yo encontré a Nino él no tenía ya ni padre ni madre y no le resultó dramático ir a ver a los míos porque él no tenía los suyos. El padrino de boda fue un cuñado que vino con su mujer —la hermana de Nino— y una hija que tenían entonces. Nos casamos en Valencia con toda la familia. A unos les gustó Nino más, a otros menos, las cosas de la vida. Mi familia se quedó más contenta porque me veían casada. En el viaje de novios visitamos varias ciudades de España y, por supuesto, su pueblo que se llama Sahechores de Rueda, en la provincia de León, pero en la capital vive mucha parte de su familia y también en Barcelona.

Al llegar a Londres nos instalamos en Bayswater, en la misma casa donde yo viví con la Elisabeth. Ella dijo, «pues ahora que estáis casados yo me muevo con otra amiga». La dueña nos comentó «que no querían ni niños ni animales». A los dos meses me quedé embarazada y yo no quería decírselo a la señora porque estábamos allí muy contentos ya que en Bayswater había mucho trabajo para los dos. Aguantamos un poquito de tiempo pero al final se lo tuvimos que decir, no es algo que se pueda esconder. Cuando se lo conté a la dueña ella me dijo «Ya lo sé Rosita»

«¿pero como lo sabe usted?»

«Por la cara que tienes»

«¿Entonces que hacemos?»

«Pues si queréis quedaros os podéis quedar».

Nino le explicó la situación a un italiano que trabajaba con él de camarero y el italiano le dijo que por qué no nos íbamos con él a donde vivía. Que tenía dos habitaciones libres y podíamos quedarnos allí. Nos fuimos entonces a vivir en Haringey. Yo continué trabajando algunos meses en un restaurante de Oxford St., en un sitio donde trabajé muchos años y no me querían dejar ir. Y yo les decía: «pero es que ya estoy demasiado gorda», «pues ponte a servir en el mostrador helados, tazas de té o lo que sea, pero tú ven a trabajar», me contestaron ellos. Un día vino Colin, aquel novio inglés porque no creía que me había casado. Se

había puesto en contacto con Elisabeth y ella le dijo que me había casado. Me vino a hacer una visita y yo estaba embarazadísima, ¡como estaba! Él me saludó tan educado y tan majo como siempre. Sabía que si yo estaba embarazada era porque estaba casada. Fue una cosa muy bonita porque él se molestó en venir a verme y tomamos un café juntos y hablamos.

ESTANCIA EN BARCELONA

En Junio de 1966 nuestro hijo Johnny nació en el hospital Princess Louise en Kensington. Tuvimos un poco de problema porque era muy grande y no venía bien puesto. El médico me dijo que lo podía tener en casa pero yo le contesté que en casa no quería tenerlo. Al poco tiempo de nacer mi hijo me quedé embarazada de nuevo. Mientras tanto vino el hermano del señor que nos alquilaba el piso y Gino, el italiano amigo de Nino, nos dijo que no nos podía tener más allá porque su hermano necesitaba el sitio para él y su familia. Entonces yo le dije a Nino: «¿sabes lo que te digo? que yo me quiero ir a España. Vámonos a España». Estaba harta de ir viviendo de un sitio a otro. Él es muy bueno y teníamos un dinero ahorrado y me contestó, «pues vámonos a España». Él había estado una temporada en una oficina de importación y exportación en Covent Garden y por medio de ella se buscó un trabajo en otra oficina de Barcelona donde le hicieron un contrato de tres meses. Alquilamos un piso en esa ciudad y a los cuatro meses él estaba sin trabajo. Entonces el 25 de Septiembre de 1967 nació nuestra hija Rosa Mari, se nos pone enferma, y tuvimos que llevarla al hospital y pagarlo con nuestro dinero al no tener seguridad social porque no teníamos trabajo. Nos comimos todos los ahorros que habíamos conseguido, yo con los dos niños que se llevaban sólo quince meses, y nos tocó ir a vivir a casa de mis cuñados. Teníamos una habitación pequeña para los cuatro en un piso también pequeño y mi cuñada era madre de cinco hijos de modo que aquello era imposible. Nos tuvimos que volver a Inglaterra. Yo no me quería ir pero Nino no encontraba trabajo y, además, se había vuelto muy inglés, le gustaba todo lo de aquí, hasta el horario. Echaba mucho de menos Inglaterra y decía: «aquí no te puedo dar lo que necesitas». Tratamos de poner un negocio con dinero que nos prestaron mis cuñados pero no resultó.

VUELTA A INGLATERRA

Yo le dije a Nino: «regreso a Inglaterra con una condición, yo quiero mi casa y no andar en habitaciones de un lado a otro. Si eso no se cumple me vuelvo». Cuando la niña salió del hospital de Barcelona me fui a Valencia con mis padres y estuve allí unos ocho o nueve meses y él se vino solito a trabajar a Londres. Trabajaba en todo lo que podía. El chico que me trajo a Londres estaba todavía en contacto con nosotros. Nino había dado un depósito para una casa en Wood Green porque yo le había dicho: «quiero mi casa aunque no tenga muebles ni nada dentro. Me conformo con una cama y un techo». Pero en aquel tiempo había una ley en Gran Bretaña que decía que si te ibas y tardabas más de un año en volver a regresar no podías hacerlo y yo había estado año y medio fuera de Inglaterra. Nadie me podía ayudar con ello, ni el Consulado inglés ni las autoridades del aeropuerto de Valencia. Yo no sabía nada de eso y después de comprar el billete, lo tuve que devolver. Para entrar tenía que tener la solicitud de algún trabajo que respondiera por mí. En Iberia me dijeron que me cancelaban el billete pero que no me devolvían el dinero y que fuera al aeropuerto y hablara con no sé quien para ver si me dejaban entrar. Fui al aeropuerto de Valencia y hablé con un señor que me dijo que tenía el pasaporte caducado y no podía entrar. Y yo le expliqué que tenía a mi marido allí y que yo estaba aquí. Mientras hablaba, un guardia civil estaba oyendo toda la conversación.

Salí de las oficinas llorando y el guardia civil me dice: «me he enterado de todo lo que usted está pasando. ¿Por qué no viaja usted el día que yo esté de guardia?» Y yo le contesté: «¿Usted haría eso por mí?» y él dijo sí. Entonces le pedí que me escribiera en un papelito los días que tenía guardia y me lo puso todo cuando trabajaba y cuando no. Él era la persona que me tenía que sellar el pasaporte para salir. Le dije que tenía que ponerme en contacto con mi marido y lo hice. Lo tenía ya todo preparado para irme. Fui a Iberia a cambiar la fecha del vuelo, vienen mis hermanos conmigo al aeropuerto y yo con mi billete, mis maletas, mis niños y allí estaba el señor, «buenos días», «buenos días». Como si no nos hubiéramos visto nunca, y así pasé. Al llegar a Londres estaba mi marido esperándome y llegamos a la casita de Wood Green que todavía no se había vaciado pero mientras tanto nos fuimos a casa de nuestro amigo que me había ayudado al principio. Cuando llegué a Londres Nino había comprado una cocina y una nevera y al quedarse la casa vacía tuvimos que comprar camas y armarios de segunda mano ya que no había muebles de ninguna clase, mesas, sillas, alfombras, pero yo tenía mi casa. Teníamos colchón y sábanas y estuvimos viviendo así un mes sentándonos para comer en cajas de madera, de las frutas. Hasta que poco a poco fuimos comprando los primeros muebles. Vivimos en esa casita unos diez o doce años y fuimos comprando lo que necesitábamos. Allí crecieron mis niños, y de allí nos vinimos a la casa donde estamos ahora y en la que hemos vivido por 20 años.

CONCLUSIÓN

Nino trabajó donde podía pero yo me quedé en casa a cuidar de los hijos y, como era aburridísimo estar todo el día sola, aprendí a hacer camisas, las cosía en casa, porque hasta que los niños fueron a la escuela Nino no me permitió que los dejara con nadie. Mientras hacía camisas, aunque estaba sola trabajando, no me aburría porque siempre hemos tenido mucho contacto con los clubs de españoles que hay en Londres. Uno de ellos lo llevamos ahora Nino y yo. Y allí seguimos comiendo tortilla, chorizo, olivas... Hemos ido a este club desde que los niños eran pequeñitos y hacemos cosas como regalarles a los hijos de los socios juguetes por Reyes, como en España, celebrar el día de la madre, los carnavales. La vida española tiene mucha importancia para mí, yo soy muy española aunque, cuando voy de vacaciones a España, mi familia me llama «la inglesa». La verdad es que me siento forastera allí, son muchos años viviendo fuera, y España no es ni la sombra de lo que era, ahora la gente joven tiene otra vida. Mi pueblo ha cambiado mucho desde que yo me vine aquí. Me cansaba aquella actitud. Si España hubiera sido entonces como es ahora yo no me muevo de allí y hoy podría tener un buen piso, pero estaba atrasadísima y luego lo de «tanto tienes, tanto vales», que para mí no significa nada. Para mí la persona es como se porta conmigo, cada cual que haga lo quiera, siempre que se porten bien conmigo, yo respeto como quiera vivir todo el mundo. Yo necesitaba lo que tenía en Inglaterra, encontrarme a mí misma.

Hoy estoy muy contenta con lo que han hecho mis hijos, los dos tienen muy buenos trabajos. El Johnnie y la Rosa Mari están casados y viven en Londres. Johnnie con una americana y Rosa Mari con un inglés. Los primeros tienen una niña y los segundos acaban de tener otra. Si yo me volviera a España estaría más sola que la una porque cada cual de mi familia sigue su vida y aquí cerca, en la calle de al lado, tengo a mi hijo con la nuera y mi hija y mi yerno también viven cerca. Esto lo es todo para mí, mis hijos, mis nietos y, por supuesto, mi marido.



Rosita al poco de llegar a Londres en el parque de Wimbledon. 1962.



La primera casa donde trabajó Rosita en Wimbledon. Su habitación es la ventana de la buhardilla.



Rosita en el jardín de la casa de Wimbledon con una de sus compañeras de trabajo.



Rosita en el pub con una amiga antes de casarse.



Foto de la boda de los padres de Rosita.



Rosita con una amiga en Bayswater.



Rosita y Nino en el Palace Hotel en 1973.



Bautizo de la nieta de Rosita. Su yerno John Crye y su hija Rosa Mari. 2006.

ROSA MORENO



Rosa Moreno en Cambridge en 1934.



Rosa Moreno con su madre Rosa Castrillo Cofiño y su hermanas Gloria y Aurelia en 1937.



Lola, la tía de su padre que siempre vivió con ellos, en Madrid en 1904.



Rosa Moreno en brazos de su tía abuela Flora en 1937.



Rosa Moreno (tercera empezando por la izquierda) con su padre Enrique y su madre Rosa en 1942.

Rosa Moreno en Cambridge en 1942.



Rosa en Santiago de Compostela en 1959, el día que le dieron la orla de enfermera.



Rosa en Cambridge (de pie) en 1938 con su madre Rosa y su tía abuela Flora.



Rosa en Santiago de Compostela en 1958.



Rosa Moreno en el hospital de Putney (Londres) en mayo de 1960



Rosa con su marido Malcolm McGregor en 1962, un año después de su matrimonio.



Rosa de frente en 2002.



Cuatro generaciones. Rosa con su madre Rosa, su hija Helen y su nieta Clare



Los hijos de Rosa (de izquierda a derecha) Malcolm, Robert, Helen y el bebé es James.



Rosa con sus hijos en 1990.

ROSA MORENO

LO MEJOR DE LOS DOS MUNDOS

PRIMEROS AÑOS

Me llamo Rosa Moreno Castillo pero mi apellido de casada es McGregor. Nací en Barcelona el 1 de octubre de 1935. Mi madre era de allí y su madre también era catalana, de un pueblo llamado Montblanch, pero su padre venía de Aragón.

Mi madre hablaba catalán con su familia pero no con mi padre que había nacido en Sevilla, como su familia. Yo no viví nunca en Cataluña de modo que tampoco lo hablo. Cuando la gente me pregunta que de dónde soy digo que nací en Barcelona pero no soy catalana. Mis abuelos paternos eran primos hermanos. Mi abuelo tenía tres hermanas, una viuda, una separada y una soltera y su madre estaba también viuda. El tenía que mantener a cuatro mujeres además de su esposa y sus cinco hijos varones. Jugaba y se metió en líos así que, cuando mi padre tenía ocho años, se tuvo que ir deprisa y corriendo en un barco a la Argentina. Su familia le siguió y vivieron todos en Buenos Aires hasta que se murieron. Mi padre estudió Filosofía y letras en la Universidad de la Plata gracias a su tía Flora, la hermana menor de su padre, que le pagó los estudios. Ella se ganaba la vida cosiendo. Al terminar la carrera mi padre volvió a España para seguir los estudios en Madrid.

Mis abuelos maternos vivían en Barcelona y los dos trabajaban en telégrafos. Mi bisabuela materna murió cuando su hijo tenía ocho meses. En aquella época —hacia 1880— no había biberones y, como aun mamaba, cogieron una cabra, y le pusieron una pañoleta en la cabeza para que no asustara al bebé. Su padre volvió a casarse y tuvo más hijos, se murió cuando mi abuelo tenía dieciséis años. Entonces él se fue de casa, marchó a Barcelona para buscar trabajo y es allí donde conoció a mi abuela.

Cuando yo nací mis abuelos paternos se habían muerto, así como las tías, menos Flora, la menor, que se quedó sola en Buenos Aires. Mis padres entonces la invitaron a volver a España y vivir con nosotros ayudando a mi madre con las niñas. Así lo hizo y vivió en casa hasta que se murió, a los setenta y cinco años, cuando yo tenía veinte. Fue mi madrina. Nadie se podía imaginar lo que iba a pasar, que vivirían en el exilio durante catorce años y pasarían la Guerra Civil y una guerra mundial.

INGLATERRA Y LAS DOS GUERRAS

En 1935 mi padre obtuvo un puesto en la Universidad de Oxford enseñando literatura española por un año y se fueron para allí. Tenían ya una niña y al año siguiente nací yo. Mi

madre dio a luz en casa de sus padres, en Barcelona, como se acostumbraba a hacer en aquellos tiempos. Mi madre, mi hermana y yo nos trasladamos a Oxford cuando yo tenía un mes.

Poco después empezó la Guerra Civil. Mis padres eran del lado republicano y cuando Franco subió al poder la Embajada Española en Londres prohibió a los españoles volver a su país. Así empezó un período de exilio que duró catorce años. Para mi padre fue terrible no poder volver a España a continuar su trabajo. La Embajada Republicana en Londres se cerró y empezó a funcionar la nueva bajo los funcionarios del régimen de Franco y no daban pasaportes a nadie.

Mis padres aprendieron inglés deprisa, no les quedaba otro remedio. Fue muy difícil para mi madre arreglarse sola y pidió que viniera la tía abuela nuestra —Flora— que vivía en Argentina, la última que quedaba de la familia, y se instaló en casa. Nunca pudo aprender inglés a pesar de que vivió en Inglaterra trece años aunque nosotras, las niñas, intentábamos enseñarla. De todos los años que pasamos en Inglaterra vivimos tres en Oxford, donde nació mi tercera hermana, cuatro en Cambridge, donde nacieron dos hermanas más, y siete años en Londres. Allí nació mi primer hermano y le siguió la sexta hermana. Nosotras éramos muy pequeñas así que no sufrimos nada con las guerras pero mis padres lo pasaron muy mal, sufriendo al ver lo que sucedía en España y luego en Europa. No toda la familia era republicana y mi padre no se enteró, hasta mucho después, del fusilamiento de su suegro por los republicanos durante la guerra. Ya he dicho que vivía en Barcelona. Esto fue muy doloroso pues en las guerras civiles las familias pueden estar en lados opuestos. Todo ello le afectó mucho a mi madre, el que lo hubieran fusilado personas que pensaban como ella misma, y nunca habló de esto. Murió a los cuarenta y nueve años.

Mi padre dio clase en las Universidades de Oxford, Cambridge y Londres. Mi madre, al principio, no trabajó fuera de casa porque crió a siete niños en Inglaterra (tuvo otros tres al irse a Madrid) pero luego dio clase de español en el Instituto de España. No tengo ningún recuerdo de Oxford pero sí de Cambridge y luego la Segunda Guerra Mundial.

En Inglaterra nosotros vivíamos una vida española, viendo a amigos españoles, como el pintor Gregorio Prieto, el poeta Luís Cernuda, el físico Arturo Duperier, el diplomático Guillermo Nadal, Luís Portillo (el padre de Michael), el doctor Trueta, el biólogo Pío del Río Ortega (profesor en Cambridge como mi padre) y Orbaneja, que le ayudó a construir el refugio durante la guerra. Al terminar la Guerra Civil, el poeta Leopoldo Panero vino como Consejero de Cultura a la Embajada Española, y a él también lo veía mi padre. Había escasez de cosas, la comida y la ropa estaban racionadas. Me acuerdo de que a veces nos llegaban paquetes del Canadá, de una asociación de mujeres universitarias. Había mantas, ropa (entre ellas unas bragas de niña caqui, horrorosas) pero de lo que más me acuerdo, y que me encantó, fue un bolso marrón con un elefantito que me dieron a mi. No conocíamos los plátanos ni las naranjas y me acuerdo del primer día que vimos una. El gobierno nos daba a todos los niños jugo de naranja y aceite de hígado de bacalao que sabía fatal.

Teníamos que ir al colegio con máscaras antigás por si los alemanes echaban gas en la atmósfera. Eran negras pero las de los niños pequeños tenían forma de Micky Mouse para que no se asustaran. Las de los bebés eran enteras y se les metía dentro. Esto asustaba muchísimo a mis padres y a toda la gente. A nosotras, las niñas, nos parecía lo más corriente del mundo, como llevar al colegio la cartera con los libros y los bocadillos.

Había dos clases de refugios, uno que se construía en el jardín y otro que se metía dentro de casa, una especie de litera doble de hierro, encerrada por todas partes con rejas. Para

nosotras era la mar de divertido meternos dentro toda la familia, junto a mis padres y mi tía, y dormir así. Para mis padres debió ser horrible, pasar la Guerra Civil y luego la Segunda Guerra Mundial. Mi padre tenía que hacer turnos de vigilante y salía por las noches con su linterna acompañado de otro hombre que era alemán porque todo el mundo tenía que trabajar en «el esfuerzo de la guerra». Que yo sepa mi padre nunca tuvo problemas aquí, incluso durante la guerra, por el hecho de ser español pero no se sentían en casa. Al principio no pudieron saber nada de la familia en España y por eso mi padre se enteró meses más tarde de la muerte de su suegro. Mi abuela escribía pero muy de tanto en tanto y los dos pasaban el tiempo muy preocupados.

En casa hablábamos español, mi padre era muy estricto en eso, lo tenía que ser si quería que sus hijos fueran bilingües. Yo aprendí el inglés en la escuela donde empecé a ir a los cuatro años y le decía a mi madre: «no sé por qué tengo que aprender inglés, las profesoras tendrían que aprender el español». No me costó nada ser bilingüe, pasaba de un idioma a otro sin dificultad, automáticamente, como hago ahora. Con mis hermanas hablábamos en castellano e incluso ahora lo seguimos haciendo. El primer colegio a donde fui era una escuela primaria en Cambridge, me acuerdo que la profesora se llamaba Miss Cook, y estaba en una casa grande con jardín y dos perros. Cuando yo tenía siete años nos fuimos a Londres y allí nos matricularon en otro colegio pequeño, esta vez católico, cerca de Bromton Road, que ya han cerrado. Vivíamos en Chelsea, entre Fulham Road y King's Road, en un piso pequeño. Éramos las únicas españolas y me sentí un poco desplazada al tener un apellido extranjero; en los colegios ingleses hoy en día hay muchos niños extranjeros de diferentes nacionalidades con nombres desconocidos en Inglaterra, pero entonces era muy raro y nos veíamos muy distintas teniendo nombres españoles. Íbamos juntas las tres hermanas de ocho, nueve y diez años, e íbamos a casa a almorzar y volvíamos andando. Debíamos llevar uniforme pero no me acuerdo mucho ahora de eso ni de ser infeliz, los niños aceptan las cosas como vienen.

Mi padre en ese tiempo era profesor de literatura española en el King's College de Londres y nos daba clase de leer y escribir los domingos por la mañana y nos leía libros infantiles. Aun recuerdo algunos como *Amanecía en el naranjal* y *Bórdame en tú almohada*. También nos hacía libritos de cuentos con dibujitos porque no teníamos muchos libros comerciales, nos contaba historias. Jugábamos con las muñecas y recortábamos mariquitas.

Del pequeño colegio católico fuimos al Sagrado Corazón, en Hammersmith, y si mal no recuerdo, también éramos las únicas españolas. Tuvimos una educación inglesa basada en el sistema inglés. Mi padre continuó dándonos clase y después de leer y escribir nos enseñó geografía y literatura, en este caso a base de leernos historias y poemas. Quería prepararnos para el sistema español porque pensábamos regresar, aunque no sabíamos cuando, en cuanto Franco nos lo permitiera. Mi padre no había tenido nada que ver con la Guerra Civil.

En una ocasión le ofrecieron a mi padre un puesto de trabajo en Quito, Ecuador y él y mi madre no sabían si aceptarlo o no. Querían alejarse de la Segunda Guerra Mundial pero era una decisión muy importante. Poco después un barco lleno de niños refugiados que iba camino al Canadá se hundió y murieron todos. Eso les decidió a no arriesgarse y así nos quedamos en Londres. ¡Qué distinta hubiera sido nuestra vida si hubiéramos crecido en Ecuador!

De esa época hay un detalle que recuerdo muy bien. Mi abuela materna nos escribió diciendo que nos había mandado unos regalos por barco, juguetes para nosotras. El mío era una cunita de muñecas con una muñequita. Yo lo esperaba con gran ilusión y al cabo de un

tiempo nos enteramos de que habían hundido ese barco. Yo no pensé en la pobre gente que había muerto ahogada, sino en mi muñequita y su cunita que ya no iba a recibir. A mi me gustaban mucho las muñecas y tenía varias. Un día, jugando en el jardín, se oyó la sirena con aviones alemanes acercándose. Tuvimos que entrar corriendo al refugio, dejando mis muñecas en el jardín. Yo lloré tanto que mi padre salió corriendo a buscarlas, sin pensar en el riesgo que corría.

REGRESO DEL EXILIO Y VIDA EN MADRID

Con la idea de regresar a España mi padre se fue e hizo unas oposiciones pero no le dieron el cargo, en ese momento dependía mucho de quien estuviera en el tribunal y su actitud política. Era en una institución del Opus Dei y sabían que mi padre era republicano. En el fondo era monárquico y muy creyente. Entonces consiguió un trabajo en la Universidad de Oviedo pero a él le habría gustado tenerlo en Sevilla, de donde era, y a donde le prometieron trasladarlo en dos o tres años. Nosotros nos fuimos a Madrid porque le dijeron que el trabajo sería temporal. A mis padres les pareció que no era conveniente irnos todos a Oviedo sólo por poco tiempo. Decidieron irse a Madrid, donde tenían los muebles almacenados desde antes de la guerra, y poner piso allí mientras mi padre iba y venía de Oviedo en tren. En julio de 1950 volvimos a España después de catorce años de exilio en Inglaterra. Fue una llegada muy emocionante en tren, por Francia. Mis padres, tía, abuela y siete hermanos. Yo tenía entonces catorce años. Durante todo ese tiempo nuestros padres nos habían dicho que nuestro país era España, que éramos españolas, y que eso era maravilloso. Al pasar por los Pirineos todos lloramos de emoción al entrar en nuestra patria, fue muy emocionante. Nos instalamos en Madrid y lo de ir y venir a Oviedo duró cuatro años.

Alquilamos un piso nuevo, un octavo pero muy mal edificado, en la calle Ibiza que entonces se consideraba en las afueras. Faltaba electricidad así que los ascensores no funcionaban con frecuencia. La presión del agua era tan mala que sólo teníamos agua unas horas por la noche. Hoy me regocijo cuando sale agua caliente y fría de los grifos a todas horas. La vida no era fácil en aquellos tiempos. La comida escaseaba. Me acuerdo de que todos los días tomábamos carne de membrillo para merendar y, aunque es muy buena, aun no la puedo ver.

La llegada fue un verdadero choque porque nosotras creíamos que, como españolas, nos amoldaríamos al colegio sin dificultad pero fue una sorpresa cuando las otras niñas nos llamaban «las inglesitas» pues no hablábamos con acento madrileño, nuestro vocabulario era reducido y no sabíamos las canciones del día. Éramos muy diferentes del resto de las niñas. Todas las niñas tenían muy poca ropa, no se podía comprar hecha. Se iba a la modista o se hacía en casa. Me acuerdo de que mi madre me hizo un abrigo verde claro, la primera vez que no tenía uno azul marino pues era el color de los uniformes en Londres. Un día fui a clase con un tintero de tinta azul oscuro y se me desparramó por el abrigo y hubo que llevarlo al tinte y teñirlo de azul marino. Sólo llevé el abrigo de color verde claro un par de meses, y vuelta al azul marino.

El primer año que pasamos en Madrid mi padre nos puso una profesora para examinarnos por libre de bachillerato, antes de ir al colegio. A mí siempre me ha costado mucho estudiar y suspendí varias veces. Entonces había mucha diferencia entre la vida de Londres y Madrid. No éramos extranjeras pero nos sentíamos diferentes y no conocíamos a nadie. Cuando fuimos al instituto la profesora de matemáticas nos decía que si no faltábamos ni un

día en todo el año nos aprobaría aunque estuviera el examen en blanco. Así aprobé las matemáticas y aun hoy día no entiendo nada de números.

Para conocer a las niñas de nuestra edad nos apuntamos a Acción Católica, una organización de chicas jóvenes donde nos reuníamos los domingos por la tarde. No me acuerdo de lo que hacíamos, pero sí de que conocimos a algunas amigas. En aquella época todas las niñas tenían que hacer el Servicio Social que consistía en estar internas un mes en algún lugar, aprendiendo política, costura, gimnasia o haciendo marchas cantando canciones políticas como «Cara al Sol» con el saludo falangista. Yo lo hice en un castillo, en Riofrío, cerca de Madrid. Pasamos mucho frío y no aprendí nada. Después se introdujo una ley diciendo que las niñas mayores de ocho hermanos no lo tenían que hacer pues debían estar al cuidado de sus hermanitos. En esos cuatro años que vivimos en Madrid nacieron mis tres hermanos pequeños así que cuando nos fuimos de Madrid éramos diez. Son unos años que recuerdo poco pues no fueron buenos y casi los he olvidado.

Para mi madre fue una época difícil por la separación forzosa de mi padre que venía en las vacaciones. Pronto se dieron cuenta de que no podían seguir así, mi madre estaba sola con todos nosotros, y a mi padre le salió un trabajo en Santiago de Compostela y decidieron irse allí.

VIDA EN SANTIAGO

En el año 1956 mi familia, que consistía en padres, tía abuela y diez hermanos, fuimos a vivir a Santiago de Compostela. Mis tres hermanos pequeños, que llegaron a esa ciudad siendo muy niños, se consideran hoy gallegos. Alquilamos un piso, el tercero de una casa antigua en una plaza pequeñita. Empezamos a vivir una vida de ciudad pequeña, nunca habíamos vivido en una ciudad de provincia si exceptuamos Oxford y Cambridge. Desde entonces Santiago ha crecido mucho. Para mí fue estupendo ir allí porque me pude integrar muy bien pero aun hoy, aunque me siento muy española, no tengo raíces en ningún sitio determinado del país. Es extraño pero me casé con un hombre que era exactamente lo mismo, sin raíces. Era de familia escocesa pero nació en Burma²⁰ y volvió a Inglaterra cuando tenía veinte años. Yo me sigo sintiendo muy española y aun ahora, cuando voy a un supermercado, por ejemplo, y oigo hablar a alguien en español entablo una conversación.

En Santiago no tardamos en hacer amigas y salíamos todas las tardes, como los demás, a eso de las ocho, o bien al cine o a la cafetería a charlar y jugar al parchís. Después todos los jóvenes íbamos al «paseo» que era siempre por la avenida de la Alameda. Esto se hacía hasta las diez, cuando todos íbamos a casa a cenar y quedaba desierto el paseo. En Santiago había entonces cinco cines y a la mañana siguiente se comentaba sobre la película que se había visto la noche anterior. Me acuerdo de que las que más nos gustaban eran los musicales americanos y, sobre todo, las de Danny Kaye. Había muchas de vaqueros, también americanas, que les gustaban más a los chicos.

El clima de Santiago es muy lluvioso, creo que es el sitio de España donde llueve más, casi todos los días de otoño e invierno, y bastante durante el verano. Las calles del centro de la ciudad tienen soportales para no mojarse y las famosas son la Rua Nueva y la Rua del Villar. En esa ciudad había varias fábricas de paraguas pues hacían mucha falta. Me acuerdo de

²⁰ Birmania, la actual Myanmar.

que los jueves había feria de ganado y las vacas pasaban por el centro de la ciudad. A mis hermanos pequeños les daba miedo ir al colegio y encontrarse en medio de las vacas y yo ese día les acompañaba aunque a mi también me daban miedo las vacas.

APRENDIENDO A SER ENFERMERA

Yo tenía mucho interés de trabajar en un hospital y hacerme enfermera, una profesión que siempre me gustó, y quería trabajar con niños, porque mi ambición fue siempre ser una mamá. Tuve que cuidarme mucho de mis hermanos pequeños y si miro atrás quizá parece un poco injusto pero cuando acostaba a mi hermana, la más pequeña, me decía a mí misma: «quiero tener una niña como ella». Todos mis hermanos fueron a la Universidad, yo no, pero jamás me hicieron sentir de menos por no haber ido. En Santiago aun no había escuela de enfermeras pero estaba previsto que la hubiera al año siguiente. Empecé a trabajar en el hospital clínico haciendo un año de puericultura. El hospital estaba recién construido, se había trasladado del Hostal de los Reyes Católicos que ahora es un parador. Entonces el hospital estaba en el campo, como a media hora de andar por la carretera. Luego se construyó mucho y quedó dentro de la ciudad. Cuando volví a verlo hace dos años me llevé una sorpresa al verlo cerrado y trasladado otra vez a uno nuevo. Claro, habían pasado cuarenta años desde que estuve allí.

En 1957 se inauguró la Escuela de Enfermeras en la Facultad de Medicina y a estas se les dio el título de Asistente Técnica Sanitaria. Yo hice los tres años especializándome en puericultura, trabajando principalmente con los niños prematuros en las incubadoras. Todo era muy primitivo. Venían las madres de los pueblos de los alrededores hablando sólo gallego, con los bebés envueltos en chales negros, sin pañales ni ropita adecuada, muy pobres. Había casos terribles, sobre todo de quemaduras, pues en las casas de los pueblos tenían una hoguera en el centro de la habitación donde se cocinaba y se calentaba la familia y había accidentes horribles.

En el hospital había monjas de la caridad que llevaban el hábito con las tocas grandes y eran las que mandaban. Había también mujeres que hacían de sirvientas y eran las niñas que se habían criado en el asilo. Yo veía que las trataban mal pues trabajaban desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. Sólo tenían la tarde del domingo para salir y debían estar de vuelta pronto. Debía ser una vida muy dura para ellas. Espero que hoy día todo eso haya cambiado. Algunas madres se quedaban en las salas para cuidar de sus niños y trabajar en la limpieza.

Como eran los primeros años de la Escuela no querían suspender a nadie así que los exámenes eran fáciles y terminamos unas ocho chicas. Al acabar decidí que me gustaría ir a Inglaterra a hacer un curso de seis meses, de cirugía, en un hospital inglés pero con idea de volver luego a España. Quería tener un poco experiencia de trabajar como enfermera en un hospital británico.

LOS AÑOS SESENTA

Vine a Londres en el año sesenta después de pasar cuatro años en Santiago. Fue un poco extraño aunque no me había olvidado en absoluto de mi inglés, cuatro de mis hermanas somos completamente bilingües lo que no le sucede a los pequeños. Una parte de mí sentía un poco que había llegado a un sitio muy familiar, era muy estimulante, pero raro al mismo

tiempo. Yo era una chica española que hablaba bien inglés, me lo decían entonces y me lo dicen ahora.

Esos diez años fueron muy felices y pasaron muy deprisa. Sucedieron muchas cosas en mi vida. Conocí a mi marido en una fiesta, nos había invitado un amigo común. Íbamos mucho a lugares donde se reunían estudiantes extranjeros. Yo fui pensando si allí habría algún chico guapo. Se abrió la puerta y entró ese chico alto y guapo. Empezamos a hablar y unos meses después nos casamos. Algo que vimos en seguida era que los dos teníamos en común la falata de raíces, ya que mi marido nació en Birmania, porque su padre era Jefe de Policía en la India y regresaron allí. Durante la Segunda Guerra Mundial estuvo interno con los Jesuitas de Calcuta. Su madre y hermanas volvieron a Inglaterra con él muy a principios de los años cincuenta, un poco después de la independencia de la India. Mi marido no conoció a sus familiares escoceses hasta que fuimos una vez los dos a Escocia de vacaciones con los niños. Me casé en el año 1961 y tuve a mis cuatro hijos en el sesenta y dos, sesenta y cuatro, sesenta y seis y sesenta y nueve. Yo quería tener cuatro hijos, seguidos en edad, pues me parecía que sería más fácil pasar las etapas infantiles juntas. Tuve mucha suerte pues mis embarazos y partos fueron muy fáciles y sin complicaciones. En esos años no trabajé fuera de casa pues quería cuidar a mis hijos yo misma y estar con ellos aunque estábamos un poco estrechos económicamente. Ganaba algún dinerito dando clases de español o inglés, haciendo algunas traducciones y cuidando a algún niño de amigas.

Yo no creo que me hubiera quedado a vivir en Londres si en lugar de haber sido educada aquí nos hubiera tocado vivir en España durante el gobierno de Franco. Es imposible de imaginar lo diferente que hubiera sido la vida.

MIS HIJOS

Disfruté mucho con la niñez de mis hijos y aprendí bastante sobre el sistema de educación en Inglaterra. Con el mayor todo fue nuevo para mí y después ya fue más fácil. Los cuatro fueron a un colegio católico ya que la disciplina y la educación son mejores allí que en los nacionales británicos por eso muchos padres quieren enviar a sus hijos a este tipo de colegio aunque no sean creyentes. De haber plazas, las escuelas católicas tienen la obligación de admitir a niños de cualquier religión, incluso los que no tienen ninguna pero en la práctica siempre suele haber una lista de espera. Son muy populares.

En la educación secundaria mis tres hijos fueron a un colegio *comprehensive*. Fueron creados para sustituir a las *grammar schools* donde se entraba con un examen previo que cribaba de tal forma que muchos niños inteligentes se quedaban fuera de una escolarización superior que luego les permitiera ir a la universidad. Los colegios *comprehensive* no exigen ningún examen. Mi hijo menor fue *head boy* (representante del colegio) en el último curso, así que tuvo un final bonito que alegró a nuestra familia. El director era un profesor estupendo. Mi hija fue a otro colegio, también muy bueno, e hizo sus *A levels* (los dos cursos finales del sistema escolar) en el famoso «Oratorio» a donde han ido los hijos de Tony Blair. Los cuatro fueron a diversas universidades de Inglaterra y entre licenciaturas y *masters* llegamos a conocer las Universidades de Southampton, York, Leeds, Canterbury, Exeter y St. Georges Medical School. En aquella época los ayuntamientos daban becas a quien vivía en su barrio y los padres no pagábamos casi nada. Ahora los estudiantes se licencian con deudas enormes que tienen que pagar al estado en cuanto empiezan a ganar

un sueldo. Los cuatro están bien colocados, con buenos puestos de trabajo, y estoy muy orgullosa de ellos.

Cuando mi hijo pequeño tenía tres años y los tres mayores iban al colegio me puse a trabajar en un *play group* que es un grupo de niños de dos a cuatro años que se reúnen por las mañanas, o por las tardes, para jugar y hacer algunas actividades preescolares, como trabajos manuales. Trabajé durante seis años y empecé a pensar que podía hacer otra cosa que fuera más permanente y con horario y vacaciones escolares.

MI TRABAJO

Yo siempre he dado clases particulares y esa ha sido mi manera de seguir en contacto con el mundo español. Tuve a unos chicos cuyo padre era español que iban a un colegio inglés pero se examinaban de los cursos españoles por libre en el Instituto Cañada Blanch de Portobello. Y también daba clases de GCSE, el bachillerato. Siempre tenía alumnos que venían recomendados unos por otros.

Tuve suerte en obtener el primer puesto que busqué. Era un colegio católico de primaria, público, cuya directora era monja. Pidió referencias a mi cura párroco. Yo nunca había hecho nada en la parroquia y nunca he hecho nada desde entonces, pero en aquellas semanas el cura me había pedido que preparara a una niña gallega de diez años para su Primera Comuni3n. Coincidieron las dos cosas y me dieron el puesto de *welfare*, de asistenta social en ese colegio. Trabajé allí durante veintid3s a1os y me gustaba mucho. Hice muy buenas amigas y me encontré con mucha gente interesante. Conocía a todos los niños, a sus padres y a todas las familias. Tenía mi propia habitaci3n llamada *medical room* —enfermería— a donde venían los niños que tenían algún problema o se encontraban mal y también venían las madres que querían hablarme de sus hijos.

En el pasado he hecho algunas traducciones técnicas. También hice un curso para sacar un diploma de español en la Thames University de Londres que duró dos años. Trato siempre de estar en contacto con el mundo español. Aparte de tener en casa a mis sobrinas y sobrinos españoles, voy al cine, a conferencias sobre España, veo la televisión española y me mantengo al día. Como soy miembro del club anglo español vi un anuncio allí del grupo de memorias en Kensington, hablé con Liz Bartlett, la creadora, y empecé a venir y me gusta mucho. Trato de ser útil a la comunidad española y como soy miembro de los Samaritans del centro de Londres puedo ayudar a los españoles que llaman. Otra cosa que hago es ir a la prisi3n de mujeres de Holloway para hablar con las presas que no hablan nada de inglés. Para ellas es muy reconfortante poder comunicarse con alguien que no las juzga en su propia lengua.

JUBILACION Y VIDA ACTUAL

Me jubilé a los sesenta y cinco años, pues era obligatorio en las empleadas del gobierno local, y me alegré de que fuera su decisi3n y no tuviera que tomarla yo. La fiesta de la jubilaci3n fue muy emocionante. Los profesores y los padres me hicieron muchos regalos. Cada clase del colegio me hizo un libro con la colaboraci3n de cada niño a base de dibujos y escritos. Vino la prensa local y fue realmente emocionante.

Aunque estoy jubilada aun voy al colegio cuatro días por semana a trabajar en la biblioteca y dar clases de español a los niños de ocho a once años. Estos aun vienen a mí a de-

cirme que les duele algo y les tengo que responder que yo ya no estoy allí. Me encuentro por la calle con niños y madres de años pasados y me cuentan como les va. Nos reunimos a comer o cenar profesores ya jubilados y recordamos los años atrás y como van los ex alumnos con sus estudios superiores.

No creo que pudiera ir a vivir a España definitivamente, por un lado me gustaría tener un piso pequeño allí pero como tengo tantas hermanas y hermanos puedo ir a pasar unos días con ellos siempre que quiero. Voy a España muchas veces. Mis nietas aquí me atan aunque no me exigen las responsabilidades que tenía en los años sesenta y setenta con mis hijos. Estos ya son mayores y tienen sus vidas. Con los trabajos que hago estoy semi jubilada y tengo lo mejor de los dos mundos. Me gusta Gran Bretaña y me gusta mucho vivir en Londres, si bien me siento igualmente atraída por España y todo lo español. Ahora estoy viviendo la mejor etapa de mi vida. He sido muy afortunada y lo sigo siendo.



Rosa de perfil en 2002.



Rosa, sus abuelos paternos: Gloria y Antonio, el que se fue a la Argentina.



Enrique Moreno Baéz en La Plata (Argentina) en 1921.

Enrique Moreno Bález, padre de Rosa Moreno, hablando en la BBC en el año 1937.



Familia de Enrique Moreno Baéz en Sevilla. Él es el joven sentado delante.



JULIO ORTEGA



Julio en Sevilla en 1951.



Julio junto a la Abadía de Westminster en 2006.



Juan Carlos y Rosa Mari en el zoo de las afueras de Buenos Aires. 1976.



Herminda Stempelatto, la ex mujer de Julio y madre de sus hijos, cerca de Buenos Aires.



Los hijos pequeños de Julio: Juan Carlos y María Rosa en Buenos Aires en 1977.

JULIO ORTEGA

VIVENCIAS DE MI PASADO

Mi nombre es Julio Ortega Chaparro. Nací el día 4 de enero del año 1934 en un pueblo denominado Nerva, provincia de Huelva, España. Mi padre se llamó Tomás Ortega Romero y mi madre Rocío Eloisa Chaparro Domínguez. Cuando tenía dos años estalló la Guerra Civil Española. Me acuerdo muy bien de que asaltaban las viviendas, y mis padres y hermanos mayores ponían cosas pesadas en las puertas y ventanas para que no pudieran abrir las mismas.

Cuando tenía cuatro años mi madre nos llevó a mis dos hermanos mayores y a mí al campo; a una huerta que estaba más o menos a cuatro kilómetros del pueblo. Esta huerta que mi familia alquilaba se llamaba la Huerta del Chorrillo. Lo del chorrillo era como el nombre indica: un chorro de agua que salía de entre unas piedras al pie de un cerro que bordeaba la huerta. La misma estaba en una cañada, donde cruzaba un arroyo. Era un punto muy pintoresco y alegre.

En el verano me gustaba meterme en el arroyo. A veces me metía con ropa y cuando mi madre me veía todo mojado como un pollo se ponía a reír. Yo no me daba cuenta que me tenía que quitar la ropa. También me acuerdo de las altas higueras que había en las orillas del arroyo. Cuando tenía los frutos ya maduros me acuerdo que un día me subí a coger una breva y como a las dos horas me encontraron en el suelo desmayado aun de la caída. Como todo chico era muy travieso y arrojado. Me acuerdo de cuando tenía cinco años más o menos, como no me daban miedo las alturas, me subí a un eucaliptos (no recuerdo bien si fue por gusto de subir o es que vi un nido pues me gustaban mucho) lo cierto es que cuando estaba en la punta del mismo que serían cinco o seis metros, mas o menos, sentí que la copa se balanceaba. No me quiero acordar el pánico que pasé, aferrado al árbol que se balanceaba de un lado para el otro.

También recuerdo que me subía al cerro gateando para ir donde estaban trabajando mis hermanos, a 40m de altura. Allí había una vega chiquita con un manantial muy lindo que a mi me encantaba. Luego me tenían que bajar en brazos de regreso a la casa, pues era más problema para bajar, estaba muy pendiente y era un peligro que lo hiciera yo solo. Mi pueblo está en un lugar encantador, construido dentro de un llano rodeado de dos cadenas de montes, no muy altos. Nosotros vivíamos en uno de ellos llamado cerro Pelambre y el de enfrente creo que era el Cerro Elbé.

El año 1940 fue terrible. Aparte del hambre que pasábamos, tengo el triste recuerdo de la muerte de mi padre. Fue un ser espiritualmente muy evolucionado, tenía ideas muy avanzadas a pesar del atraso espiritual de la época. Por sobre todo era una persona muy buena, yo lo quería muchísimo, aunque a mi madre la quería más que a mí mismo. Yo decía para mí, que me muera antes que mi madre. No concebía la idea de vivir sin ella. (Aclaro que ya ayudaba a mi familia en los quehaceres de la huerta).

En 1942 salimos del pueblo de Nerva para radicarnos en el pueblo de Aznalcollar de La Sierra, provincia de Sevilla, en la calle, Ramón y Cajal numero uno. En el mismo compramos un campo propiedad de una viuda con tres hijos, dos varones y una hija mujer, y yo me hice muy amigo de estos chicos, jugábamos unas veces en la casa de ellos y otras veces en la mía. Este terreno estaba ubicado de la siguiente manera: en la orilla Este lindaba con el río Crispinejo y del otro lado del río con una finca muy extensa denominada cortijo El Chaparral donde criaban cerdos y ovejas, tenía muchas encinas y algunos olivos. Al Sur teníamos a 40 metros otro cortijo denominado Crispín que tenía muchas encinas, toros bravos o de lidia, criaban cerdos y aparte era un coto, pero sólo de conejos. Los que cuidaban los toros eran un señor mayor con dos hijos varones, que resultaron ser parientes nuestros por parte de mi padre. Además había un matrimonio que eran los que cuidaban los cerdos y otra familia que era el guarda del cortijo y tenía la responsabilidad de cuidar del coto. Este señor de nombre D. Fernando también nos apreciaba mucho, tanto que yo tenía permiso de pastar unos cerdos que criábamos para la venta y otros para hacer chacina para comer.

De este cortijo tengo muchas anécdotas, me acuerdo que un año teníamos dos cerdos machos y eran muy grandes y cuando me iba de noche con ellos me subía en el más grande como si fuera un caballo, y arreaba a las vacas para espantarlas, desde la casa de mis primos hasta la mía. Otro día quise hacerme torero y me puse a llamar a las vacas que estaban no muy lejos, pero yo no me alejaba mucho de una encina que estaba muy inclinada y al rato de estar llamándolas empezaron a acercarse y me subí como un gato a la encina y de la misma le gritaba para que se fueran. Así estuve como una hora. Al fin me pude bajar de la misma.

Como todo chico era muy juguetón, más a mi edad, y como me entretenía jugando, perdía los cerdos con bastante frecuencia. Como se sabían el camino se iban solos a la casa, pero yo merodeaba hasta que veía a mi hermana Virtudes, que era dos años menor que yo y me avisaba que ya estaban, entonces me quedaba tranquilo, sino me iba a buscarlos. Pero otro día salí con dos crías de lechones que eran unos doce que tendrían dos meses, y era la primera vez que los saqué, no me quiero acordar el susto que me llevé ese día, ya que estábamos bastante retirados de casa. Me puse a jugar con mis primos y cuando me di cuenta ya no los tenía a la vista, eso fue fatal para mí pues no pensé que podían irse solos a la casa y los busqué por todos los lugares menos por donde caminaron y por eso no los encontré, y mi angustia hizo que me castigaran quedándome fuera de mi casa hasta el otro día a la tarde, fui con un señor amigo de mis hermanos y me explicó como los animales vuelven a su quehacer, pero yo no estuve tranquilo hasta que mi hermano fue a buscarme y me dijo que ya estaban en casa. Ese era nuestro sustento para unos cuantos meses, ya estaban para venderlos y eran muy codiciosos para las parrillas.

Aznalcollar era un pueblo con más recursos que Nerva, el primero tenía poca agricultura, por lo tanto no tenía cereales y en consecuencia el trigo tenía que ir de afuera, pero como estaba todo racionado mandaban una ración de pan de 100 gr. por persona. Las demás cosas ni aparecían, la gente moría de hambre como si fueran cosas sin valor. En Aznalcollar,

por ser muy rico agrícolamente, la gente tenía más esperanza de vida. Los pelendrines²¹ (que tenían las siembras) no podían hacer con los cereales lo que quisieran por la razón de que tenían que entregarlo a la Junta de Abasto, y ellos le devolvían un tanto por ciento, que no me acuerdo cuanto era pero sería una miseria. Estos señores tenían que esconder en casas ajenas una cantidad x para poder sobrevivir y también vender los sobrantes para poder comprar lo imprescindible para vivir un poco más holgadamente que los que no teníamos siembra de grano. Todo esto pasaba porque el régimen fascista estaba endeudado con los regímenes alemán e italiano, pero en particular con el alemán, hasta mandó una División, (la llamada División Azul) comandada por el general D. Agustín Muñoz Grande, que fueron a luchar contra Rusia.

Cuando el régimen Nazi vio que precisaba hombres para cubrir otros frentes Alemania le pidió a Franco que le mandara mas Divisiones pero como tenían miedo que atacaran a los refugiados que estaban fuera de España optó u optaron por mandar comida y por eso nos mataron de hambre, que murió mucha, pero mucha gente, que tenían dinero, pero esto me refiero al pueblo de Nerva que ya dije que no tenía agricultura por ser un lugar de montañas agrestes. Aparte, por si fuera poco, la mina de río Tinto largaba un humo mezclado con unos gases que cuando estaba la atmósfera pesada lo aplastaba al suelo y quemaba los productos de las huertas, principalmente las hortalizas. Se secaban y nos quedábamos con menos para comer.

En Aznalcollar de la Sierra estuvimos hasta que yo cumplí los 20 años cuando me quedé con mi hermana Dolores ya que mi madre y mis otros hermanos se fueron para la Argentina. Ya corría el año 1955, yo no me pude ir por el servicio militar. En el año 56 me fui para Barcelona solo con la recomendación de un primo que tenía allí a su madre y dos hermanas, y me dieron hospedaje en la casa de ellas, entonces mi tía Andrea me recomendó a un conocido que tenía una lechería y yo lavaba las botellas desde la mañana hasta las nueve y después trabajaba de peón de albañil en una obra que tenía este señor lechero, después por la tarde cuando salía de la obra tenía el reparto hasta que terminaba.

Durante el tiempo que permanecí en Barcelona tuve momentos muy lindos pues nos divertimos mucho con los amigos. Los sábados por la noche lo pasábamos en una peña del barrio chino en la calle San Jerónimo. Los domingos íbamos a bailar. Me acuerdo que uno de los amigos, Francisco Rivera cantaba el flamenco como los mejores cantaores del mismo, lo acompañaban los dos hermanos mellizos marroquíes con las palmas que repiqueteaban como los mejores artistas, también con guitarra flamenca. Era apoteósico, los catalanes y no catalanes se unían a nosotros, eran fiestas muy sanas. Estábamos muy unidos, la verdad que lamentamente el no tener las señas de ellos, con el cantaor nos habíamos criado en el mismo pueblo de Aznalcollar y este amigo cantaor se fue antes que yo a Barcelona. Estando ya en la Argentina me dijeron que lo atropelló un coche yendo para el trabajo.

En el 59 me fui para Buenos Aires y se perdieron las amistades pues me casé y me fui olvidando, la Argentina fue para mí como mi patria ya que no tenía familia en España y económicamente era mucho más prospera que España así que me adapte enseguida. Durante unos años extrañaba a las amistades pero como dejé de verlos, pronto me desprendí, uno se desprende ya de lo pasado, además estaba casado. Mi señora y yo estábamos muy unidos, de ese amor nacieron tres hijos: dos varones y una nena. El primero es Julio Alejandro Ortega

²¹ Los pelendrines son los pequeños propietarios agrícolas.

Stempelatto la segunda fue Maria Rosa y tercero Juan Carlos. Los tres nacieron muy bien y lindos, fueron mi mayor felicidad, más que todo mi hija que era un ser adorable, se pasaba las horas jugando tranquilamente. Yo les hice un corralito muy lindo con listones de madera con un piso de tablas para que jugaran tranquilos.

En 1991 me fui de vuelta a España pues ya estábamos separados con mi mujer. Conseguí trabajo en la Expo de Sevilla pero era un lugar muy retirado. Entonces conseguí otro más cerca con un contratista de obra que hacía reformas y vendía materiales para la construcción pero el trabajo era por temporada. Después de la Expo menguó mucho el trabajo y era más el tiempo que no trabajaba que el que trabajaba. A finales del 92 mi hija se fue para España pero no pudo conseguir empleo y se vino a Inglaterra y a los dos días se colocó de niñera. Yo vine a verla y me encantó Londres. Esto fue al principio del 95 y a finales del mismo me vine para quedarme y no estoy arrepentido. Mi mayor problema es no poder aprender el idioma y por más que trato no hay caso, creo que debe ser por tantas medicinas que estoy tomando. De todos modos no pienso dejar de estudiar inglés, pues sería muy feliz si me pudiera comunicar en un segundo idioma. Aquí doy por terminado esta historia.



Tomás Ortega, uno de los hermanos de Julio. Buenos Aires 1997.



De izquierda a derecha: Juan Carlos, Rosa Mari y el último Julio Alejandro. Buenos Aires 1975.



La familia de su querida sobrina Carmen. Buenos Aires 1996.



Julio Alejandro en casa de su tía Carmen con sus primas: María y Carmen. 1997.



Julio Alejandro, el hijo mayor de Julio, en Buenos Aires en 2003.

MARY POLLASTRI



Mary Pollastri a los seis años tocando la guitarra en La Argentina. 1942.



Mary a los seis años con sus hermanos en Buenos Aires. 1942.



Mary en el Convento de las monjas dominicanas en Salisbury, Rodesia. 1953.



Mary con su hija Danielle en su jardín de Kenia. 1959.

Mary estudiando en la Universidad de Reading. 1981.



Mary con sus hijas Danielle y Dominique en Londres. 1972.

MARY POLLASTRI

DE PATAGONIA A TASMANIA CON ESCALA EN KENIA

INFANCIA

Nací en un pueblo a orillas del Estrecho de Magallanes, en la Patagonia Chilena, a sólo 1.500 kilómetros de la Antártida. El pueblo se llama Punta Arenas. Mi padre, en aquellos tiempos, era administrador de una gran estancia ovina al otro lado de la frontera, en Argentina, a 380 kms de Punta Arenas. Yo nací de repente, seis semanas antes de lo esperado, en un hotel, ya que mis padres estaban de viaje.

No recuerdo mucho de mis primeros años pero sí de cuando nació mi hermano Antonio, o más bien dicho, me acuerdo de cuando él era un bebé recién nacido. Yo apenas tenía entonces dos años y me gustó muchísimo enseguida. Genoveva, nuestra cocinera, y Carmen, la sirvienta, al principio ayudaban a mi madre a cuidarnos. Las recuerdo todavía tan bien, las dos eran tan cariñosas. Ambas me parecían guapas, vestidas en sus respectivos uniformes como acostumbraban a llevar entonces. Siempre estaban sonrientes y bien arregladas y eran muy simpáticas y bien educadas. Desgraciadamente el tiempo cambia y mis padres decidieron emplear a una niñera inglesa que se llamaba Amy y todo se trastocó de un día para el otro. De ese período sólo tengo recuerdos bastante feos y tristes.

Después de varios años y de dos hermanitos más, mis padres se divorciaron y mi hermano Antonio y yo fuimos enviados a Buenos Aires, a 2.000 kilómetros al norte de donde estábamos, para ir a un internado, cada cual a uno distinto, él a uno de varones y yo a uno de chicas. A ninguno de los dos nos gustó el que nos había tocado y sufrimos mucho al principio. Eran colegios ingleses pero por las mañanas hacíamos todas las clases en castellano, con profesores argentinos, y por las tardes en inglés. Allí nos quedamos cinco años. De esa época tengo recuerdos muy diferentes, no todo fue malo. Hice algunas amigas muy buenas con las que sigo en contacto después de más de cincuenta años a pesar de no haberlas visto desde entonces.

LOS AÑOS QUE PASÉ EN AFRICA

En 1956 mi padre decidió mandarme a Inglaterra para estudiar enfermería. Dijo que era demasiado joven para casarme y además no tenía una carrera para defenderme en el futuro y necesitaba un título. En Kenia no había escuela de enfermería. Esto significaba un largo y carísimo viaje en avión que duraba veinticuatro horas. En aquellos tiempos, en los viajes in-

tercontinentales, no te ponían película ni podías escuchar música y las conversaciones se hacían muy difíciles por el ruido de los motores, tanto que casi tenías que gritar. Los asientos eran muy incómodos y no podías cambiar de posición de modo que ibas todo el rato sentada muy recta. El avión tenía que descender cada cuatro horas para repostar y todos los pasajeros debían abandonarlo aunque durante la noche parara hora y media. Había que llevar siempre el cinturón abrochado que te cubría la espalda y atravesaba el pecho. Esto también era muy molesto.

En este primer viaje que hice tuvimos numerosas turbulencias porque atravesamos una tormenta en el norte de África. Había tantos pozos de aire que a veces nos parecía que se caía el avión. Las maletas que llevábamos en los compartimentos superiores volaban de un lado a otro en la cabina. La azafata trató de calmarnos y nos ofreció chicle y caramelos para masticar, con la idea de disminuir así nuestro dolor de oídos debido a los cambios de presión de la atmósfera. Otra cosa que nos sugirió fue ponernos algodón en la oreja. Ella también se mareó y se puso mala. Fue muy valiente porque incluso así trató de ser simpática y se comportó de forma muy profesional en todo momento. En aquellos tiempos no era fácil ser azafata y se elegían a las chicas que tuvieran una personalidad especial. Finalmente aterrizamos en el aeropuerto de Heathrow, en Londres, lo que después de veinticuatro horas de vuelo fue un gran alivio. Todos nos sentíamos muy mal y a algunos pasajeros los tuvieron que llevar en sillas de ruedas.

Mi tío y mi tía estaban esperándome y me llevaron con ellos a Ipswich, donde vivían. Recuerdo el enorme frío que sentí. Llevaba un abrigo que me había regalado otra tía en África pero era muy viejo y muy anticuado. Cada vez que lo recuerdo me hace reír de vergüenza pero sin ese abrigo me habría muerto de frío y se lo agradecí con todo mi corazón. Apenas llegamos a Ipswich me dejaron acostarme. Eran las cuatro de la tarde y ya estaba todo oscuro. En la cama me habían puesto una manta eléctrica, tres mantas de lana y un edredón. Dormí catorce horas sin despertarme.

Del día siguiente recuerdo que la señora que tenían de servicio doméstico me preparó un baño y miré como quitaba la ceniza y el carbón medio quemado de una estufa que había en el cuarto de baño. Noté que guardaba todo el carbón que no se había quemado del todo y lo demás lo envolvió para tirarlo. Luego hizo un nuevo fuego y una vez que empezó a arder esperamos un buen rato hasta que el agua se calentara para el baño. Jamás lo olvidaré. Finalmente me sentía calentita de nuevo. ¡Qué alegría!, pero no duró mucho. Después de almorzar fuimos a comprarme alguna ropa de invierno pero casi no me ayudó, siempre he sentido mucho el frío.

Al día siguiente me llevaron a Addenbrookes Nursing School, en Cambridge. Allí me encontré con otras treinta chicas estudiantes y había muchas extranjeras: de Grecia, Suiza, Holanda, Alemania, sin contar las británicas que venían de Escocia, Gales e Irlanda. Fueron todas muy amables conmigo y enseguida hice muchas amigas. A lo único que me costó adaptarme fue a la comida, pero no fui la única, en general mis primeros días en Inglaterra constituyeron una agradable experiencia.

VIAJE A INGLATERRA

En 1956 mi padre decidió mandarme a Inglaterra para estudiar enfermería. Dijo que era demasiado joven para casarme y además no tenía una carrera para defenderme en el futuro y necesitaba un título. En Kenia no había escuela de enfermería. Esto significaba un largo y

carísimo viaje en avión que duraba veinticuatro horas. En aquellos tiempos, en los viajes intercontinentales, no te ponían película ni podías escuchar música y las conversaciones se hacían muy difíciles por el ruido de los motores, tanto que casi tenías que gritar. Los asientos eran muy incómodos y no podías cambiar de posición de modo que ibas todo el rato sentada muy recta. El avión tenía que descender cada cuatro horas para repostar y todos los pasajeros debían abandonarlo aunque durante la noche parara hora y media. Había que llevar siempre el cinturón abrochado que te cubría la espalda y atravesaba el pecho. Esto también era muy molesto.

En este primer viaje que hice tuvimos numerosas turbulencias porque atravesamos una tormenta en el norte de África. Había tantos pozos de aire que a veces nos parecía que se caía el avión. Las maletas que llevábamos en los compartimentos superiores volaban de un lado a otro en la cabina. La azafata trató de calmarnos y nos ofreció chicle y caramelos para masticar, con la idea de disminuir así nuestro dolor de oídos debido a los cambios de presión de la atmósfera. Otra cosa que nos sugirió fue ponernos algodón en la oreja. Ella también se mareó y se puso mala. Fue muy valiente porque incluso así trató de ser simpática y se comportó de forma muy profesional en todo momento. En aquellos tiempos no era fácil ser azafata y se elegían a las chicas que tuvieran una personalidad especial. Finalmente aterrizamos en el aeropuerto de Heathrow, en Londres, lo que después de veinticuatro horas de vuelo fue un gran alivio. Todos nos sentíamos muy mal y a algunos pasajeros los tuvieron que llevar en sillas de ruedas.

Mi tío y mi tía estaban esperándome y me llevaron con ellos a Ipswich, donde vivían. Recuerdo el enorme frío que sentí. Llevaba un abrigo que me había regalado otra tía en África pero era muy viejo y muy anticuado. Cada vez que lo recuerdo me hace reír de vergüenza pero sin ese abrigo me habría muerto de frío y se lo agradecí con todo mi corazón. Apenas llegamos a Ipswich me dejaron acostarme. Eran las cuatro de la tarde y ya estaba todo oscuro. En la cama me habían puesto una manta eléctrica, tres mantas de lana y un edredón. Dormí catorce horas sin despertarme.

Del día siguiente recuerdo que la señora que tenían de servicio doméstico me preparó un baño y miré como quitaba la ceniza y el carbón medio quemado de una estufa que había en el cuarto de baño. Noté que guardaba todo el carbón que no se había quemado del todo y lo demás lo envolvió para tirarlo. Luego hizo un nuevo fuego y una vez que empezó a arder esperamos un buen rato hasta que el agua se calentara para el baño. Jamás lo olvidaré. Finalmente me sentía calentita de nuevo. ¡Qué alegría!, pero no duró mucho. Después de almorzar fuimos a comprarme alguna ropa de invierno pero casi no me ayudó, siempre he sentido mucho el frío.

Al día siguiente me llevaron a Addenbrookes Nursing School, en Cambridge. Allí me encontré con otras treinta chicas estudiantes y había muchas extranjeras: de Grecia, Suiza, Holanda, Alemania, sin contar las británicas que venían de Escocia, Gales e Irlanda. Fueron todas muy amables conmigo y enseguida hice muchas amigas. A lo único que me costó adaptarme fue a la comida, pero no fui la única, en general mis primeros días en Inglaterra constituyeron una agradable experiencia.

FRANCIA

Cuando terminé mis estudios de enfermería decidí ir a Francia para perfeccionar el francés que era muy necesario en aquellos tiempos. Aunque me gusta cuidar a los enfermos y

el curso de enfermería fue muy interesante, aprendí muchísimo, no fue una experiencia lo que se dice divertida ni la recuerdo con cariño. Fue muy dura y eché mucho de menos a mi familia que estaba en Kenia. Al llegar a París sentí enseguida que estaba en otro sistema solar totalmente diferente de Inglaterra. Recuerdo muy bien el día que llegué, era un día soleado de agosto, con el cielo azul, y me parece ir todavía en coche por los Campos Elíseos. Me acuerdo de las calles tan anchas, los negocios tan elegantes, la riqueza, la abundancia, los señores tan guapos, tan bien vestidos y tan bien educados. Las chicas estaban morenas del sol e iban sentadas detrás de los chicos en las Vespas con las faldas de vuelo de varios colores, como se llevaban entonces, tan bonitas, y los zapatos de punta con el tacón alto fino. Fue la primera vez que había visto la nueva moda. Desde ese momento supe que París me iba a encantar, al lado de Londres era tanto más alegre y simpático. Y así fue.

Sólo tengo recuerdos alegres de Francia. Tuve suerte porque me quedé con una familia muy simpática. Me trataron como a una de la familia. Fui *au—pair* de tres niños. Debía llevarlos al colegio por la mañana y quedarme con ellos hasta que sus padres volvieran del trabajo por la noche y les tenía que hablar siempre en inglés. Durante el día yo iba a clase de francés.

Cuando terminó el curso vino a buscarme desde Kenia mi novio italiano. Volvimos en avión a Italia y conocí a su familia por primera vez. Nos casamos la semana siguiente y fuimos en luna de miel por toda la costa occidental de Italia. Era junio y resultó como un sueño. Terminamos en Roma —la ciudad eterna—. ¿Qué más puedo decir? No hay nada mejor que eso.

ÁFRICA DE NUEVO

En julio tuvimos que despedirnos de nuestros suegros y de mi nueva familia para volver a Kenia donde trabajaba mi esposo. Tenía muchas ganas de ver a mi familia que me esperaba después de tantos años en África. Mis hermanos, que eran unos niños cuando me fui, ya eran adultos con barba, voces roncas y novias. ¡Cuánto nos reímos!

En los próximos años tuve dos hijitas, la primera rubiecita —Danielle— y luego a Dominique, una morenita. Todo parecía un sueño. Mi marido tenía un empleo que le gustaba, teníamos una casa con un gran jardín y empleados domésticos en casa. La familia estaba cerca y además muchos amigos estupendos para divertirnos juntos. Pero cuando las cosas van demasiado bien, no duran. Había graves problemas políticos en el país, los africanos querían la independencia de Gran Bretaña y deseaban que los blancos se fueran de allí. Todos los días había asesinatos. Los africanos mataban a familias británicas enteras, les atacaban especialmente de noche al vivir aislados como solíamos vivir todos en ese país, así que mi marido decidió que ese no era un lugar donde quería que crecieran sus hijas y pensaba que allí ya no había futuro.

Volvimos a Italia y todos nos acogieron con alegría. Mi suegra en particular estaba contentísima de tener tan cerca a su hijo con su familia y de nuevo todo pareció de ensueño. Mi marido trabajaba para la compañía de su padre, yo daba lecciones de inglés, pero la salud de éste comenzó a empeorar. No sabía lo que le pasaba pero no se sentía bien. Tenía dolor de cabeza, a veces indigestión o mareos, sudaba excesivamente, no podía dormir por la noche y los doctores le hicieron muchas pruebas y análisis. Todos daban un resultado normal. Una mañana volvió a casa a las diez. Tenía la cara muy blanca y las manos heladas, dijo que estaba mareado y me pidió que le hiciera una taza de café fuerte. Se levantó de la mesa para coger un cigarrillo y se cayó al suelo. Muerto. Había tenido un ataque de corazón a sus treinta y cinco años. Nos llevó a todos varios meses darnos cuenta de lo que realmente había sucedido. Había pa-

sado lo increíble, lo peor posible. Todos estábamos completamente deshechos. Pero no había mucho tiempo que perder y tuve que pensar en mis niñas que tenían cuatro y cinco años.

VUELTA A INGLATERRA

Me di cuenta de que no me podía quedar en Italia porque necesitaba ganar dinero y como tenía un título de enfermera inglés con el cual podía encontrar trabajo sin problemas decidí volver a Inglaterra. Al principio la vida allí fue muy dura, muy difícil, y francamente fea pero poco a poco nos organizamos en un apartamento que era frío, oscuro, húmedo y carísimo mientras yo tenía un empleo de cuidar ancianos por la noche. Las niñas iban a un colegio cercano que les gustó desde el primer momento, los profesores eran muy buenos y trataron de ayudarme lo más posible los dos primeros años. Mientras tanto encontré una casa grande de alquiler y obtuve el permiso de convertirla en una clínica particular para convalecientes y de esta forma comencé a trabajar por mi cuenta. Fueron años de duro trabajo, a veces durante 24 horas al día y siete días a la semana pero era un trabajo que me encantaba y tenía mucha gente, y muy buena, que me ayudaba la mayor parte del tiempo. Después de quince años, mis hijas habían ido a un colegio internatas, ya eran mayores e independientes y decidí venderlo.

AÑOS DE LIBERTAD

En ese momento me pareció que tenía veinte años de nuevo. Estaba libre por primera vez pero ¿Qué iba a hacer ahora con mi vida? Antes de nada me iba a divertir, me lo merecía ¿verdad? Así que volví a Sudamérica, a mi tierra, y luego también fui a África a ver a mis parientes y amigos y después de todo eso volví de nuevo a Inglaterra para estar con mis hijas. Decidí entonces volver a estudiar e hice un curso nocturno de entrada a la Universidad y durante el día trabajaba en una oficina de Londres. Al final de ese curso me matriculé para estudiar Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la universidad de Reading. Pasaron otros tres años maravillosos. Me encontré con estudiantes de todo el mundo, fue fascinante, y el mejor modo de aprender directamente de los otros países, de su cultura, sus religiones, sus prioridades etc. ¡Me encantó! Al finalizarlo me ofrecieron un puesto en los organismos de la Comunidad Europea en Luxemburgo. También trabajé de intérprete con la OTAN en Bruselas y con las Naciones Unidas en Ginebra.

Desgraciadamente descubrí que me gustaba aprenderlo pero tenía que hacer de intérprete y traducir largos discursos ajenos todo el día y un día, harta, me enfadé y me fui a vivir a un lugar en España que se llama Javea, en la Costa Blanca. Fueron algunos de los años más maravillosos de mi vida, una experiencia inmejorable, pero como dije antes nada es para siempre. Durante seis meses al año todo se cierra y la mayoría de sus habitantes regresan al Norte de Europa, a las grandes ciudades o al interior del país y Javea se convertía en un lugar depresivo, triste, solitario y poco agradable. Un cementerio, vamos. Sólo se quedaban algunos borrachos y personas desplazadas, con problemas sociales. Después de quince años volví a Londres para estar con mis hijas.

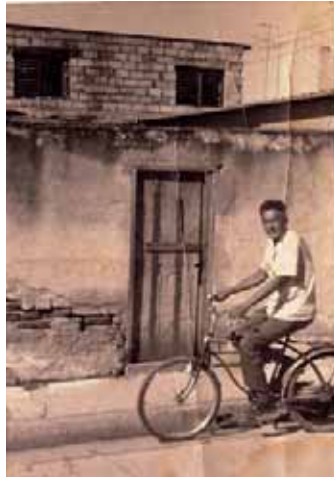
Ahora me gusta mucho Londres. Ha cambiado muchísimo desde la primera vez que lo vi en 1956, después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora es una capital internacional, cosmopolita y viva. Estoy contenta. Al año que viene me voy de nuevo de paseo por el mundo a ver lo que hay por allí y a visitar a mi hermana Diana que vive en Tasmania.

LILIAM RUIZ



Lilium Ruiz programa de graduación portada.

LR01 Lorenzo Ruiz Pena, padre de Lilium Ruiz, en 1960 en Holguín. Cuba.



LR02 Lilium Ruiz a los 11 años en Purnio (un barrio de Holguín). Cuba.

Lilium Ruiz carnet estudiante 55-56



LR03 Lilium a los 21 años, cuando tiene su primer trabajo asalariado en Holguín. Cuba.



Lilium Ruiz programa de graduación.

LILIAM RUIZ

JIRONES DE MI VIDA

«Hemos incorporado el pasado a nuestra memoria para sobrevalorarlo»

Doris Lessing

Escribir unos jirones de la vida no es lo mismo que tener la vida hecha jirones. El título me ha salido abruptamente ya que el recuerdo no sigue del todo una línea cronológica, sino que brota libremente, no he querido forzarlo sino que me he dejado llevar por él, así nos complacemos mutuamente.

En la época que era joven y que pudiera haber recogido muchos datos y vivencias familiares no me había picado la abeja de querer saber lo relacionado con mis ancestros, ni era de moda que eso se hiciera dado el medio en que fui creciendo por dentro y por fuera. Por esa razón lo que cuento es muy limitado y fraccionado, pero creo que será de utilidad emocional, aunque no práctica, para los que tengan la posibilidad de leer este esbozo.

Mucho queda por investigar y no debemos dejar para luego el hacer unas notas de cada familia, ya que con los años se van yendo los mayores y luego se pierde la secuencia. Yo he podido hacer mi árbol genealógico gracias a la ayuda de la tía Elena, que en 1935 emigró a la Argentina con su esposo Juan (de origen español) y los dos hijos mayores, el tercero nació en Buenos Aires. Ella me brindó en 1998, muchos datos en varias horas de conversación en su casa de Buenos Aires. En su memoria y por su memoria, gracias tía Elena, que tengas la paz que tanto mereces.

Corría el año 1889 y con la esperanza de encontrar el lugar soñado para establecer la familia y alcanzar lo que desde la Península Ibérica se vislumbraba en la isla: un paraíso tropical lleno de palmeras, de oro y de bienestar, parten hacia Cuba la familia compuesta por Matías Ruiz Sánchez y Rufina Bravo Fernández, llevando consigo a los hijos: Higinio, Hilaria, Lorenzo, Elena y Leonardo (mi abuelo), asentándose en la parte oriental de la misma. En la última década del siglo XIX emigraban familias completas desde la Península Ibérica hacia el Caribe y las dos Américas.

Cuando Matías y Rufina desembarcaron en Cuba, su hijo Leonardo contaba con 14 años de edad. Se establecieron en Mateo, antigua provincia de Oriente, donde vivían los padres de Aurora, que sería su futura mujer, y a los que mataron en 1898, durante la Guerra de Independencia de España, quitándoles la propiedad de alzada. Mis abuelos luego se trasladaron a la Yaya de Velazco. Leonardo contrajo matrimonio con Aurora Peña Barrera en Fray Benito, Gibara, el 3 de mayo de 1906, por la iglesia y lo civil. Es ostensible por el físico que predomina en la familia de mi abuela, y por lo que he podido conocer, que esta última descendía de los aborígenes que poblaban la isla cuando el descubrimiento de América, ya que

había asentamientos por esa zona. Tener esa certeza es algo que me ha llamado la atención por lo que significa tener ancestros con sangre de los que habitaban la isla y poder contarlos. Es algo que me llena de orgullo y desearía poder llegar a la raíz de esta parte de la familia.

Leonardo y Aurora, después de su matrimonio se fueron a residir a Santa Lucía y de aquí se trasladaron a Mateo, donde les nació el primer hijo, Lorenzo Serapio (mi padre), luego se fueron para la Yaya de Velazco donde tuvieron a tres hijas y un hijo. Posteriormente se mudaron a Uñas y en este lugar nacieron otras tres hijas y dos hijos; con estos van diez. En Uñas establecieron una tienda mixta (víveres, zapatería, sombrerería, muebles, ropa, ferretería y juguetes). De este lugar pasaron al barrio La Guanábana y al año nació otro chico que hizo los once. En 1920 se movieron de aquí a Purnio, un barrio que esta situado a 12 kilómetros de Holguín, donde abrieron un almacén y se quedaron hasta el 9 de noviembre de 1923, fecha en que murió mi abuelo Leonardo Ruiz Bravo. La finca de Purnio fue arrendada a Pablo Marrero, un vecino de ese barrio, y la familia completa se trasladó en marzo de 1924 a la ciudad de Holguín, donde los varones se pusieron a trabajar en el Hotel Continental.

Debo puntualizar que Holguín es una de las provincias del norte oriental y Santiago de Cuba la más caribeña de las provincias de la Isla de Cuba. En la primera nací y en la segunda viví treinta y dos años que parecen en la distancia que fueron sesenta y cuatro.

Lorenzo, mi padre, laboraba en el Almacén de Turruceta y luego trabajó de albañil, mecánico y chofer. En el año 1925 Aurora (mi abuela) se fue a la finca de Purnio con los hijos chicos, los mayores se fueron casando, y trabajaba en el campo para mantener a la familia. En esa época conoció a Eladio Esparza, se unió a él y tuvo una hija nombrada Emelina que llegó a hacer el número doce. Éste la reconoció ya que él era soltero y ella viuda.

Lorenzo conoció a Gullermina Ricardo Cadalzo, en la Aguada del Purial (a 12 kilómetros de la ciudad de Holguín) en la oportunidad que Lorenzo trabajaba de chofer en la construcción de la Carretera Central, zona de Certeneja, uno de los barrios aledaños de Holguín, con Heliodoro Baster que era tío político de mi madre. El 3 de septiembre de 1930 Lorenzo y Guillermina contrajeron matrimonio en la ciudad de Holguín y el mismo día se fueron a vivir a una casita de campo situada en Certenejas, cerca de Heliodoro, que era jefe de mi padre y dueño del camión que conducía este último en la construcción de la mencionada carretera, vía que uniría a las provincias orientales con las occidentales, teniendo en cuenta que la isla de Cuba, en forma de caimán, tiene más de 1000 kilómetros en ese recorrido.

El 19 de junio de 1931 muere Aurora Peña, la madre de Lorenzo, a causa de tétanos, y los hijos se dispusieron a trabajar la tierra de la finca para sustento de la familia. Es entonces cuando éste y Guillermina se trasladan a vivir a Purnio, en una de las dos casas que había en la finca, por donde pasaba el camino hacia San Andrés. El 31 de agosto de ese año nació su primera hija (yo) en casa de los padres de Guillermina, en La Aguada del Purial. Dos años más tarde nació mi hermano Lorenzo que murió el 2 de febrero de 1934 de coqueluche (complicación de la tosferina). Luego nacieron dos hermanas más, Vilma y Nelly, por lo que decidieron poner punto final a la búsqueda.

¿Por qué me pusieron ese nombre? Cuando mi madre llegó por primera vez al bohío, descubrió una foto de un recorte de periódico que estaba fijada en la pared y vio que era de una artista que se llamaba Liliam Ruth, (el apellido lo escribo tal como ella lo pronunciaba por lo que es posible no sea así exactamente en inglés). Mi madre pensó inmediatamente: «cuando tenga una hija se llamará Liliam», y así fue, el 31 de agosto de 1931, exactamente a los 9 meses llegué al mundo con mi nombre a costas seguido después por Aurora Ramona (este último por

el patrón del día de nacimiento) y que años más tarde borré al inscribirme en el Registro Civil debido a que en el momento de nacer no era obligatorio ni posible hacerlo.

Soy de la opinión que el nombre es algo importante, nos identificamos con él y él se incrusta en nuestra vida, nos acompaña a todas partes, siempre es lo primero que te preguntan, es el sonido que nos hace volver la cabeza si lo oímos en cualquier lugar, no concebimos que haya otras personas que se llamen así. En mi caso, como su terminación es con la consonante eme pues ¡vaya lío!, no hay forma que de primera intención lo escriban como suena y es que esa terminación de nombre no es del idioma español. Cuando vivía en España el problema era mayúsculo por lo que se hizo casi de forma general que me llamaran Aurora, así se complacía a todo el mundo.

Otro lado de la medalla es lo que me ha ocurrido con los apellidos, en España no había problema pues allí lo usual es tener dos y más si a uno le apetece. Pero al llegar a Londres, donde sólo se usa uno, y en todas partes la gente está tan apurada para andar con otras averiguaciones, he perdido en muchos lugares (policlínicos, dentistas, oculistas, hospitales) el primer apellido y tengo sólo el de mi madre. Si mi padre se pudiera enterar, le daría una de sus rabietas de varios días.

Asistí desde los cinco años a una Escuela del barrio de Purnio, que se denominaba Escuela Rural, Aula Única N° 23. La maestra, una graduada de la Escuela Normal, era el símbolo de la pureza, de las buenas maneras y del respeto, estaba en la madurez, no se había casado nunca y lo llevaba como una medalla en la frente.

Siempre fui muy aficionada a aprender lo que se me ponía por delante y ella me invitó a que fuera su acompañante y ayudante en clase (borrar la pizarra, recoger los libros y libretas, las tizas, así como copiar algunas lecciones en la pizarra). Después que despachaba a los alumnos yo me quedaba, compartía su almuerzo e iba con ella a algún lugar que así fuera necesario. Me regaló libros, lápices de colores, hilos para tejer, y otras cosas que despertaban mi imaginación.

Cuando terminé el sexto grado, no había otro lugar en ese barrio donde pudiera recibir la enseñanza secundaria y mis padres decidieron que siguiera yendo a dicha escuela para que no perdiera lo ya aprendido y lo reafirmara. En la dimensión donde quiera que esté el espíritu de esa noble persona que fue mi primera maestra, le hago llegar mi saludo y admiración, y escribo su nombre para que así sea en cualquier momento y lugar: Francisca Santiesteban Álvarez.

A los siete años me regalaron una cámara fotográfica de marca Kodak que era una especie de caja pequeña, muy rudimentaria, pero que para mí fue algo sensacional, además fijaría mi hobby favorito para toda la vida. También por esa época recibí de mis padres una máquina de escribir marca Monarch, que era un objeto de museo pues para usarla había que pensarlo dos veces. Consiguieron, no recuerdo de que forma, el curso de mecanografía Pitman y me tenían horas y horas haciendo prácticas, tiempo que en realidad yo deseaba jugar como todos los niños de esa edad pero lo más significativo fue la obsesión que cogió mi padre con que debía aprender inglés y para ello compró libros y cursos con discos, etc. Yo llegué a rechazar ese aprendizaje, creo que esa es una de las causas por lo que dominar esta lengua se me ha hecho casi imposible.

Por esa época aprendí a fabricar las radios de galena, ya que mi padre se hizo técnico de Radio y Televisión por correspondencia y me enseñaba muchas cosas a falta del hijo varón

que no tenían. Cuando se produjo el ataque de los japoneses a Pearl Harvour y los americanos declararon la guerra, oí la noticia por uno de esos artefactos y siempre recordé la hora y día de ese acontecimiento, que marcó con huellas muy profundas al mundo entero.

Pasada la adolescencia y ante la imposibilidad de que fuera a un colegio superior, se decidió en familia que me trasladara a casa de mi abuela materna que vivía en la ciudad para que estudiara Corte y Confección. Así fue y en tiempo record me gradué ya que no se podía prolongar el pago de las cuotas mensuales. Mi padre decidió que la familia se mudaría para Holguín (vivíamos, como dije, a 12 kilómetros de ésta) donde él pondría un taller de mecánica y yo, además de coser, pondría una especie de Academia para dar clases, pero esa no era mi vocación y entonces — lo decidí por mi cuenta— asistí a una Academia para preparar los exámenes de ingreso a la Escuela de Comercio.

Como no tenía los cinco pesos que costaba el libro de Preparatoria, conseguí uno prestado de otra alumna y lo copié íntegramente, el cual contenía las asignaturas de Matemáticas, Historia, Geografía y Gramática con el nivel de Bachillerato. Como es de suponer, el hecho de copiar dicho libro me sirvió de repaso por lo que me aprendí casi de casi de memoria su contenido. Pasé felizmente los exámenes de ingreso a la Escuela de Comercio así como los cinco años de la carrera, y obtuve el premio al primer expediente en todos los años, la graduación fue muy hermosa y abría un horizonte amplio y variado. Esto fue el 6 de diciembre de 1953.

Posteriormente me matriculé en la Universidad de Holguín, que se había creado recientemente, para estudiar Ciencias Comerciales, pero sólo fui a un trimestre a dicho centro. Trabajé en varios sitios, el primer lugar fue un Estudio Fotográfico, y no es una casualidad el que me encante ahora todo lo que tiene que ver con esa ocupación, luego me fui centrando en el trabajo para el cual estudiaba y así fue hasta el final de mi vida laboral.

Contraí matrimonio con un santiaguero, persona muy culta y con grandes valores éticos y morales; nos divorciamos después de veinticinco años de casados por cuestiones que no es necesario mencionar. Tuve tres hijos (dos varones y una mujer) que me han llenado la vida de felicidad, que son personas maravillosas y que han formado cada uno su familia, ampliándose ya con ocho nietos y uno que va en camino. Puedo afirmar que tener a mis tres hijos ha sido el mejor y más valioso regalo de Dios, colmándolo con los amorosos nietos. Tuve mis hijos a los treinta y tres, treinta y cuatro y treinta y nueve años. Son el premio más alto que he recibido ya que en los hijos se deposita el amor, la ternura, la confianza y el deseo de ser mejor para guiarlos, para servirles de sostén y de guardián hasta que les crecen las alas y van a buscar y experimentar sus propias experiencias. Cada día doy gracias a Dios por haberme dado la posibilidad de experimentar y concebir una familia que ahora veo triplicada y con el camino abierto a sus aspiraciones.

Creo que es bueno que el recuerdo me detenga en el hecho de que pasados los cincuenta y cinco años me gradué de Licenciada en Dirección de Economía, después de cinco años de férreo estudio e investigación. Para mí estudiar ha sido una tarea más de la vida cotidiana y ahora, a los setenta y seis años, aun mantengo los deseos de seguir haciéndolo a pesar de que la memoria no me ayuda y de que el idioma inglés parece que me respeta de tal forma que ni me saluda.

Viajé a España invitada por la familia que tengo allí y me quedé a vivir, para mí fue una segunda universidad, pues aprendí muchas cosas y reafirmé otras ya conocidas. Es un país al que uno se acostumbra enseguida, y se forma parte de la comunidad con mucha facilidad,

cualquier lugar que se visite guarda tantos valores históricos y culturales que es difícil decir cual de los conocidos gusta más porque cada uno tiene algo especial que lo hace inolvidable. El encuentro que se cristalizó en ese país fue tan profundo que me reencontré e hice las paces con Dios, pero no con el de las imágenes sino el que llevamos dentro, el que nos hace sentir amor y esparcirlo por todas partes, el que nos enseña a ser más humildes y a conocer el camino a seguir en cualquier dimensión que estemos.

Llegué a Londres, un mes de noviembre, con el otoño en su esplendor, haciendo una travesía muy singular. Tomé el autobús en Estepona, Málaga, atravesando toda la península hasta San Sebastián para llegar a Francia y después de cruzar ese país, con una breve escala en París, salir por Calais en un ferry hermoso que atravesó El Canal de la Mancha (digo Canal Inglés) hasta Dover para retomar allí el autobús hasta su destino final que fue la estación Victoria.

En Londres, he hecho amistad con personas de habla hispana en diversos centros que acogen a los que hemos llegado a la tercera edad. Es algo extraordinario la labor de estos lugares ya que la mayoría de los participantes somos personas que tenemos dificultad en dominar el idioma de este país; además nos ofrecen los medios para que conozcamos lugares de interés y esparcimiento.

Por alguien que conocí, me enteré de la existencia del Club de Mayores Miguel de Cervantes para los españoles residentes en Londres, llegué a él y fui aceptada como socia a la mayor brevedad, algo de lo que me felicito ya que he logrado formar parte de un grupo numeroso de personas de habla hispana. Es un centro donde se reciben muchos y variados servicios, es un pedazo de España en esta ciudad, con la alegría contagiosa de los españoles, con la forma de vivir y de dar lo mejor de cada uno.

La cadena se va ampliando ya que tuve contacto con el grupo de History Talk y he asistido a sus sesiones. Es una interesante forma de aprender enseñando, porque cada uno de los asistentes brinda sus experiencias y vivencias y esa es una fuente de conocimientos que no aparecen en los libros y que, sin embargo, da pie a poder editar uno con ese contenido.

Si me preguntan que es lo que más me gusta de Gran Bretaña y lo que menos, podría decir categóricamente que aprecio mucho la atención que se le brinda a las personas mayores, el sistema de estudios de los niños y jóvenes que no son acosados por exámenes constantes sino que se dirige a la práctica. Otra ventaja es la intimidad con que se vive, ya que nadie cuestiona donde vas ni cuando vienes y la riqueza multicultural donde se puede apreciar el arte de todas partes del mundo entre otros etcéteras importantes. En cuanto a lo que menos me gusta sobresale el clima, al que no me puedo acostumbrar por la falta de sol; al frío, que no se va ni en verano, y a la niebla que cubre la ciudad y se cuele dentro de las personas y las pone herméticas, de modo que no se ríen ni haciéndoles cosquillas; al invierno de los días cortos y las noches interminables, y como ya he anotado por algún lado a no poder tener una fluida comunicación con las personas por no dominar el inglés.

Como el título indica estos son pasajes de mi vida pero mucho queda en el tintero. Ya habrá otros momentos y otras circunstancias para hablar de ella, cada día se va añadiendo a lo vivido y se va formando y deformando la historia. El escribirla es ya un reto y vale aquí anotar una frase de Goethe: «Las personas que no escriben tienen una ventaja, que no se comprometen».

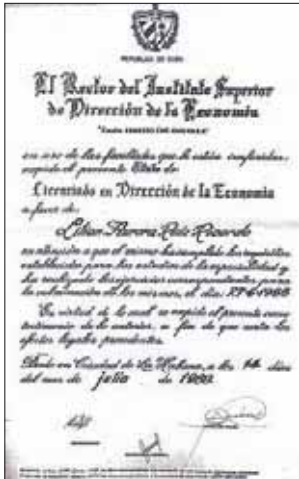
Londres 1 de octubre de 2007



Liliam Ruiz en Sevilla en 2002.



Liliam Ruiz con el hijo de un amigo en Holguín.



Diploma de Economía de Liliam Ruiz que se sacó a los 57 años.



Liliam Ruiz en Santiago de Cuba en la década de 1970 con sus hijos Alcibiades Lorenzo, Jose Manuel y Lilian.



Liliam Ruiz en el verano de 2006 en Córdoba con sus nietos Héctor y Antonio.



Foto de Liliam en el Club de Mayores de Londres en 2005.

LUÍS SANTAMARÍA



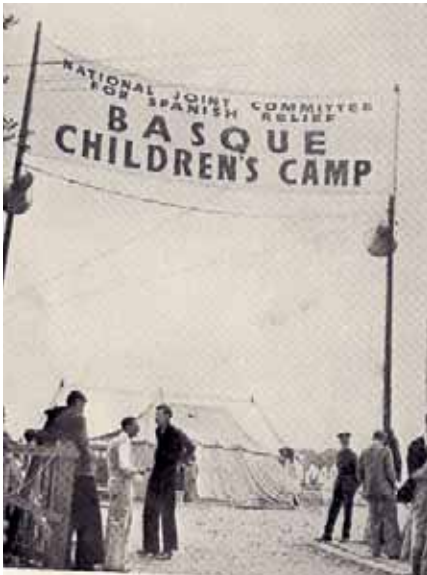
Luis (6° empezando por la izquierda) y su hermano Josechu (último) en la playa de Arrigunaga (Algorta). 1935-36.



Luis en Inglaterra. Foto hecha por la organización Plan Internacional que se creó para ayudar a los niños vascos y ha seguido después ayudando a la infancia de otros países. 1941.



Luis S. Inspección médica en Bilbao antes de salir a Inglaterra. 1937.



Luis S. -El barco La Habana en alta mar. 1937.



Luis S -Entrada del campamento en Southampton donde estuvieron los niños unos meses antes de repartirlos en diferentes instituciones, 1937.



La boda de Luis y Flora en 1952.



Fotocopia de una hoja del cancionero que usaban en las colonias. Los niños cantaban en lugares públicos como el Albert Hall para recaudar dinero ya que el Gobierno Británico no les dio nada.



The Culvers (los niños la llamaban Los Calvos). La última colonia que se cerró, en Croydon (Londres).



Fotocopia de una obra de teatro que escribió Pepe Estruch para los niños en The Culvers. Los dibujos son de Caireles Martínez. 1943.



Luis Santamaría con un grupo de españoles que militaban políticamente en las JSU. A su izquierda Carmen Landa. 1947-48.



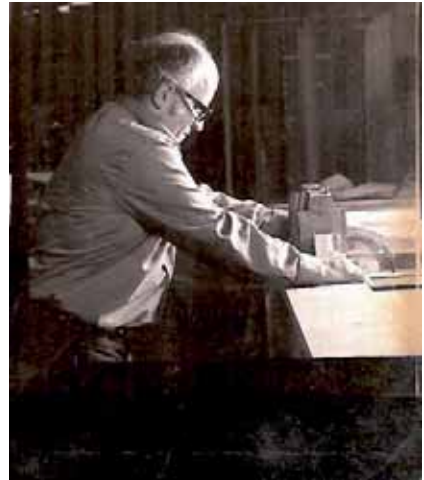
Primer viaje de Florita a España con pasaporte de soltera al serle denegado el de casada en el Consulado por no estar casada por la Iglesia. Su hermana Marichu y sus hijos Belinda, Luis Ángel y Mireya. 1965.



Luis tocando la guitarra que se hizo él mismo en su casa de Ladbroke Grove. 1965.



La familia de vacaciones en la Isle of White. 1964.



Luis S. trabajando en el taller de ebanistería. 1970.



Nota de sociedad que apareció en El Hierro, periódico de Falange donde trabajaba su padre de linotipista. Cuando salió del campo de concentración lo mandaron por toda España porque quedaban muy pocos linotipistas y él pidió que lo llevaran definitivamente a Bilbao donde tenía la familia pero le obligaron a trabajar en El Hierro.

LUÍS SANTAMARÍA

SIGUIENDO LA MALA ESTRELLA

LINAJE

*El día que nací yo
Qué planeta reinaría.
Por donde quiera que voy,
Qué mala estrella me guía*

En Bilbao, en el cuarto piso de la calle Dos de Mayo 13, se instala definitivamente el clan Santamaría Espinosa. ¿Cuándo contraen matrimonio mis futuros abuelos paternos? El contrato matrimonial debe encontrarse sin duda en los archivos del Registro Civil. Él, mi abuelo futuro, es Román Santamaría. Ella, mi futura abuela (a la que no llegaré a conocer), es Rosario Espinosa. Los dos, tengo entendido, eran sastres de renombre que trabajaban en su propio domicilio.

Mi abuelo no debió haberse apellidado Santamaría y la razón es muy sencilla. Su madre era ama de llaves de un señor cura con el que tuvo una relación amorosa, por lo tanto mi abuelo es fruto agrio del desliz cometido y llegó al mundo acarreado la ignominia de un patronímico de inclusa con el que le llamaron en el asilo burgalés donde nació.

La unión Santamaría Espinosa es fecunda. Son cinco hijos los que traen al mundo, cuatro varones y una chica, que llega a cumplir 101 años en 2002. De mis abuelos maternos sólo conozco sus nombres y no sé, ni puedo afirmar a ciencia cierta, si aun vivían cuando yo nací. Mi abuelo es Eusebio García y mi abuela Sotera García por consiguiente sus retoños, mi madre y su hermano se apellidan García García.

NUEVO CLAN

El libro de familia del clan Santamaría García indica que don Francisco Santamaría Espinosa, de 26 años, contrae matrimonio con Dña. Francisca García García, de 23 años, el día tres de mayo de 1924, un sábado. El libro deja saber que los dos son vecinos de la misma parroquia pero no indica que fuera sábado pero éste que escribe lo sabe porque posee unas tablas numéricas que descifran con exactitud en qué día del año cae cualquier fecha pasada o futura. Pero sigamos, la unión de mis padres es premiada con el fruto de tres varones —yo soy el segundo— y dos niñas mellizas.

De acuerdo con la lógica que dicta la ley natural, el clan Santamaría García se independiza por propio esfuerzo de los respectivos lazos familiares y emprende vuelo en solitario para abrirse camino por el mundo. Instalan su bastión, que sólo será temporal, en Matalobos, una barriada periférica de la gran villa de Bilbao. No por ello quedan rotos los vínculos tribales, tanto es así, que dos de los retoños pertenecientes al clan Santamaría Espinosa — mi tía Raquel y mi padre— ven también la luz en un aposento del cuarto piso de la calle del Dos de Mayo donde seguirían naciendo muchos miembros de la familia. Durante el primer viaje de retorno a mi ciudad natal, después del destierro forzoso al que nos sometieron a mis hermanos y otros cerca de cuatro mil niños, incluido yo, tuve el placer de visitar a mi tía Raquel y a mi prima, que habían seguido ocupando ininterrumpidamente la fortaleza Santamaría Espinosa. Esto si exceptuamos unos meses de ocupación mientras ellas se ausentan como refugiadas al caer Bilbao en poder de los fascistas. Las dos me mostraron la habitación donde habíamos nacido mis hermanos, mis primas Charito y Begoña y yo. Tengo entendido que sólo mis hermanas nacieron en una clínica por complicaciones obstétricas de mi madre.

LLEGO AL MUNDO

Nací un lunes 18 de octubre de 1926 a las tres horas y treinta minutos de la madrugada, dos años y medio después de que mis padres se unieran con el intercambio de alianzas. Desde luego sin asegurar cuando, es de suponer que celebrase mi bautizo poco después de haber nacido; y yo, armado sólo con una capacidad «carusioniana» para hacer funcionar mis cuerdas vocales en son de protesta contra «el baño». En fin, que como resultado de la ceremonia me quedé con el nombre de Luís, en honor de un tío violinista, al que añadiendo intercalados los apellidos maternos y paternos me quedé en Luís Santamaría García Espinosa y García.

DESDE 1924 HASTA 1936

El recién constituido clan es acogido en Matalobos con el sincero calor que caracterizaba por aquellos tiempos a cualquier comunidad que comparte con honra sus penas y sus alegrías. Rara es la vez que se atrancan las puertas de los hogares humildes. La vecindad entera entra y sale por ellos como el que entra por su casa. Ese trajín es más bien cosa de amas de casa y chiquillos porque los varones se hallan ocupados, que así lo demanda el honor de ser cabeza de familia, en asegurar el sustento para los suyos. En los períodos de ocio prefieren las amenidades del bar local u otras actividades callejeras. En general el rol de padre, desde el punto de vista educativo y social, lo ejercen a cuentagotas aunque, no por eso, quieran menos a sus retoños. Es la tradición y la pobre madre, por muy injusto que sea, deberá asumir de lleno esa responsabilidad, al ser parte de su tarea. No obstante, además de cuidar de sus hogares, tienen también sus actividades: se encuentran por la calle, en la tienda, de visita a alguna vecina bajo excusa de necesitar un poco de sal, de azúcar, o unas «gotirrinás» de aceite que devolverán con creces por ser deuda de honor.

Envueltas en estos quehaceres, mi madre incluida, se contarán chismes cuchicheando bajito, cotillearán, criticarán y se enfadarán la una con la otra presas de arrebatos espontáneos. Cosas de la vida cotidiana de barriada, pero cuando de verdad se nota el gran corazón de una vecindad que vive un ambiente de estrechos lazos sociales, es cuando ocurre una desgracia en alguna familia, entonces se desborda en ayudas genuinas y sinceras. A menudo la que más ha cotilleado o criticado a una familia, es la primera en prestar ayuda en la des-

gracia. Hoy día ese comportamiento de vecino, tan caluroso, ha tomado un derrotero que lo conduce sin remedio a la desaparición.

Mis padres parecen tener prisa en procrear miembros del clan Santamaría García y a los nueve meses y cinco días de su enlace matrimonial nace, un domingo ocho de febrero de 1925, mi hermano mayor. Su nombre de pila será Román, en honor al abuelo paterno, seguido de José en honor al tío Jose Mari, hermano de mi padre. Josechu, como será conocido de ahí en adelante, será el primero tras abandonar su cuna natal en la calle Dos de Mayo en ocupar un rinconcito en el asiento ancestral de Matalobos. A Josechu le seguiré yo, un año y ocho meses después, y se me conocerá por Luisito, diminutivo que perdurará en el ámbito familiar y el de los amigos íntimos hasta el presente día. A mí me sucede, con un año y dos meses escasos, mi hermano Ramón que nace un viernes nueve de diciembre de 1927 y, como es costumbre, su nombre honrará a otro tío. Su diminutivo será Ramonchu. Las hermanas mellizas no influirán con su presencia en Matalobos ya que nacerán después de habernos despedido del barrio el clan, un jueves veintiuno de mayo de 1931. Serán respectivamente Dolores —Lolita para la familia— y Esther.

Sólo me quedan vislumbres fugaces de la estancia en Matalobos. Recuerdo un día que me encontraba con mi madre en un camino muy estrecho, poblado de enormes setos, que hacían las veces de vallado y que llovía a torrentes. No recuerdo por qué me encontraba en aquel desolado paraje en un día tan lluvioso, sin duda fue la mala impresión que me causó aquel escenario tan poco acogedor y frío la responsable de que se me quedara grabada en mi mente. También recuerdo que el hogar se alumbraba por la noche con velas y unas lamparillas diminutas que flotaban encendidas en un recipiente lleno de aceite. Otra cosa que me viene a la mente es la ocasión cuando mi madre pintó la puerta principal de un color verde chillón y como tenía que ir a la compra se fue después de hacernos a los tres las proverbiales advertencias—medio—amenazas, de que no se nos ocurriera arrimarnos ni tocarla, estaba recién pintada. No tenía la pobre más remedio que dejarnos a nuestras anchas. El tiempo que transcurrió mientras bajaba a la tienda, platicaba allí unos momentos con alguna vecina y la tendera, compraba lo que fuera y subía de nuevo al hogar fue cosa de unos quince o veinte minutos. El suficiente para hacer nuestra la caja de cerillas que mi madre, demasiado confiada, había puesto en un anaquel alto. Los tres, ni cortos ni perezosos, nos pusimos a encenderlas. Total, pensaríamos, como no las tiene contadas... Nuestra madre había subestimado el ingenio del que eran capaces unos insignificantes peques. ¡Si el mayor medía sólo un metro! En fin, que uno de los mixtos encendido se nos escapó de las manos y fue a parar a la susodicha puerta que en una fracción de segundo prendió fuego a toda la pintura y los tres, aterrados, a base de golpearla con trapos mojados, evitamos lo que podría haber acabado en una horrorosa tragedia.

Lo que no pudimos evitar después de que se repusiera nuestra madre del susto inicial, fueron los zapatillazos que llovieron sobre nuestros culitos. Poco después, quizá por «sugerencia» del mismo casero, que poca gracia le tuvo que hacer lo de la puerta, mis padres establecieron su castillo en la calle Convenio de Vergara, nombre que recordaba la reconciliación carlista liberal de 1839. Dicha calle se hallaba situada a escasos minutos de la del Dos de Mayo. Apenas si recuerdo algo de ese lugar, que también fue temporal, puesto que mis padres se habían apuntado en una lista para tener un piso del ayuntamiento que estaba casi acabado de construir y se encontraba al final de la obra. Era un piso extraordinario, dotado de salón, como si dijéramos de baile, tres dormitorios inmensos, una cocina amplísima donde se hacía la vida diaria, un baño que en aquellos tiempos sólo era un sueño para una familia

obrero, una antesala de dimensiones similares a las de un dormitorio pequeño y una azotea holgada a la que se accedía por una puerta corrediza que se extendía a todo lo ancho del salón. En comparación con los pisos anteriores que habitamos, para la familia, y sin duda alguna para la mayoría de la clase obrera, los de aquella finca eran palacios. Se hicieron famosos en todo Bilbao y recibieron el apodo de «casa baratas» por el hecho de ser de renta limitada. Las señas de lo que creíamos ser un nido permanente eran Plaza de Zumárraga 1, 5º dcha. Bilbao, Vizcaya. Allí pasamos la familia los tiempos más felices aunque en todo momento acechados por tenebrosas sombras que no tardarían en provocar una terrible borrasca que anegaría a la nación en desgracias.

Conservo vivos en mi mente recuerdos de aquellos años de felicidad truncada por períodos intercalados, unos de monotonía y otros (Lo que está en rojo quitarlo) de terror cargados de inseguridad y tristeza. Me veo envuelto en placer, jugando con mis hermanos y amigos del barrio en la plazoleta de la finca —nuestro territorio sagrado de juegos— y, si llovía, entretenido en casa. Si no era día de fiesta aburriéndome en la escuela. Otras veces me veo atracando el frutal de Atano, que lo patrulla tratando de descorazonar a los merodeadores con una escopeta cargada de sal. Cazando grillos, saltamontes y lagartijas o cualquier otro representante del reino animal. Con el padre voy al monte hasta la hora de comer y con toda la familia viajo a la playa de Arrigunaga gracias a las vacaciones pagadas que recibe mi padre todos los años de la Gaceta del Norte donde ocupa el puesto de primer oficial de lintopía. Me veo sumido en el temor, encerrado en casa con mis hermanos, sin el juego animado con otros amigos que también se encuentran encerrados en sus casas. No me aburro en la escuela porque está temporalmente cerrada. No atraco el frutal de Atano ni él tiene necesidad de patrullar su imperio con la escopeta. No vamos al monte y, menos aun, a Arrigunaga pues buscamos cobijo aterrados en el regazo de nuestra pobre madre pero, a la vez, nos inquieta la expresión preocupada que marca su dulce faz. Oímos las descargas cercanas y lejanas que vomitan por sus negras bocas los instrumentos de la muerte. Presentimos la cercana tragedia y luego, en un descuido del amparo materno, la curiosidad nos lleva a la ventana y, escondidos entre las cortinas, presenciamos la aparición de camionetas cargadas con los monigotes del orden que bajan de ellas armados hasta los dientes y luciendo unas capas negras y rígidas que parecen los élitros de escarabajos. Acto seguido ultrajan, sin sentir ningún remordimiento, la soberanía de nuestra plaza de juegos en busca de algún manifestante que ha eludido su red. Al cabo de unos días, cuando da la impresión de que la situación se ha normalizado un poco, salimos a la calle y, a menudo, nos encontramos entre los escombros y basuras del barrio, yo nunca tuve esa suerte tan macabra aunque sí alguno que otro de mis amigos, pistolas abandonadas, testigos recientes de los disturbios.

Algo que se me ha quedado grabado, como si lo tuviera delante de mis ojos, es un cartel de propaganda del año 1933 con motivo de las elecciones que se celebraban. El pasquín consistía en el dibujo de una pera, que ocupaba casi todo el espacio, con ojos, nariz, boca y orejas. Debajo se encontraba escrito: «Lerroux». No recuerdo, ni lo hubiera sabido, si el anuncio se declaraba a favor o en contra del líder republicano radical, de derechas. Tengo entendido que aquel personaje político era conocido por «el cara de pera» o por similar apodo derivado de la semejanza de su fisonomía facial con la forma de la exquisita fruta.

También tengo en la memoria las manifestaciones multitudinarias, colmadas de alegría, en el Arenal y otros lugares de Bilbao donde los chiquillos entusiasmados recogíamos del suelo, como si fuesen un tesoro, lacitos tricolores que se habían desprendido de la indumentaria de muchos manifestantes. Los balcones de todo Bilbao se hallaban adornados de

rojo, amarillo y morado, o según el criterio de sus ocupantes, de rojo blanco y verde, de rojo y negro o de rojo sólo. Lo que no se veía en ningún balcón era la bandera bicolor de la monarquía. Indudablemente, aunque yo no comprendiera el significado de aquellas manifestaciones, tal estado de euforia y festejo se debía al memorable 14 de Abril de 1931. Poco después, el 21 de mayo, con los residuos de los festejos rondando probablemente por las calles, el clan Santamaría García aumentaba su número con la llegada de las hermanas mellizas.

Otro recuerdo que se me ha quedado grabado firmemente es la grandiosidad funesta de las pompas fúnebres de aquellos tiempos. Me refiero, no a los entierros de los humildes, sino a las exequias menos frecuentes de las que se enteraba no sólo la vecindad sino todo aquel que viviera por donde pasaba el cortejo fúnebre camino de la Basílica de Begoña, de la catedral en el casco viejo, de la iglesia de San Antón o camino de los templos menos nombrados. La elección del lugar para el responso dependía de la importancia del rango que ostentase en vida el difunto y también del bolsillo de la familia que debía hacer frente al coste de una suntuosa carroza con tiros de dos, cuatro e incluso seis magníficos caballos al mando de uno o dos cocheros con similar número de ayudantes. Todo de un lujo negro como el azabache. El féretro, erigido sobre un regio pedestal y el carruaje iban adornados con coronas y ramos de flores que llevaban mensajes de condolencia. Si el entierro era de algún personaje político el acto fúnebre tenía la misma pomposidad. El color negro lo invadía todo y la ruta de la procesión seguía el trayecto acostumbrado o se iba directamente al cementerio donde, una vez llegados allí, los oficios religiosos se sustituían por arengas políticas.

La otra diferencia entre unos actos fúnebres y otros se notaba en el color, en los entierros políticos había una profusión de estandartes y banderas enlutadas con crespones, unos lazos negros, que rompían la monotonía y la sombra negra de las demás pompas fúnebres. Lo que no quiero asegurar es si, por aquellos tiempos, se practicaba todavía la costumbre de alquilar lloronas que acompañaban a los muertos gimiendo ante la sepultura. Si no fuese por el destino que esperaba a toda esa pomposidad pretenciosa, muchos, inflados de importancia, se darían el gusto de viajar, rodeados de lujo aunque incómodos, en aquellos armatostes sacadineros. Por lo demás, nadie se distinguía entonces, ni se distingue ahora, en la muerte. Una canción que se cantaba entonces dice así:

*Una cruz, una pala y un sepulcro
Estos son los aparatos funerales*

...

*Una lámina de mármol para el rico
Y un puñado de tierra al infeliz.
¡Al infeliz!*

En renglones anteriores describía el hecho de estar forzados a permanecer días inabundables encerrados en casa. En octubre de 1934 la familia, abrumada por el peso de la incertidumbre, al igual que otras familias obreras, sufría el encierro obligado más largo y duro hasta entonces. Las autoridades habían declarado el estado de sitio imponiendo a la ciudadanía el toque de queda. Si algún civil lo desobedecía ponía en peligro su libertad e incluso su propia vida. No recuerdo bien si mi padre iba al trabajo, aunque supongo que sí, lo que casi podría asegurar considerando sus ideales, su carácter rebelde y su dignidad como hombre honrado y valiente que era, es que no estuviera siempre recogido en casa durante las horas prohibidas por el toque de queda. Recuerdo además, como si lo estuviera presenciando

ahora, que si se hallaba en casa, a menudo la terrible situación provocaba en nuestros padres conversaciones de este tipo:

—Paco, apaga esa luz, ya sabes que está prohibido darla y no quiero líos.

—¡A mi no me prohíbe nadie encender la luz en mi casa!

Contestaba mi malhumorado padre y a veces las pequeñas disputas eran interrumpidas por demandas que venían de la calle: «¡Apaguen esas luces!» Para los números que patrullaban no era necesario vociferar dos veces las órdenes. Al instante se producía un apagón simultáneo en casi todos los hogares que oían la petición. El motivo de aquellas medidas represivas se debía, aunque mis hermanos y yo no comprendiéramos el por qué de la trágica y cruel situación, a aquel funesto octubre de 1934. Se debía a la sublevación de los obreros en Asturias y Cataluña que se habían manifestado hartos de injusticias y en protesta por las maniobras del gobierno derechista. Fue sofocada cruelmente y Asturias convertida en un baño de sangre bajo el guantelete de los regulares del tercio al mando de un general que, ya con anterioridad, había mostrado su saña persiguiendo a patriotas marroquíes durante la Campaña de Melilla, de 1921 a 1926, donde miles de soldados españoles murieron en el desastre de Annual.

Pero dejemos al general con su conciencia en las páginas de la Historia y volvamos a la Revolución de Octubre de 1934. Cientos de muertos y miles de presos políticos que llenaron las cárceles de toda España hasta su liberación en 1936, fue el balance material de la heroica lucha de los mineros astures y de los obreros catalanes. Todos ellos dejaron de testimonio su generoso sacrificio que despertó en el pueblo la conciencia de clase que maduraría el 16 de febrero con la victoria del Frente Popular aunque en 1934 ese acontecimiento quedaba aun en el futuro.

En octubre de ese año el clan Santamaría García estaba ya afincado en la Plaza de Zumárraga con la suerte ¡qué ironía! de tener a la cárcel de Larrinaga a tres o cuatro minutos a pie de nuestra casa. La cárcel era un edificio de aspecto tétrico que imponía y ocultaba al transeúnte la visión de las plantas bajas con un muro de cinco o seis metros de altura que rodeaba todo el recinto del inhospitalario lugar. Lo que se veía desde la calle, por encima de la formidable tapia, eran no menos que dos pisos, cada uno con su hilera interminable de ventanucos con barrotes. Todo aquel terrible aspecto del edificio, su frialdad, su mensaje de tristeza, su carácter desolador, quedaba reflejado en los rostros de los reclusos que aparecían con frecuencia entre las barras que custodiaban aquellas grotescas imitaciones a ventanas y que parecían decir con sus miradas lastimeras a todo aquel que pasara por la calle: «no os olvidéis de nosotros». ¿Cuántos mineros asturianos y vascos, cuántos obreros catalanes y vascos encarcelados en Larrinaga compartieron las celdas? Eso lo sabían sólo los números al servicio de la represión que los tenía encarcelados. La opinión pública, me explicó luego mi padre en 1976, aseguraba que la infame cárcel desbordaba de presos políticos. Hasta los chiquillos hacíamos comentarios con aires de fantasía misteriosa sobre los reclusos que observábamos detrás de los barrotes. Cantábamos con todos:

*Si algún día vas a Asturias
Descúbrete, compañero,
Por la muerte que han tenido
Esos valientes mineros,
Esos valientes mineros
De la provincia de Oviedo*

*Que han demostrado al mundo
Que no han conocido el miedo.
¡Ay! ¡Ayayai!
Murieron muchos obreros,
Bajo las balas traidoras,
De esos canallas del tercio.*

Otro aspecto de aquellos años de la tierna infancia que aun recuerdo, es el miedo que sentíamos provocado por los mayores que nada tenía en común con el terror causado por la situación política y que ellos habrían sentido antes, durante su propia infancia. Me refiero al modo de amonestarnos no sólo en la calle, en la escuela y otros lugares públicos sino también en la intimidad del hogar por las travesuras que cometiéramos. Era un tipo de increpar que estaba vinculado indirectamente a la influencia que ejercía la Iglesia en los quehaceres cotidianos que mantenía a la víctima en permanente terror del pecado mortal royéndole las entrañas. Los adultos, incluido un buen número de padres, no comprendían el susto y el daño que causaba en las criaturas el ser tildados de judíos o demonios por simples chiquilladas. Y, por si eso no fuera poco, el apodo casi siempre iba acompañado de amenazas tanto o más terroríficas: «vas a ir al infierno», «tú no vas al cielo».

Hoy día aquellas amenazas se tomarían con el mérito que se merecen pero entonces el terror me acompañó por su culpa durante todo el segundo lustro de mi infancia. Sólo pude evitarlo en mi mente desde el principio de la segunda década de mi vida, para entonces dominaba mejor la razón y, con la rebeldía pueril de un chaval que acababa de cumplir diez años, me atuve a los conocimientos de los puntos menos negativos acumulados en las clases de catecismo de los domingos que aseguraban el perdón de Dios, si había arrepentimiento, dando la promesa de no cometer más diabluras. Además, como al recibir unos cuantos zapatillazos se notaba muy bien mi arrepentimiento por las muecas de dolor de mis facciones, una vez cumplida la deuda, no veía por qué se me tenía que negar la entrada al cielo o amenazarme con el infierno y menos calificarme de judío y todo lo demás. La verdad es que yo era un travieso incorregible. Mi madre debió comprender bien el asunto. En el caso de mis hermanos y mío no recuerdo más amenaza, puesta en práctica o no, que la proverbial zapatilla. Mis hermanitas no entraban aun por ese ojo de la aguja. Con tres o cuatro añitos los únicos delitos que cometían era tronchar los zapatos de tacón alto, arrastrar vestidos por los suelos y ponerse las caritas del color de las amapolas con el colorete de la madre.

Tengo que comentar más seriamente que el método de reprender contenía escondidos motivos ulteriores con mucho más significado que el de simples advertencias destinadas a desanimar a criaturas traviesas. Su inconfundible carácter cargado de religiosidad denotaba que la práctica iba mucho más lejos que el mero deseo de estimular un comportamiento modelo en las niñas y niños e iba dirigida tanto a menores como adultos. El poder de la Iglesia no perdonaba ni excluía a nadie de su dogma y la inocencia infantil era la primera víctima llegando a la ancianidad completamente inductrinada. No es de extrañar entonces, y adelanto unos párrafos a las décadas cuarenta, cincuenta y sesenta, que embelesados con su poderío los representantes de la jerarquía eclesiástica, como los cardenales Plá y Deniel y Segura, el obispo de Canarias —Monseñor Pildaín etc. llevaron su campaña de inductrinación a tal grotesca ridiculez que, de no ser tan trágico, el asunto hubiera despertado la risa en el más aburrido. Me refiero con eso al modo como aquellos eruditos de la santa ciencia definían las «malevolentes prácticas sexuales» bautizando ridículamente los órganos sexuales: al femenino le llamaban «antro de Satanás» y al masculino «serpiente diabólica». Para hacer

más hincapié en aquellas aserciones se publicaron carteles que expusieron públicamente. Los carteles eran parte activa de la campaña bestial contra el baile cuyo máximo arquitecto fue el cardenal Segura con sus infames anatemas. Dichos carteles anunciaban con letras enormes: «BAILES MODERNOS» y debajo del mensaje, la parte central quedaba ocupada por un dibujo que mostraba dos parejas bailando. En la pareja de la izquierda la muchacha aparecía con cuernos, rabo, pezuñas, cara de bruja y orejas y alas de murciélago, ¿qué culpa tenían los pobres?, y en la imagen de la derecha era el muchacho que aparecía disfrazado de Satanás. Al pie del grotesco dibujo, en letras iguales de grandes que las anteriores ponía: «JOVEN DIVIÉRTETE DE OTRA MANERA». Irónicamente, y al mismo tiempo que publicaban esos carteles, un número de sacerdotes, al menos en Bilbao, se regodeaban en el confesionario incitando a las jóvenes a confesar con todo detalle hasta lo más íntimo de sus aventuras amorosas.

Por aquellos tiempos campearon una serie de modas de tinte religioso que necesitarían al menos un libro para describirlas. Así y todo merecen ser expurgadas las absurdas de las verdaderamente malignas. Entre las últimas está la siguiente: Florita, mi esposa, me ha contado que su abuela, oriunda de Cistierna, en la provincia de León, solía ir a Bilbao a visitar a su hija y sus nietos. En una de las visitas le aseguró a la madre de mi mujer que «los rojos» tenían cuernos y rabo. «Pero madre —le contestó la de Florita a la suya— ¿quién le ha dicho a usted eso? si sus nietos son republicanos». A pesar de tener a los nietos ante sus ojos la pobre anciana respondió que no tenía por qué dudar, que el cura del pueblo lo decía a menudo en los sermones de la misa. Mi suegra no la pudo convencer de lo contrario.

Cuando llegaron a España en 1956 muchos de los niños evacuados a Rusia en 1937 se encontraron que la gente pensaba lo mismo de ellos. Antes de acabar con este tema debo mencionar como nota curiosa hasta que punto la mente infantil estaba invadida por la influencia religiosa, eso se notaba, por ejemplo, especialmente en los juegos de las niñas. Los chavales tenían canicas, figuritas de plomo que venían envueltas en los caramelos de cierta marca, estampillas de futbolistas o los güitos —el hueso del albaricoque que los niños usábamos a modo de canica y era muy apreciado—. Las niñas, por el contrario, se entretenían con cromos que llevaban un alto contenido religioso como angelitos, niños Jesús, y guapísimos Jesús adultos con preciosas barbas rizadas, San José —también muy guapos—, la Virgen María y un sin fin de personajes bíblicos. Todo este tinglado de estampas iba sutilmente mezclado con los cromos de mariposas, flores, gatitos, pajarillos etc. Si las niñas no se encontraban en la tesitura de disputarse los cromos estaban jugando a la cuerda, a mamás o las comiditas. Otro juego que les gustaba mucho era el de los belenes en el que todas querían hacer de la Virgen María. Por supuesto no había santos José ya que a los niños no nos pescaban ni de broma haciendo de mariquitas. ¡Ni hablar! Para el papel de niño Jesús utilizaban muñecos. Sin embargo los niños no teníamos inconveniente en usar entre los métodos para escoger bandos la siguiente aleluya que iba acompañada de movimientos de la mano del que le tocaba escoger.

*Uno, dos, tres y cuatro
Santa Rita bendita
Como no salgas, baja Dios
Y te corta la cabecita*

En los casos en que la decíamos puedo afirmar que el influjo religioso no causaba en los niños efectos adversos o nocivos. Era una costumbre más de las tantas que había como santiguarse a menudo en la vía pública, arrodillarse, besar el formidable crucifijo que col-

gaba por fuera del hábito *ab aeterno* de alguna monja que se cruzara con nosotros. Acabo con este tema en una nota positiva. De todas las costumbres religiosas que se practicaban, y que se siguen practicando, había una que al menos era de beneficio material para los niños. Se trataba del modo de celebrar bautizos. Es un misterio cómo y cuando nos enterábamos los niños de que había un recién nacido a punto de bautizarse. De pronto toda la chiquillería del barrio nos encontrábamos como por encanto debajo del balcón del neófito que había recibido el primer sacramento hacía poco. Allí esperábamos impacientes que los progenitores hicieran llover sobre nuestras cabezas confites, caramelos, perras gordas y chicas (eran monedas de diez y cinco céntimos) y en casos más ostentosos hasta llovía alguna peseta que otra. Los chavales nos disputábamos el botín sin que este hubiera llegado siquiera al suelo. Hoy los niños no sólo pueden saciar los caprichos a sus anchas sino que a veces incluso se ven por el suelo de la calle golosinas desechadas a medio saborear. No creo que esta costumbre siga en uso, o quizá sí en algún pueblo perdido o el algún país del tercer mundo, lo que si me atrevo a asegurar es que en España la religión lo tendría difícil si tratase de conquistar feligreses mostrándoles la zanahoria de los caramelos.

DE 1936 EN ADELANTE

¡Qué fecha memorable en el siglo XX la del 16 de febrero de 1936! Por primera vez en la historia de España el poder legislativo pasa de las manos de unos pocos a las de los muchos. El acontecimiento presagia un nuevo albor colmado de dicha en pro del pueblo. La codicia ambiciosa de unos pocos comienza a sentirse sin mucho tardar. Intrigas rastreras sabotean la obra progresista del gobierno del Frente Popular acusándolo, a pesar del pluralismo político del que está compuesto, de ser un engendro del comunismo olvidándose, los que hasta entonces se han manchado la honra cometiendo canalladas contra el pueblo, de lo que ellos practican, prefieren imputar las culpas a quien está libre de ellas: el gobierno. Durante los tres primeros meses de su mandato son pocos los que están capacitados para visualizar la borrasca que se avecina. Al gobierno le falta energía para despojar del poder a la casta militar. Confía en que manteniendo distanciados entre sí a los posibles cabecillas será suficiente para evitar el peligro de un posible golpe de estado y en lugar de destituirles de los mandos les ponen en bandeja el ejército de Canarias, de Marruecos y del Norte (Navarra). Después de todo ¿no han jurado fidelidad a la Bandera? No van por lo tanto a deshonorarse traicionando a la nación. El escenógrafo ha consumado la vil tarea y su decorado tormentoso se ha adueñado del escenario en el que en breve el adulto protagonizará la tragedia. El tablado infantil también se encuentra listo y los pequeños protagonistas presentes en la escena. Su obra no tiene nada en común con la de los mayores, trata de juegos, de estudios, pero sobre todo trata de ser feliz sin los acosos terroríficos en un ambiente de alegría y libertad.

Los niños no entendíamos de intrigas políticas ni de injusticias, aunque eso no quería decir que no las notáramos materialmente sobre nuestras personas. No comprendíamos que daño habíamos causado a la sociedad para que se nos castigara con largos períodos de encierro en una atmósfera cargada de pánico para luego, de repente, quedar perdonados y poder salir a jugar a la calle e ir a la escuela y después, con monotonía rutinaria, sin previo aviso, volver a las mismas. Yo, con lucidez infantil, había comprobado dicho estado de cosas durante todo el segundo lustro de mi vida y ahora, en 1936, al mes escaso de la inspección de los Reyes Magos a nuestras alpargatas, limpias como la patena (que zapatos de charol no teníamos), nos encontrábamos los pequeños del clan Santamaría García jugando en la calle

en pleno estado de libertad con toda la chiquillería del barrio sin miedo a ser molestados por aquellos tipos disfrazados de coleóptero que antaño solían vociferar : ¡Apaguen las luces! Aunque no supiéramos lo que ocurría sentíamos un cambio radical en la estructura legislativa.

A los niños de escuela nos fue muy notable el cambio de actitud en los centros docentes. En la Normal, nuestra escuela ubicada en el barrio de Solokoetxe, los alumnos notamos la desaparición de varios maestros y, aunque no hiciéramos aprecio de cual pudiera ser la razón, con toda probabilidad fue que pertenecían a la vieja escuela y habían sido substituidos por sangre joven: maestras y maestros que desde el primer instante irradiaban frescor y simpatía en las aulas. Notamos la desaparición de la segregación por género en las aulas y en los patios de recreo. También notamos la exclusión de la Historia Sagrada como asignatura oficial que se convirtió en una disciplina voluntaria. Algo que notamos, sobre todo, fue la desaparición del guantelete de hierro del que abusaban los maestros y las maestras de la vieja escuela, a veces incluso con saña, para imponer su autoridad. En su lugar se introdujeron una serie de pautas disciplinarias basadas en el razonamiento y en castigar sólo en casos de extrema gravedad, limitándose a reprender o convencer verbalmente al que había incurrido en falta animándole a adoptar una postura menos insociable.

El resultado casi siempre de la nueva forma disciplinaria fue a partir de este momento de carácter positivo. En resumen: cambio tan espectacular se debió a haber sido despojada la Iglesia de su influencia poderosa que, con absoluta autoridad, había gozado en los centros docentes del Estado. La educación del nuevo gobierno adoptó un sistema laicista en el cual sobraba su intervención aunque no por ello se coartó a los colegios privados el pleno derecho de educar de acuerdo con el criterio elegido. No cabe duda de que hubo otras reformas que influyeron en los nuevos métodos didácticos pero estas fueron demasiado sutiles para que las pudiera entender una mente infantil que, en general, estaba más interesada en juegos y travesuras.

En el tema social sí notamos diferencias importantes y el cambio más espectacular que sentimos fue el ambiente festivo que dominaba la escena, no por tratarse de días de fiesta, sino porque hacíamos una vida normal —escuela, juegos, deberes— sin ningún impedimento entorpecedor. Era esta vuelta a la vida normal lo que me parecía una fiesta. Aquellos inolvidables primeros meses transcurrieron desbordantes de felicidad. El cambio fue tan grande en nuestras vidas que, de haber sido materia prima, la habríamos recogido a paladas. Quizá para los adultos el cambio no fuera tan claro ni optimista y por algo había huelgas masivas provocadas por los irresponsables cierres de talleres y fábricas. Los chiquillos, indiferentes a la tragedia que se avecinaba, disfrutábamos en un ambiente falso que para nosotros era paradisiaco.

No estoy seguro si fue a partir de la victoria en las urnas del Frente Popular o ya venía de antes pero en Euskadi existían una serie de fiestas para todos los niños en edad escolar que se celebraban al comienzo de las vacaciones. Probablemente de todas ellas la más espectacular era la Fiesta del Niño y se hacía tan bien, como para tirar por tierra la fama de los españoles de ser poco organizados. Cada escuela bilbaína, además de las que se encontraban en la periferia y lugares incluso más alejados, agrupaba a sus alumnos y se nos daba a cada uno un paquete que contenía una suntuosa merienda. Seguidamente, acompañados de nuestros maestros y dependiendo de la distancia, se nos encaminaba a pie o en autocar al lugar concertado para el encuentro donde se nos obsequiaba con un grandioso espectáculo. Yo asistí a dos «Fiesta del Niño», una en Vista Alegre (la plaza de toros) y otra en San Mamés

(sede del atlético de Bilbao). También recuerdo que si había vacaciones de verano, al salir de clase, al menos en la Normal, nos ponían en la mano un soberbio cucurucho repleto de caramelos. Supongo que la asistencia sanitaria infantil también gozaría de cambios en las normativas aunque, por falta de conocimiento, no me atrevo a asegurar a ciencia cierta si estos fueron debidos al Gobierno Popular o venían de antes. En lo que a mi me atañe puedo afirmar que me beneficié de un programa de vacaciones gratis en pro de la salud infantil.

LAGUARDIA

Siendo un bebé mi madre, mientras hacía la compra, me dejó al cuidado de una niña púber y, según contaba ella, como la niña no veía peligro alguno, estábamos en un huerto, me dejó a la sombra de un ciruelo, para que no me diera el sol, y se puso a jugar con otras niñas olvidándose del bebé. Cuando de nuevo se hizo cargo de mi persona yo ya me había atiborrado de ciruelas verdes caídas a mi alrededor que sin hacerse esperar mucho me produjeron un cólico que me mantuvo dos semanas a las puertas de la muerte. Al cabo de ese tiempo me recuperé pero me quedó un estado delicado de salud que, aunque no me privó de cometer diabluras, me acompañó toda mi niñez. A causa de mi débil estado tuve la fortuna, si se puede decir así, de serme adjudicada una plaza en un sanatorio de verano en la primavera de 1936. Había al menos tres de ellos en Vasconia, nombre que tenía en aquellos tiempos lo que hoy se llama oficialmente País Vasco. Dos de esos magníficos sanatorios se hallaban en Vizcaya, uno en Gorniz y el otro en Pedernales, junto a la desembocadura de la Ría de Mundaca. El tercero, al que fui yo, estaba en Laguardia, en el corazón de la Rioja Alavesa. La estancia en ellos duraba tres meses a partir de primeros de mayo. Se hacían en dos tandas, la primera en mayo, junio y julio y la segunda en agosto, septiembre y octubre.

Habría niños y niñas más felices que los cincuenta niños y cincuenta niñas que en breve partiríamos hacia Laguardia, pero entonces ¡nadie ni nada nos habría podido convencer de ello! Además, para animarnos, el sol nos había saludado regalándonos un día esplendoroso. Nuestros padres nos llevaron al punto de partida desde donde nos despidieron y todos, supongo, recibimos los últimos consejos. Mi madre, al menos, sacó a relucir su código de comportamiento protocolario del que se valía a diario para exigirme una buena conducta así que me recitó el repertorio entero que consistía en:

- 1- Obedece a los maestros.
- 2- Sé bueno y respetuoso con los mayores.
- 3- No riñas con los demás niños.
- 4- Estudia mucho.
- 5- No cometas travesuras
- 6- Si van a misa los domingos vete tú también

Y por último, como siempre, acabó advirtiéndome con severidad: «no quiero recibir ninguna queja». Yo, muy sumiso, iba asintiendo a todo con movimientos afirmativos. Total, ojos que no ven, corazón que no siente. Ya se encargaría mi separación del ámbito materno de dar al traste con todas mis promesas sin que ella se enterase.

Mayo, junio y parte de julio transcurrieron muy felices. El personal nos trataba como si fuéramos de sangre azul, sobre todo el director, cuyo nombre se me ha quedado extraviado

en el laberinto del olvido, no así su físico y su carácter, que siguen tan vivos en mi memoria que parecen recuerdos de hace unos días en lugar de hace casi setenta años. Él era más bien rechoncho, o sea, de corta estatura y algo regordete, pero no obeso. En su rostro lucían unos ojos grandes, de cordero, que irradiaban una bondad infinita. Su indumentaria denotaba algo de descuido hacia su persona ya que para el director la elegancia no tenía importancia alguna pese a la autoridad que indudablemente ejercía sobre sus subordinados. Lo único que resaltaba en su atavío era una lucida cadena de oro que iba sujeta al ojal de su mugriento chaleco. Todo el conjunto físico del director era el espejo de un personaje bonachón salido de un cuento. Para todas las criaturas que llegamos a su imperio era como el tío que llega de las Américas cargado de cariño y regalos para sus sobrinitos. Lo queríamos mucho.

Las actividades que nos ocupaban cada día obedecían a un programa rutinario de recuperación de la salud y eran obligatorias. Otras actividades, las de carácter social y recreativo, quedaban a expensas del ánimo de cada uno, o cada una, y entre éstas se encontraba la que nos iba a mantener la salud del alma y a ella se podía asistir de forma voluntaria, cosa que nos recalcaron especialmente. A pesar de esta advertencia sólo tres chavales tuvimos el valor de desobedecer (yo al menos) los consejos maternos, uno dijo que no iba por ser comunista y el otro por socialista y yo por razones de la misma índole. De esta forma nos excusamos del aburrimiento de oír la misa y empleamos ese tiempo entretenidos en hacer safaris por los magníficos jardines del sanatorio al estilo de Frank Buck que era un famoso cazador de aquellos tiempos. Frank Buck no mataba los animales, los cazaba para los zoológicos, y sus documentales alcanzaron gran popularidad entre los niños. Eran una serie de películas que llevaban el título de *Bring'em back alive*, (*Traéte los vivos*).

A mediados de julio empezamos a notar un leve cambio en la actitud del personal, parecían tristes, y los veraneantes achacábamos la tristeza, sin dar más importancia al asunto, a que se acercaba el fin de las vacaciones. Algunos de nosotros hasta empezamos a envidiar la suerte de los que iban a reemplazarnos en breve, sin pensar que también éstos tenían derecho a esas vacaciones. ¡Qué lejos estábamos de saber el verdadero motivo! Aquel maldito 18 de Julio Franco, con su grupito de militares, habían traicionado a la patria. ¡Estábamos en guerra! El señor director, que se había ausentado del sanatorio sólo una semana antes de la fatídica fecha, volvió a aparecer poco después de la traidora sublevación. Su vestimenta había sufrido un cambio radical y en lugar del atavío acostumbrado vestía una camisa, un pantalón con polainas de lustre cegador, un gorro al que por delante le colgaba una ridícula borla que le debía molestar en los ojos y su torso, como el de un buey, estaba uncido por un correaje inservible y tan ridículo como la borla. Aquel esperpento vestido de color azul personificaba una pulcritud que no coincidía con la maldad que transmitía el atuendo. Era un «camisa nueva».

Su físico rechoncho seguía siendo el mismo pero su persona había cambiado. Sus ojos y expresiones faciales despedían centellas. El tío llegado de las Américas, colmado de miradas y sonrisas cariñosas, había desaparecido bajo la vestimenta y el lugar del tipo bonachón lo había ocupado una persona desconocida, déspota, cargada de odio y crueldad. ¡Quién lo iba a decir! El cambio de ropa había funcionado como una pócima para transformarlo del buen Doctor Jekyll al malo Mister Hyde. Al señor director le había pasado lo mismo que a muchas personas «ponle gorra de visera al conserje y se creará general».

A la mañana siguiente las cien criaturas nos hallábamos el jardín dispuestos para comenzar la rutina diaria de la gimnasia cuando apareció en escena el señor director, envuelto en una cegadora aureola, luciendo su flamante uniforme, listo para comenzar de nuevo la

Inquisición. «¡A ver, que salgan aquí esos tres rojillos que no quieren ir a misa!» Dijo. Y esas palabras textuales las tengo todavía grabadas en mi mente. Fue tan dura e inesperada la demanda que nos presentamos ante él los tres cazadores temblando de miedo, víctimas del furor que emanaba de su bestial compostura. Sin más miramientos procedió a vomitar a gritos una arenga tan desmesurada, tan llena de amenazas insolentes e insultos desaforados que bien pudiera haber despertado a un muerto para luego volverse a morir del susto y el pavor se apoderó de nosotros. Después de vociferarnos nos dijo que íbamos a aprender el catecismo en dos semanas y que luego haríamos la Primera Comunión y ¡vaya si lo aprendimos! y ¡vaya si la hicimos! Luego, dirigiéndose a todos, nos informó que las vacaciones se habían acabado y que los ejercicios de gimnasia, al igual que las lecciones, quedaban aplazados desde aquel día para meternos de lleno en la instrucción militar aquella misma mañana.

¿Por qué seguir con este penoso episodio? Sólo me queda por reafirmar que si los primeros dos meses de estancia fueron un éxtasis los cuatro que siguieron pecaron más allá del límite del infierno. Aquel señor sin alma se olvidó de que éramos niños y encima que estábamos delicados de salud y nos encontrábamos allí precisamente para recuperarla, no para ser expuestos a los crudos rigores del entrenamiento militar. Por fin un día a mediados de noviembre nos hicieron subir a dos autocares con rumbo a San Sebastián donde nos esperaba un *destroyer* inglés anclado en la bahía de la Concha que ondeaba la bandera de la Cruz Roja en el cual nos embarcaron para trasladarnos a Bilbao. Fuimos con toda probabilidad las primeras cien criaturas bilbaínas en cantar en masa el Cara al Sol. Poco después mi padre me informó que, por medio de la Cruz Roja, los cien chiquillos habíamos sido canjeados por cien prisioneros fascistas. El mismo *destroyer* que nos llevó a Bilbao se había encargado de transportar a estos últimos a San Sebastián justamente el día en que nos desembarcaron en el puerto de Santurce. A él, como linotipista, le había sido encomendado el honor de componer la matriz del artículo que dio a conocer la llegada de los niños a Bilbao y la partida de los prisioneros a San Sebastián. Volvimos a Bilbao semanas después del 18 de octubre, fecha que se convirtió en el más triste de todos mis cumpleaños por haberlo celebrado en Laguardia bajo la tutela de aquel monigote vestido de azul.

En noviembre de 1936 yo no me podía imaginar siquiera que mi estancia en España quedaría reducida a seis meses escasos y aun así, esos seis meses serían más que suficientes para percibir, desde la mentalidad de un niño, el significado de una guerra. Compartí con mi familia, con los amigos y con el pueblo lo injusto de cualquier guerra y las tribulaciones provocadas por los cuatro jinetes del Apocalipsis. Durante la guerra se propagó una canción, que hoy es famosa, y que llevaba la música de los Cuatro Muleros. Les venía al pelo a los cuatro jinetes sublevados. Decía lo siguiente:

*Los cuatro generales, los cuatro generales
Los cuatro generales, mamita mía
Que se han alzado, que se han alzado.
Para la Nochebuena, para la Noche Buena
Para la Noche Buena mamita mía serán ahorcados,
Serán ahorcados*

INGLATERRA

Así fue que a los seis meses de mi llegada a Bilbao, para más exactitud el 20 de mayo, mi padre y mi madre nos despidieron a mis hermanos y a mí en la estación de Portugalete. Nos habían apuntado a una expedición con destino a Inglaterra para apartarnos del peligro

que corrían nuestras vidas a causa de la guerra. Las dos hermanas eran demasiado pequeñas para incluirlas en la «aventura» ya que el día 21 de ese mes iban a cumplir cinco añitos y, como en esa expedición sólo se aceptaba a niños y niñas entre las edades de siete a quince años, no pudieron tomar parte aunque luego vimos que habían partido incluso con cuatro años. Los tres hermanos íbamos contentos porque nuestro padre, que tenía plena fe en la victoria de la República, nos aseguró que permaneceríamos fuera de casa unas semanas sólo y que no todos los niños habían tenido la suerte de poder presumir que se iban de vacaciones a Inglaterra. Sin embargo, nuestra madre, sin demostrar ni pizca de entusiasmo hacia nuestras maravillosas vacaciones, lloró como una magdalena al despedirse. Como sabíamos que las madres siempre lloran en estas ocasiones le concedimos magnánimos el privilegio de hacerlo pero, al ver también al padre que trataba de disimular su congoja sin poder conseguirlo, los tres nos mosqueamos un poco, sobre todo yo que aun llevaba reciente en mi memoria las «vacaciones» que me había tocado sufrir en Laguardia.

Bajamos del tren especial, ya dentro del muelle de Santurce, y el personal con el que partiríamos en breve a la «aventura» se hizo cargo de las cuatro mil, más o menos, criaturas. Según subíamos a bordo del Habana fuimos desalojando el muelle subiendo por una sola escalera con pasarelas. Aparte de las amarras, aquel insignificante puentecillo era el único contacto que tenía el buque con tierra firme. Para los pequeños aventureros aquel armatoste que se bamboleaba era el instrumento símbolo que nos arrancaba del suelo patrio. Permitaseme una digresión en la marcha de esta narración y déjenme poner unas líneas de uno de los romances del Cid:

*Por la terrible estepa castellana
Al destierro con doce de los suyos,
Polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga.*

Ruy Díaz de Vivar se iba a su destierro allá por el siglo XI y quizá le hubiera sido más prudente a Don Rodrigo haberse olvidado de la Jura de Santa Gadea. Ocho siglos después se podría decir:

*Por la terrible bahía de Vizcaya,
Al destierro con cuatro mil criaturas
Componentes de una gran mesnada,
Desamparo, vómitos y miedo,
Los pequeños del clan Santamaría García
Navegaban.*

La única diferencia entre las dos gestas radica en que el Cid, fue por voluntad propia el arquitecto de una acción que, si bien digna y valiente, le ocasionó su destierro de propina, mientras que casi cuatro mil criaturas inocentes fueron lanzadas por culpa de los adultos a un destierro forzoso. Y la consecuencia es que aun hoy en día, un grupo de éstas, denominado como «Niños de la guerra», sigue sufriendo las consecuencias.

Como algunos dicen, el *Habana* era un buque de doscientos viajeros y ha sido descrito a menudo en diversos libros y trabajos históricos, debido al papel que desempeñó durante el bloqueo de Euskadi, como buque de cabotaje que sirvió como correo o para transportar mercancías, carbón etc. El que escribe esto prefiere denominar a la nave «lata de sardinas», y que conste que no lo hace para deshonra del barco, todo lo contrario, sino porque su cargamento de almas a distintos países de acogida llegó a registrar hasta un número de más o menos cuatro mil de ellas, como fue el caso de nuestra expedición a Inglaterra. El Habana

zarpó a horas tempranas del día 21 desbordado de pasajeros. La travesía por las aguas en marejada de la Bahía de Vizcaya y hasta que llegó a la costa bretona en el Canal de la Mancha, se podría comparar a un tenebroso relato de Edgar Allan Poe. El miedo tremebundo, el desconsuelo por la falta de calor familiar, la inseguridad acompañada por los constantes vómitos con su olor agridulce a jugos gástricos medio fermentados, invadió hasta el último resquicio del Habana. Y por si esto no fuera poco, aparte del furor desencadenado por Neptuno, tuvimos de propina la aparición del crucero Almirante Cervera que estaba al servicio de los sublevados pretendiendo secuestrar en alta mar al Habana. El intento se frustró gracias a dos *destroyers* ingleses que nos escoltaban y que le obligaron a poner la quilla en polvorosa sin consumir la ignominiosa intención. Con toda probabilidad uno de los dos bien pudo haber sido el que me transportó de San Sebastián a Bilbao.

Llegamos a Southampton el día 22 por la noche. En ese importante puerto salieron a recibirnos calurosamente dignatarios del ayuntamiento, representantes de diversas organizaciones, los obreros portuarios y la prensa. Durante la mayor parte del día 23 de mayo de 1937 fuimos desembarcando del Habana pero antes tuvimos una inspección médica relámpago. Éramos miles de criaturas y se limitaron, de momento, a un simulacro de auscultación de tórax, pecho y espalda y a un leve escrutinio para detectar en nuestros cuerpos la posible presencia de anopluro o sarna. En el muelle nos esperaban un buen número de autocares encargados de llevar a toda aquella chiquillería al campo de tránsito desde donde se nos iría distribuyendo en grupos más manejables a otros lugares de la geografía británica. Así pues, en el campamento mencionado, situado a pocos kilómetros de Southampton, para el clan Santamaría García y el resto de las cuatro mil almas comenzaron las escasas semanas de verano y ¡nada menos que en Inglaterra! Tal como nos lo había dicho el padre con aquel tono de entusiasmo mal fingido para darnos ánimos al despedirnos en la estación de Portugaete.

Las escasas semanas de vacaciones dejaron paso en el calendario a los meses que ocuparon su lugar. Estos, a su vez, siguieron la misma suerte de las semanas al dejar el puesto al primer año que perdería el sitio dejándoselo a su vez al segundo, luego al tercero, al cuarto, al quinto... y así sucesivamente hasta cumplirse la primera década relevada por la segunda hasta llegar a la cuarta poco tiempo después de la muerte de Franco, a finales de 1975. De modo que las vacaciones que iban a durar varias semanas, a lo sumo un par de meses, se prolongaron hasta la fecha en casi setenta años y con toda probabilidad acabarán para mí en el momento en que me llegue la hora de despedirme de este mundo.

Los primeros siete años de estos setenta y uno transcurrieron para mí bajo la condición de niño refugiado y parte de ellos, desde que cumplí quince años, como refugiado político, dado que desde esa temprana edad tomé parte activa en las campañas antifranquistas que, por aquellos tiempos, se celebraban con cierta frecuencia en Inglaterra. Aquí he pasado por las etapas de niño, púber, adulto joven, adulto maduro y desde 1991 hasta el presente, con ochenta y un años cumplidos, no ha habido intervalos de ausencias del país excepto algunos períodos de vacaciones. Ahora soy un viajero por los anales que marcan las peripecias de la tercera edad, que han de superarse si se quiere seguir siendo útil en lo que le resta a uno de vida.

En Inglaterra pasé con mis hermanos por cinco de las cien colonias que acomodaron a los niños vascos evacuados y, en compañía de los alumnos nativos y otros niños vascos, pasé por el sistema inglés de educación secundaria. Más tarde, con la ayuda de una beca que me concedió la fundación *Juan Luis Vives Scholarship Trust* después de satisfacer a los examinadores, cursé estudios en el entonces famoso Shoreditch Technical Institute. Después de ter-

minar el último curso empezó mi vida de trabajo y entre otros muchos puestos he sido encargado principal en un taller y los últimos diez, hasta mi jubilación, trabajé contratado por el Ministerio de Educación como profesor de ebanistería en un programa dedicado a los jóvenes conocido por el nombre de *Youth Training Scheme* que se propagó con mucho éxito por todo el Reino Unido.

En Inglaterra conocí a Florita, mi futura compañera, una chica bilbaína que también es niña de la guerra aunque la Providencia la hubiera dirigido a tierras galas. Fue evacuada de Bilbao en compañía de dos hermanos, Paquito, de doce años y medio, y Ángel que no había siquiera cumplido los cinco años. Al faltar la verdadera madre, a ella, con diez años y medio, le tocó hacer de mamá y consolar al más pequeño para quien no había consuelo. En el transcurso de la guerra Florita, además de ser evacuada a Francia con dos hermanos, (se cree que el número de niños vascos evacuados a Francia fue de 22.234) se quedó huérfana de padre que cayó con valentía defendiendo a la República. También perdió al hermano mayor, Pepín, como le llamaba cariñosamente la familia, que fue hecho prisionero en Cataluña cuando trataba de cruzar la frontera al final de la contienda. Desde Cataluña fue transportado a Bilbao e internado en la Universidad de Deusto que por aquel entonces, por falta de espacio en las cárceles debido a estar repletas de presos republicanos, se usaba como prisión. Según la opinión general Pepín fue asesinado allí por medio de una inyección letal que le fue administrada por los funcionarios franquistas, esbirros escoria que «cuidaban» de los reclusos. Parece ser que la feroz rutina de los «paseos» nocturnos practicados a los presos provocó tal pánico en la población que las autoridades adoptaron como medida más prudente la aplicación de la inyección letal.

Florita llegó a Inglaterra siendo una joven de veintiocho abriles floridos. Yo la conocí poco después de su llegada y quedé prendado de su simpatía y de, para mí, sus encantos físicos. Ella correspondió a mis sentimientos y después de un noviazgo relámpago decidimos convertirlo en unión permanente. En Inglaterra me casé por medio de una ceremonia civil en el Ayuntamiento de Kensington. Florita me ha honrado con tres hijos: Luis Ángel, que nació en 1956, Mirella Primavera en 1958 y Belinda Inés Flor en 1960. De haber nacido en España el registro civil les habría inscrito con el apellido de nuestro clan —Santamaría Bonilla— y a la usanza del país habrían recibido como refuerzo los de García Zamarreño pero nacieron en Inglaterra.

No obstante la simiente familiar hierve en sus venas porque debieran tener la nacionalidad de los padres sin obligación de desprenderse de la británica. En España no hay doble nacionalidad y no podían —ni pueden— adoptar la española sin «rendir» la británica. Hasta el presente no han conseguido derribar las barreras burocráticas que les han coartado el paso a sus aspiraciones. Florita, después de casada y con tres retoños en su haber, realizó en 1962 un viaje sentimental de visita a sus familiares. Viajó con los tres documentada con un pasaporte de soltera porque así lo dictó el consulado franquista en Londres al no estar casados por la Iglesia ya que era el único matrimonio que valía en España. Yo no viajé con ellos. No me fié de que pudiera salir ileso de una visita arriesgada debido a mis antecedentes políticos ya que campeaba impune la justicia franquista. Aprovecho para decir que en 1976 viajé por primera vez a España desde 1937, después de haber muerto el dictador. Para mí aquella visita fue una fiesta.

Mirella y Belinda han asumido la responsabilidad de robustecer el árbol genealógico del clan y nos alegran la vida a Florita y a mí al habernos regalado cuatro preciosos nietos, dos chicas y dos chicos: Adam, Eva, Saioa y Enrique. Tengo además siete sobrinos carnales,

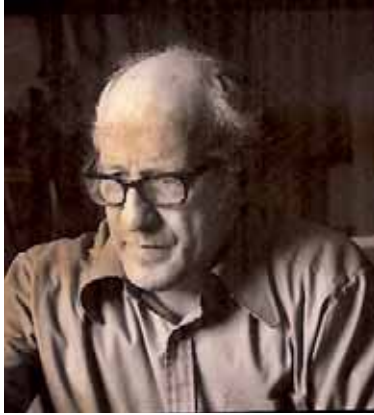
tres chicos y cuatro chicas. La dictadura franquista, con excepción de mi último nietecillo que nació en Madrid en 1999, les robó a todos la posibilidad y el derecho de nacer en la patria de sus padres que, en otras condiciones más normales, de haber habido antes una España democrática, habría sido una realidad. La dictadura franquista le robó también a España el derecho y privilegio de acogerlos en su regazo. Pero hay aun más, y ruego al lector que se fije en la implicación del siguiente párrafo. El franquismo me robó la posibilidad de cumplir con mis deudas a España. Esto implica no sólo el derecho a ser ciudadano común desarrollando libremente mi vida cotidiana en el seno de mi tierra, sino que también incluye el derecho a ejercer la posibilidad que tiene todo ciudadano en una democracia de servir a su patria, ya sea desde la presidencia de gobierno, el peldaño más alto de la escala social, o desde el peldaño más bajo ocupándolo como vagabundo. No deseo, ni tengo capacidad, para ocupar el primer puesto tampoco ánimo ni entusiasmo alguno por ocupar el último, trato simplemente de exponer que en cada democracia el ciudadano tiene el deber y el derecho sagrado e inviolable de expresar con plena libertad física y moral sus ideales respetando y defendiendo siempre el mismo derecho para con sus semejantes. No concibo mayor condena contra Franco y su banda de cómplices que imputarles la responsabilidad de unos actos tan bárbaros, tan salvajes, tan inhumanos como los que cometieron contra tanto inocente y contra toda su patria.

¿Y qué de Inglaterra? se preguntará el lector. Podría dar cuenta explícita de las vicisitudes buenas y malas que han marcado mi vida a lo largo de este extenso trayecto por «esta piedra preciosa engarzada en este mar de plata» a la que debo sin reservas mi más profundo agradecimiento por la generosidad que ha mostrado para mí que he caminado, y aun camino, sin tabúes que me entorpezcan el sendero por sus verdes praderas.

Sólo me resta ya pedir excusas al lector si considerase que mi relato queda sucinto o en suspenso. No deseo alargar más este testimonio detallando minuciosamente mi paseo por este generoso país. Además, como dirían los que hablan la lengua del famoso bardo:

THAT'S ANOTHER STORY

(Esta es otra historia)



Luis S.



Luis en 2006.



Luis S. y su hijo Luis Ángel junto a la estatua homenaje a las Birgadas Internacionales en South Bank (Londres). 2005.



Luis S. en 1985.



Saioa, la nieta de Luis, única hija de Mireya. 2006.



Eva, la nieta de Luis, hija de Belinda (tiene otros dos). 2005.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar nos gustaría agradecer a Bernardo Fernández —Consejero de Trabajo de la Embajada Española en Londres— su interés por este libro y el que nos pusiera en contacto con el Ministerio de Trabajo.

A Liz Bartlett, la creadora de un proyecto tan interesante como History Talk, su ímpetu para empezarlo y continuarlo a pesar de todos los avatares que una organización de este tipo pueda tener, como la falta de medios para sostenerla. Aunque ella ya está jubilada ha dejado tras de sí una estela muy positiva de reconocimiento a la aportación de las comunidades étnicas que se asentaron en el barrio de Kensington y Chelsea. No queremos olvidar a Michael Mockeridge, que murió ya, y que fue durante años el director de la junta directiva colaborando y respetando siempre al grupo de españoles.

Debo mencionar también a Sue Snyder compañera generosa, dispuesta siempre a echarme una mano en las cuestiones burocráticas; en segundo lugar a Sue McAlpine que hizo algunas de las entrevistas orales utilizadas en este libro. Otra persona que colaboró de alguna manera en el proyecto fue el escritor y periodista Carlos López Guarín que trabajaba en la Consejería de Trabajo de la Embajada Española; él me concedió una entrevista y me puso en contacto con Luis Santamaría.

Entre los muchos colegios que hemos visitado hay que resaltar especialmente al Instituto Español Cañada Blanch de Portobello Road y a la profesora Isabel Alonso Dávila, la primera de sus compañeros que entusiasmada con el proyecto, nos invitó a dar charlas en él. También hemos visitado varias veces los colegios: Ashburnham, St. Francis of Assisi, St Joseph's, St. Mary's, Servite y los dos St. Charles, el de primera y el de segunda enseñanza donde la profesora Jenny Kassman nos ha recibido todos los años con un cariño y unas atenciones fuera de lo común.

Y para terminar, queremos dar las gracias a José Julio Rodríguez Hernández, Subdirector General Adjunto en la Dirección General de Emigración, por su ayuda esencial en la elaboración de este libro, y a todas las personas que de una forma u otra han contribuido a que este proyecto haya podido materializarse.

Los autores y la recopiladora

ISBN 978-8484172925



9 788484 172925



MINISTERIO
DE TRABAJO
E INMIGRACIÓN

SECRETARÍA DE ESTADO
DE INMIGRACIÓN
Y EMIGRACIÓN

DIRECCIÓN
GENERAL
DE EMIGRACIÓN